



Renovar AL MODELO

LOS ZORROS
PLATEADOS



DE
FORESTVILLE

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
NORA PHOENIX

RENOVAR AL MODELO

LOS ZORROS PLATEADOS DE FORESTVILLE
LIBRO 1

NORA PHOENIX

Traducido por
S. KAI



Renovar al Modelo
Título Original: Renovating the Model

Copyright © 2024 Nora Phoenix.

Traducción de S. Kai
Diseño de la cubierta: Golden Czermak/FuriousFotog
Foto de cubierta: Wander Aguilar
Modelo de cubierta: Jose Luis Berreiro
Creador del mapa de Forestville: Ron Perry

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, localizaciones, y hechos retratados en esta obra son completamente ficticios, producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, negocios, o con hechos reales, es pura coincidencia. La personas representadas en la cubierta son modelos, y su uso está limitado a fines ilustrativos.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

 [Creado con Vellum](#)

ÍNDICE

[Nora After Dark](#)

[Advertencia De Contenido](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Libros de Nora Phoenix en español](#)

[Libros de Nora Phoenix en inglés](#)

[Más sobre Nora Phoenix](#)

NORA AFTER DARK

More of what you love...more of what you crave...

Unlock the ultimate experience with [Nora After Dark](#), an online platform offering exclusive access to a variety of extras from Nora Phoenix. **Nora After Dark** offers multiple tiers to cater to your unique desires, each with its own array of exciting benefits.

- **Unlock Early eBook Access:** Nora After Dark subscribers enjoy the thrill of accessing eBooks before anyone else.
- **Exclusive Nora Phoenix Swag:** Elevate your reading experience with limited-edition Nora Phoenix merchandise delivered right to your doorstep.
- **Delve into Bonus Stories:** Gain exclusive access to bonus stories and chapters that are reserved just for our subscribers. Immerse yourself in hidden tales, the perfect companion to your favorite books.
- **Early Works in Progress:** Be a part of the creative process! Nora After Dark grants you VIP access to works in progress, giving you a sneak peek at the magic happening behind the scenes.
- **Collect Signed Paperbacks:** For those who cherish the tangible, our premium tier includes beautifully signed paperback copies of Nora's works.

Visit Nora Phoenix at noraphoenix.com/nora-after-dark to subscribe and indulge in the Nora After Dark experience.

RENOVAR AL MODELO

Todo el mundo conoce mi cara. Nadie me conoce realmente.

Lo único que la gente ve cuando me mira es a un hombre bello, un supermodelo, la otra mitad de los gemelos más famosos del mundo. Nadie ve al hombre que hay bajo todo eso.

Cuando regreso a Forestville, la pequeña ciudad que me vio crecer, para asistir a mi reunión del Instituto, impulsivamente, decido quedarme a vivir.

Ahora soy el orgulloso dueño de una casa seriamente necesitada de reformas. Ni qué decir tiene, que tengo dos manos izquierdas.

Gracias a Dios por Cas, el contratista local, que acepta echarme una mano. Provenimos de mundos completamente distintos y nos separan casi veinte años, y sin embargo, de alguna forma, conectamos.

Cas me ve. Al verdadero yo.

Y nos liamos...

Luego nos convertimos en amigos...

Con derechos (cortesía de una tormenta de nieve)...

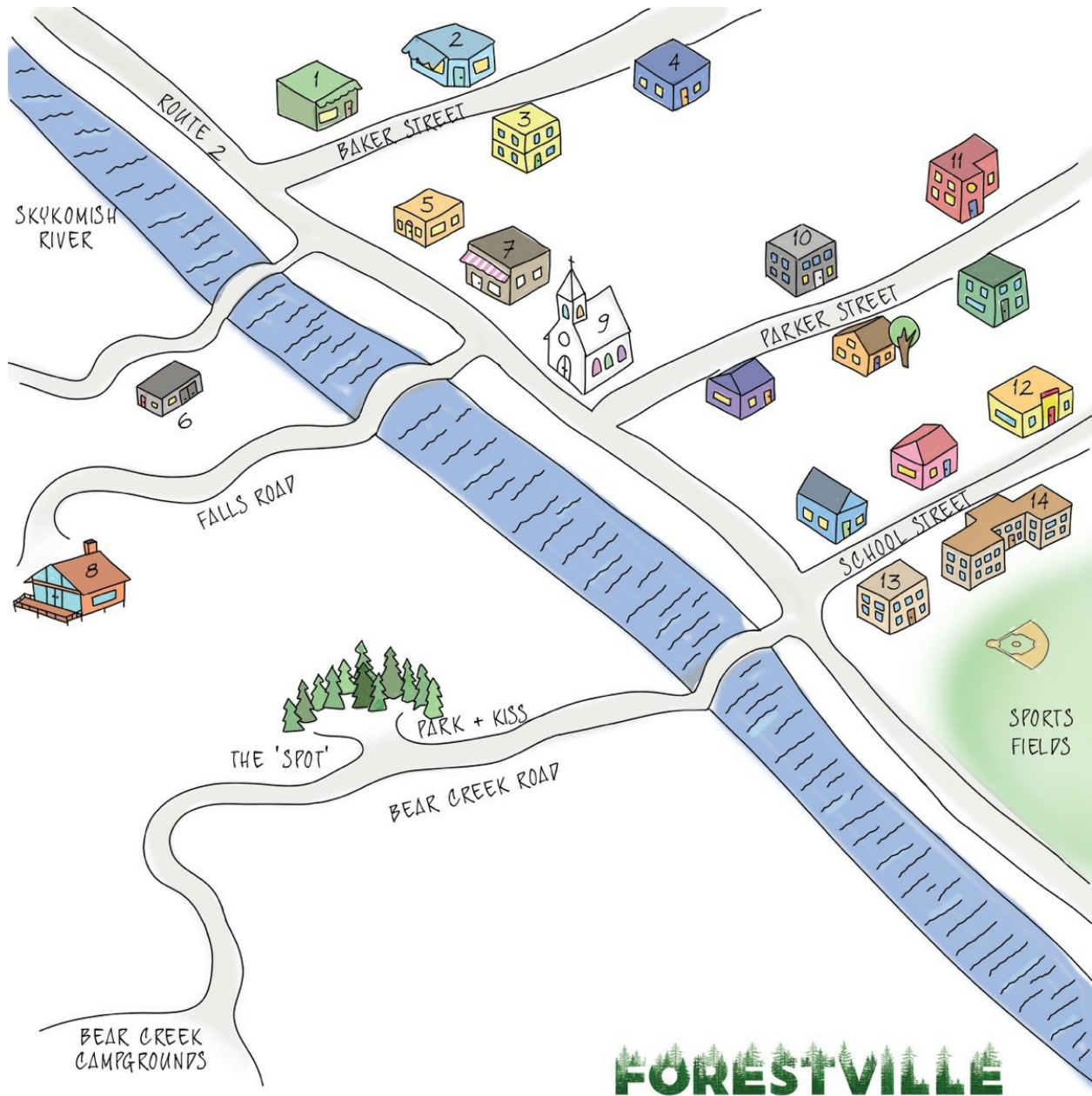
E iniciamos una relación falsa (larga historia).

Pero cuando lo falso se convierte en real y lo pretendido se transforma en sentimientos que no puedo negar, me encuentro a mí mismo preguntándome si realmente tenemos una oportunidad.

Renovar al modelo es el primer libro de la nueva serie Los zorros plateados de Forestville, un romance MM contemporáneo situado en una pequeña ciudad y protagonizado por atractivos zorros plateados y los hombres que se enamoran de ellos. Todos los libros son autoconclusivos y pueden leerse por separado.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Este libro menciona el abuso doméstico (no se mostrará nada en estas páginas, no afecta a ninguno de los personajes principales y no se discute en detalle) y la muerte de un amigo (en el pasado). Menciona puntualmente el abuso escolar (nada descrito en detalle ni que afecte a los personajes principales) y los desórdenes alimenticios (brevemente, en una conversación).



- 1 - COLLINS FAMILY GROCER
- 2 - BRIANNA'S BAKERY & COFFEE SHOPPE
- 3 - EVERETT FAMILY PRACTICE - DOCTOR
- 4 - DOC COHAN - VET
- 5 - ART GALLERY
- 6 - WALTER'S AUTO REPAIR
- 7 - BILLY'S GENERAL STORE

- 8 - FORESTVILLE FALLS LODGE
- 9 - FIRST METHODIST CHURCH
- 10 - SHERIFF'S OFFICE
- 11 - FOUR FOXES BAR & GRILLE
- 12 - EDDIE'S DRIVE IN - BURGERS & SHAKES
- 13 - SKYKOMISH ELEMENTARY SCHOOL
- 14 - FORESTVILLE MIDDLE & HIGH SCHOOL

PRÓLOGO

TIAGO

27 de marzo, 1993

Whoomp!, *There it is* atronaba por los enormes altavoces y el suelo del gimnasio vibraba bajo mis pies. El tema era tan pegadizo que mi cuerpo seguía su ritmo a pesar de haberlo escuchado un millón de veces. Unas semanas antes, lo había grabado de la radio para añadirlo a mi última cinta de mezclas, que contenía todas mis canciones favoritas de los últimos años. La había escuchado tantas veces que estaba un poco preocupado por que se desgastara. A lo mejor, debería hacerme una copia, solo por si acaso. Afortunadamente, Tomás y yo compartíamos el mismo sistema estéreo que contaba con un casete de doble pletina.

Seguía llevando el ritmo con el pie mientras escaneaba el gimnasio. El comité encargado del *Prom* había hecho un gran trabajo decorando el recinto, y realmente se habían esforzado con la escasamente inspiradora temática de «Luz de luna». Habían pegado diminutas estrellas por todo el techo, que ahora brillaban en la oscuridad, y habían cubierto las paredes con cortinas de terciopelo negro sobre las que habían cosido varias fotos de planetas. Un poco cutre, tal vez, pero barato y efectivo. Además, creaba una atmósfera divertida bajo las luces estroboscópicas que reemplazaban la dura luz de los fluorescentes que normalmente iluminaba el recinto.

Un mar de vestidos y esmóquines abarrotaba la pequeña zona de baile, y el ambiente estaba tan cargado que las flores de los ramilletes ya habían empezado a marchitarse. Me llevé un dedo a la pajarita roja e intenté aflojarla un poco. Estaba sudando como un cerdo. El oxígeno escaseaba, sepultado bajo una mezcla de perfume, sudor y excitación adolescente —o angustia, dependiendo de a quién preguntaras. Probablemente, cincuenta-cincuenta.

Mi clase de graduación solo contaba con veintinueve estudiantes, así que nuestro *Prom* también había incluido a los pequeños. De esa forma, al menos teníamos un grupo considerable de gente, o, como había dicho Tomás, al menos los diecisiete chicos de nuestra clase no tendrían que bailar con las mismas doce chicas durante toda la noche.

Tenía cierta razón ahí, aunque no podía decir que me importara demasiado. No estaba allí para bailar con ninguna chica, de igual forma. Lo haría, por supuesto, aunque solo fuese por mantener las apariencias. Pero no me interesaban las chicas. No; mi atención estaba enteramente

enfocada en otra cosa, y a juzgar por las miradas que me lanzaba Marnin mientras bailaba, él se sentía de la misma forma. Habíamos esperado más que suficiente, y habíamos acordado que ya era hora de poner fin a seguir posponiendo lo inevitable.

Además, Auden estaría con Tricia, y habría apostado lo que fuese con quien fuera a que en breve estarían buscando un sitio tranquilo para follar, como el Spot. Auden era un tipo demasiado clásico como para compartir detalles, pero era fácil darse cuenta de que ya lo habían hecho, aunque solo fuera por la casual intimidad que había entre ellos. Llevaban dos años saliendo, así que a estas alturas habría sido más sorprendente el que aún no hubiesen follado.

Essex, que no tenía problemas en alardear, se había agenciado un ligue, y Tomás, mi gemelo, me había informado de que también tenía intención de pasar la noche en otro sitio.

Sí, como era habitual, mi hermano era más rápido que yo, dado que, técnicamente, yo seguía siendo virgen. Por supuesto, si todo iba de acuerdo al plan, remediaría eso esta misma noche, pero Tomás había perdido su carné de virgen hacía un año. Joder, se había tirado al *quarterback* de los *Loudonville Lions*, nuestro mayor rival futbolístico. Tenía que ser él el que no solo follara antes, sino que además lo hiciese con la persona más inesperada posible. Por otra parte, su rollo con Samuel también me había sorprendido.

Tomás siempre había sido más rápido, más inteligente, más escandaloso. *Mãe* decía que era porque había nacido el primero, unos seis minutos enteros antes que yo. Mi padre supuso que simplemente teníamos un carácter distinto y Tomás siempre había sido más impaciente. Me gustaba pensar que, en esta ocasión, mi padre llevaba razón, aunque nunca se lo diría a *Mãe*. Mi madre tenía un temperamento feroz, cortesía de sus raíces brasileñas, y había aprendido muy pronto a no discutir con ella sobre trivialidades.

Como si hubiese sentido que estaba pensando en él, Tomás apareció a mi lado, y pude ver una fina capa de sudor cubriendo su frente.

—Joder, Brianna sí que sabe bailar —resolló.

—Colega, ¿qué esperabas? —resoplé—. Es la capitana de las animadoras. Esa chica tiene la energía de un conejito Duracell.

—Sí, no jodas. Uf. —Me lanzó una sonrisa—. Pero me estoy divirtiendo.

Una vaharada de su aliento me alcanzó y abrí los ojos de par en par.

—¿Quieres compartir lo bueno?

Su sonrisa se amplió mientras deslizaba una mano en el interior de su bolsillo y sacaba un pequeño frasco.

—Vodka —dijo mientras me lo tendía discretamente.

—No me digas que... —Su sonrisa me lo dijo todo—. Señor, lo has pillado del armario de los licores de papá. *Mãe* te va a matar cuando se dé cuenta.

Tomás se encogió de hombros.

—Entonces, será mejor que no se entere. Papá no me delatará aunque lo descubra. No le importará.

No, no le importaría. Mi padre era todo lo opuesto a mi madre, y a lo mejor, esa era la razón por la que encajaban tan bien. Mientras que ella tenía un fuerte temperamento y una elevada tendencia a ser estricta, él era un tipo tranquilo y mayormente confiaba en nosotros, dejándonos vía libre siempre y cuando le demostráramos que éramos responsables y no hiciéramos nada realmente estúpido. Había confiado en nosotros lo suficiente como para permitirnos firmar nuestro primer contrato de modelos, algo imprescindible, dado que aún no teníamos la edad legal para hacerlo sin su consentimiento.

Me giré disimuladamente mientras desenroscaba el frasco y di un pequeño sorbo al vodka. El

líquido ardió en mi garganta y apenas pude contener la tos. Me cago en todo, ¿me acostumbraría algún día a ese primer trago? Una vez dado, el resto era más sencillo, o eso creía. Al parecer, estaba en lo cierto, porque a partir de ahí, el licor bajó con suavidad.

—Essex tiene ron, si quieres algo —dijo Tomás—. Y Marnin ha traído una botella entera de Jack.

Por supuesto que lo había hecho. Debía de habérsela hurtado a su padre, que era un ocupante asiduo de la celda de borrachos del Sheriff Frant. Siempre y cuando Marnin no bebiese tanto como para impedirle estar a la altura después, ¿qué importaba?

—¿Por qué soy el único que no ha traído alcohol?

Tomás resopló.

—Porque mientes como la mierda. Si alguien te hubiese preguntado algo, habrías confesado todo en ese mismo instante. Además, no eres el único. Auden tampoco ha traído nada.

—Bueno, obvio. Su padre es el Sheriff. No es estúpido.

—Tiene que aprender a vivir un poco.

Essex apareció a nuestro lado limpiándose la frente con la manga.

—Estoy cociéndome dentro de este jodido traje de pingüino.

—Pero estás muy guapo —le provoqué, batiendo las pestañas.

—Por supuesto que lo estoy. Soy un imán para las chicas.

¿Era alardear cuando estaba diciendo la verdad? No estaba seguro, pero Essex nunca había tenido problemas para agenciarse a nadie. Joder, había perdido su virginidad a los trece.

Marnin y Auden se nos unieron, ambos con la respiración entrecortada tras haberlo dado todo en la pista. Y ahora, nuestro pequeño grupo de cinco estaba al completo.

—¿Dónde está Tricia? —pregunté a Auden.

—Pausa para el maquillaje, lo que quiera que signifique eso. —Auden alzó las manos al aire—. Chicas, colega. ¿Qué puedo decirte? Aparentemente, ir al baño es algo que tienes que hacer en grupo.

—Esta noche está tremenda —dije.

El rostro de Auden se iluminó.

—¿Verdad? Me encanta cómo la queda ese vestido.

Entrechoqué nuestros hombros.

—Vais en serio, ¿eh?

La expresión de Auden se suavizó.

—Sí. Ella es especial. —Su mirada se tornó soñadora—. Y podemos hablar de todo, ¿sabes? Nuestras madres eran mejores amigas, así que... —Tragó.

Apoyé una mano sobre su hombro.

—Así que puedes hablar de tu madre con ella. Estoy seguro de que eso es muy agradable.

Auden había perdido a su madre unos años atrás y aún la echaba de menos. Su padre había vuelto a casarse y ahora tenía un hermano pequeño que era adorable de todas las formas en las que podía serlo un crío, pero eso no hacía que la añorara menos.

—Sí. Tricia recuerda a nuestras madres saliendo por ahí, y cada vez que voy a su casa, su madre es lo mejor y me cuenta un montón de anécdotas de lo que hacían juntas. Crecieron como hermanas, y me ha enseñado muchísimas fotos.

Mientras que mi madre era de Brasil y mi padre se había criado en Seattle —solo se habían asentado aquí tras casarse, porque querían criar a sus hijos en una ciudad pequeña—, las raíces de Auden en Forestville eran profundas.

—Tricia está muy buena —dijo Essex mientras me tendía el ron—. Pero no tanto como

Donna.

Marnin resopló.

—Con unas tetas como esas y un vestido tan corto es imposible que no esté buena. Solo digo.

—Podría preguntarle si está interesada en algo de diversión extra —ofreció Essex con una sonrisa.

Casi me atraganto con el ron y me limpié la boca rápidamente.

—Joder, colega, no puedes decir mierdas como esa en voz alta.

—¿Por qué no? Por lo que he oído, no sería la primera vez para ella.

Intercambié una mirada con Tomás. Essex era nuestro amigo, y no era un mal tipo, pero cuando hablaba así siempre me hacía sentir incómodo.

—No vayamos extendiendo rumores por ahí —dijo Auden, adjudicándose el rol de pacificador—. Es divertido salir con ella por más razones que por su aspecto.

Essex le dio una palmada en la espalda.

—Siempre el buenazo. ¿No quieres vivir un poco?

—No, si eso significan problemas. Y creo que tú también deberías ser más cuidadoso si quieres unirse a los Marines y todo eso.

—Ya estoy dentro —dijo con orgullo—. Me voy a Isla Parris el día después de graduarme.

Aún me resultaba difícil hacerme a la idea de eso. Essex era tan... temerario. E inmaduro. ¿Cómo cojones alguien había pensado que era una buena idea darle un arma? Auden era una historia completamente distinta. Se iba a presentar al entrenamiento básico del ejército justo después de la graduación. Su padre era el Sheriff, claro, pero más importante aún, Auden siempre era el que nos convencía de no hacer las mierdas más estúpidas. Aunque, a lo mejor, a Essex le vendrían bien los Marines. Dios sabía que podría favorecerse de un poco de disciplina.

—Así que ¿qué planes tienes tú para esta noche? —Essex agitó las cejas sugerentemente hacia mí—. ¿Has encontrado a algún buenorro para mojar? Todos sabemos que tu hermano ya se ha agenciado a alguien.

Conseguí encogerme de hombros con indiferencia.

—Desafortunadamente, no tengo tanta suerte como él. No es que haya tantos buenorros disponibles.

Ni Tomás ni yo habíamos salido del armario públicamente, pero nuestros padres lo sabían, al igual que nuestros amigos más cercanos. *Mãe de Deus*, la charla que nos echó mi madre sobre el sexo seguro y cómo usar un condón aún seguía grabada a fuego en mi mente. Traumática ni siquiera se acercaba a describirla. Pero su intención había sido buena. Era una fanática de Queen, y tras escuchar que Freddie Mercury había muerto de SIDA, había comenzado a preocuparse por nosotros, comprensiblemente.

Marnin pasó un brazo por mis hombros.

—Te haré compañía. Yo tampoco he conseguido agenciarme nada, así que podemos ser los jodidos tristes que no han conseguido una cita y comparten su dolor.

Oh, era inteligente. Nos acababa de dar una coartada perfecta para estar juntos sin provocar sospechas. Marnin no había dicho una palabra a nadie sobre que le gustaban los hombres tanto como las mujeres. Solo me lo había comentado a mí y decidimos que nuestra primera vez sería juntos. ¿Qué podría ser más perfecto? Éramos mejores amigos, estaba bueno y ambos queríamos experimentar y hacerlo con seguridad. Marnin había conseguido condones y lubricante, así que estábamos preparados.

Me aclaré la garganta.

—Suen a un plan excelente. ¿Quieres venir a mi casa?

Él negó con la cabeza.

—*Nah*, puedes venir a la mía. Mi padre estará fuera el resto del mes, así que estaremos bien.

—¿Fuera? ¿Fuera dónde?

—Ha conseguido un trabajo de perforación en algún lugar de Canadá. Dios sabe dónde. No me importa. Estoy disfrutando de la paz y la tranquilidad.

Mi corazón se inundó de ternura por Marnin. Ni siquiera tenía dieciocho años, pero había tenido que cuidar de sí mismo durante la mayor parte de su vida.

—Genial. Le diré a mis padres que pasaré la noche contigo para que mi *mãe* no me espere despierta hasta las tres de la mañana para olerme el aliento. —Miré a mi hermano—. Sabes que lo haría. Total.

Tomás rio suavemente.

—Sí, no jodas. Y esa es la razón por la que le he dicho que me quedaré donde Essex —sonrió.

—Y yo he dicho a mis padres que me quedaré en casa de Tomás —dijo Essex—. Así que siempre y cuando nuestros padres no hablen entre ellos, estaremos bien.

La probabilidad de que eso pasara era nimia. Los padres de Essex regentaban el albergue de las cascadas de Forestville. Siempre estaban ocupados con el trabajo y rara vez tenían tiempo para socializar.

—Ahora que ya estamos preparados para el resto de la noche, ¿puede decirme alguien, por el amor de Dios, de qué cojones trata esta canción? —preguntó Marnin dándome un pequeño apretón en el culo antes de apartar rápidamente la mano.

Informer, de *Snow*, resonaba por los altavoces.

Hice un gesto de desesperación.

—Nadie sabe qué cojones está diciendo ese tipo.

Pero entonces, la única frase que podía descifrar comenzó a sonar y todos coreamos:

—*¡A licky boom-boom down!*

Cuando las chicas volvieron del baño, aún estábamos partiéndonos de risa. La noche ya estaba siendo alucinante y tenía la sensación de que la mejor parte aún estaba por llegar.

El presente

Mãe de Deus, qué imagen. El paisaje se desplegaba ante mí en toda su gloria, y cada giro, cada curva de la carretera no hacía más que revelar nuevas e impresionantes vistas. Los picos nevados se recortaban contra el brillante y despejado azul del cielo, tan solo moteado por algunas volutas de nubes en el horizonte, y todo resplandecía bajo el sol otoñal. El exuberante verde de los pinos y los abetos se mezclaba con las tonalidades rojas, amarillas y doradas de los arces, sin contar el resto de la vegetación de la que nunca me había aprendido el nombre. Y a la derecha, el río Skykomish serpenteaba bajo nosotros, con las aguas tan cristalinas como siempre.

Hogar. La palabra zumbaba en mis venas. Aún sentía que este sitio era mi hogar, incluso después de tanto tiempo. Habíamos vuelto unas cuantas veces desde que nos marchamos, pero habían pasado cinco años desde nuestra última visita, que además había sido muy breve.

Ahora que nuestros padres se habían mudado a Brasil, Tomás y yo no teníamos demasiados motivos para volver a Forestville. Algunos de nuestros antiguos compañeros del instituto aún vivían ahí, pero hacía casi treinta años que habíamos abandonado la ciudad, así que incluso esas amistades se habían ido difuminando. Aún nos manteníamos en contacto, por supuesto, pero no éramos tan cercanos como lo habíamos sido antes. Perder a Essex tampoco había ayudado. Nuestro grupo no era el mismo sin él.

Abrí un poco la ventanilla e inhalé la fresca brisa. Señor, incluso olía a hogar. Ese vigorizante aire de la montaña con aroma a pino. Si te adentrabas en las áreas más profundas del bosque podías captar ese *eau de pine*, como lo llamábamos en broma; el inconfundible olor a madera en descomposición, tierra húmeda y hojas secas. Cualquiera podría haberme llamado loco, pero lo adoraba. Deberían intentar hacer una vela con ese aroma en lugar de esas extrañas fragancias de «madera a la deriva» o «colada fresca», lo que coño quiera que significara eso.

—En cualquier momento vas a sacar la cabeza por la ventanilla como solía hacer Boxer —bromeó mi gemelo, que se sentaba a mi lado en la parte de atrás.

—Huele a hogar —dije sin mirarlo.

—Hogar. —Tomás suspiró—. Ese es un concepto curioso, ¿no? ¿Qué es el hogar? ¿Cuándo

empiezas a llamar hogar a un sitio?

Gruñí.

—Joder, es lunes por la mañana. Es demasiado pronto para empezar a filosofar.

No necesité mirar a Tomás para saber que estaba haciendo un gesto de desesperación. Puede que no fuésemos gemelos idénticos, pero podía leerle como a un libro abierto y era capaz de predecir su comportamiento con una alarmante precisión. Por otra parte, él podía hacer lo mismo conmigo. ¿Significaba eso que nos conocíamos de cabo a rabo o era una señal de lo aburridos y predecibles que nos habíamos vuelto? Esas no eran palabras que jamás habría considerado asociar con nosotros, y sin embargo, no pude evitar preguntármelo. Incluso una carrera como la nuestra se volvía rutinaria tras treinta años.

Treinta años. *Meu Deus*, solo de pensar en ello me sentía anciano. Cuarenta y ocho era anciano, ¿no? Comparado con los inocentes chicos de dieciocho años que habían abandonado esa ciudad llenos de sueños, lo era. Había hecho realidad la mayoría de mis aspiraciones, pero de alguna forma, últimamente, todos mis logros habían perdido su lustre. O a lo mejor, solo necesitaba un descanso.

—¿Crees que será raro volver a ver a los padres de Essex? —preguntó Tomás.

—Aceptaron nuestra reserva, así que no es que no quieran volver a vernos.

—O a lo mejor no han reconocido nuestros nombres. —Me limité a alzar una ceja y Tomás rio suavemente—. De acuerdo, las probabilidades de que haya pasado eso son escasas. No mucha gente se llama como nosotros, especialmente, yendo juntos.

—Y eso es lo único que digo. Saben que vamos. Más allá de ahí, no sé.

—Han pasado veinte años desde que murió.

—Me pregunto cómo estará York. Tiene que tener... —Hice el cálculo en mi mente. York, el hermano de Essex, era siete años más joven que nosotros, así que debía tener...—. Cuarenta y uno. Dios Santo, no puedo imaginármelo con cuarenta y un años. La última vez que le vi tendría... —Mierda. La última vez que le vi fue en el funeral de Essex. Tomás y yo estábamos en París cuando nos enteramos y reservamos un vuelo inmediatamente para asistir al entierro. Nuestra agencia se quedó lívida, dado que el viaje había implicado cancelar una lucrativa sesión fotográfica con Gucci, pero Tomás les dejó cristalino que la decisión no estaba abierta a debate. Mi gemelo destacaba en cosas como esas, que era la razón por la que siempre tomaba la mayor parte de las decisiones por los dos.

—Sí. —La voz de Tomás salió rota—. York acababa de entrar en la universidad por aquel entonces. Me pregunto si vendrá a la reunión.

—Es un alumno, así que debería haber recibido la invitación.

—Eso no significa que la haya aceptado. Debe ser duro para él ver a los amigos de su hermano. Demasiados recuerdos de lo que ha perdido.

Ni siquiera podía imaginármelo. Si Tomás muriese, sería como si el suelo desapareciera bajo mis pies. Estaría completamente perdido sin él. Literalmente, de hecho, dado que apestaba leyendo mapas. Bueno, apestaba leyendo en general, pero los mapas eran incluso más difíciles por todos esos nombres raros típicos de la geografía. Nueve de cada diez veces, no tenía ninguna referencia de cómo se suponía que tenía que pronunciarlos, así que no tenía ni idea de lo mucho que estaba destrozando un nombre hasta que alguien me corregía. Gracias a Dios por Google Maps.

—Mira. —Tomás hizo un gesto hacia una señal.

«Forestville, la ciudad más amistosa del Estado de Washington. Población: 2.834».

Vaya. La población había aumentado en los últimos treinta años, aunque no tanto como había

esperado.

El conductor redujo la marcha, claramente buscando la desviación hacia la carretera de las cascadas.

—Está un poco más adelante —le dije.

A nuestra izquierda, pasamos por delante de la tienda de alimentación de la Familia Collins. Habían arreglado la fachada y le habían dado una nueva capa de pintura, pero los colores verdes y amarillos del logo no habían cambiado. Localicé una nueva galería de arte y luego, pasamos frente a la tienda de ultramarinos de Billy, que llevaba en ese mismo sitio desde que tenía memoria.

El viejo Billy había desaparecido hacía mucho tiempo, pero su hijo se había hecho cargo del negocio. Siempre había sido la viva imagen de su padre, incluso de niño, así que parecía que nada había cambiado demasiado. La tienda también albergaba la farmacia y la oficina de correos. Vendían libros, artículos de oficina y una peculiar colección de productos de menaje del hogar. Cualquier cosa que pudieses necesitar, Billy lo tenía, condones incluidos. Sonreí al recordar. El viejo Billy nunca nos delató, ni a nuestros padres ni a nadie. Un buen hombre.

La Iglesia Metodista había pintado de blanco los ladrillos de su edificio, pero aparte de eso, poco más parecía diferente. «Todos son bienvenidos», podía leerse en su señal. ¿Incluiría eso a los gais? No lo había hecho en el pasado, pero las cosas podían haber cambiado.

—Aquí a la derecha está la carretera de las cascadas —dijo Tomás.

El conductor asintió y giró.

Tan pronto como cruzamos el puente nos internamos en el bosque y el asfalto se transformó en un camino de grava. El conductor redujo la marcha y no pude culparlo; ese lujoso coche de ciudad no era el más indicado para conducir por carreteras como esa. Deberíamos haber alquilado un todoterreno apto para el monte.

Seguimos ascendiendo por la montaña, casi engullidos por los árboles y arbustos que tapizaban la tierra. La carretera que llevaba al albergue tenía una parada para disfrutar de la panorámica, un sitio perfecto desde el que tomar fotos que ofrecía una imagen privilegiada del valle, con el río atravesándolo como una resplandeciente cinta azul entre el verde. Ese era el único punto donde habían arrancado algunos árboles para crear un aparcamiento con espacio suficiente para dos vehículos.

Antes de que Tomás y yo nos sacáramos nuestros carnets de conducir y empezáramos a compartir coche, habíamos subido innumerables veces a la montaña con nuestras bicis para salir con Essex, habitualmente acompañados de Auden y Marnin. La bajada siempre había sido más excitante que la subida, y más de una vez nos habíamos estrellado por tomar una curva demasiado rápido o por olvidarnos de frenar en puntos críticos. Era un milagro que todos hubiésemos sobrevivido a eso, aunque si mi memoria no me fallaba, Auden aún conservaba algunas cicatrices en las rodillas por culpa de una aparatosa caída contra la grava. El doctor Everett había tardado dos horas en sacar todas y cada una de las piedrecitas de la herida para limpiar completamente la suciedad, y le había echado una bronca. Pero dos días más tarde, Auden estaba de nuevo sobre su bici.

Dios, por aquella época nos habíamos sentido indestructibles.

¿Sería así toda la visita, con todos esos recuerdos asaltándome? Volver a esta ciudad era como viajar atrás en el tiempo, pero no en el mal sentido. Habíamos vivido una infancia maravillosa en ese pequeño e idílico entorno, y aunque nuestros padres habían llegado como forasteros, se habían hecho su hueco y habíamos sido felices. Solo volvieron a Brasil porque deseaban vivir en un lugar más cálido, dado que ¿los inviernos ahí? Sí, no tan idílicos. No para

mi *mãe*, al menos.

—Ahí está —dijo Tomás cuando el albergue apareció en la distancia.

Era una cabaña de tres plantas que se fundía con el bosque que la rodeaba y tenía el mismo aspecto que había tenido siempre. De alguna forma, eso fue un alivio. Ese lugar contenía recuerdos maravillosos, aunque ahora que Essex no estaba, se habían vuelto algo agridulces.

—No ha cambiado mucho —comenté—. Con suerte, habrán reformado el interior. Esos baños verde menta eran un caso digno de estudio.

—Ahora son blancos y grises, a juzgar por las fotos que he visto online. Pero el resto del interior es bastante parecido a cómo era entonces. Todo madera.

—¿Has cogido las habitaciones que dan a la fachada o al fondo?

Tomás pareció casi ofendido por esa pregunta.

—Al fondo, obviamente.

El albergue tenía dieciocho habitaciones distribuidas en tres plantas: nueve daban a la fachada y otras nueve a la parte de atrás. Desde las frontales se podía vislumbrar el valle que se extendía abajo y la ciudad, pero las del fondo tenían una vista espectacular de las cascadas de Forestville, y el constante y uniforme rumor del agua me había acunado en muchas de las ocasiones que habíamos dormido allí.

El conductor aparcó en uno de los espacios destinados a los huéspedes y apagó el motor.

—Hemos llegado —declaró, como si de alguna forma no nos hubiésemos dado cuenta.

Tomás y yo nos miramos conteniendo la sonrisa.

—Gracias —dijimos al unísono, demasiado educados como para señalar lo obvio.

El conductor salió y comenzó a sacar nuestro equipaje del maletero.

Viajábamos tan a menudo que habíamos perfeccionado el arte de viajar ligero: una maleta mediana para cada uno más una mochila. Eso era todo.

Tomás y yo salimos del vehículo. Estiré los brazos sobre la cabeza y bostecé. El jet-lag no solía molestarme demasiado, pero las nueve horas de diferencia que nos separaban de Europa eran suficientes como para desbaratar incluso mi cuerpo. Necesitaría una siesta un poco más tarde. A lo mejor, algo de comida primero. Y una ducha caliente. Y luego, una siesta.

La puerta principal del albergue se abrió y una mujer salió saludándonos con la mano. La señora Coombe, la madre de Essex. Su pelo, que una vez fue rubio, ahora era completamente plateado, y unas profundas arrugas marcaban su rostro, pero su sonrisa era la misma de siempre. Los padres de Essex había sido una presencia constante durante gran parte de mi infancia, al igual que los padres de Auden —hasta que murió su madre, al menos—. Entre diario estábamos juntos a todas horas y los fines de semana tampoco nos separábamos, rotando entre las tres casas.

La señora Coombe se apresuró a bajar por las escaleras y observé que aún se conservaba fuerte y en forma; al menos, para ser una mujer de setenta y tantos. Abrazó primero a Tomás.

—Es un placer volver a veros, chicos. —Le abandonó y llegó mi turno—. Me alegro mucho de que estéis aquí.

Su abrazo fue tan efusivo como siempre e incluso olía a la misma fragancia floral.

—Gracias por alojarnos —dije cuando se apartó.

—¿Puedo decir que estás espectacular? —dijo Tomás.

Ella rio suavemente.

—Ya veo que no has perdido ese pico de oro tuyo.

Tomás sonrió de par en par.

—No, señora. Sigo igual.

—Bueno, te ha llevado muy lejos, así que difícilmente pudo quejarme. Paul y yo estamos

muy orgullosos de vosotros dos y de las magníficas carreras que os habéis construido. —Su rostro se ensombreció—. Essex también se habría alegrado mucho. Adoró veros triunfar en vuestros comienzos.

—Sí que lo hizo —dijo Tomás—. Nos animó a cada paso del camino, aunque era absolutamente incapaz de entender por qué nos gustaba tanto el modelaje. —Sonrió. Yo no habría podido expresarlo mejor.

—Siempre fue un chico más práctico y directo, que es la razón por la que encajaba tan bien en los Marines. —Su mirada se perdió en la distancia, como si estuviese recordando el pasado.

—Adoraba ser un Marine —dijo—. Estaba muy orgulloso de poder servir a su país.

—Lo estaba —dijo ella inhalando temblorosamente—. Es difícil ver cómo vuelven todos para la reunión y no tenerle aquí, ¿sabéis?

Apoyé una mano sobre su hombro.

—Siempre le echaremos de menos. Espero que lo sepas. No nos hemos olvidado de él.

Ella sonrió a través de las lágrimas que comenzaron a empañar sus ojos.

—Lo sé. Y gracias por enviar flores a su tumba todos los años por su cumpleaños. Para Paul y para mí significa un mundo que penséis en él.

¿Qué podía responder a eso? «Es un placer» parecía terriblemente inapropiado, así que no dije nada y apreté su hombro.

—De igual forma, entrad, chicos. Vuestros habitaciones están preparadas.

Y con eso, la señora Coombe se giró y comenzó a avanzar hacia el albergue.

Tomás dio una propina al conductor y luego, la seguimos hasta las escaleras que daban a la puerta principal, de vuelta al pasado.

Estaba silbando al ritmo de la melodía de rock clásico que se derramaba por mi radio mientras desempaquetaba los azulejos que tendría que instalar en las paredes. Oh, sí, esos azulejos alargados y blancos, combinados con la cenefa gris oscuro, quedarían impresionantes en ese baño. Además, hacían que el espacio pareciese más amplio, lo que nunca era mala idea en cubículos tan pequeños.

La señora Coombe —que seguía insistiendo en que la llamara Violet, algo que no iba a pasar en absoluto—, no había estado del todo segura de que esa combinación fuese a funcionar, temiendo que no encajaría con el estilo rústico del albergue. Podía entenderlo, por supuesto, pero los baños rústicos eran cosa del pasado. Aunque los huéspedes apreciaran el aspecto tradicional de la cabaña, querían comodidad en sus instalaciones. Además, alicatar todas las paredes facilitaría enormemente la limpieza y al final, ese había sido el argumento que había terminado por convencerla.

A lo largo de las últimas semanas había estado remodelando todos los baños uno a uno, y este era el último. Era el más pequeño y el que tenía la planta más extraña, dado que las paredes estaban ligeramente inclinadas hacia dentro y el suelo estaba desnivelado. Lo había igualado tanto como me había sido posible, pero aún tendría que prestar atención para instalar bien los azulejos. La buena noticia era que, tras renovar diecisiete baños del tirón, me había convertido en una especie de experto alicatando. Nunca había sido mi trabajo favorito —y joder, estaba convencido de que nunca lo sería—, pero al menos, confiaba en mi destreza.

Tarareando *Living on a Prayer*, de *Bon Jovi*, me aseguré de que tenía todo lo que iba a necesitar y comprobé por segunda vez que había suficiente escayola, dado que era de un atípico tono oscuro similar al de la cenefa gris de los azulejos. *Sip*, eso debería bastar. De acuerdo, un café, un aperitivo y una rápida visita al baño, y estaría listo. Una vez empezara, quería seguir ininterrumpidamente hasta terminar.

Me serví una taza del termo que la señora Combee había rellenado amablemente para mí —hacían un característico café aromatizado con avellana, que era un brebaje sencillamente alucinante—, y me dispuse a disfrutar de una magdalena de arándanos. A insistencia de ella —que también había querido asegurarse de que tuviese comida suficiente—, Ennio, el excelente cocinero del albergue, me había horneado unas cuantas magdalenas para hoy, y Señor, estaban exquisitas y deliciosamente esponjosas.

Ennio, la alegría personificada, adoraba asegurarse de que todo el mundo a su alrededor

contara con sus comidas favoritas, y descubrió muy rápido mi debilidad por el dulce. Su pan de plátano estaba para morirse y ya le había ofrecido mi mano en matrimonio para que me diese la receta. Lamentablemente, no había mordido el anzuelo, aunque estaba más que encantado de flirtear conmigo. Y joder, era un profesional. Ese hombre sabía cómo ligar y tenía un enorme arsenal de jugadas bajo la manga. Muchas más de las que yo habría podido adquirir en mi vida.

Me había planteado el liarme con él, pero parecía una mala idea mientras estuviese trabajando ahí, así que no había hecho ningún avance. La oferta de hombres era escasa en la ciudad, por lo que a veces, cuando la necesidad de echar un polvo se volvía tan acuciante que no podía ignorarla, me escapaba un fin de semana a Seattle. Pero si Ennio estuviese dispuesto a pasar un tiempo despreocupadamente entre las sábanas conmigo, sin ataduras, sería mucho mejor. ¿O todo ese flirteo era puro teatro, algo que hacía con todos los hombres gais? Un hombre tan guapo como él podría conseguir a alguien mucho mejor que yo. Mi aspecto no estaba a su altura, por decirlo suavemente.

De acuerdo, sería mejor que empezase a mover el culo si quería tenerlo todo terminado antes de que oscureciera. Me terminé la magdalena y decidí tomarme el resto del café después, aunque sí que necesitaría hacer una visita al baño. La señora Coombe me había informado de que la habitación contigua estaba vacía y que podía hacer uso de ella, así que entré abruptamente en el cuarto.

Al ver una maleta abierta sobre el banco destinado a ella, paré en seco. Mierda. La habitación estaba ocupada. Antes de que pudiese girarme para salir apresuradamente de allí, la puerta del baño se abrió dejando escapar una vaharada de vapor y un hombre apareció ante mí, completamente desnudo, secándose el pelo con una toalla que cubría la mayor parte de su cara.

Joder, era magnífico. Piel morena, con el cuerpo esculpido como un Dios, piernas infinitas, una tableta de chocolate real y el vello corporal plateado más sexy que había visto nunca. Su polla se balanceaba suavemente mientras avanzaba y se me hizo la boca agua.

Mierda. Necesitaba...

Necesitaba hacer algo, pero mi mente se había quedado en blanco y solo pude quedarme ahí, completamente petrificado. El hombre dejó caer la toalla, alzó los ojos y nuestras miradas se encontraron.

Perdí el aliento. Dios Santo. Tiago Banner. Lo reconocí al instante. Había entrado en la habitación de uno de los supermodelos más famosos del jodido mundo y cada milímetro de ese glorioso cuerpo estaba completamente expuesto.

Todas las células de mi ser eran conscientes de su presencia a un nivel casi molecular. Me sentía irresistiblemente atraído hacia él y parecía que mi cuerpo solo deseaba gravitar hacia el suyo. ¿Atracción instantánea? Ya la había experimentado. ¿Pero con esta intensidad, esta lujuria que sentía palpar en mis venas y que llenó mi polla al instante? No, eso era completamente nuevo. Le deseaba. Le deseaba como no había deseado nunca a nadie y la sensación era sobrecogedora.

No es que tuviese la más mínima esperanza de estar siquiera en su liga. Era Tiago Banner, por el amor de Dios, y el mundo le veneraba. Puede que ni siquiera fuese digno de besar sus pies, que eran preciosos también, por cierto. Jamás había pensado que los pies pudieran ser sexis, pero los suyos claramente lo eran. Una miríada de perversiones completamente nuevas que nunca me habían seducido antes comenzaron a aparecer en mi mente.

Él alzó una ceja.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—No. Quiero decir, sí. Soy... —Respira, joder. Inspiré casi desesperadamente y mis

pulmones se llenaron de nuevo—. He entrado y te he encontrado. Desnudo. No sabía que había alguien alojado aquí. La habitación ha estado vacía desde que empecé a trabajar aquí hace unas semanas y... Lo siento. Debería haber empezado por ahí. Sí. Lo siento. No he llamado ni nada. No quería pillarte así. Desnudo.

Tiago rio suavemente con la mirada aún clavada en la mía. Habitualmente, ese era el momento en el que la gente se quedaba mirando un poco demasiado tiempo mis cicatrices, pero él no lo hizo.

—Parece que te has quedado ligeramente atascado en lo de desnudo.

—¿Puedes culparme? Quiero decir... —Hice un gesto hacia su cuerpo, pero las palabras no se materializaron en mi mente.

Él se encogió de hombros.

—Es solo un cuerpo. Actúas como si nunca antes hubieses visto a un hombre desnudo.

—Lo he hecho. Muchos, de hecho, lo que es algo bueno, teniendo en cuenta que soy gay. — Por Dios Santo, ¿pero qué cojones estaba diciendo? Con cada palabra cavaba una fosa más profunda.

Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro y el brillo en sus ojos me dijo que se estaba divirtiendo con la situación.

—Entonces, ¿por qué tanto alboroto con verme desnudo?

—Porque tú eres Tiago Banner. Tu cuerpo es absolutamente perfecto.

Su sonrisa se desvaneció.

—Gracias. Aun así, ninguna ofensa por mi parte.

¿Había dicho algo malo? Por mi vida que no podía imaginar el qué. Los cumplidos sobre su cuerpo no podían incomodarlo, ¿verdad? No, con su carrera.

Tragué.

—Gracias por entenderlo. A la señora Coombe le daría un ataque si se enterase.

Tiago hizo una mueca.

—Me inclinaría por intentar mantener esto entre nosotros. La conozco desde que era pequeño y hay cosas que preferiría que no supiese, si te parece bien.

De repente, esa frase caló en mi cerebro. Forestville era la ciudad natal de Tiago. Había nacido y se había criado ahí.

—Has vuelto para la reunión del instituto.

Él asintió y alzó un puño.

—¡Vamos, Foxes! —Luego, inclinó la cabeza a un lado—. ¿Asististe al colegio aquí? No te reconozco.

Resoplé.

—No quiero ser grosero, pero te graduaste antes de que yo naciera.

Se llevó una mano al pecho como si le hubiese disparado.

—Auch.

—¿Lo siento? Pero de igual forma, soy de Seattle. Me mudé aquí hace cuatro años. La señora Coombe me contrató para renovar la sala de estar principal y el salón, y tras pasar un par de meses en la ciudad, decidí quedarme. Soy contratista, en caso de que haya olvidado mencionarlo.

—Me lo he imaginado, teniendo en cuenta tu atuendo.

Bajé la mirada y estudié mis desgastados vaqueros, que ahora estaban cubiertos de pintura y del polvo blanco de los azulejos; mi cinturón de herramientas, que rara vez me quitaba; los protectores de rodilla, que hacían más cómodo el trabajar sobre los suelos de cemento; y mis viejas y leales botas de trabajo. Por último, pero no menos importante, mi sencilla camiseta

blanca, igualmente cubierta de manchas, completaba el conjunto. Si había albergado alguna esperanza de que Tiago se sintiera atraído hacia mí, en ese instante se esfumó por completo. *Fusss*, evaporada. Nada en mí exclamaba sexy.

—Sí, no es exactamente el último grito de las pasarelas.

—¿Y por qué te pondrías algo así para trabajar? Confía en mí, la mayor parte de la ropa con la que modelamos es poco práctica y nunca me vestiría así en privado.

Esa respuesta fue muy amable por su parte y me hizo sentir mucho mejor.

Tiago parecía imperturbable, ahí de pie, desnudo, mientras que mis mejillas probablemente seguían completamente rojas y estaba esforzándome enormemente para impedir que mis ojos vagaran por su cuerpo.

Me aclaré la garganta.

—De igual forma, me iré para que puedas vestirme y hacer tus cosas.

Él rio suavemente, y el grave y melodioso sonido recorrió la habitación.

—Aún parece obsesionado con mi falta de ropa.

Joder, ¿se había dado cuenta? Espera, no. Lo decía porque había mencionado lo de vestirse, no por lo difícil que me estaba resultando apartar la vista de él.

—No obsesionado, solo que no quiero que te resfríes.

—¿Quién se va a resfriar? —dijo alguien a mi espalda.

Me giré de golpe.

Tomás Banner, la otra mitad de los gemelos más famosos del mundo. Quería morirme ahí mismo, joder. ¿Dónde estaba ese agujero para que me tragara la tierra cuando lo necesitaba? Solo necesitaba un agujero minúsculo, algo local.

Tomás me miró lenta y concienzudamente y luego, me dedicó su característica sonrisa, sexy y sensual. El sudor estalló en mi cuerpo. Señor, como si aún no me hubiese avergonzado lo suficiente. Un Banner había bastado para desconectar temporalmente mi cerebro, pero dos era demasiado para gestionar. Tomás frió las últimas neuronas que aún se mantenían en funcionamiento.

—Hola —me saludó—. ¿Disfrutando la vista?

Toda la saliva del mundo habría sido incapaz de humedecer mi boca.

—Sí. Quiero decir, no. No era mi intención... —Hice un vago gesto con la mano.

—Ha entrado cuando estaba saliendo de la ducha —dijo Tiago, y la diversión era evidente en su voz.

—Accidentalmente —le corregí—. Te has dejado lo de accidentalmente.

—Accidentalmente —dijo Tiago conteniendo la risa.

Tomás sonrió.

—Bueno, esa es una sincronización excelente por tu parte.

¿Era mi imaginación o estaba flirteando? *Nah*, estaba delirando. A lo mejor, ese era otro de los efectos que me provocaban esos hombres. Nadie en su sano juicio flirtearía conmigo, especialmente un hombre tan atractivo como Tomás. O Tiago, para el caso. Eran lo suficientemente distintos como para poder diferenciarlos, pero lo suficientemente idénticos como para que quedase cristalino que eran gemelos.

—Juro que no he sincronizado nada —me apresuré a decir—. Esta habitación llevaba semanas vacía y necesitaba usar el baño. No sabía que había alguien alojado aquí. La señora Coombe no me dijo nada de que la habitación fuese a estar ocupada.

—Estoy en la habitación contigua. —Tomás me guiñó un ojo—. En caso de que también quieras entrar accidentalmente cuando esté allí.

Joder, ¿cómo cojones se suponía que tenía que responder a eso? Tenía que ser un tonto por compasión, claro, pero aun así tenía que decir algo. Preferiblemente, algo ingenioso, pero por supuesto mi cerebro estaba en blanco.

—Lo tendré en mente. Gracias. —No me atreví a guiñarle de vuelta. Incluso antes del accidente mi capacidad para flirtear había sido débil como mucho. Nunca, nunca, podría hacer que funcionara un gesto tan seductor como ese. Joder, no. Ni siquiera iba a intentarlo. Probablemente, parecería que se me había metido algo en el ojo.

—Soy Tomás —dijo, extendiendo una mano hacia mí.

Comprobé rápidamente que la mía estaba limpia antes de aceptarla.

—Cas Sicotte. Sé quién eres, obviamente.

—Nuestra fama nos precede de nuevo —dijo Tiago. Por alguna razón, no parecía contento con ello. Caminó hasta su maleta y cogió unos calzoncillos.

Esa era mi señal para irme. Joder, debería haber salido de esa habitación hacía cinco minutos, al menos, pero ahí estaba, aún avergonzándome a mí mismo.

—Encantado de haberos conocido, incluso bajo esta... desafortunada circunstancia. No es que verte desnudo haya sido desafortunado, pero... —Inspiré profundamente—. Y ahora, me voy. —Me despedí con un torpe gesto de mano en dirección a Tiago, pasé por delante de un jovial Tomás y luego, casi corrí hasta la puerta, salí al pasillo y me escondí en la habitación en la que había estado trabajando, cerrando tras de mí. Me incliné contra la pared y gruñí. ¿Podría haberme avergonzado más a mí mismo si lo hubiese intentado? Señor, había balbuceado como un auténtico estúpido, soltando una idiotez tras otra.

Pero Tiago me había deslumbrado; el hombre era jodidamente perfecto. Había visto muchas fotos de él a lo largo de mi vida, pero ninguna de ellas podía compararse a contemplarlo en carne y hueso. Aunque, para ser completamente sinceros, ese vídeo sexual que se filtró de él hacía unos años le había mostrado en toda su gloria, incluida su impresionante polla. En él, debía haber estado en la treintena, y a pesar de lo granuloso de la imagen, había sido terriblemente erótico verle follando a otro hombre. Me había masturbado con esa grabación múltiples veces, y ahora que le había conocido me sentía como un auténtico perverso.

En mi defensa, lo vi cuando tenía quince años y aún no había entendido por completo el concepto de consentimiento. No fue hasta años más tarde cuando me enteré de que uno de sus ex había vendido ese vídeo sin su permiso en un intento por arruinar su imagen, y una vez lo supe, nunca volví a verlo.

Sinceramente, Tiago me parecía incluso más atractivo ahora. Su pelo, que había sido negro como un cuervo, ahora estaba salpicado de plata, y lo mismo podía decirse de su corta barba. Llevaba los ondulados rizos perfectamente estilados para darles ese aire descuidado que algunos hombres podían esgrimir sin esfuerzo. Y ahora que había visto su pecho y sabía que el vello también era plateado ahí... Joder, ¿cómo de erótico era eso?

Y sus tatuajes eran épicos. Los diseños que decoraban ambos bíceps acentuaban las perfectas líneas de sus músculos. Perno de brazos, lo llamaba mi amiga Jess, y no estaba equivocada. Los brazos de Tiago eran, definitivamente, algo por lo que babear, y ahora que tenía un poco de privacidad, podía recordarlos en detalle a mi antojo.

Su hermano tampoco era desagradable a la vista. Tenían un aspecto parecido y la misma complexión, aunque su pose característica era más sensual y descarada que la de Tiago.

Suspiré suavemente. De acuerdo, basta de seguir fantaseando despierto con los hermanos Banner. Los gemelos eran el epítome de «hombres completamente fuera de mi alcance». Soñar y babear estaba bien, pero eso era lo único que podía pasar, preferiblemente desde una distancia

prudencial para impedir avergonzarme a mí mismo de nuevo.

Era hora de alicatar. Di un último sorbo al café y volví al trabajo. No fue hasta media hora más tarde, cuando estaba a mitad de la obra, que me di cuenta de que al final, no había usado el baño.

Joder.

Unas horas después de ese breve y delicioso encuentro con Cas, nos dispusimos a salir del albergue. Habíamos quedado en el taller de Walter —que estaba frente a la tienda de Billy, pero al lado opuesto del río— para recoger el coche que habíamos alquilado, y la señora Coombe se ofreció a acercarnos.

Tras el largo vuelo desde París, no habíamos querido recorrer por nuestra cuenta el trayecto que separaba el aeropuerto Sea-Tac de Forestville, temerosos de estar demasiado cansados como para conducir. Pero tras una siesta en el albergue, ambos nos sentíamos lo suficientemente despejados como para explorar un poco. Habíamos pagado generosamente a un tipo para que dejara el coche de alquiler en el Walter, y cuando llegamos al taller, ahí estaba, esperando para nosotros, abierto y con las llaves puestas en el contacto. La América rural. Tenías que adorarla.

El taller de Walter también albergaba la única gasolinera de la ciudad y saludé con la mano a la dependienta que se encontraba en la caseta mientras entraba en el vehículo. La joven de pelo oscuro nos sonrió y se despidió con idéntico gesto cuando nos alejamos.

—Primero, iremos a ver a Auden —dijo Tomás—. Me dijo que nos encontráramos con él en su oficina.

—¿Marnin ya está en la ciudad? —pregunté.

—Ni idea, pero si lo está, te apuesto lo que quieras a que se quedará a dormir donde Auden.

Tenía cierta razón ahí. Auden y Marnin siempre habían tenido una relación muy estrecha, lo que era un tanto irónico, teniendo en cuenta que el padre de Auden había arrestado al padre de Marnin en innumerables ocasiones. Eso había creado una especie de vínculo entre ellos y asumí que aún se mantenía intacto. Con Auden viviendo en la ciudad y Marnin asentado en Seattle, tenían muchas oportunidades de quedar.

Aparcamos frente a la oficina del Sheriff, que estaba convenientemente ubicada al lado del bar *Four Foxes*, aunque todo el mundo lo llamaba Doble F. No tenía ni idea del porqué, dado que no era mucho más corto, pero lo que fuera.

Cuando entramos, Auden estaba inclinado sobre su escritorio, con una expresión puramente oficial y vestido con su uniforme, que le hacía atractivo de cojones. Ya había sido guapo en el instituto, pero ahora se había convertido en un jodido zorro plateado muy sexy.

—Oh, Señor, miraos —exclamó al vernos con una enorme sonrisa.

Se acercó primero a Tomás y lo envolvió en uno de esos abrazos de oso, cálidos y afectuosos. Ese era Auden. Siempre le había gustado abrazar.

Yo fui el siguiente, y me alzó directamente del suelo. Joder, era fuerte. Y alto, a sus uno noventa y poco. Había vivido el estirón antes que ninguno y se había pasado toda nuestra adolescencia restregándonoslo por la cara. Yo me había quedado en el metro ochenta, la altura perfecta para un modelo, y mi hermano apenas me sacaba unos centímetros.

—Es un jodido placer volver a veros. —Auden me dejó en el suelo—. Ha pasado demasiado tiempo. Y Dios, tenéis un aspecto increíble.

—Tú tampoco estás nada mal, Sheriff —dije, inclinando un imaginario sombrero.

Auden me sonrió de par en par y luego se giró hacia los dos hombres uniformados con los que había estado hablando antes de que entráramos.

—Estos son mis ayudantes, Marcus Rizzi y Waylen Byrne. Chicos, os presento a Tomás y Tiago Banner, nuestros alumnos mundialmente famosos.

Estrechamos las manos y ambos murmuraron algo avergonzadamente, claramente un tanto conmocionados. No tanto como lo había estado Cas, sin embargo. Sonreí al recordar al turbado contratista, de pie, en medio de la habitación, congelado en el sitio como un ciervo frente a los faros de un coche. No me había molestado, realmente. Tras tanto tiempo en el modelaje, había perdido todo recato y no podía importarme menos que alguien me viera desnudo.

Pero su reacción había sido adorable. Casi tanto como él. Puede que el hombre hubiese admirado mi cuerpo, pero yo también había aprovechado la oportunidad para admirar el suyo. Y joder, llenaba maravillosamente esos vaqueros y sus muslos eran de una belleza digna de admirar. Cuando se había dado la vuelta para marcharse, había apreciado concienzudamente ese redondo y firme trasero. Pura perfección. No me habría importado examinarle un poco más de cerca en detalle. Tal vez, en un futuro, y preferiblemente, con él tan desnudo como lo había estado yo. ¿Estaría dispuesto a eso? La atracción estaba ahí, no había duda, y habría apostado una enorme suma de dinero a que tendríamos una buena química sexual.

Auden se frotó las manos y volví a concentrarme en el presente.

—He cedido todas mis responsabilidades a estos dos, así que soy todo vuestro. Marnin está en mi casa esperando a que le recojamos.

Ah, Tomás había adivinado correctamente, entonces.

—Perfecto —dijimos Tomás y yo al unísono.

Hice un gesto de desesperación. A veces, estar tan sincronizados era muy útil, pero no siempre apreciaba el sonar como el loro de Tomás.

—¿Habéis conducido hasta aquí? —Auden cogió su chaqueta e hizo un gesto de despedida hacia una mujer que estaba sentada en otra parte de la oficina, tras una pared de cristal. Llevaba unos auriculares y parecía ocupada al teléfono.

—¿Pensabas que vendríamos haciendo senderismo desde el albergue? —reí.

Auden abrió la puerta y la sostuvo para nosotros.

—No está tan lejos, ¿sabes? En total son, a lo mejor... ¿Cuánto?, ¿cinco kilómetros?

—Sí, y dos de esos son cuesta abajo —solté—. No, gracias. No quiero tener agujetas en las pantorrillas el resto de la semana.

—Te diría que lo que necesitas es pasar más tiempo en el gimnasio si andar cinco kilómetros cuesta abajo te provoca agujetas, pero luego miro la forma en la que estás y *no*, no voy a hacer ningún maldito comentario.

Yo también estaba apreciando las vistas. Auden siempre había sido el más corpulento de nuestro pequeño grupo, y eso no había cambiado. Su uniforme se ceñía sobre su amplio pecho y las mangas marcaban sus enormes bíceps. Era terriblemente seductor. El hombre era tan heterosexual como alguien podía serlo, pero eso no significaba que yo estuviese ciego.

—Iré contigo —dijo Tomás a Auden, decidiendo por los dos como hacía habitualmente—. Tiago puede llevar nuestro coche.

—Pero necesitaré una dirección —dije.

—Vivo al final de la calle del colegio, la casa azul a la izquierda —dijo Auden—. Es imposible perderse.

—Perfecto. Entonces, os veré allí.

Tomás entró en el intimidante vehículo del Sheriff, un todoterreno de gran altura con una barra al frente, las ubicuas luces del techo y probablemente alguna que otra parafernalia de la que no era consciente.

Ver a Auden en su rol de Sheriff seguía siendo una pasada. Siempre había querido seguir los pasos de su padre, pero había tenido que ser paciente y esperar a que se jubilara. Como Essex, Auden había servido en el ejército, aunque en su caso, en la Armada. No estaba completamente seguro de qué había hecho tras eso —sabía que involucraba la universidad, dado que tenía un grado en psicología—, pero debía de haberle ayudado a establecer unas buenas credenciales porque ahí estaba.

Seguí el coche de Auden, aunque no lo necesitaba. Podría haber encontrado fácilmente el camino a su casa por mí mismo. La calle del colegio seguía siendo demasiado familiar, y conduje lentamente, aprovechando para mirar por la ventanilla cuando pasamos frente al edificio que alojaba las aulas de secundaria, el instituto y el campo deportivo compartido que había tras ellos. ¿Cuántas horas habíamos pasado allí, jugando y saliendo? Ese lugar contenía muchos recuerdos.

«Bienvenidos, alumnos del instituto de Forestville», rezaba una pancarta. Bajo ella, colgaba una bandera amarilla masiva con la foto del entrenador Keeling y un cartel que decía: «Feliz jubilación, entrenador Keeling». Hice una mueca. Ese hombre había sido un entrenador excelente —y varios de nuestros equipos cosecharon un éxito asombroso gracias a él, a pesar del pequeño tamaño de nuestra escuela—, pero también había sido un capullo homófobo. Suponía que a la escuela no le había importado demasiado ese detalle, dado que habían decidido honrar su jubilación con la primera reunión de antiguos alumnos de la historia de Forestville.

La casa de Auden estaba pintada de azul claro, con las contraventanas del mismo color, pero en un tono más oscuro. Adoré lo que había hecho con el sitio. Tenía un pequeño césped frontal, ahora cubierto por hojas secas, y unas áster rosas, blancas y púrpura proveían estallidos de color a lo largo del camino que daba a la puerta principal. La señora Ocean había vivido ahí, y su jardín siempre había sido una fuente de orgullo y alegría para ella. ¿Aún seguía viva? Tendría que preguntar a Auden.

Aparqué tras ellos, y antes de que pudiera salir del coche, la puerta principal se abrió y Marnin apareció en las escaleras, vestido con unos vaqueros rotos y una camiseta ajustada negra. No tenía el aspecto de exitoso CTO de una compañía tecnológica de la que nunca recordaba el nombre, pero colega, me alegraba mucho de verlo.

Se apresuró hacia mi coche, y apenas salí, me envolvió en un fuerte abrazo. Estreché su cuerpo entre mis brazos y me incliné contra él, sintiendo que mis ojos comenzaban a humedecerse de repente. Joder, aún usaba *Sauvage*, de Dior, y los recuerdos de lo que habíamos compartido me asaltaron.

—Es un placer verte, *querido* —dije—. Dios, te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos, joder. Ha pasado demasiado tiempo.

Cuando finalmente le dejé ir, Marnin estaba tan emocionado como yo y de alguna forma, eso me afectó profundamente. Apoyé una mano sobre su mejilla.

—Tendremos que pasar algo de tiempo juntos esta semana.

Alzó una ceja.

—¿Intentabas que sonara sexy? Porque lo ha hecho.

Reí suavemente.

—Vamos a ponernos al día antes, y después, ya veremos.

—Me gusta cómo suena eso. —Se inclinó y me dio un rápido beso en los labios—. Tenía curiosidad por saber si aún lo teníamos —sonrió.

—Oh, confío en nosotros. Siempre fuimos una buena combinación. —Le guiñé un ojo.

—¿Qué estáis susurrando vosotros dos? —preguntó Tomás.

Marnin se apartó de mí, se giró hacia mi hermano y le abrazó.

—Me alegro mucho de verte —dijo, pero su abrazo fue más breve que el nuestro.

Tomás me lanzó una mirada llena de curiosidad que decidí ignorar. Puede que fuese mi gemelo, pero eso no significaba que le contase todo, y Marnin era un tema que había mantenido en secreto durante años. Lo que había entre él y yo no era cosa de nadie, salvo nuestra.

—Venga, entrad —dijo Auden, y todos le seguimos al interior de la casa.

—Este sitio parece mucho más grande ahora —comentó Tomás cuando llegamos al salón.

Auden sonrió.

—¿Quieres decir sin toda la mierda que la señora Ocean se las había apañado para meter aquí dentro? Colega, no había ni un milímetro de espacio vacío, te lo juro. Los de la mudanza tardaron dos días enteros en empaquetar todo.

—¿Dónde se ha mudado? —pregunté—. ¿Acaso sigue viva?

Auden asintió.

—Tiene ochenta y ocho años, si no recuerdo mal, y se ha mudado a los apartamentos de nueva construcción para personas mayores de la calle River. Tienen una cocina central que se encarga de hacer todas las comidas y hay un enfermero registrado las veinticuatro horas del día, los siete días a la semana. También han instalado unos botones de alarma en cada apartamento para casos de emergencia. Ha demostrado ser algo maravilloso para nuestros mayores, porque pueden mantener su independencia mientras alguien cuida de ellos.

Negué lentamente con la cabeza.

—Mírate, siendo todo un adulto responsable que sabe lo que pasa en su propia ciudad.

Auden se encogió de hombros.

—Es parte de mi trabajo.

Sacó unas bebidas de la nevera y nos acomodamos en el salón como auténticos señores. Cómo habían cambiado los tiempos.

—Pero te encanta estar aquí, ¿no? —dijo Marnin a Auden.

—Cierto. ¿Qué puedo decir? La vida en una pequeña ciudad funciona para mí.

—¿Incluso después del divorcio? —preguntó Tomás—. Porque han pasado... ¿Cuánto?, ¿cuatro años?

—Cinco —le corrigió Auden—. Y sí, a lo mejor, incluso más. Quiero que mis chicas tengan la misma infancia que tuve yo; que crezcan en un sitio donde la gente las conoce y se sienten seguras. Además, comparto la custodia al cincuenta por ciento con Tricia. Alejarme de aquí cambiaría las cosas. Y eso no va a pasar.

—¿Tienes a tus hijas la mitad del tiempo? —Estaba sorprendido por ese acuerdo. La mayoría de los hombres divorciados que conocía solo veían a sus hijos los fines de semana, si acaso, o unas cuantas semanas en verano.

Auden asintió.

—Quería ser parte de sus vidas, ¿sabes? No quería ser el padre de los fines de semana, así

que acordamos un calendario de una semana cada uno y las niñas cambian de casa cada viernes noche. Tricia vive justo enfrente, así que solo tienen que cruzar la calle, y si me llaman de la central mientras están conmigo, está cerca por si la necesito. Pero Violet ya tiene catorce y Dani, doce, así que son bastante independientes.

—Eso es alucinante —dije, y lo decía en serio.

—Aún somos buenos amigos. No funcionó para nosotros a la larga, pero eso no significa que nos odiamos. Está saliendo con Jason Rock. ¿Os acordáis de él?

¿No había estado dos cursos por delante de nosotros en el instituto? No podía haber muchos hombres con ese nombre.

—¿El *quarterback*? —pregunté.

—*Sip*, el mismo. Es dueño de una compañía que organiza escapadas al aire libre. Ofrece rutas de senderismo, rafting, escalada y todas esas aventuras de riesgo. Bastante exitoso, por lo que tengo entendido. Es un buen tipo y me alegro mucho por ella.

—¿Ninguna mujer nueva para ti?

Rio.

—No hay muchas mujeres solteras disponibles por aquí, desafortunadamente. He ido a unas cuantas citas, pero ninguna de ellas fue más allá de eso.

Marnin resopló.

—¿Citas? ¿Y qué hay de simples polvos? Ya sabes, todo eso de *Bang-Bang-Gracias, querida dama*. O caballero. Lo que sea. Ya sabéis que soy de dar oportunidades a todos.

—¿Significa eso que aún sigues abriéndote camino a polvos por Seattle? —preguntó Tomás con una sonrisa.

—Joder, sí. Hay muchos peces en ese mar. Nunca he tenido problemas para pescar algo.

No tuve que esforzarme mucho para saber el porqué. Puede que hubiese envejecido desde la última vez que nos vimos, pero Marnin aún era sexy y cuidaba bien de sí mismo. Además, el hombre siempre había sido un amante generoso y considerado, que se enfocaba en el placer de su pareja —o parejas, dado que estaba seguro de que había hecho algunos tríos— tanto como en el suyo propio.

—¿Y qué hay de vosotros dos? —Auden hizo un gesto abarcándonos a Tomás y a mí—. ¿Aún seguís solteros?

Asentí.

—Nada que reportar por mi parte, desgraciadamente.

—¿Desgraciadamente? —dijo Marnin—. Eso implica que estás buscando algo.

—No me importaría encontrar a alguien —admití—, pero con la vida que llevamos, no es fácil. El negocio del modelaje es duro, y también superficial. Lo último que querría es salir con alguien que forme parte de ese mundo.

Auden frunció el ceño.

—Suena a que estás cansado de ello.

Miré rápidamente a Tomás, pero su expresión era indescifrable. Si a estas alturas no se había dado cuenta de cómo me sentía es que no había estado prestando atención.

—Supongo que lo estoy —admití—. En algún momento, se ha vuelto aburrido.

—¿Ser famoso y viajar por el mundo se ha vuelto aburrido? —Marnin parecía no dar crédito a lo que oía.

—No es tan glamuroso como piensas —dije suavemente—. El modelaje es un trabajo exigente y tiene un montón de inconvenientes. Y la fama también tiene su lado oscuro. El dinero está muy bien, por supuesto, pero no tener un hogar real no es fácil.

—Pensé que teníais un apartamento en París —dijo Auden.

—Y lo tenemos. Y otro en Río de Janeiro, también. Pero eso no es un hogar. Hogar es... — ¿Cómo podía explicárselo? Me giré hacia Marnin—. ¿Qué consideras tú tu hogar: Seattle o Forestville?

Marnin vaciló y luego frunció el ceño.

—Te habría contestado que Seattle, pero supongo que aún siento una profunda conexión con este sitio. O a lo mejor, eso depende de tu definición de hogar. Es decir, ¿a qué te refieres con hogar?

Tomás también me había planteado esa pregunta. A lo mejor, me había apresurado demasiado al desecharla. ¿A qué me refería con hogar? Lo ponderé por un momento.

—Supongo que es el sitio en donde realmente puedes ser tú mismo, donde no necesitas ponerte una máscara o pretender ser alguien que no eres. Es... no sé. Un olor que reconoces y que te dice que perteneces ahí; los sonidos, tan familiares que solo adviertes su presencia cuando te has ido por un tiempo. Son pilas de ropa esperando a ser doblada en tu dormitorio, cajas de pizza vacías, no tener que ingresar en tu cuenta de Netflix o Apple TV cada vez que quieras ver algo... Es conocer cada crujido del suelo, cada esquina donde la pintura se está descascarillando y cada baldosa suelta. Pero por encima de todo, es una sensación. La sensación de estar seguro, de ser amado y... Hogar.

—Joder. —Auden suspiró—. Eso ha sido inspirador, colega.

¿Inspirador? A lo mejor. Pero decirlo en voz alta me hizo darme cuenta de que no me había sentido en mi hogar en mucho tiempo, tal vez desde el día en que abandoné Forestville. Y ¿cómo de triste era eso?

Terminar un trabajo siempre me dejaba con una sensación agri dulce, aunque eso me pasaba con unos más que con otros. Había tenido proyectos cuya terminación solo me había provocado euforia, pero otros, como la renovación de los baños del albergue, me dejaban melancólico. Esa obra me había mantenido ocupado durante unos sólidos dos meses, y habían sido buenos. La señora Coombe era la clienta perfecta, y adoraba trabajar para ella. Con suerte, tendría más reformas para mí en el futuro.

Llevé todas las herramientas y los materiales que me habían sobrado a la camioneta y comencé a apilar todo cuidadosamente. Había dejado una caja de azulejos en su almacén por si alguno de los que había instalado resultaba dañado, pero aun así, me habían sobrado dos cajas más que tendría que llevarme conmigo junto con la escayola, la silicona y las molduras. Aseguré todos los materiales en la cama con unas correas y luego bajé del vehículo.

—¿Has terminado por hoy?

Cerré el pestillo de la puerta con firmeza y me giré hacia Ennio.

—Sip. He terminado por completo, de hecho. Al menos, por ahora. El último baño está finiquitado, así que eso es todo.

—Oh, no lo sabía. ¿La señora Coombe no tenía nada más para ti?

—No, que me haya mencionado. —Fruncí el ceño—. Puede que sea una pregunta estúpida, pero ¿por qué la gente solo la menciona a ella cuando habla del albergue? ¿El señor Coombe no está involucrado en el negocio?

El rostro de Ennio se tensó.

—No, desde que falleció su hijo. Siempre han llevado el negocio juntos, pero al señor Coombe le está resultando difícil recuperarse de la muerte de Essex. Sufre brotes de depresión.

Era desolador. Debía de haber pasado hace poco si aún estaba tan profundamente dolido.

—¿Cuánto tiempo hace que falleció?

—Veinte años.

Fui incapaz de contenerme y mis ojos se abrieron como platos.

—Eso es... Pensé que era algo más reciente.

Ennio negó lentamente con la cabeza.

—Era Marine. Murió en combate en Irak en dos mil tres.

—¿Le conociste?

—Mayormente a través de las historias que me contaba mi hermano. Eran amigos cercanos.

—¿Tu hermano?

—Ah, perdona. Sigo olvidando que no llevas mucho tiempo viviendo aquí. Auden Frant es mi hermano mayor. ¿El Sheriff?

—Vaya, nunca lo habría adivinado. Espera, os lleváis mucha diferencia de edad, ¿verdad?

Ennio asintió efusivamente.

—Técnicamente, somos hermanastros. Su madre murió cuando tenía diez años y su padre volvió a casarse. Yo soy el resultado de su segundo matrimonio. Tiene catorce años más que yo.

—Pero tenéis una relación estrecha.

—Muy estrecha. Muchos adolescentes se habrían cabreado al tener a un hermano pequeño, pero él siempre ha sido muy protector conmigo. Soy muy afortunado de tenerle. ¿Y qué hay de ti? ¿Tienes algún hermano?

Suspiré.

—Tengo una hermana, Samantha, que vive en Missoula. No tenemos una relación muy cercana, pero es lo suficientemente amigable. La adoro, pero su novio es un auténtico capullo, que es probablemente la razón por la que nos hemos ido distanciando con el tiempo. Ya no hablo con mis padres. Me echaron de una patada en el culo cuando salí del armario. La típica historia lamentable de los padres rechazando a la oveja gay de la familia. Sam dio la cara por mí, pero mis padres me mandaron a hacer las maletas sin contemplaciones.

Ennio hizo una mueca.

—No puedo creer que aún siga pasando eso. ¿Es que la gente no se ha dado cuenta a estas alturas de que no podemos elegir de quién nos enamoramos?

—Aparentemente, no. Confía en mí, si hubiese tenido elección no habría escogido este camino. Habría elegido uno mucho más sencillo.

—No sé. A mí me gusta ser gay.

—¿Sí? ¿No te gustaría evitar toda la mierda y el drama que viene con ello?

—Piensa en lo aburrido que sería el mundo si todo el mundo fuera hetero. La gente queer ha añadido color de muchas formas.

Señalé sus uñas, que llevaba pintadas de un rosa suave.

—Tú ciertamente añades color. También me gusta tu maquillaje.

Las líneas azules y plateadas que delineaban sus párpados resaltaban sus ojos azul claro. Con la sombra de ojos negra, el efecto era deslumbrante.

—Gracias. —Ennio se mordió el labio—. No sé cómo decir esto, y por favor, perdóname si te resulta ofensivo, pero si alguna vez quieres que te enseñe a disimular tus cicatrices con maquillaje, estaré más que encantado.

Hacía mucho tiempo que habían dejado de ofenderme los comentarios sobre mis cicatrices —si no, me pasaría el día entero cabreado—, pero aun así, sus palabras escocieron.

—Gracias, es un detalle por tu parte. Intenté llevar maquillaje durante un tiempo, pero... —Alcé las manos—. Lo odiaba. Con mi trabajo, sudo bastante, especialmente en verano, así que me toco la cara constantemente. Y eso es una mierda cuando llevas maquillaje. Además, ya sabes... —Me encogí de hombros—. Las cicatrices son parte de quien soy ahora. No quiero esconder algo que me ha hecho ser como soy. —La curiosidad por saber qué había pasado danzaba en su mirada y le di puntos por no preguntar, aunque sinceramente no me habría importado—. Tuve un accidente a los veinte años —dije, apiadándome de él—. Me fui a esquiar con unos amigos y en el viaje de vuelta me senté en la parte de atrás del coche. Estaba dormido con la cabeza apoyada contra la ventanilla cuando nos deslizamos por un tramo de hielo negro y colisionamos. El coche volcó y el metal de la puerta me golpeó en la cara.

—Lo siento —dijo suavemente Ennio—. Debió de ser espantoso. ¿Alguien más salió herido?

—Algunos cortes y moratones, mayormente, y uno de mis amigos se rompió el tobillo, pero eso fue todo. El tipo que conducía era muy estricto y todos llevábamos puesto el cinturón de seguridad. Eso nos salvó, supongo. Yo solo tuve mala suerte porque tenía la cabeza donde la tenía cuando colisionamos.

¿Era empatía o lástima lo que veía en su cara? Nunca podía discernirlo con claridad, pero siempre acababa asumiendo que era lástima, algo que odiaba. Dar a la gente el beneficio de la duda era más fácil de decir que de hacer cuando me había encontrado tantas veces con la misma reacción.

—¿La he cagado sugiriéndote lo del maquillaje? —preguntó Ennio avergonzado.

Apoyé una mano sobre su hombro.

—Sé lo visibles que son mis cicatrices, y eso es lo primero en lo que se fija la gente cuando me conoce. He aprendido a aceptarlo.

—Oh, esa no es la primera cosa en la que me fijé cuando te conocí. —Sonrió de par en par—. Primero estudié detenidamente tu culo.

—Eso hiciste, ¿eh? —Sonreí.

—Mmm —canturreó afirmativamente—. Estabas arrodillado poniendo las baldosas del suelo y me acerqué a ti por detrás. Digamos que tardé un tiempo en cerrar la boca.

Me reí, sintiéndome mejor.

—De nada.

—Me encantaría que fuéramos amigos.

—*Auch*. —Hice un gesto, simulando que me apuñalaba el corazón—. Firmemente relegado a la zona de amigos. Mensaje recibido.

Ennio me golpeó en el hombro.

—No actúes como si te hubiese roto el corazón. Solo habríamos tenido sexo. Buen sexo, probablemente, pero aun así.

—Bueno, al menos te has dado cuenta de que el sexo habría sido bueno. Eso es un consuelo.

Ennio rio.

—¿Me equivoco?

—¿Sobre el sexo? Nunca he tenido quejas, así que ¿supongo que no?

—No, capullo, sobre lo de no ser nada más que sexo.

—¿Este es el momento adecuado para decirte que llevo meses secretamente enamorado de ti, casi desde que empecé a trabajar aquí? —Si tan solo hubiese podido mantener una expresión seria... Pero no pude, y Ennio estalló en un ataque de risa. Era adorable, pero no estaba equivocado sobre nosotros. No podía verme a mí mismo en una relación duradera con él, pero habría sido perfecto para un polvo. A lo mejor, simplemente no se sentía atraído hacia mí, algo por lo que no podía culparle. Era precioso y encantador, así que podría elegir entre una amplia variedad de parejas.

—Pobrecito —dijo Ennio cuando recuperó el aliento—. ¿Es que no hay ningún hombre atractivo a tu alrededor?

—En realidad, no. A menos que cuentes a los gemelos Banner que llegaron esta mañana.

Ennio comenzó a abanicarse con la mano.

—¿No son como... los hombres más atractivos del planeta? Añade a eso que son gais y son como mi catnip. Tengo debilidad por los hombres mayores y esos dos cumplen todos mis requisitos.

—He entrado en la habitación de Tiago Banner esta mañana y me lo he encontrado.

Desnudo. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera contenerlas y los ojos de Ennio se abrieron tanto que creí que se le saldrían de las órbitas.

—¿Qué! Necesito saber todo sobre ese encuentro, y no tengas miedo de compartir todos los detalles y elaborar bien las descripciones.

Dios, el chico era un torbellino.

—No sabía que la habitación estaba ocupada. La señora Coombe me dijo que podía usarla y nunca me informó de que alguien fuese a alojarse ahí. Así que entré sin llamar y él estaba saliendo de la ducha en toda su gloriosa desnudez. Hablando de no poder cerrar la boca.

—Dios. Creo que no habría sido capaz de articular ninguna palabra coherente.

Hice una mueca.

—Sí, también tuve problemas con las palabras. Se portó muy bien y todo eso, pero colega, fue super incómodo. ¿Qué dices cuando uno de los hombres más impresionantes del planeta aparece frente a ti completamente desnudo?

Ennio resopló.

—¿Quieres follar? Te juro que eso es lo que habría salido de mis labios, así que lo que quiera que le hayas dicho no puede haber sido tan malo.

—¿Sexo con Tiago Banner? —Ahora fue mi turno para abanicarme—. En mis sueños, querido. En mis extremadamente eróticos y detallados sueños.

Ennio rio.

—Sí, no jodas. Así que ¿qué le dijiste?

—Nada inteligente, te lo aseguro. Un montón de balbuceos y tartamudeos. He de confesar que no ha sido uno de mis mejores momentos, pero en mi defensa diré que mi cerebro se negó a cooperar con esa imagen ante mí. Y luego, su hermano apareció por detrás, aunque vestido, y todo mi sistema colapsó y se apagó.

Ennio me dio una palmadita en el hombro.

—No seas demasiado duro contigo mismo. Ambos están increíblemente buenos, y a mí me habría pasado igual.

—Salvo que habrían aceptado tu oferta, sin ninguna duda. Bueno, a lo mejor no los dos; o no al mismo tiempo. Aun así.

Ennio no rio como había esperado. En su lugar, inclinó la cabeza a un lado.

—Dices eso como si pensaras que fuesen a rechazarte.

—Bueno, por supuesto. —Pensaba que era obvio, pero aparentemente no.

—¿Por qué?

Fruncí el ceño y comencé a sentir la irritación acumulándose en mi estómago.

—¿Quieres obligarme a deletreártelo? Son los hombres más sexis del planeta. Literalmente, según *People*. ¿Por qué me elegirían a mí? Podrían hacerlo mucho mejor.

—¿Por tus cicatrices?

Tragué para evitar saltar. ¿Acaso Ennio no se daba cuenta de lo humillante que era todo esto?

—Obviamente.

La tristeza inundó su mirada.

—¿Crees que te hacen poco atractivo?

Cambié el peso de mi cuerpo de un pie al otro y embutí las manos en los bolsillos de mi pantalón.

—No poco atractivo, pero definitivamente no soy algo que vaya a entrar en sus estándares. Me mantengo en una forma decente gracias a mi trabajo, pero eso no cambia el hecho de que no soy guapo. No puedes negarlo, teniendo en cuenta que acabas de ofrecerte a taparme las

cicatrices con maquillaje.

Ennio hizo una mueca y comenzó a ruborizarse.

—Ese ha sido un comentario muy insensible por mi parte, ahora me doy cuenta. Ha dado la impresión de que quería que las escondieras, pero no lo decía en ese sentido.

Me encogí de hombros despreocupadamente, aunque dudaba que eso pudiera ocultar el dolor que me había provocado su comentario.

Ennio dio un paso hacia mí y apoyó una mano sobre mi hombro.

—Lo lamento. No era mi intención hacerte daño, pero lo he hecho, y me siento fatal.

—No pasa nada. —Oye, al menos se estaba disculpando. Eso era muchísimo más de lo que hacía la mayor parte de la gente.

—No, sí pasa. No deberías dejar que nadie se libre tan fácilmente.

Suspiré.

—No quiero estar cabreado todo el tiempo, algo que pasaría si empiezo a dar importancia a todas las estupideces dañinas que dicen algunos, aunque a veces lo hagan con buena intención.

Ennio apartó lentamente la mano.

—Lo siento. De nuevo. No debería haberte dicho cómo manejarlo cuando ni siquiera sé lo que es andar en tus zapatos.

—No, no deberías. —Suspiré largamente—. Pero no pasa nada, en serio. Me he esforzado mucho para no amargarme por esto, pero aún es algo... en curso. No tengo suficiente energía como para enfrentarme constantemente a la gente cuando dice algo doloroso o maleducado. A veces es demasiado, ¿sabes?

Ennio se mordió el labio y asintió.

—Puedo entenderlo. Por si sirve de algo, realmente lo siento.

—No me has ofendido.

—¿En serio? ¿O lo dices para que me sienta mejor?

¿Lo decía en serio? Claro, Ennio era una persona tan alegre que en cierta forma me sentía mal por hacerle fruncir el ceño, pero realmente no me había cabreado con él. Había hablado con buena intención y sabía que tenía un corazón enorme y afectuoso.

—Admitiré que no me gusta verte así de afectado, pero esa no es la única razón por la que lo digo. De verdad. Y sí, me encantaría que fuéramos amigos.

Al instante siguiente, Ennio se lanzó hacia mí y me abrazó con fuerza.

—A mí también me encantaría.

La amistad era mucho más importante que un polvo de una noche. Al menos, eso es lo que me dije a mí mismo mientras le devolvía el abrazo. Un tipo como Ennio jamás podría asentarse con alguien como yo. Él necesitaba a un hombre tan vibrante y colorido como su personalidad, y eso, definitivamente, no me describía a mí. Aburrido y de fiar eran palabras que encajaban más conmigo. Tenía razón; estábamos mejor así. Siempre podría encontrar a alguien dispuesto a follar, especialmente en la oscuridad de un bar, pero un buen amigo no era tan fácil de conseguir.

—Oh, Señor, ¡Tiago! —me gritó Briana cuando entré en su panadería al día siguiente, desesperado por algo dulce. Dejó lo que quiera que estuviese haciendo y se apresuró a rodear el mostrador, deshaciéndose por el camino del delantal, para saltar a mis brazos.

Sonreí de par en par mientras alzaba su pequeño cuerpo del suelo con facilidad. Medía poco más de metro sesenta y era todo esbeltos músculos y fuerza tamaño duende con una coleta rubia, pecas y unos ojos del color del océano. Brianna era un año más joven que yo, pero habíamos salido juntos a menudo. Siempre había sido una persona llena de vitalidad, alegre y extrovertida, y la imagen por excelencia de una animadora, aunque sin la altanería que habían tenido algunas de las otras chicas.

—Es bueno verte —sonreí, dejándola en el suelo. La miré detenidamente—. Brianna, encanto, no has envejecido un día.

Ella me golpeó en el pecho.

—Calla, adulador. Dios, tienes un aspecto increíble. El plateado te sienta bien, ¿eh?

Presioné un beso en su coronilla.

—Gracias, preciosa.

Toda la panadería se había quedado en silencio y la gente nos miraba con curiosidad, tanto los escasos clientes que aún hacían cola frente al mostrador como los que estaban sentados en las mesas. A juzgar por las expresiones de sorpresa, debieron reconocerme.

Brianna pareció darse cuenta al mismo tiempo que yo, se giró hacia ellos y dijo:

—¿Qué estáis mirando? ¿Es que nunca habéis visto a un modelo famoso? —Eso rompió el hielo y las risas comenzaron a florecer. Hizo un gesto hacia mí, mirando a la concurrencia—. Familia, os presento a Tiago Banner, uno de los hombres vivos más sexis del mundo y antiguo alumno del Instituto de Forestville. Ha vuelto para la reunión.

Un aplauso estalló en la cafetería, lo que, como siempre, me avergonzó increíblemente. Forcé una amistosa sonrisa y asentí lentamente.

—Gracias a todos. Estoy entusiasmado por estar de vuelta.

Tras eso, las conversaciones se reanudaron y nos ignoraron, gracias a Dios.

Briana volvió a girarse hacia mí.

—Desearía tener un rato para charlar contigo, pero estoy demasiado ocupada.

—No te preocupes. Ya tendremos tiempo de ponernos al día. Solo he pasado por aquí para llevarme alguno de tus deliciosos dulces.

Brianna ya había horneado cosas en el instituto, ganando la mayoría de las competencias a las que se había presentado, incluidas algunas ferias estatales. Había ido a la universidad para obtener un título de administración y dirección de empresas y, tan pronto como se graduó, volvió a Forestville. Abrir su propia panadería había parecido la decisión más obvia, y veinticinco años más tarde, la panadería-cafetería de Brianna aún funcionaba tan bien como el primer día.

—Oh, Señor, necesitas probar mis nuevos bollos holandeses. Son espectaculares. Y el pan es lo mejor que vas a comer en tu vida.

¿Bollos y pan holandés? ¿Cómo cojones se había metido a hacer eso? Por lo que sabía, no tenía ninguna herencia europea.

—¿Cómo te ha dado por eso?

—Hace tres años conocí a un tipo holandés que estaba de vacaciones por aquí y conectamos. Se llama Joost y nos casamos el año pasado. En nuestra luna de miel fuimos a los Países Bajos a visitar a su familia. No podía creer lo buenos que estaban algunos de los bollos que probé allí, así que hable con algunas personas, moví algunos hilos y conseguí unas prácticas de tres semanas en una panadería local. Volví con un montón de recetas e ideas nuevas.

Reí.

—Solo tú te irías de luna de miel para terminar trabajando en una panadería de otro país —me burlé sonriendo.

Ella se encogió de hombros y sus ojos danzaron de alegría.

—A Joost no le importó. Dijo que era un precio que estaba dispuesto a pagar para poder comer aquí sus bollos favoritos.

—Suenas a que es un buen tipo. Espero conocerle pronto. ¿A qué se dedica?

—Es fotógrafo. Mayormente, hace fotos de viajes.

—Me alegro mucho por ti. —Entraron más personas y la cola del mostrador aumentó—. Dejaré que vuelvas con tus clientes.

—Espera, te traeré algunas delicias.

Antes de que pudiera protestar para decirle que no quería colarme, se apresuró al mostrador. Dos minutos más tarde, salía de la panadería con una bolsa llena de bollos con nombres que ni siquiera podía pronunciar, además de un sándwich con un aspecto delicioso.

—¡Oh! —Casi me choco contra alguien que estaba a punto de entrar en la tienda. Alcé la mirada. Cas—. Lo siento, no estaba mirando por dónde iba —me disculpé. Señalé la bolsa—. Estaba demasiado concentrado estudiando lo que quiera que Brianna haya metido aquí dentro para mí. Huele de maravilla.

El rostro de Cas se iluminó.

—¿Te ha dado uno de sus bollos holandeses? Toda la ciudad está hablando de ellos. Son alucinantes.

—Me ha dado toda una selección, de hecho. —Enterré una mano en la bolsa y saqué uno. Solo con olerlo, se me hizo la boca agua—. Ni siquiera sé cómo se llaman.

—Eso es... Joder, no sé pronunciarlo. Un pan de salchichas o algo así. Es como los hojaldres rellenos de salchichas, aunque más grande y con más especias. Saludable, no lo es mucho, pero Señor, sí que está bueno.

—También me ha dado un sándwich holandés, aunque no estoy seguro de qué hay de holandés en él.

—Hornean su pan sin azúcar, con un poco más de sal y sin conservantes. El pan en sí no dura demasiado tiempo, pero es ligero y muy esponjoso. Y tiene un sabor increíble.

Arqueé una ceja.

—Parece que sabes un montón de esto.

Cas sonrió de par en par y todo su rostro se iluminó. Tenía los ojos más espectaculares del mundo, una cautivadora mezcla de azul y verde con salpicaduras doradas. Parpadeé y me concentré de nuevo en lo que estaba diciéndome.

—Al principio, la ciudad necesitó un poco de persuasión para probar sus nuevos bollos, así que Brianna no dejó de darnos la brasa sobre su sabor y lo saludables que eran y todo eso. Nos convenció por desgaste, deja que te lo diga. Apuesto a que la mitad de los habitantes cedieron solo para que se callara, pero resultó que tenía razón. Ese pan está exquisito y las pastas son aún mejores. Incluso publicaron una crítica en una especie de revista para *foodies* de Seattle. La gente conduce hasta aquí solo para visitar su panadería. La tuvo muy ocupada durante todo el verano.

—Me encanta oír eso. Siempre ha sido una persona maravillosa y se merece todo lo bueno del mundo.

Nos miramos en silencio por unos segundos y luego, Cas se aclaró la garganta.

—De igual forma, iba a... —Hizo un vago gesto hacia la panadería.

A lo mejor, podría usar este encuentro para tantearle y ver si existía la posibilidad de pasar algo de tiempo juntos. Solo estaría una semana en la ciudad, pero eso no significaba que no pudiésemos divertirnos un poco. Siempre y cuando entendiésemos que no era nada más que sexo, tenía la sensación de que podríamos quemar las sábanas.

—¿Quieres compartir estos bollos conmigo? —Alcé la bolsa—. Me ha dado mucho más de lo que puedo comer. —Me di una palmadita en el estómago—. Los días en los que podía comer todo lo que quería sin consecuencias desaparecieron hace mucho tiempo. No puedo permitirme tantos hidratos.

Cas deslizó la mirada por mi cuerpo.

—A mí me parece que estás perfecto.

Sonreí. Vaya, eso era algo inesperado.

Luego, gruñó.

—Joder, ¿realmente he dicho eso en voz alta? ¿Por qué sigo diciendo ese tipo de cosas cuando estoy a tu lado? Es como si mi cerebro dejara de funcionar cuando estás cerca.

Contuve la risa.

—Y esta vez incluso llevo ropa.

Hizo un gesto de desesperación.

—Por supuesto que tenías que sacar eso a relucir. Como si mi humillación no fuera completa. Entrechoqué nuestros hombros.

—Venga, vamos a comernos estos bollos. Hace un día estupendo.

Aún gruñendo un poco, Cas me siguió hasta la mesa de picnic situada al lado de la panadería y pintada del mismo azul caribeño que las mesas del interior. Nos sentamos el uno frente al otro y comencé a sacar todos los productos, dejándolos uno a uno sobre la mesa.

—Escoge el que quieras.

—¿No quieres probar un poco de todos? —preguntó Cas—. Podemos partirlos por la mitad.

Miré con detenimiento los bollos y calculé mentalmente el número de calorías totales a las que podía ascender todo eso.

—Seguiría siendo demasiado para mí. Puedes llevarte lo que nos sobre a tu casa.

—Bueno, no voy a rechazar esa oferta. Como como un oso todos los días.

—No tienes aspecto de oso —bromeé.

Él rio suavemente.

—Tampoco tengo la edad para serlo... a diferencia de otros.

Oh, ¿estaba devolviéndome el vacile? Sonreí.

—Tengo la edad, pero no el cuerpo. Aunque lo tendría si dejara de ser tan cuidadoso con lo que como.

Cas dio un enorme bocado a lo que parecía un hojaldre relleno de manzana.

—¿No te molesta el tener que controlar tu ingesta calórica todo el tiempo?

Suspiré.

—Me molesta, especialmente en momentos como este. En el pasado me lo tomaba con más calma, especialmente si sabía que no tenía ninguna sesión fotográfica planeada a corto plazo; pero cuanto más mayor me hago, más difícil es perder peso, aunque sean unos pocos kilos. Y la cámara lo muestra todo.

—Ni siquiera puedo imaginármelo. Básicamente, puedo comer lo que coño quiera porque lo quemó todo en el trabajo.

—Se nota. —Le miré apreciativamente. El hombre tenía unas piernas larguísimas, con potentes muslos, y el más perfecto de los culos, probablemente esculpido por trabajo duro más que por horas de gimnasio. Su camiseta se estrechaba sobre sus bíceps, mostrando su definición, y sospechaba que su pecho sería igual de espectacular. Era la fantasía del porno obrero hecha realidad, y yo, por mi parte, estaba completamente dispuesto a disfrutarla. Joder, no quería nada más que crear algo de porno en la vida real con él. Sí. Solo podía extraer una conclusión—. Estás bueno.

Cas casi se atraganta con lo que quiera que estuviese comiendo en esos momentos. Tosió y farfulló hasta liberar sus vías aéreas y luego abrió los ojos de par en par.

—¿Perdona? Debo haber oído mal. ¿Acabas de decir que estoy —.

—¿Bueno? —Alcé una ceja—. Sí, estoy seguro de que he dicho eso. ¿Por qué? Es que nunca te lo ha dicho nadie.

Cas parpadeó y luego, entornó la mirada hacia mí, estudiándome como si intentara discernir si estaba hablando en serio o le estaba tomando el pelo.

—La revista *People* te ha declarado el hombre más sexy del planeta durante cuatro años consecutivos, y tú ¿crees que yo estoy bueno?

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? Y por cierto, comparto ese título con mi hermano, así que no es para tanto.

—Siento diferir, pero podemos volver a eso en otro momento. —Cas siguió mirándome con incredulidad.

—¿Tan extraño es que te encuentre atractivo? ¿O es la diferencia de edad lo que te molesta? Frunció el ceño.

—¿Por qué me molestaría?

—No lo sé, a lo mejor crees que es repulsivo que un hombre de mi edad te tire los tejos.

Su boca se abrió de par en par.

—¿Me estás tirando los tejos?

Reí suavemente.

—Me tomaré eso como una señal de que tengo que mejorar mi juego.

—Sí. Quiero decir, no. Es solo que... —Se rascó la barbilla—. No esperaba que estuvieses interesado en mí.

¿Qué cojones estaba pasando? Se me estaba escapando algo, pero por mi vida que no podía discernir el qué.

—¿Por qué no? Has dicho que eres gay, ¿verdad? A menos que estés en una relación, en cuyo caso, me disculpo.

—No, estoy soltero. Pero... —Otra vez esa expresión de desconcierto, como si él también estuviese intentando entender qué estaba pasando. Luego, suspiró y señaló su rostro—. ¿Esto no te molesta?

Todo encajó. No podía creer que no hubiese pensado en ello. ¿Pensaba que me asustarían sus cicatrices, que no podría mirar más allá de ellas? Eso solo significaba que se había encontrado con tipos que le habían dicho algo desagradable sobre ellas, lo que me entristeció profundamente.

—Ni lo más mínimo —dije suavemente—. Tienes unos ojos increíbles, una sonrisa contagiosa y un cuerpo tremendamente atractivo. Pero más importante aún, eres un buen tipo. ¿Qué podría no gustarme?

—¿Cómo sabes que soy un buen tipo? Nos conocimos ayer y jamás podrás convencerme de que mi completa falta de... todo fue remotamente atractiva.

Reí suavemente.

—Me causaste una muy buena impresión. Pensé que tu tartamudeo y tu balbuceo eran encantadores.

Hizo un gesto de desesperación.

—Claro. Porque ese era mi objetivo, obviamente, tartamudear y balbucear para que Tiago Banner pensara que soy encantador.

Cada vez que alguien pronunciaba mi nombre así, algo rechinaba en mi mente, como las uñas contra una pizarra. Odiaba el peso que la gente ponía sobre esa palabra, como si mi estatus de celebridad —uno que nunca había pedido— fuese lo más importante de mí.

—Solo soy un hombre, Cas. Nada más, nada menos.

Abrió la boca y luego la cerró de nuevo.

—¿No te gusta ser famoso?

Había captado mi inquietud, pues.

—Es complicado. Siempre me ha gustado mi carrera y por supuesto aprecio las ventajas que me brinda, pero no me gusta todo de ella. Los *paparrazzi* son terribles, especialmente en Europa, donde pueden seguirnos a todas partes. Pero lo que más me molesta es que la gente, en general, te trata de forma distinta cuando eres una celebridad. Odio esa faceta de ser famoso. A pesar de lo desagradecido que pueda sonar, la mayoría de los días mataría por algo de anonimato y normalidad.

Cas asintió lentamente.

—Así que cada vez que menciono quién eres, estoy haciendo lo mismo que esa gente. Separándote del resto del mundo.

—Sé que no es tu intención, pero sí. No debería haberte importado quién era yo cuando entraste en mi habitación, aunque en este caso has tenido mucha suerte de que fuese yo. Estoy tan acostumbrado a estar casi en pelotas en el trabajo que la desnudez no me molesta en absoluto. O a lo mejor, es por mi herencia brasileña, ¿quién sabe? Lo que quiero decir es que no deberías haberte sentido de forma distinta porque el huésped fuese yo.

Una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro.

—¿Quieres decir que debería haberme avergonzado a mí mismo con cualquier otro, también? Sonreí de par en par.

—Claro, si es así como quieres interpretarlo... —Volví a ponerme serio—. Eres mucho más que tus cicatrices, Cas, de la misma forma que yo soy mucho más que mi rostro y mi cuerpo. Además, gran parte de ello es una combinación de Photoshop, estilismo y maquillaje. Joder, para algunas sesiones me obligan a no beber agua durante las doce horas previas para que mis

abdominales estén más definidos. Es ridículo, pero así es el juego. Hay muy poco de real en el mundo del modelaje.

Cas se irguió y nuestras miradas se encontraron.

—Lo siento. Tienes toda la razón. He hecho lo mismo de lo que acuso a los demás y no he visto más allá de la superficie.

Cubrí su mano con la mía.

—¿Quieres que empecemos de cero? Incluso te prometo no volver a comentar lo de verme desnudo.

Cas sonrió de par en par.

—Si incluso estás dispuesto a eso, ¿cómo podría negarme?

No podía creermelo que estuviese sentado bajo el sol otoñal charlando con Tiago Banner mientras masticaba un hojaldre relleno de manzana. La situación parecía tan surrealista que mi mente era incapaz de hacerse a la idea. Y eso, antes de que me dijese que me estaba tirando los tejos y que estaba interesado en mí. ¿Cómo cojones había pasado todo esto?

No había mentido al decir que mis cicatrices no le importaban. Su reacción había sido demasiado sincera como para ser una mera pose. Joder, había tenido que remarcarlo, y cuando lo había hecho, había parecido genuinamente sorprendido. Así que realmente se sentía atraído hacia mí, y me cago en todo, ni siquiera sabía cómo empezar a procesar esa información.

—Esta mañana pregunté por ti a la señora Coombe —dijo Tiago—, pero me comentó que ya habías terminado tu trabajo en el albergue. —Me tendió el último *krentenbol*, que era un rollito superesponjoso con pasas. Esas cosas estaban deliciosas y todos los lunes compraba una bolsa enorme para tomármelos como aperitivo el resto de la semana. Teniendo todo en cuenta, eran bastante saludables, o al menos, eso era lo que me repetía a mí mismo.

Asentí.

—Ya he reformado todos los baños y terminé con el último ayer.

—Así que ¿qué harás ahora?

—Hoy me voy a tomar el día libre, y mañana empezaré con el siguiente proyecto, que es construir un muro de contención.

—¿También haces proyectos de jardinería?

—Hago prácticamente de todo. Soy un contratista de una ciudad pequeña, así que intento que mi abanico de habilidades sea lo más amplio posible para que los habitantes no tengan que buscar los servicios de un forastero.

Tiago rio suavemente.

—Veo que no ha cambiado mucho en estos treinta años. Aún se sigue considerando como forastero a todo aquel que no vive en Forestville.

—*Sip*. Yo mismo pasé el corte hace poco, y eso tras cuatro años viviendo y trabajando aquí. Pero no estaba preocupado. Sabía que me aceptarían eventualmente.

Tiago inclinó la cabeza a un lado.

—¿Estás fuera del armario?

—Joder, sí. No me gustan los armarios. No quiero ofender a aquellos que toman esa decisión, pero he pagado un precio muy alto por salir de él como para que me vuelvan a meter dentro, sin

importar lo bonito que pueda ser.

—¿Puedo preguntar?

Sabía que lo haría, y no me importaba. De otra forma, no lo habría expresado así.

—Mis padres me echaron de casa cuando les dije que era gay. Me dijeron que solo me aceptarían de nuevo si me arrepentía y bla, bla, bla. Estoy seguro de que ya has escuchado esta historia antes. No he vuelto a hablar con ellos desde ese día, que fue cuando cumplí los dieciocho.

Su rostro se tensó y ahora sus ojos fulguraban de ira.

—La gente como esa no se merece el título de padres. Amar a tu hijo incondicionalmente es, literalmente, el trabajo principal de un padre.

Su reacción me enterneció.

—¿Tus padres no tuvieron problemas con que tu hermano y tú fueseis gais?

Tiago negó lentamente con la cabeza.

—Se lo dijimos cuando teníamos quince años y ni batieron las pestañas. Ni siquiera mi madre, que es católica. No cambió nada, y así es como debería ser.

Suspiré.

—Debería. Lamentablemente, mi historia aún es demasiado común.

—¿Tienes hermanos?

—Una hermana, Samantha, que vive en Missoula. Aún habla con mis padres, pero en raras ocasiones. Creo que nunca les perdonó su reacción cuando salí del armario. No tenemos una relación muy estrecha, pero siempre me ha cubierto las espaldas cuando ha importado.

—¿Y a la ciudad no le importa que seas gay?

—¿Era un problema cuando estabas en el instituto?

—Nuestros amigos lo sabían, al igual que nuestros padres, pero más allá de eso lo mantuvimos en secreto. Aunque estoy convencido de que todo el mundo se enteró cuando pillaron a Tomás haciéndole una mamada al hijo del reverendo Thompson en el instituto. —Sonrió seductoramente—. Eso causó un gran revuelo, como puedes imaginar.

Me cago en todo. ¿Qué? Tenía que oír esa historia.

—¿Qué pasó?

—Quedaron en encontrarse bajo las gradas una noche, pero el entrenador Keeling olvidó algo y, después de las prácticas, volvió al campo. Les vio y... —Sus ojos castaños se endurecieron—. Hizo algunos comentarios y acusó a mi hermano de seducir a Samuel Thompson, lo que era una auténtica gilipollez. Sabíamos que el chico era gay desde sexto, pero el entrenador Keeling culpó a Tomás y le suspendió.

—¿Solo le suspendió a él y no al otro chico?

—Por supuesto. Keeling asistía a la iglesia metodista del reverendo Thompson. Los límites estaban bien marcados. Pero cuando mi madre se involucró... Digamos que esa suspensión no sobrevivió a la reunión que tuvo con Keeling y el director.

—¿Tu madre? ¿Cómo consiguió eso?

Tiago sonrió de par en par.

—*Mãe de Deus*, esa mujer es temeraria. Tiene un temperamento aterrador, para ser sincero. Y mayormente se detona cuando alguien amenaza a los que quiere. Es como una mamá oso, siempre preparada para enfrentarse a cualquiera que venga tras nosotros. En este caso, argumentó que estaban fuera de las horas escolares, así que era un tema privado, y además había sido algo consensuado entre dos chicos de diecisiete años. El director no pudo refutar sus argumentos, dado que la homosexualidad no iba en contra de las normas del colegio. Y para ser justos, el

hecho de que Samuel se negara en rotundo a culpar a Tomás por lo sucedido también ayudó. Nunca sabré de dónde sacó el valor para enfrentarse a su padre.

¿Cómo sería el saber que siempre tendrías a alguien de tu parte, a alguien como su madre? No tenía ni idea. Mi madre siempre había sido una mujer dulce y afectuosa, pero cuando salí del armario y mi padre me echó, ella simplemente dejó que pasara. Cuando más la necesité, eligió su matrimonio por encima de su hijo, y nunca había podido perdonarla por ello.

—Así que ¿qué pasó después de eso? Me imagino que el entrenador no se alegró de que cancelaran la suspensión de tu hermano.

—No, no lo hizo, y nos lo dejó bien claro a lo largo de nuestro último curso. Era rabiosamente homófobo.

—Vaya. Es curioso que hayan decidido organizar esta reunión para celebrar su jubilación, entonces.

—Lo sé, ¿verdad? —Tiago suspiró—. Confía en mí, Tomás y yo tuvimos una larga charla antes de decidirnos a venir. Al final, el deseo de volver a ver a nuestros amigos pesó más que el deseo de evitar al capullo de Keeling.

Chasquéé la lengua.

—Difícil decisión. Afortunadamente, han cambiado muchas cosas por aquí. Incluso la iglesia metodista acepta a la comunidad LGTB. Al menos, aparentemente. No es que haya podido comprobarlo personalmente, pero colgaron una bandera del arcoíris en el mes del orgullo y todo eso. Y en su mayoría, la gente de la ciudad no tiene problemas con ello, siempre y cuando no lo vayas exhibiendo por ahí.

Tiago hizo una mueca.

—¿No es interesante que cuando una pareja heterosexual se da la mano o se besa en público es normal, pero si lo hacemos nosotros es exhibicionismo?

—No veo que ese doble rasero vaya a cambiar pronto, pero ¿quién sabe? A lo mejor, dentro de diez años las cosas son distintas.

—Uno solo puede soñar.

Nuestras miradas se encontraron y la atmósfera mutó de repente. La boca de Tiago se curvó en una seductora sonrisa.

—Así que, de vuelta a nuestro tema de conversación anterior...

—¿Te refieres a mi trabajo?

—No, ese no.

—¿Los bollos holandeses?

Resopló.

—Sabes jodidamente bien que tampoco me estoy refiriendo a eso.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. —Mantuve una expresión impasible, pero mi corazón se había acelerado y las palmas de mis manos comenzaron a humedecerse solo de sostener esa ardiente mirada.

Se inclinó hacia mí.

—¿Estás interesado en liarte conmigo?

OhDios, OhDios, OhDios, realmente esto estaba pasando. No tenía ni la más mínima probabilidad de éxito a la hora de hacerme el duro, pero lo intenté de igual forma.

—Mmm. Podrías persuadirme.

—Y ¿qué necesitaría decir o hacer para ello?

—Deja que piense. —Me llevé el índice a la barbilla y comencé a golpearla suavemente—. Primero, necesito saber cuáles son tus intenciones.

—¿Intenciones? —La sonrisa se desvaneció de su rostro.

—Sí. Y necesitamos tener una conversación. Nunca he intentado una relación a larga distancia, pero estoy dispuesto a darle una oportunidad contigo hasta que podamos mudarnos juntos.

El puro horror en su expresión fue tan cómico que no pude mantener la compostura y estallé en una carcajada. Tardó unos segundos en darse cuenta de que le estaba vacilando y el alivio pareció inundarlo.

—*Jesús*, me habías preocupado ahí —dijo riendo—. Pensé que ibas a ponerte en plan *Atracción Fatal* conmigo.

—¿*Atracción Fatal*? —Me esforcé por simular ignorancia—. ¿Qué es eso?

—Es una película con Michael Douglas y... —Tiago lo pilló—. Joder, por el amor de Dios, me estás vacilando de nuevo, ¿verdad?

Sonreí de par en par.

—Eres demasiado fácil.

Negó lentamente con la cabeza.

—Realmente me has pillado con la primera. Me has acojonado vivo.

Sonreí. Misión cumplida, entonces.

—Pero para responder a tu pregunta, sí, estaría interesado en liarme contigo.

Tiago me dedicó una seductora sonrisa.

—Solo estaré aquí una semana, pero me encantaría divertirme un poco contigo entre las sábanas.

—Cuenta conmigo. —Apenas podía contener los gritos de euforia en mi mente, y solo esperaba que nada de eso se reflejara en mi rostro o en mi voz—. Así que ¿en qué estabas pensando?

Se rascó la barba.

—Deja que pregunte a Tomás cuál es nuestra agenda para la semana y luego, podemos ver cómo encajar algo.

—¿Agenda? Haces que parezca que tenéis toda la estancia programada.

—Oye, no me sorprendería. A Tomás le encanta planear cosas y le gusta tener la agenda al completo. A mí, no tanto.

Habló en un tono sorprendentemente afilado, pero no tenía ni idea de cuál era el contexto de ese comentario.

—Entonces ¿por qué no elaboras tú tu propia agenda?

Tiago parpadeó.

—Nunca lo he hecho.

Seguro que no le estaba entendiendo bien. No podía estar diciéndome que Tomás siempre tomaba todas las decisiones por él, ¿verdad?

—¿Por qué no?

Se tensó y apartó la mirada. Contempló la calle por la que pasaba el ocasional coche como si el asfalto contuviese todas las respuestas y finalmente, dijo:

—Es más sencillo. A mi hermano se le da realmente bien.

Me encogí de hombros.

—Claro, pero si no lo intentas y practicas, no aprenderás nunca. Puedo ver a alguien colocar un suelo laminado cien veces, pero hasta que no lo instale por mí mismo nunca sabré si realmente soy capaz de hacerlo.

—A lo mejor, eres más valiente que yo.

Se me estaba escapando algo, y sentía que era algo importante, pero era incapaz de discernir qué fallaba en todo lo que me había contado, así que lo dejé pasar. Por ahora.

—Lo dudo mucho, pero no pasa nada. Deja que te dé mi número para que puedas contactar conmigo. Ya no tendrás que temer que entre en tu habitación para pillarte desnudo.

La tensión desapareció de su rostro y soltó una carcajada.

—No pondría ninguna objeción a eso, pero vale.

Cogió su móvil y una vez estuvo preparado, le di mi teléfono.

—¿Cómo te apellidabas? —preguntó.

—Sicotte. Cas Sicotte. Bueno, técnicamente es Casper Sicotte, pero mantengamos eso entre nosotros.

Él sonrió de par en par.

—Mis labios están sellados. —Frunció el ceño mientras tecleaba—. ¿Puedes deletrearme tu apellido?

—S-i-c-o-t-t-e —dije lentamente, dado que parecía haber un pequeño retraso entre el momento en que le decía la letra y él la tecleaba.

Tardó un rato en escribir algo, y un segundo más tarde, mi móvil vibró con un mensaje entrante:

Soy el hombre al que pillaste desnudo. Llámame si quieres repetir.

Resoplé.

—Muy gracioso.

Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Eso pensé. —Su sonrisa se difuminó—. Por cierto, no des este número a nadie. Es mi teléfono personal y no mucha gente lo tiene.

Me conmoví al oírlo.

—No lo haré. Lo prometo. Gracias por confiar en mí.

Él asintió.

—Así que ¿dónde vives?

—Estoy al final de la calle Parker, la última casa de la derecha.

Los ojos de Tiago se iluminaron.

—¿Donde vivían los Bauer?

Reí.

—Se la compré hace un par de años a Ernie y Lucille Petrone, y no tengo ni idea de quiénes eran los dueños antes que ellos. Pero si estamos hablando del pequeño rancho de noventa metros cuadrados, entonces sí, es mío. Lo he pintado de un amarillo suave, así que es fácil de distinguir.

—Dionne Bauer solía vivir ahí con sus padres. Fuimos compañeros de clase desde preescolar hasta que nos graduamos en el instituto. —Sonrió de par en par—. Tenía el dudoso honor de ser la chica que me descubrió que era gay. En cierta forma, ya lo sabía, pero supuse que al menos tenía que intentarlo con una mujer, así que en secundaria, le pedí que viniese conmigo al baile. Digamos que cuando nos liamos no se agitó nada.

Resoplé.

—Pobre chica.

—*Nah*, dos semanas más tarde encontró el amor verdadero en Nick Winslow. Era un chico nuevo que se acababa de mudar a la ciudad con su familia. Amor a primera vista, el de esos dos. Mi madre me contó que se mudaron a Seattle, se casaron y tuvieron cuatro hijos.

Me llevé una mano al corazón.

—Gracias a Dios, no la traumatizaste de por vida. Quiero decir, después de liarse contigo, todo lo demás tenía que ser cuesta abajo, ¿no?

Parpadeó y me dedicó otra de esas seductoras sonrisas.

—Se te da muy bien flirtear.

Me encogí de hombros, pero no pude contener la sonrisa. Aparentemente, había tenido éxito en algo en lo que siempre había pensado queapestaba. Bien por mí.

—Aspiro a complacer.

Tiago se inclinó hacia delante y esos ojos color chocolate se enfocaron completamente en mí. Joder, el hombre me robó el aliento. Nadie debería ser tan absolutamente irresistible.

—Y yo, lo que pone las expectativas muy altas —ronroneó.

Luego, me guiñó un ojo y joder, mi estómago dio un brinco. A juzgar por el brillo en su mirada, el bastardo sabía terriblemente bien lo que estaba haciendo. Si no me andaba con cuidado, sería plastilina en sus manos, y no podía permitir que pasara eso, así que me limpié los dedos en la servilleta y me puse en pie.

—Lo están, así que espero que se cumplan. —Recogí nuestra basura y la tiré en el cubo azul. Tiago me observó en silencio mientras me movía y cuando terminé, me acerqué lentamente a él y en un impulso, me incliné y le besé en los labios—. Mándame un mensaje cuando sepas cuándo podemos encontrarnos.

Me alejé sin mirar atrás, lo que me costó un infierno. Pero Tiago Banner no estaba en mi liga y nunca lo estaría. Necesitaba marcar los límites desde el principio o acabaría jodiéndome en más de una forma.

Follar nunca me había resultado complicado. Jamás había tenido problemas para agenciarme a alguien y encontraba ese tipo de relaciones fáciles de navegar e incluso más fáciles de olvidar. Me había convertido en el chico del póster que el señor Volinsky, nuestro profesor de educación sexual, había descrito alguna vez como «promiscuo», y sinceramente, no podía decir que me importara una mierda.

Adoraba el sexo y siempre lo había hecho, así que, que me denunciaran. El sexo era divertido, placentero en la mayoría de las ocasiones e incluso servía para ejercitar el cuerpo cuando se hacía bien. Por supuesto, la frecuencia de mis encuentros había disminuido con el paso del tiempo. Tenía cuarenta y ocho años, después de todo, y había notado la previsible disminución de mi libido. Mentiría si dijese que no estaba un poco preocupado por ello, pero aún no había empezado a preguntar por las pastillas azules. La ansiedad por el desempeño no era algo que me hubiese afectado nunca y aún se me levantaba sin ayuda. El resto eran detalles.

Me tomé un tiempo para prepararme para mi cita con Cas. Resultó que Tomás no había planeado nada para nosotros el miércoles por la noche y envié un mensaje a Cas diciéndole que estaría libre. Habíamos acordado encontrarnos en su casa, lo que había parecido lo más conveniente. Bajo ninguna circunstancia iba a follarme a alguien en el albergue. Solo de pensar en que la señora Coombe pudiera oírnos se me bajaba la erección, y además, eso llevaría a Tomás a interrogarme hasta la muerte, algo que prefería evitar.

Habíamos pasado el día con Auden y Marnin, deambulando por la ciudad y aclimatándonos de nuevo al entorno, que era al mismo tiempo familiar y extraño. Habían cambiado muchas cosas, y sin embargo, otras muchas seguían igual. Era gracioso cómo el mero hecho de vagabundear por ahí pudo desenterrar tantos recuerdos —buenos, y no tan buenos— de las personas que había conocido y los sitios por donde había salido. Un viaje por la memoria ni siquiera empezaba a describir lo que había sentido y, para ser sincero conmigo mismo, fue mil veces mejor de lo que había imaginado.

Oh, había estado excitado por volver a Forestville. Habían pasado cinco años desde la última vez que pisé la ciudad, y esa visita fue breve, solo los días suficientes como para ayudar a nuestros padres a empaquetar todas sus cosas mientras se preparaban para mudarse a Brasil. Mayormente, habíamos pasado el tiempo con ellos. Y con Auden y Marnin, por supuesto.

De hecho, Marnin y yo nos las apañamos para estar un rato juntos a solas —un tiempo de la mejor de las calidades—, y tenía recuerdos entrañables de ese par de horas que habíamos robado,

escondidos en la habitación de invitados de Auden mientras este y Tomás estaban fuera haciendo Dios sabía qué.

Y ahora, me estaba preparando para encontrarme con Cas y la excitación volvía a bullir en mis venas. Me había depilado en la ducha, me había arreglado la barba, había frotado algo de aceite de sándalo sobre ella para suavizar el vello y me había echado unas gotas de mi colonia: *Tiago*. Puede que me avergonzara un poco el usar mi propio producto, pero adoraba el aroma: amaderado con notas dulces.

Cuando *Dior* me propuso crear mi propia línea de perfumes, mi primera reacción fue reírme, pero luego dejaron caer algunos números y la sonrisa se desvaneció de mi rostro al descubrir las increíbles ganancias potenciales. Diez años después de su salida al mercado, *Tiago* aún se vendía bien, mucho mejor de lo que nadie había previsto y más que el perfume de mi hermano, aunque intentaba no regodearme en ello.

Elegí un atuendo sencillo: unos vaqueros ajustados y una camiseta blanca de algodón que se ceñía a mi torso y contrastaba maravillosamente con el color de mi piel. Siempre me aseguraba de pasar algo de tiempo bajo el sol, sin importar donde estuviese, y por lo general, mi cuerpo tenía un rico tono dorado. Gracias a mi herencia brasileña, probablemente, nunca me quemaba, aunque seguía usando religiosamente el protector solar. Nada de melanomas para mí, muchas gracias.

Además, mi ropa era el equilibrio perfecto entre estilosa y casual, algo a lo que aspiraba habitualmente, y me permitía mostrar mis tatuajes, cosa que adoraba.

Me puse mi reloj Philippe Patek, me calcé los zapatos y cogí mi cartera y el móvil. Lo único que necesitaba era las llaves de nuestro coche y estaría preparado para irme.

Cuando salí de mi habitación casi me choco contra Tomás.

—¿Me puedes dar las llaves del coche? —pregunté.

—¿Dónde vas?

—He encontrado un polvo.

Alzó una ceja.

—¿Un polvo? ¿En Forestville? Vaya, parece que los tiempos sí que han cambiado.

—Te aseguro que sí. Así que ¿puedes darme las llaves?

—¿Con quién has quedado?

Algo en su tono me molestó, aunque no podría haber explicado el qué. A lo mejor, fue la absoluta confianza con la que me lo preguntó, como si tuviese derecho a saberlo y esperara una respuesta inmediata. Me encogí de hombros.

—¿Acaso importa?

Entornó la mirada hacia mí.

—¿Por qué no me lo quieres decir?

—¿Su nombre? ¿Por qué necesitas saberlo?

—Le conozco, ¿verdad? —Su rostro se tensó—. *Mãe de Deus*, por favor, no me digas que te vas a follar a Marnin. Siempre habéis tenido esta extraña tensión sexual. Pero no puedes hacerlo. Destruirá vuestra amistad.

Vaya, alguien estaba un poco dramático, ¿no? Ese comentario me confirmó que no tenía ni idea de lo que Marnin y yo habíamos compartido en el pasado, así que al menos, estaba eso. No mantenía muchos secretos, pero ese era uno de ellos y a un nivel casi infantil, estaba orgulloso de que mi hermano nunca lo hubiese descubierto.

—Lo primero, esta noche no voy a ver a Marnin, y aunque ese fuera el caso, no sería de tu incumbencia. Pero más importante aún, ¿por qué te parece extraña la tensión sexual entre Marnin

y yo? El hombre es bisexual, yo soy gay. Ambos somos adultos capaces de consentir. ¿Cuál es el problema?

—No quiero que jodas nuestra amistad con Marnin y Auden, que es lo que pasará si os liais.

Incliné la cabeza a un lado.

—Pareces terriblemente convencido de eso.

—No necesito una bola de cristal para predecir las repercusiones que podría tener. —Tomás se pasó una mano por el pelo, un gesto de irritación que conocía muy bien.

—Estás equivocado, pero no tiene sentido discutirlo porque no voy a quedar con él.

—Entonces, ¿con quién vas a quedar? Tiene que ser alguien que conozco o al menos, del que haya oído hablar. Esto es Forestville.

—Que es exactamente el motivo por el que no te lo estoy diciendo. No tengo su permiso para revelar su nombre, así que no lo haré. Ahora, llaves, por favor —dije, en un tono más afilado de lo que había tenido intención.

Tomás casi pareció herido.

—Solo estoy mostrando interés.

—No, estás siendo un cotilla y me estás interrogando. Gran diferencia.

No sabía cuándo o por qué había empezado a molestarme que Tomás se involucrase en todos los aspectos de mi vida, pero lo hacía. Antes, le habría proveído de todos los detalles sin dudarlo, pero ahora era más reticente a hacerlo. ¿Por qué necesitaba saber cada pequeña cosa que me pasaba a lo largo del día? La prensa no me dejaba demasiada privacidad y ahora, ¿ni siquiera podía conseguirla de mi propio hermano?

Tomás me tendió las llaves y endureció su expresión.

—Diviértete.

—Lo haré. No me esperes despierto.

—Recuerda que mañana —.

—Por la mañana, a las nueve, vamos a desayunar con Marnin y Auden. Sí, lo sé. Ya me lo has repetido tres veces.

Su mandíbula se tensó.

—Solo quería asegurarme de que te acordabas.

—Es un poco difícil olvidarlo cuando me lo recuerdas cada hora, pero vale. Me voy.

No dijo nada más mientras me alejaba y cuando llegué al coche, una pesada sensación se apoderó de mí. Odiaba discutir con Tomás. Bueno, odiaba discutir en general, punto, pero especialmente con él. La mayor parte del tiempo era más sencillo ceder y no agitar las aguas porque cuando lo hacía, como esta noche, siempre terminaba frustrado y exhausto.

La oscuridad había caído cuando empecé a descender lentamente por la montaña. No había circulado por esas carreteras desde mi adolescencia, dado que siempre solía conducir mi hermano, así que me faltaba práctica para tomar esas curvas tan cerradas. Cuando llegué a la calle principal, respiré aliviado, giré a la derecha y luego a la izquierda para entrar en la calle Parker.

Encontré la casa de Cas con facilidad y aparqué tras su camioneta en el camino de entrada. Cuando Dionne vivía ahí la casa había sido blanca, pero el amarillo que Cas había elegido era suave y bonito. El paseo que conducía hasta su puerta principal estaba delineado por pequeños arbustos decorativos y dos enormes y alargadas macetas llenas de flores blancas colgaban de la barandilla de su porche. Tenía un aspecto hogareño y encantador.

Antes de que pudiera tocar el timbre, Cas abrió la puerta y se apartó para dejarme entrar. Llevaba unos vaqueros descoloridos que colgaban de sus caderas y una sencilla camiseta negra.

Exudaba sexualidad sin apenas esfuerzo y era magnético.

—Hola —dije estúpidamente cuando cerró la puerta tras de mí. Me quité los zapatos y los dejé a un lado.

—Hola —dijo él sonriendo ampliamente.

—La casa es encantadora.

—Gracias. He invertido mucho tiempo para tenerla exactamente como la quería.

—Se nota.

Señor, esto era incómodo. Rara vez tenía problemas para entablar una conversación, aunque solo fuera porque mi trabajo dependía de ello. Charlar con el fotógrafo o con otros modelos podía ayudar enormemente a relajar el ambiente y hacer que las sesiones fuesen increíblemente más sencillas. Pero ahora, mi habitual elocuencia me abandonó y sentí que se me trababa la lengua.

Me humedecí los labios.

—¿Cómo quieres hacer esto?

Cas alzó una ceja y mis ojos se desviaron a esas asombrosamente largas y espesas pestañas que enmarcaban sus impresionantes ojos. Pestañas como esas eran el sueño húmedo de todo maquillador y sabía que muchos modelos matarían por tenerlas.

Y Dios, sus labios... Gruesos y sensuales. Un marcado contraste en relación al resto de su cuerpo, que era ultramasculino, todo músculos y fuerza bruta, pulido y perfeccionado por horas y horas de trabajo manual. Pero luego... tenía esas pestañas y esos besables labios. La combinación me golpeó como un gancho en el estómago.

—¿A qué te refieres con «esto»? ¿Estamos hablando de posiciones, del tipo de sexo, de dónde lo vamos a hacer...? ¿De qué?

—¿Todo lo que has dicho?

Inclinó la cabeza a un lado y una sexy sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios.

—Si no te conociese, diría que estás nervioso.

—Lo estoy. Un poco. Lo que es gracioso, porque por lo general no suelo encontrarme en esta situación. Aunque por otra parte, nunca me he liado con nadie en mi ciudad natal. Al menos, no con alguien al que acabo de conocer.

—Eso implica que sí te has liado con alguien al que conoces. Al menos, con una persona.

Joder, era perceptivo.

—Me acojo a la Quinta.

—Es una pena. Me encantaría que me dieras alguna pista sobre los hombres gays disponibles en la ciudad, porque la última vez que lo comprobé, la selección era escasa.

Su mirada descendió hasta mis labios y sus ojos se oscurecieron. El deseo era tan evidente que Cas casi vibraba con él y finalmente, eso fue lo que me empujó a hacer lo que había estado deseando hacer desde que había entrado en esa casa. Que le jodiesen a hablar. Estaba sobrevalorado, de igual forma.

Reduje la distancia entre nosotros y presioné mis labios contra los suyos. Él dio un paso hacia mí y cuando nuestros pechos colisionaron todo mi cuerpo se encendió. Cas pasó una mano por mi cuello para acercarme a él y yo me dejé llevar de buen grado. Como si necesitara más persuasión.

Pasamos de cálido a ardiente en segundos, como si alguien hubiese prendido una bengala. Nuestras bocas se abrieron a la vez y nuestras lenguas se enredaron. Sabía a café y a algo dulce. Chocolate, ¿a lo mejor? No estaba seguro, pero no importaba. Lo único que sabía era que quería más de él y profundicé el beso, lamiendo y succionando como si fuese el último que daría en mi

vida. Si moría besando a Cas, sería una manera formidable de irse. No es que estuviese planeando dejar este mundo atrás en un futuro próximo. Joder, no. Aún quería hacer muchas cosas.

Como seguir besando a Cas.

Hacerle una mamada.

Follármelo, si eso era lo que quería.

Definitivamente, dejar que me follara, que era lo que realmente iba conmigo.

Tensó la mano en torno a mi cuello. Si lo hizo deliberadamente o por instinto, no lo supe, pero provocó una extraña reacción en mi estómago. Me gustó la posesividad del gesto, lo que era ridículo. El gemido que salió de mis labios fue grave y profundo y Cas respondió con el suyo propio.

Su aroma me envolvió, algo amaderado mezclado con pino y... ¿serrín? Cómo podía resultarme sexy ese olor se me escapaba por completo, pero me embriagó más que el perfume más caro que jamás hubiese tenido.

Nuestros labios parecían soldados. Nuestro aroma, nuestro sabor, nuestro... todo se entremezclaba y la sensación era abrumadora. Dios, ese hombre sí que sabía besar.

Se tomó su tiempo, algo a lo que yo no estaba acostumbrado. La mayor parte de las veces, mis ligues involucraban muy pocos besos, si acaso alguna vez lo hacían. Eran algo demasiado personal y su ausencia nunca me había importado realmente. Pero con Cas todo era distinto. Besarle parecía la cosa más natural del mundo, y al mismo tiempo, era una nueva y salvaje montaña rusa de emociones completamente desconocidas para mí.

Finalmente, nos apartamos casi a cámara lenta. Mi boca era reticente a dejarle marchar, aunque debíamos de llevar varios minutos besándonos. Había sido tan perfecto, tan... erótico.

Cas se lamió los labios, que ahora relucían con mi saliva, y no pude apartar la mirada de ellos. Inspiré temblorosamente y sentí que mis piernas vacilaban.

—¿Qué quieres tú, Tiago? —susurró, grave y sensualmente.

Le quería dentro de mí y eso, en sí mismo, me sorprendió. No me iba a engañar, adoraba ser el pasivo, pero no lo hacía a menudo porque necesitaba más preparación de la que la mayoría de los hombres estaban dispuestos a ofrecer por pasar una sola noche conmigo. Mi culo siempre había tardado un poco en adaptarse a la invasión de una polla, aunque una vez pasada esa primera fase, era puro éxtasis.

Pero el sexo anal era demasiado para una primera vez con Cas. Las cosas ya estaban yendo excesivamente rápido y lo que quiera que fuera esto, me estaba afectando más profundamente de lo que había esperado. Necesitaba poner algún tipo de límite.

—Me encantaría hacerte una mamada, si te apetece —murmuré—. O si no, podríamos frotarnos o hacernos una paja. Básicamente, todo está sobre la mesa menos el anal.

Tomás habría estado muy orgulloso de mí en este momento. Cuando habíamos sido más jóvenes —y terriblemente más inocentes—, había tenido problemas para comunicar claramente lo que quería en lo referente al sexo. Como resultado, había vivido unas cuantas malas experiencias; me había dejado llevar por lo que quería mi pareja y había terminado haciendo cosas con las que no me había sentido del todo cómodo. Tomás me había obligado a practicar qué decir en ese tipo de situaciones. Siempre se le habían dado mejor las palabras.

Cas se inclinó para darme otro beso, pero esta vez más breve.

—Suenas muy bien. ¿Quieres que nos movamos a mi dormitorio?

Necesitaba un momento para recuperar el aliento. Ese beso había sido explosivo y mi cuerpo estaba en llamas. No me había equivocado sobre nuestra química sexual. Joder, era incluso más intensa de lo que había esperado. Ese beso, por sí solo, casi había sido suficiente para hacer que me corriese. Si me hubiese permitido a mí mismo frotarme un poco contra él, habría descargado en mis pantalones, algo que no me había pasado en muchísimo tiempo.

Tiago me siguió hasta el dormitorio, que había limpiado y recogido esa misma tarde para la ocasión. No era el hombre más holgazán del planeta, pero tampoco era extremadamente ordenado, y pocas cosas acababan antes con la atmósfera que un par de calcetines malolientes en el suelo. Además, mi casa era tan pequeña que parecía desorganizada rápidamente.

Había vaciado la silla de la esquina donde acumulaba la ropa y había enviado todo al cesto de la colada. Había quitado el polvo, pasado la aspiradora y cambiado las sábanas. Lo último me había parecido una pérdida de tiempo, teniendo en cuenta que solo las ensuciaríamos de nuevo, pero Jess había insistido. Y siguiendo otra de sus recomendaciones, había rociado algo de colonia en el aire. Tuve que admitir que ahora la habitación tenía un aroma fresco y limpio.

Inspiré profundamente y me giré hacia él.

—¿Por dónde íbamos?

Tiago me dedicó una deslumbrante sonrisa.

—Creo que aún nos estábamos besando, pero estoy deseando pasar al siguiente capítulo.

—Deseando, ¿eh? ¿Cuánto lo deseas? —Clavé la mirada en él y comencé a acariciar su erección, ahora evidente bajo la ceñida tela de sus vaqueros. Tiago gimió y presionó contra mi mano sin pudor. Joder, estaba tan excitado como yo. Y no era pequeño. Señor, estaba deseando verlo, olerlo, saborearlo. ¿Acaso no era eso algo digno de desear?

—Esto... Esto está muy bien. —Tiago siguió frotándose contra mi palma sin un ápice de vergüenza. Se inclinó hacia mí para otro beso y me abrí para él, más que satisfecho con poder entrelazar nuestras lenguas de nuevo. El hombre era excelente besando.

Sus labios abandonaron los míos y su boca comenzó a navegar por mi mejilla. Me estremecí, y me invadió la gratitud ante el gesto. Tiago quería asegurarse de que supiese que no le importaban mis cicatrices. Señor, ese hombre era tierno; muy distinto a lo que me había imaginado. No es que hubiese pasado mucho tiempo pensando en la personalidad de Tiago Banner antes de conocerlo, pero en cierta forma, sí había asumido que sería un poco arrogante. ¿Acaso no lo eran todos los modelos? Pero me estaba demostrando cómo de equivocado había

estado. Oh, confiaba en sí mismo, por supuesto, especialmente en lo referente a su cuerpo, pero no era engreído. De hecho, había desplegado más vulnerabilidad de la que había esperado.

Recorrió mi mandíbula dejando un rastro de besos y luego, volvió a mi boca. A pesar de lo mucho que me gustaba besarlo, tenía planeado volver a verlo desnudo. No estaba seguro de cuál sería su periodo refractario, pero intuía que si se corría ahora, no podría contar con tener una segunda ronda.

Rompí el beso y, con mucha reticencia, aparté la mano de su polla. El suave gruñido de protesta solo sirvió para estimular mi ego. Aparentemente, no le había dejado indiferente.

Señalé su camiseta.

—¿Puedo?

Asintió, y alzó los brazos para que pudiera pasarla por su cabeza. Joder, tenía un pecho muy sexy. Deslicé las manos por el vello plateado y luego dibujé un recorrido hacia el sur hasta la cinturilla de sus pantalones. Esta vez, asintió antes de que pudiera preguntar.

Desabotoné los vaqueros con torpeza, lamentando que mi habitual destreza me abandonara en su presencia, como si me hubiera hechizado. Los bajé junto con los calzoncillos y le ayudé a desprenderse de ambos. Y luego, estaba de pie, frente a mí, en toda su gloriosa desnudez; una obra maestra como jamás había visto antes. Pensé que había tenido suficiente con verlo desnudo en su habitación, pero aparentemente, no. Mis ojos navegaron por cada milímetro de su dorada piel y mi polla se convirtió en acero.

¿Cuándo fue la última vez que había estado tan excitado por un hombre? Ninguno de los polvos esporádicos de Seattle podían competir con esto. Claro, siempre me excitaba cuando me liaba con alguien —sería imposible no hacerlo cuando te estaban comiendo la polla o te follabas un culo—, pero nunca me había sentido así, nunca había sentido esta bola de deseo, esta necesidad que parecía radiar por todos los poros de mi piel. Mi polla dolía, joder, de lo dura que estaba por Tiago.

—Eres muy sexy —dije, y mi recompensa fue una cegadora sonrisa que viajó directa hasta mis pelotas. Dios Santo, ¿ahora también me excitaban las sonrisas? ¿Había algo que no me excitara de este hombre?

—¿Puedo devolver el favor? —dijo, haciendo un gesto hacia mi ropa—. Pareces demasiado vestido para la ocasión.

—Joder, sí.

Sus movimientos fueron muchísimo más elegantes que los míos, y cuando dejó al descubierto mi pecho, suspiró de placer. Acaricié mis pectorales con la palma de la mano mientras canturreaba apreciativamente, y ese gesto me excitó aún más.

—Eres muy sexy —repitió las palabras que yo había pronunciado antes y sonreí.

—Gracias.

Mis vaqueros y mis calzoncillos fueron los siguientes, y cuando mi polla se liberó y golpeó contra mi estómago, Tiago dio un respingo.

—Joder, eres grande. Y ancho.

A pesar de mis inseguridades en lo referente a mis cicatrices, nunca me cansaba de ver a los hombres admirando mi polla. Sin duda alguna, era mi mejor rasgo. No era tan grande como para llegar a ser molesta, pero tenía la longitud suficiente como para suministrar enormes cantidades de placer. Y la curvatura, combinada con la anchura, les proporcionaba un viaje increíble, o eso me habían comentado en múltiples ocasiones.

Me envolví la polla con la mano y comencé a agitarla.

—Gracias. Me han asegurado que da un placer tremendo.

Tiago me miró y se lamió los labios.

—Sí, no jodas.

Vaya, no solo era activo, entonces. Probablemente, versátil, como yo. No es que importara. El anal estaba fuera de la mesa, una decisión con la que me había mostrado de acuerdo. No siempre era fácil follar, especialmente con mi tamaño. En los bares no solía ser un problema; al menos, la mayoría de las veces. Aquellos que me ofrecían su culo por lo general tenían suficiente experiencia como para amoldarme sin dificultad, o se habían preparado antes y aparecían dilatados y lubricados, lo que era incluso mejor.

Nos quedamos de pie, el uno frente al otro, desnudos, estudiándonos mutuamente. Tiago quería que tomara las riendas. No pude explicarme a mí mismo cómo lo sabía, pero lo sabía. Tiago quería que cuidase de él y nada habría podido satisfacerme más que darle exactamente lo que deseaba. Y había dejado claro lo que deseaba, ¿no?

Me senté sobre la cama, abrí las piernas y mi pene se alzó casi obscenamente. Señalé la mullida alfombra que había bajo mis pies.

—Dijiste que querías hacerme una mamada.

En segundos, Tiago estaba de rodillas ante mí.

—¿Eres negativo? —preguntó.

Asentí.

—Me dieron los resultados hace dos semanas. No he tenido sexo desde entonces.

—Perfecto. Yo también. Me las hice justo antes de volar hasta aquí. Ah, y estoy con la PrEP.

Adoraba lo fácil que era hablar con él. Preguntas directas y respuestas claras. Sin avergonzarse, sin rubores, sin explicaciones a la defensiva por si le juzgaba por tener sexo, algo que no habría hecho. Si follaba mucho, bien por él. Estaba cansado de tanto juicio moral sobre la supuesta promiscuidad de los gais. ¿Por qué cojones era asunto de nadie a quién metías en tu cama? Si eran polvos consentidos entre adultos, ¿qué derecho tenía alguien a poner objeciones?

Tiró suavemente de mis pantorrillas, animándome a que me acercara al borde del colchón, y cuando lo hice, se inclinó hacia mí. Sentí su cálido aliento sobre mi polla y se me erizó la piel. El primer contacto de su lengua me estremeció y cuando comenzó a lamer el semen que ya perlaba el capullo entrelacé los dedos en su pelo, como si mi cuerpo quisiera asegurarse de que no se movería de ahí.

Se inclinó aún más y en un único movimiento, enterró la mitad de mi polla en su boca. Dios Santo, el hombre ni siquiera dio una arcada. No es que pudiera metérsela entera, pero Señor, sí que lo intentó. La presión de sus labios y de su garganta eran demenciales y sus ojos comenzaron a humedecerse mientras succionaba. El ver su rostro completamente abierto para mí fue tan erótico que tuve que presionar los dientes para no embestirlo.

Lamió y recorrió mi miembro con sus labios haciendo todo tipo de lascivos sonidos. Envolvió la base con la mano derecha y presionó toda vez que succionó el capullo. Ahora mi pene brillaba con su saliva y Dios, adoraba esa imagen.

Luego, se apartó, y tras un momento para recuperar el aliento, alzó la mirada. Sus ojos se habían oscurecido y ardían de deseo.

—Me gusta violento, así que fóllate mi boca.

—Tiago... —Deslicé una mano para cubrirle la mejilla—. No tienes que metértela entera. Soy demasiado grande para eso.

Él rio. Una risa áspera y sexy.

—¿Quién lo dice? Si nadie ha podido hacerlo antes es que has estado jugando en la liga equivocada.

Estaba de broma, ¿no? Tenía que estarlo. Me habían hecho muchas mamadas a lo largo de los años, y aunque varios hombres se habían acercado, ninguno había sido capaz de metérsela entera. Lo que no me importaba. Siempre había disfrutado y me había corrido, así que no era un requisito imprescindible.

—Te haré daño.

—No, no lo harás. Pero para que te sientas mejor, si considero que es demasiado, te golpearé el muslo, ¿de acuerdo?

Estaba hablando completamente en serio y podía confiar en que un hombre de cuarenta y ocho años conocía sus límites. O eso suponía. Asentí.

Inspiró profundamente y comenzó a succionar de nuevo. Presioné ligeramente contra su boca, y cuando sentí una resistencia en el capullo, paré. Sus ojos se encontraron con los míos transmitiéndome claramente que debía seguir. De acuerdo, entonces. Empujé un poco más y Tiago agitó la mano para animarme a que continuara. Presioné con más fuerza y algo... cedió. Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, mi polla comenzó a hundirse en su garganta. Tiago dio una pequeña arcada en torno a ella, pero no se retiró y seguí deslizándome en su interior.

Me cago en todo. Mis pelotas estaban contra su barbilla. Se había tragado hasta el último milímetro de mi polla. ¿Cómo cojones se las había apañado para hacer eso? Me sostuvo durante un par de segundos y luego, comenzó a apartarse. Cuando me liberó del todo, tosió. Sus ojos estaban acuosos y su boca cubierta de saliva, pero me sonrió de par en par con una mirada de pura dicha junto a una buena dosis de orgullo.

—Te dije que podía metérmela entera —dijo con la voz rota.

¿Cómo se suponía que tenía que resistirme a esa petulante sonrisa? No pude.

—Entonces, demuéstremelo otra vez.

—Joder, sí.

Esta vez, mi vacilación había desaparecido y en segundos me enterré en su garganta de nuevo. La sensación era indescriptible. Si esto seguía así, Tiago iba a matarme.

Y si era sincero, el ver a ese magnífico y elegante hombre tan... depravado hizo algo en mí; agito una necesidad que jamás me había dado cuenta de que tenía, algo primitivo, animalístico. Nunca me había interesado el sexo demasiado sucio, pero me encontré a mí mismo deseando hacerle cosas que jamás había considerado.

—Tiago... —dije casi sin respiración mientras le apartaba—. Estoy muy cerca.

Ni siquiera se molestó en limpiarse, aunque la saliva se derramaba por su barbilla. Sus labios estaban hinchados y sus ojos ligeramente enrojecidos, pero su sonrisa era la misma. Cualquier duda que hubiese albergado sobre si estaba disfrutando, desapareció.

—Quiero esto —dijo sin vacilar un segundo.

No necesitó repetírmelo. Si no controlaba bien el tiempo, me arriesgaba a ahogarlo, así que empecé a follarme su boca con cortas y rápidas embestidas. Él siguió succionando y en segundos, sentí cómo se tensaban mis pelotas.

—Oh, jodeeeeerr... —Mi polla escupió su carga y Tiago comenzó a tragar furiosamente hasta que no me quedó nada más que darle. Cuando me liberó, me sentí mareado y drenado—. Eso ha sido... —Tuve que aclararme la garganta—. Épico. Gracias.

Su rostro se iluminó.

—Ha sido un placer.

Teniendo en cuenta su erección, no estaba mintiendo. Escupí sobre mi mano un par de veces y envolví su miembro entre mis dedos. A pesar de lo mucho que había disfrutado esa mamada,

no estaba preparado para devolver el favor. A diferencia de él, mis reflejos se activaban pronto y lo último que quería era avergonzarme a mí mismo ahogándome con su polla o —como ya me había pasado— vomitando. No era una experiencia que tuviese intención de repetir.

—Fóllate mi mano —murmuré.

Los ojos de Tiago se iluminaron y se abrió de piernas para equilibrarse, aparentemente más que contento con mi oferta. Apoyó las manos sobre sus caderas y comenzó a balancearse entre mis dedos, gruñendo suavemente. Presioné aún más y él empezó a acelerar, embistiendo violentamente mi puño con completa seguridad en sí mismo. Señor, el hombre era sexy. Y masculino.

Y una vez más, pareció satisfecho con seguir mis órdenes. Interesante.

No pude apartar la mirada de él. Estaba enteramente abandonado al placer, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, moviéndose sensualmente mientras perseguía su liberación. Mi cerebro cortocircuitó ante la imagen. Presioné de nuevo y Tiago gimió sonoramente. El hombre era desinhibido y espontáneo, tanto con sus sonidos como con sus expresiones.

Estaba usándome como yo le había usado a él y disfruté de la sensación mucho más de lo que había creído posible. Parecía poca cosa, e incluso otros podrían haber dicho que era algo degradante y sucio, pero aun así, me invadió la satisfacción de saber que Tiago estaba disfrutando. No era más que una herramienta para él y de alguna forma, me gustó.

Con un gutural y prolongado gruñido, se corrió y descargó sobre mis dedos. Unos segundos más tarde, suspiró y abrió los ojos.

—Joder, eso ha sido perfecto —murmuró—. Gracias.

—Ha sido un placer. —Le guiñé un ojo—. Deja que te limpie. —Él asintió en silencio y me apresuré al baño. Me lavé por encima, humedecí una toalla con agua caliente y volví a la cama. Limpié la saliva y demás fluidos de su piel y luego, pasé cuidadosamente la tela por sus ojos—. ¿Mejor?

El se encogió de hombros.

—No me importa ensuciarme siempre que sea por una buena causa

Sonreí.

—Y esta ha sido una causa merecedora de ello, espero.

—Absolutamente —sonrió él.

Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos mutuamente. Luego, inclinó la cabeza a un lado.

—Estaré aquí hasta el lunes por la mañana. ¿Qué posibilidades hay de que podamos repetir esto antes de que me vaya?

Salir a desayunar en Forestville significaba empezar el día con comida grasienta en el Autoservicio de Eddie, lo que, contrariamente a lo que su nombre sugería, no era un autoservicio en absoluto. Según el folclore de la ciudad, había empezado como un establecimiento de hamburguesas y batidos, pero luego, Eddie se dio cuenta de que Forestville no tenía ningún restaurante de desayunos, así que modificó su horario de apertura. Resultó ser una sabia decisión. El lugar solía estar hasta los topes — especialmente, los fines de semana—, e incluso la aparición de la panadería-cafetería de Brianna fue incapaz de cambiar eso. Por otro lado, ella no servía comidas, solo café, bollos y la ocasional quiche.

Toda esta información nos la había proporcionado Auden, que siempre estaba al tanto de los cotilleos de la ciudad. «Parte de mi trabajo», seguía diciendo, pero sospechaba que adoraba mantenerse informado.

Cuando entramos, el restaurante estaba tranquilo. No era de extrañar, dado que era jueves por la mañana y la mayoría de los parroquianos estaría trabajando.

—Buenos días, Sheriff —saludó la camarera a Auden. Cuando nos reconoció a Tomás y a mí, se quedó petrificada mirándonos.

—Buenos días, Carol —dijo Auden—. ¿Qué tal va a tu nieto?

Ella se obligó a apartar la mirada de nosotros y se concentró de nuevo en Auden.

—Está respondiendo bien al tratamiento, o eso dicen. Maggie espera tenerlo de vuelta en casa en unas pocas semanas.

—Eso son maravillosas noticias. Dile a Maggie que le deseo lo mejor para el pequeño Benjamin.

—Gracias, Sheriff. Lo apreciará mucho.

Auden nos guio hasta una de las cabinas del fondo.

—Hace poco que diagnosticaron leucemia a su nieto —susurró mientras nos sentábamos en los sillones acolchados—. Solo tiene tres años. El pobre crío lleva semanas en el hospital recibiendo quimioterapia y ya le han hecho un trasplante de médula.

—*Mãe de Deus* —dijo Tomás—. Es demasiado joven para estar tan enfermo.

Auden suspiró y se frotó las sienes.

—Sí que lo es, y el hecho de que su padre desapareciera del mapa cuando cumplió dos años no hizo más que empeorar las cosas. Maggie no era compatible, así que tuvieron que buscar a un donante. Ha sido un calvario para Maggie y para Carol. También financieramente. Hemos

organizado un *GoFundMe* para ellas, e hicimos una feria en la Iglesia para recaudar fondos, pero ni siquiera se acercan a poder pagar todas las facturas médicas.

Tomé una nota mental para buscar ese *GoFundMe*. Bien podía usar un poco del dinero que tenía en mi cuenta para algo bueno, ¿no? Me gustaba donar a causas, especialmente si estas involucraban niños. Hacía mucho que había aceptado el hecho de que nunca sería padre y estaba en paz con ello, pero adoraba a los críos y gastaría mi dinero alegremente en tratamientos para jóvenes pacientes de cáncer.

Las cartas del menú estaban tan pegajosas como hacía treinta años y sonreí. La selección tampoco había cambiado mucho. Eddie aún ofrecía la misma combinación estándar de tortitas, tostada francesa, huevos en cualquier versión que uno pudiese imaginar y por supuesto, las esperadas proteínas en forma de beicon, salchichas y filete de ternera. Este último, asqueroso, debería añadir, dado que por lo general estaba duro y demasiado hecho, pero aparentemente, algunos clientes lo preferían así.

Me decidí por pedir huevos revueltos, una tostada y un vaso de zumo de naranja recién exprimido, una de las pocas cosas saludables de la carta. El café siempre había sido decente, pero ¿seguiría siendo así? Tendría que arriesgarme, porque necesitaba desesperadamente mi dosis de cafeína. Carol fue rápida y tomó nuestro pedido en segundos, diciéndonos que la comida no tardaría en llegar.

—¿Cómo te sientes al estar de vuelta? —me preguntó Marnin—. ¿Ya te has adaptado al desfase horario?

Me encogí de hombros.

—El *jet lag* nunca me ha molestado demasiado, a diferencia de a Tomás. —Apenas pude contener la sonrisa. Mi gemelo se enfurruñaba notoriamente cada vez que señalaba ese hecho. No le gustaba que fuese mejor que él en algo. No pasaba muy a menudo, dado que mi hermano era demasiado competitivo como para dejarme ganar por mucho tiempo, pero hasta ahora, Tomás no había encontrado una solución para combatir el *jet lag* que sufría cada vez que nos movíamos a un país con más de cuatro horas de diferencia.

—Sí, sí —refunfuñó Tomás—. Restriégamelo, ¿quieres?

—Es un placer —le sonreí dulcemente. Guiñé un ojo a Marnin, que se llevó la mano a la boca para esconder la sonrisa.

—Bueno, has hecho trampas porque has echado un polvo —dijo Tomás—. Claro que te sientes mejor que yo.

Joder, ¿por qué tenía que decir eso? ¿No se había dado cuenta de que no quería divulgarlo? Señor, nunca podía mantener la boca cerrada. En temas de negocios, sí, indudablemente, aunque incluso ahí siempre terminaba soltando algo. Le gustaba demasiado alardear y a veces usaba la información como un arma. Justo como estaba haciendo ahora. Lo había dicho para vengarse de mí, y me dejó un amargo sabor de boca.

—Tan discreto como siempre —murmuré, mirándolo con desprecio. Al menos, tuvo la decencia de parecer avergonzado. Sabía bien que había cruzado una línea.

Marnin se inclinó hacia mí.

—¿Has ligado con alguien? ¿Con quién? Eso sí que ha sido rápido, colega.

Por supuesto que tenía que preguntar por los detalles. Joder, probablemente estaba sorprendido de que no hubiese aceptado su oferta, aunque puede que lo hiciese en algún momento. El sexo con él siempre era divertido y satisfactorio, aunque no tan intenso y erótico como había sido con Cas. Joder, nuestra química había sido demencial.

—No os voy a decir nada, lo siento —dije secamente—. Fue solo un polvo.

—¿Uno bueno? —preguntó Marnin.

—Uno jodidamente bueno, pero aun así no voy a compartir ningún detalle. Usa tu imaginación.

Marnin se lamió los labios.

—Oh, lo haré. No te preocupes.

Tomás gruñó de frustración.

—Colega, ¿te importa? Estás hablando de mi hermano.

Marnin se inclinó contra el respaldo del asiento y alzó una ceja.

—Dice el hombre que en el pasado compartía todos y cada uno de los detalles de su vida sexual. Un poco hipócrita, ¿no crees?

Auden alzó las manos.

—Chicos...

No necesitó decir más. Su halo natural de autoridad fue suficiente, y ni siquiera Tomás era inmune a él.

—Me alegro de que alguien haya conseguido echar un polvo —sonrió Marnin—. De momento, no he tenido mucha suerte por aquí. Tanto Tinder como Grindr me responden con vacío.

¿También Grindr? ¿Significaba eso que Cas no se movía por aquí? Esa idea me hizo extrañamente feliz.

—Si incluso tú estás teniendo problemas para agenciarte algo, me siento más especial aún, teniendo en cuenta que tu área de pesca es el doble de grande que la mía.

—*Nah*, en realidad no —dijo Marnin—. Es más fácil ligar con hombres que con mujeres, especialmente en ciudades pequeñas. Por lo general, las chicas buscan algo más serio, y como todos sabemos, eso no va a pasar conmigo.

Carol se acercó con nuestra comida y mientras nos servía, aproveché para estudiar a Marnin. Siempre había dado una imagen del eterno soltero, pero ¿realmente quería ser así? ¿Incluso ahora? Hasta donde sabía, nunca había tenido una relación seria en su vida. Esperé a que Carol se alejara hacia la barra.

—¿No quieres algo más duradero? —pregunté.

Marnin vaciló por un momento y luego negó lentamente con la cabeza.

—No es para mí. No reprocho nada a aquellos que desean eso, pero no puedo verme a mí mismo siendo feliz con una única persona para siempre.

—Lo mismo digo —dijo Tomás—. Adoramos demasiado la vida que tenemos como para renunciar a ella.

Esa frase no debería haberme sorprendido. Nunca había sido un secreto el que tenía intención de dedicarme al modelaje hasta que no me llegase trabajo, y sin embargo, me dolió la forma tan casual en la que Tomás me incluyó con el plural. Siempre tendía a hablar por ambos y por lo general, no me importaba, pero ahora algo parecía distinto. A lo mejor, porque sabía que mi gemelo estaba ignorando flagrantemente todas las señales que le había dado de que estaba empezando a cansarme de ese mundo.

Pero ¿debería hablar? Probablemente, volvería a cabrearse conmigo y no quería empezar otra discusión, mucho menos en presencia de nuestros amigos. Así que lo dejé pasar y seguimos charlando mientras devorábamos la grasienta y sabrosa comida.

—Desafortunadamente, tengo que abandonaros, chicos —dijo Auden mientras se limpiaba la boca con la servilleta—. Tengo trabajo que hacer y mis ayudantes ya me han cubierto demasiadas horas esta semana.

—Nosotros también tenemos que irnos —dijo Tomás mirando su reloj—. Hemos quedado con una estudiante que está escribiendo un artículo sobre la reunión para el periódico del instituto. Quería entrevistar a los antiguos alumnos más célebres y, obviamente, hemos pasado el filtro.

¿Se me había escapado esa información de alguna forma o no me lo había dicho antes? No estaba de ánimo para una entrevista con una alumna. De hecho, era lo último que necesitaba.

—¿Tengo que ir yo también? —pregunté, en un tono más quejumbroso del intencionado.

Tomás entornó la mirada hacia mí.

—¿Acaso tienes que estar en otro sitio? ¿Otro polvo, tal vez?

Resoplé para enmascarar mi irritación.

—Como si pudiese conseguirme un polvo a primera hora de la mañana. No, pero no estoy de humor para hacer una entrevista. ¿No puedes hacerla solo?

Tomás prácticamente me fulminó con la mirada mientras me estudiaba.

—Por supuesto que puedo, pero ¿cómo vas a volver al albergue? Necesitaré el coche.

—Yo puedo acercarle —se ofreció Marnin—. No me importa en absoluto.

—Genial —dije antes de que Tomás saliese con otra excusa—. Todo arreglado, entonces.

Tomás no estaba contento conmigo, eso estaba claro, pero no dijo nada. En su lugar, se despidió y salió del restaurante con Auden, dejándonos a Marnin y a mí frente a frente en la mesa.

—¿Qué cojones está pasando entre tu hermano y tú? —Marnin nunca había sido de contenerse con las palabras.

Suspiré.

—Es complicado.

—¿Necesitas que te deje en otro sitio? —preguntó.

Sonreí, negando lentamente con la cabeza.

—Entonces, vamos a tomarnos otro café y a charlar un rato. —Marnin hizo un gesto a Carol, que estuvo encantada de acercarse a rellenar nuestras tazas.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —dije, jugueteando con la cuchara que no había usado—. Es como si de repente todo en él me sacara de quicio. Es tan... Toma todas las decisiones y la mitad de las veces ni siquiera las consulta conmigo. Como esa entrevista para el periódico de la escuela, por ejemplo. No tenía ni idea. ¿No debería haberme preguntado?

La mirada de Marnin se suavizó.

—Nunca te ha preguntado antes y jamás pareció importarte. ¿Qué ha cambiado?

—Ya no queremos lo mismo. Él adora lo que hacemos mientras que yo... no tanto. Ya no. Solía hacerlo, pero estoy cansado de viajar, de la constante atención mediática, de la presión por estar en forma para las sesiones... de todo ello.

—¿Has intentado hablar con él?

—No quiere escucharme. Ya le has oído. Aún dice que «adoramos» lo que hacemos, cuando en realidad, yo ya no lo hago.

Marnin se rascó la barba. Estaba enormemente agradecido por que estuviese dispuesto a hablar conmigo de esto. Mi amigo no era famoso por ser el tipo más cálido y sentimental. Las emociones no eran su fuerte, realmente, pero estaba haciendo un esfuerzo por mí, y lo aprecié más de lo que podría haber expresado con palabras.

—Mira, no quiero ser grosero, pero no puedes culpar a Tomás por esto —dijo finalmente—. Está haciendo lo que siempre ha hecho. Eres tú el que ha cambiado. Necesitas hablar con él, Ty. Tienes que decirle que necesitas más espacio e independencia.

Tragué.

—¿Puedo manejar eso?

Marnin frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Es mucho más inteligente que yo. ¿Qué pasa si insisto en tomar mis propias decisiones y fracaso?

—Tomás no es más inteligente que tú.

—Por supuesto que lo es. No tienes que protegerme de la verdad.

—No me estás escuchando. No es más inteligente que tú. Lo único que pasa es que no es disléxico. Esa es la diferencia. Puede procesar la información escrita mucho más rápido y de forma más sencilla, pero eso no significa que sea más inteligente.

—¿Realmente crees eso?

Marnin apoyó una mano sobre la mía.

—Nunca te he mentado, ya lo sabes.

Suspiré.

—Lo sé. Pero tengo la sensación de que es mucho mejor que yo tomando decisiones.

—Por supuesto que lo es. Tiene muchísima más práctica. Siempre has estado satisfecho dejando que él llevara las riendas. Cuantas más decisiones tomas, más fácil es el proceso y más puedes confiar en tu instinto.

Eso tenía sentido, de hecho, y era algo que no había considerado. En mi mente, Tomás siempre había sido el inteligente de los dos, y esa era una de las razones por las que nunca me había importado depender de él, sabiendo que haría lo mejor para ambos. No es que hubiese perdido la confianza en mi hermano —sabía que nunca haría nada para herirme—, pero mis prioridades habían cambiado, y no estaba seguro de que mi gemelo estuviese entendiendo eso.

—Gracias. Me has ayudado a ver las cosas desde otra perspectiva.

—Un placer, como siempre. Y hablando de placer... —Una sonrisa empezó a dibujarse en su rostro—. ¿Quieres contarme algún detalle sobre ese ligue tuyo? Por tu expresión, puedo decir que ha sido uno de los buenos.

—Lo ha sido. —No pude evitar sonreír—. No te voy a dar su nombre, dado que no le he pedido permiso, pero tenemos una gran química. Es más joven y exquisitamente dominante. No me lo esperaba, pero estuvo muy bien.

—Siempre te ha gustado que alguien esté al cargo.

¿Me gustaba? A lo mejor tenía razón. Siempre había dejado que Marnin llevara las riendas, aunque no es que hubiese podido hacer lo contrario. Marnin no se sometería a nadie. Era demasiado dominante y controlador, y le adoraba por ello.

—Supongo que sí. Nunca lo había visto con tanta claridad.

—Esa es la razón por la que siempre hemos hecho tan buena pareja tú y yo. En el sexo, me refiero —añadió rápidamente.

Reí.

—No te preocupes. No contaba con que fueras a proponerme matrimonio en un futuro próximo.

Marnin se estremeció.

—Dios, por favor, no. Te quiero y eres increíble, pero ese es un enorme «No» para mí.

—Mi ligue me vaciló cuando estábamos hablando de cómo íbamos a organizarnos. Me preguntó cuáles eran mis intenciones e insinuó que podríamos irnos a vivir juntos más adelante. Me estaba tomando el pelo y caí como un jodido estúpido.

Marnin rio.

—Yo me habría cagado encima de miedo. Fuera de bromas.

—Lo sé, ¿verdad? Por un segundo, me lo creí.

—¿Vas a volver a quedar con él?

—Hemos hablado de ello, pero depende de mi agenda. Ambos estamos dispuestos, así que al menos, está eso.

—Parece un caballo ganador —dijo Marnin con una enorme sonrisa—. Y también espero que puedas encontrar algo de tiempo para estar a solas conmigo.

En el pasado, me habría lanzado a aprovechar la oportunidad de follar con él. El sexo con Marnin era relajado y natural. Estábamos cómodos el uno con el otro, no teníamos que negociar roles ni superar la incomodidad inicial y ciertamente, no teníamos miedo de complicaciones. Así que ¿por qué estaba vacilando ahora? No tenía ningún motivo para hacerlo.

Inspiré profundamente.

—Absolutamente.

—Oh, Señor, eso huele de maravilla —dijo Jess mientras entraba en mi casa por la puerta trasera.

El tiempo era lo suficientemente agradable como para tener las puertas y las ventanas abiertas, y quería disfrutar del aire fresco tanto como pudiese antes de que nos golpeará la nieve.

Jess lanzó sus zapatillas al diminuto vestíbulo y entró en la cocina olisqueando el aire.

—¿Algo indio?

—*Sip*. Korma.

Me dio un beso en la mejilla y luego curioseó la salsa que estaba removiendo en la olla de hierro fundido. El fragante aroma inundaba el aire. Adoraba hacer Korma. Era fácil y rápido, estaba sabroso y era algo que Jess podía comer sin problemas, dado que no toleraba el picante y su dieta tenía que estar basada en alimentos suaves.

—Tiene una pinta deliciosa. ¿Qué es lo que estoy oliendo?

—Probablemente, el comino, aunque también tiene cebolla salteada y otras especias. Podremos comer en unos minutos.

—Genial. Iré a poner la mesa.

Cada jueves noche, Jess venía a cenar a mi casa. Mientras yo adoraba cocinar y lo encontraba relajante y gratificante, sus habilidades culinarias eran prácticamente inexistentes y odiaba todo lo que tenía que ver con ello, así que juntarnos en mi hogar era un «ganan todos».

Ella vivía en Valley Creek, la ciudad de al lado, y nos conocimos cuando tuve que reparar el techo de su casa de urgencia, tras colapsar bajo una capa de casi treinta centímetros de nieve. Resultó que el dueño anterior no le había informado de los problemas del tejado durante la venta. La ayudé a arreglarlo y luego la apoyé cuando llevó al tipo a juicio. Como abogada, supo construir un caso blindado contra él y el hombre no tuvo ni la más mínima oportunidad de ganar.

A partir de ahí, nos convertimos en amigos, y luego en *besties*, en palabras de Jess. Era como una hermana para mí, y tenía una relación infinitamente más cercana con ella que con Samantha. Mi hermana de sangre tenía su propia vida en Missoula con Randy, el capullo de su novio al que había odiado a primera vista. Había sido un odio mutuo, por supuesto, aunque el tipo era lo suficientemente inteligente como para callarse los comentarios homófobos frente a mi hermana. Solo deseaba que algún día Samantha se diese cuenta de que podía hacerlo mucho, muchísimo mejor.

Jess preparó la pequeña mesa cuadrangular del salón y cuando la arrocera silbó, indicándome

que estaba lista, emplaté nuestra cena y la llevé a la mesa. Incluso había encendido los candelabros y puesto algo de música, jazz suave.

—Si no supiese con certeza que eres lesbiana y yo gay, pensaría que estás intentando seducirme —bromeé.

Ella me sacó la lengua.

—Estoy de humor para esto, ¿vale?

—¿Una mala cita esta semana?

A estas alturas, ya estaba familiarizado con sus estados de ánimo, y este, desafortunadamente, solía estar ligado a algún fracaso amoroso.

Jess hizo un gesto de desesperación.

—La zorra ni siquiera se presentó. Me dejó totalmente plantada. La esperé durante una hora entera y quedé como una auténtica estúpida.

Hice una mueca.

—Eso apesta. Lo siento mucho. ¿Se ha puesto en contacto contigo para darte una explicación?

—La mandé algunos mensajes y finalmente me respondió que le había surgido algo en el trabajo.

Suspiré.

—Sí que sabes cómo elegirlas, chica. Esta es... ¿cuál? ¿La cuarta cita de mierda consecutiva?

—Lo sé, ¿verdad? Casi parece que hay algo de malo en mí —dijo sarcásticamente.

—¿Se lo has dicho?

Jess asintió.

—Quiero dejar las cosas claras desde el principio. Prefiero que me rechacen en la primera etapa que no encariñarme con alguien y luego tener que ver cómo se alejan cuando lo descubren.

No podía culparla, pero era descorazonador ver cuántas citas potenciales la habían rechazado por tener una bolsa de colostomía, cortesía de una extracción de colon tras varias complicaciones causadas por la enfermedad de Crohn. Jess aún esperaba poder deshacerse de ella en algún momento, pero la probabilidad de que eso fuera a pasar era escasa.

—La gente es estúpida —dije.

—No todos, estoy segura, pero sí. Aunque parece que tengo una asombrosa habilidad para elegir a los malos. —Suspiró—. Y me había esforzado, también. Me corté el pelo, me depilé y todo eso.

Apoyé una mano sobre la suya.

—Lo siento. Te mereces algo mejor.

—Lo sé. —Se hundió de hombros—. No ha sido una buena semana en general, de todas formas. No me encuentro bien, y como guinda, mi madre está entrando en otro episodio depresivo y lo único que puedo hacer es ver cómo pasa porque se niega a recibir ayuda.

Tener una relación complicada con nuestros padres era otra de las cosas que nos había unido. Mientras los míos eran unos capullos homófobos, la madre de Jess llevaba décadas lidiando con una enfermedad mental y se negaba a aceptar tratamiento. Su padre desapareció de la ecuación cuando Jess cumplió catorce años, finalmente hastiado de todo ello. Cuando se mudó a Nueva York, ofreció a Jess la posibilidad de mudarse con él, pero ella se negó a dejar a su madre sola. Esa generosidad terminó costándola caro. Ahora, apenas hablaba con su padre y su madre siempre estaba al borde de una crisis depresiva.

Apreté su mano.

—Lo siento. Desearía poder hacer algo por ti.

Ella me dedicó una triste sonrisa.

—Me estás escuchando. Eso ayuda. Además, me vendría bien algo de diversión, así que entretenme. ¿Qué tal tu semana?

—Me he liado con Tiago Banner. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera darme cuenta.

Los ojos de Jess se abrieron como platos.

—¿Qué? ¿Estamos hablando de Tiago Banner? ¿Ese Tiago Banner?

Asentí. Habitualmente, hablábamos varias veces a la semana, pero Jess había estado ocupada con un caso en los juzgados y la había dado espacio para que pudiese concentrarse en él. Como resultado, aún no había tenido la oportunidad de hablarle de Tiago, y había estado muriéndome de ganas por contárselo. Nadie era más discreto que ella; a lo mejor, porque estaba acostumbrada a respetar la confidencialidad gracias a su profesión.

—Me cago en todo, ¿cómo ha pasado eso? Ah, espera, está en la ciudad por lo de la reunión, ¿verdad?

—Sí, está aquí, y me topé con él en el albergue.

—Pensé que ya habías terminado allí.

—El lunes fue mi último día y ahí fue cuando le vi.

—De acuerdo, así que ¿qué pasó?

—Estaba desnudo.

Jess resopló y el brillo jovial de su mirada me enterneció. Al menos, había tenido éxito en eso de distraerla por un rato.

—Esto mejora por momentos —rio ella.

Le conté toda la historia, culminando con nuestra quedada.

—Me cago en todo, eres un bastardo muy afortunado. Ese hombre es tan sexy que incluso una lesbiana empedernida como yo es capaz de apreciarlo. ¿Qué tal el sexo?

—Me hizo la mamada de mi vida. De hecho, se la metió entera.

Jess se abanicó con la mano.

—Joder, el hombre tiene todo a su favor, ¿eh? ¿Era mucho pedir que al menos fuese malo en la cama?

Reí suavemente.

—Afortunadamente para mí, no lo es. Lo opuesto, de hecho. Tuvimos una química espectacular y no hubo nada de esa incomodidad post-orgasmo con extraños. Me hizo una mamada y yo le hice una paja. Fue divertido, y esa no es una palabra que use habitualmente para describir el sexo.

—Suenan maravilloso. ¿Tienes pensado volver a verlo?

Me encogí de hombros.

—Esperamos poder repetir, pero eso es todo. No estará aquí tanto tiempo.

—Una pena. Habría sido genial.

—Es solo un hombre —dije, con más brusquedad de la intencionada.

—Por supuesto que lo es, pero has dicho que te hizo la mejor mamada de tu vida. ¿No quieres más de eso?

Suspiré.

—No me hagas caso. Pensé... Pensé que lo decías porque es famoso y todo eso. Cometí el mismo error con él, ¿sabes? Me dijo que bajo todo eso, solo es una persona, como todo el mundo. No le interesa demasiado la fama.

—Vaya, se marcó un: «Solo soy una chica, delante de un chico, pidiendo que la quieran»,

¿eh?

Me reí al advertir la referencia a *Notting Hill*.

—En cierta forma. Salvo la parte de estar enamorados. Pero sí, enfatizó que la fama solo era el exterior y que no le gustaba mucho, realmente.

—Eso es interesante, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que lleva en el modelaje. Si no recuerdo mal, él y su hermano empezaron justo después del instituto, y tiene... ¿Cuántos? ¿Cincuenta?

—Cuarenta y ocho.

—Lo mismo da.

—Cincuenta suena a mucho más viejo.

—Semántica. El hecho es que es mucho más mayor que tú.

—¿Por qué debería importarme eso?

Ella frunció los labios.

—Para una noche de sexo, no importa, pero si estás considerando el tener algo más con él...

—No lo hago.

—Solo digo.

¿Por qué me estaba presionando tanto? ¿Acaso no se daba cuenta de lo absurdo que era discutir todo esto?

—Nunca le interesaría tener algo conmigo.

—¿Por la diferencia de edad?

—Eso también, pero me refería más a la enorme brecha que hay entre nuestras vidas y nuestras experiencias. Él es un modelo mundialmente famoso, reconocido y adorado en todas partes. Viaja por el mundo y lleva una vida excitante mientras que yo... estoy aquí. Apenas he salido de esta ciudad y si lo hago, es para pasar un fin de semana en Seattle y echar un polvo. ¿Cómo podría funcionar una relación así? Él es todo lo que yo no soy.

Jess abrió la boca y la cerró de nuevo. Dio un bocado a la cena y comenzó a masticar lentamente frunciendo el ceño.

—Tengo la sensación de que estás diciendo una cosa, pero te estás refiriendo a otra completamente distinta. Por supuesto que vuestras vidas son diferentes. Eso lo pillo. Ambos tendríais que adaptaros enormemente. Pero ¿por qué intuyo que hay algo más en todo esto?

Dejé los cubiertos sobre la mesa y me froté las sienes.

—¿Necesito recordarte todo el desastre de Jonas?

—Por lo general, declinaría la oferta alegremente, dado que la mera mención de su nombre es suficiente para arruinar mi apetito, pero lo toleraré por ahora, porque no tengo ni idea de cómo encaja él en todo esto.

—Jess, si no pude hacer feliz a un hombre como Jonas, ¿qué posibilidades tengo de hacer feliz a uno como Tiago Banner?

Los ojos de Jess lanzaron chispas.

—¿No me digas que aún sigues culpándote a ti mismo por lo que pasó con Jonas? Eso no fue culpa tuya y lo sabes. No puedes responsabilizarte por que te engañara. Múltiples veces, además.

—Y no lo estoy haciendo. Eso fue cosa suya. Pero sí tuvo algo de razón al decir que quería mucho más de lo que yo podía darle. Quería diversión y algo excitante, y en su lugar, le di una vida aburrida y predecible. Sus palabras.

Jess negó firmemente con la cabeza.

—Y una mierda. No eres aburrido ni predecible. Eres afectuoso, dulce, generoso e increíblemente leal. También resulta que adoras la vida que te has construido aquí y no hay nada

de malo en ello.

—Lo hay, si eso significa que nunca encontraré a alguien para compartirla.

—¿Es así como te sientes realmente? ¿Serías más feliz en Seattle, si supieses que mudarte allí significaría tener novio?

Cuando no conocía otra forma de vida, no me había importado vivir en Seattle, pero ahora, no podía imaginarme a mí mismo volviendo a la ciudad. Cada vez que regresaba de una de mis escapadas me invadía una sensación de alivio tan pronto como entraba en la Ruta 2. Las montañas, los bosques, el verde que me rodeaba y el cristalino azul del río Skykomish se habían convertido en mi hogar, mi lugar seguro. Ya no podía respirar en Seattle. Era demasiado ruidoso, demasiado sucio, demasiado ajetreado. Y los jodidos turistas estaban por todas partes.

—No —admití suavemente—. Creo que jamás podría volver a vivir allí. Pero eso solo demuestra lo que te estaba diciendo. ¿Realmente crees que alguien como Tiago podría ser feliz en una ciudad pequeña?

—Creció aquí, ¿no?

—Sí, y se fue tan pronto como pudo.

—Mmm, tengo que admitirte eso.

Agité una mano frente a mí.

—Todo esto es irrelevante de igual forma. Me ha dejado claro que lo único que quiere es sexo, así que dejemos de preocuparnos por las diferencias entre su vida y la mía porque nunca serán un problema en primer lugar.

Había evitado mencionar que Tiago jamás se asentaría con alguien con mi aspecto. Claro, me había dicho que adoraba mi cuerpo y se sentía atraído hacia mí, pero eso no descartaba el hecho de que no era guapo. Podía imaginarme los titulares: «El hombre más sexy del mundo está saliendo con *Scarface*». No, gracias.

Éramos completamente diferentes en todo: nuestra edad, nuestro trabajo, nuestro estilo de vida y nuestro aspecto. No es que eso importara. No estábamos interesados en nada más. Lo único que habíamos compartido era una gran noche de sexo. Un grato recuerdo que rememoraría en el futuro mientras seguía preguntándome cómo cojones me las había apañado para liarme con Tiago Banner.

—Gracias por venir —dije a Cas mientras me abrochaba el cinturón.

Le había enviado un mensaje hacía una hora, esperando que tuviera tiempo de recogerme. Tomás estaba haciendo algo en la ciudad de al lado —no tenía ni idea de el qué— y se había llevado el coche. Tras pasar toda la mañana en el albergue, me estaba volviendo completamente loco, así que contacté con Cas y le pregunté si estaba libre para vernos de nuevo, y en caso afirmativo, si podría venir a buscarme. En cuestión de minutos, me envió un mensaje diciéndome que estaba disponible.

—Sin problema. Es lo mínimo que puedo hacer a cambio de disfrutar del placer de tu compañía —dijo, dedicándome una enorme sonrisa antes de poner en marcha su camioneta.

—Esa es una forma de verlo. —Reí suavemente.

Me miró de soslayo mientras salía del aparcamiento.

—¿Por qué no te alquilas tu propio coche?

Me encogí de hombros.

—Supongo que podría hacerlo, pero nunca lo he hecho antes. Siempre lo comparto con Tomás. Es más... ¿sencillo?

Cas hizo un sonido ambiguo.

—Que nunca lo hayas hecho antes no significa que no puedas intentarlo ahora.

—Cierto, pero ya no tiene sentido. Hemos venido para la reunión, que es mañana, y nos iremos el lunes. —¿Y por qué me entristecí al decirlo? Debería alegrarme de salir de Forestville para volver a París, a Roma, a Londres o a dondequiera que tuviésemos nuestra próxima sesión, ¿no? La mitad del tiempo no sabía qué había en mi agenda, dado que era mi hermano el que se encargaba de gestionar todo eso.

—¿No te gustaría salir un poco más con tus amigos? Tengo la impresión de que lleváis mucho tiempo sin veros.

—Sí, ha pasado un tiempo. Llevábamos cinco años sin venir y ha sido genial volver a quedar con ellos. Les he echado de menos. —En cuanto esas palabras abandonaron mi boca, la verdad me golpeó. Realmente había echado de menos a Auden y a Marnin, mucho más de lo que había imaginado y ni siquiera había sido consciente de ello. Y Dios, también añoraba a Essex. Volver a Forestville hacía que la pérdida escociese aún más. Debería estar ahí con nosotros, debería haber podido asistir a la reunión.

—Así que ¿por qué no alargas tu estancia? ¿O tienes un trabajo esperándote justo después de

esto?

De hecho, no lo tenía. Había programado una sesión para una campaña de gafas de sol en algún lugar del Caribe —Bahamas, si la memoria no me fallaba—, pero la habían aplazado. Alguien había olvidado que la temporada de huracanes era algo a tener en cuenta y mientras hablábamos había dos tormentas tropicales viajando por el Atlántico y esperaban que golpearan el área en breve. No era el mejor momento para una sesión fotográfica y estaba agradecido por no tener que capear un huracán. Ya había estado ahí y no era una experiencia que quisiese repetir.

—Aparte de Auden y Marnin no hay mucho más por lo que me merezca la pena quedarme aquí. —Joder, eso era demasiado cruel para decírselo justo a él. Había sido claro enfatizando que solo era sexo, pero aun así. Podría haberlo expresado de mejor forma, especialmente cuando íbamos de camino a su casa para repetir la jugada.

Cas se mantuvo en silencio por un tiempo.

—Es una cuestión de perspectiva, supongo. Nunca he estado en Europa, así que estoy convencido de que Forestville no puede competir contra ciudades como París o Amsterdam, pero adoro vivir aquí. Es tranquila y... —Calló.

—¿Y?

—Puede que te parezca una locura, pero iba a decir conectada. Me encanta vivir en una ciudad donde la gente se conoce y tiene una conexión real. Como el invierno pasado, por ejemplo. El señor Hammond se cayó por las escaleras de su casa y se rompió la cadera. No podía moverse y tampoco tenía el teléfono cerca, pero le encontraron en menos de dos horas porque no se pasó por la panadería de Brianna para coger su café y su magdalena diarias. Brianna hizo saltar la alarma y el Sheriff se acercó para comprobar si pasaba algo y llevó al señor Hammond al hospital. En una gran ciudad, habrían pasado días antes de que alguien le reportara como desaparecido.

La calidez me inundó. Recodaba lo que Cas estaba describiendo, esa sensación de estar conectado con otra gente, gente a la que conocías realmente. Como si fueras parte de un todo que estaba incompleto sin ti. Y Dios, no me había sentido así en años.

—Me encantó crecer aquí. Tuve una infancia tan idílica como pudo serlo.

—Apuesto a que sí. Este sitio es especial, y solo llevo unos años instalado en mi casa. Estoy seguro de que aún me faltan un montón de cosas por descubrir.

—Cuando éramos adolescentes, lo más destacado, aparte del instituto y el campo deportivo, era el Billy y el Spot. El viejo Billy nunca nos delató a nuestros padres sin importar lo que compráramos, y eso era inestimable para unos críos que no podían conseguir condones en ningún otro sitio.

Cas rio.

—Puedo imaginármelo. Nada de Amazon para vosotros, ¿eh?

Reí. Joder, comparado con Cas era un anciano.

—*Nop*. Teníamos que comprarlo todo en persona o a través de los catálogos que nos llegaban por correo. Era una época muy distinta. No puedo negar que a veces la echo de menos, pero aprecio mucho las facilidades que tenemos hoy en día.

—Sí, no jodas. Pero has mencionado el Spot. ¿Qué es eso? ¿O ya no existe?

Fruncí el ceño. La última vez que estuve en Forestville no subí a verlo, dado que no estaba de camino a ninguna parte importante salvo el área de camping. ¿Había desaparecido?

—¿Alguna vez has ido a la zona de acampada de Bear Creek?

—Hice un trabajo allí el invierno pasado. ¿Por qué?

—Puede que no lo viesen, dado que era invierno, pero si conduces hasta la zona de acampada, como a medio camino, a la derecha, hay un aparcamiento que sobrevuela el río. Al menos, lo había. Solíamos llamarlo el Spot, y era nuestro sitio favorito para beber y liarnos con gente.

Cas silbó.

—Ah, ahora lo pillo. Debió de ser muy popular.

—No te haces una idea. —Reí—. A veces había hasta cuatro coches aparcados ahí, todos con las ventanas empañadas.

Cas sonrió.

—Buenos tiempos, ¿eh? ¿Nunca te asomaste a ver lo que estaban haciendo?

—Teníamos un código de honor y prometíamos no mirar —dije seriamente—. Hasta donde tengo entendido, nadie lo hizo nunca. Hubo muchos que perdieron la virginidad allí y tampoco nos delatábamos. —Negué lentamente con la cabeza, sonriendo para mí—. Sí, buenos tiempos, colega. Dulces recuerdos.

Cas se aclaró la garganta.

—¿Quieres que vayamos a ver si sigue ahí? Me encantaría llevarte.

Me erguí en el asiento, excitado por la propuesta.

—Joder, sí. ¿No tienes prisa?

Él sonrió de par en par.

—Por irresistible que seas y a pesar de lo mucho que deseo volver a besarte, puedo esperar unos minutos más. Lo prometo.

Entrechoqué nuestros hombros.

—Bien jugado.

Adoré que admitiese que estaba deseando besarme. ¿Lo había disfrutado tanto como yo? La mayoría de los hombres con los que me había acostado estaban tan ansiosos por llegar a la línea de meta que no se tomaban su tiempo para besar, pero yo siempre lo apreciaba. Y a Cas se le daba particularmente bien.

Nuestra sincronización fue perfecta, dado que acabábamos de llegar a la calle principal, así que Cas solo tuvo que girar a la derecha y dos manzanas después, de nuevo a la derecha para coger el desvío que ascendía hasta la zona de acampada. La carretera de Bear Creek era difícil de transitar en invierno, con sus curvas cerradas y sus zig-zags, pero en esta época del año no tuvimos problemas con la camioneta. Además, Cas era un buen conductor, competente y tranquilo.

Tenía buenas manos, también, con dedos elegantes y largos. Por alguna razón, siempre me fijaba en las manos de la gente. Decían mucho sobre una persona. Una vez me lie con el guitarrista de una banda y sus dedos estaban llenos de callos. Fue una sensación completamente distinta sobre mi piel, muy diferente a la de los suaves y aterciopelados dedos de la mayoría de amantes que había tenido hasta entonces.

Las manos de Cas eran el reflejo de su trabajo, y tenían algunas cicatrices aquí y allá que añadían carácter. Y Señor, eran fuertes. Habían sostenido mi cabeza con facilidad mientras se follaba mi boca y el poder que había emanado de él me había extasiado.

—¿Estás bien? —preguntó Cas mirándome de soslayo—. Te has quedado muy callado.

—Recuerdos. —Tragué—. Muchos recuerdos.

—Entiendo. Siempre y cuando sean buenos...

—Muy buenos. —Mi voz sonó áspera y me aclaré la garganta.

—Hay una casa a la venta por aquí —dijo Cas, y me alegré de que cambiara de tema—.

Aparecerá a nuestra derecha en unas cuantas curvas.

—Oh, Señor, ¿la casa del doctor Everett?

—*Sip*, esa misma. Se cansó de tener que conducir hasta aquí arriba en invierno y se mudó a la ciudad.

—Esa casa era increíble. La visité unas cuantas veces de pequeño porque su hijo, Fir, era uno de mis compañeros de clase. Fui a todas sus fiestas de cumpleaños hasta secundaria e incluso a esa edad pude apreciar lo especial que era. Las vistas eran sobrecogedoras.

—Imagino que lo son, teniendo en cuenta su ubicación. No he visto el interior mas que en la página de la inmobiliaria, pero parece bastante anticuado. La descripción decía que necesitaba «algo de cariño», que suele ser el código que usan para decir que hay que reformarla por completo.

La casa debería aparecer tras la siguiente curva, y *sip*, ahí estaba, con un enorme letrero que decía: «En venta», en la parte frontal. El camino de acceso era corto por necesidad, pero Dios, esa casa...

—¿Podemos parar aquí un momento?

Cas frenó de inmediato y giró hacia el camino de entrada.

—Por supuesto.

Antes de que apagara el motor, ya estaba abriendo la puerta, y tan pronto como puse un pie en el exterior me envolvió el aroma de los árboles. Inspiré profundamente.

Mis flamantes *Hey Dude* no eran el calzado más práctico para explorar esa zona, pero qué importaba. Tenía demasiada curiosidad. Pasé la casa y avancé por el camino lateral que llevaba ahí desde que tenía memoria. Y oh, ahí estaban, las vistas de un millón de dólares. Joder, menuda imagen.

Bajo nosotros, el río resplandecía con los rayos del sol y tras él, la ciudad moteaba el paisaje. Las casas se veían tan diminutas que parecían sacadas de una de las maquetas de trenes con las que solía jugar de pequeño.

—Vaya. —Cas apareció a mi derecha—. No bromeabas con lo de las vistas.

—Desde ahí arriba son incluso mejores —dije, señalando la terraza que había a nuestra espalda—. De hecho, construyeron esta casa así para maximizar las vistas.

Cas miró a su alrededor.

—Pero no tiene jardín. Habría que retirar algunos árboles para poder crear uno.

Me encogí de hombros.

—Eso podría disuadir a algunos, pero para otros sería una ventaja.

Me giré y estudié la casa. Estaba construida contrapendiente. La entrada principal estaba a nivel del suelo y contaba con un garaje en el lateral. La cocina tenía puertas correderas que daban a la terraza, y esta última era lo suficientemente amplia como para permitir instalar una mesa grande y una parrilla. Pero incluso desde fuera, el desgaste de la estructura era evidente, y había varios parches verdes y marrones en la madera que necesitarían algunos arreglos y una concienzuda limpieza.

¿Cómo sería el interior? ¿Seguiría igual que la última vez que lo vi en...? Hice un rápido cálculo mental. Señor, la última vez que entré en esa casa debió de ser en los ochenta. Habían pasado casi cuarenta años. Seguramente habían hecho reformas, ¿no?

—Has dicho que viste fotos del interior, ¿verdad? —pregunté a Cas—. ¿Cómo de deteriorado estaba?

Se frotó la barbilla.

—Lo miré desde el punto de vista de un contratista, ten eso en mente. Pero por lo que

recuerdo estaba en muy mal estado. Estamos hablando de que tendrías que enfrentarte a destripar la cocina y los baños, y renovar todo lo demás. No me dio la impresión de que tuviese problemas estructurales, pero una inspección técnica más detallada debería ser capaz de confirmar si eso es cierto.

—¿En mal estado o anticuada? Para mí, eso son dos cosas distintas.

—Cierto. Para ser te sincero, no lo sé. ¿Por qué?

Esa era una buena pregunta. ¿Por qué estaba tan interesado en esa casa? No podía ser por motivos sentimentales; Fir y yo no habíamos tenido una relación tan estrecha. Había sido un chico encantador, pero también un enorme *geek*, y ese no había sido el grupo de gente con el que me juntaba por entonces. Siempre había salido con los chicos populares, los deportistas.

—No lo sé, pero me encantaría echar un vistazo por dentro.

Cas me estudió y luego se encogió de hombros.

—Puedo llamar a Leandra. Es la agente inmobiliaria, y no creo que pase nada por preguntarle si podemos echar un vistazo por nuestra cuenta. Me envía trabajos de forma regular, así que nos conocemos lo suficientemente bien.

¿Por qué estaba tan ansioso por ver el interior de esa casa? Nada de esto tenía sentido y sin embargo, asentí.

—Lo apreciaría mucho.

La puerta principal estaba cerrada con llave eléctrica, y una breve llamada más tarde, Cas tenía el código que necesitábamos. Tan pronto como entramos, nos asaltó el olor a rancio y a humedad.

Cas hizo una mueca.

—Ese olor es un indicativo de moho.

Me encogí de hombros. El moho era un problema muy común por esos lares, consecuencia directa del clima, y no era algo que me preocupara. Tenía más curiosidad por ver si la casa seguía siendo tan fantástica como la recordaba. Cuando la visité en primaria estaba recién estrenada, así que tenían que haberla construido en los setenta. Podría conseguir toda esa información de la agente.

El pasillo dio paso al salón y Cas dio un respingo.

—Dios Santo, tiene un salón hundido.

Tenía escalones en tres de sus laterales y el área estaba perfectamente ubicada para aprovechar las vistas. El único lateral que no contaba con escalones estaba frente a un ventanal que iba del suelo al techo y Señor, cómo de espectacular sería eso en invierno. La terraza terminaba justo a la izquierda del ventanal, así que proporcionaba una vista sin obstrucciones. Podía imaginarme a mí mismo sentado frente a él, escuchando música o tocando la guitarra, una afición que no había podido retomar desde hacía tiempo.

—Esa moqueta necesita desaparecer —dijo Cas.

Hice un sonido de asentimiento.

¿Habría madera bajo ella? Recordaba vagamente a alguien derramando algo en uno de los cumpleaños de Fir y a su madre asegurando que no había problema porque podría limpiarlo fácilmente.

—Puede que haya madera debajo —dije.

—¿Tú crees? Puede. Aunque no es algo tan común en las casas de los setenta. Si la hay, probablemente sea roble, pero me he encontrado con suelos de abeto Douglas, que eran muy populares en las décadas anteriores. Probablemente, porque es un material muy barato y sencillo de conseguir por aquí.

Cas había dado en el clavo con la cocina. Los armarios eran de madera oscura y todos los electrodomésticos eran antiguos, pero el área era lo suficientemente espaciosa como para poder construir algo decente. A lo mejor, incluso podría poner una isla, algo que siempre me había gustado. No es que supiese cocinar, pero nunca era tarde para aprender. Sí, una cocina blanca que aprovechara toda la luz y algunos azulejos. A lo mejor, azules. O grisáceos.

El dormitorio principal era amplio y también ofrecía unas vistas espectaculares desde una ventana masiva. El baño adjunto era otra área que necesitaría una seria renovación, pero era grande, y podría meter una bañera y un plato de ducha, dado que prefería esta última. Además, tenía un vestidor fantástico donde podría organizar toda mi ropa.

Las otras tres habitaciones eran más pequeñas, pero lo suficientemente espaciaosas como para instalar una oficina, un dormitorio de invitados y tal vez, un pequeño gimnasio. Necesitaba meter una zona para entrenar en algún lado y no estaba seguro de si el sótano estaría habilitado para ello. El baño que conectaba dos de los dormitorios necesitaría rehacerlo por completo, y el tercer baño tenía un aspecto más decente, aunque podría beneficiarse de algunas mejoras.

Mientras recorríamos la casa, Cas fue comentando los problemas que iba encontrando: señalando una humedad en la pared, la antigüedad del sistema de calefacción, la madera podrida del pilar del garaje,... Según iba absorbiendo toda la información, algo comenzó a agitarse en mi interior, algo que no supe definir.

Quería esa casa, pero... ¿por qué? Ni siquiera vivía allí, así que ¿por qué estaba mirando ese sitio? Nada tenía sentido y sin embargo, con cada habitación que inspeccionábamos esa voz en mi interior que me insistía que debía comprarla se hacía más estridente.

—¿Tiago? —preguntó suavemente Cas, sacándome de mis pensamientos.

Habíamos terminado el recorrido y estábamos de nuevo en el salón.

—Si tuvieses que hacer una estimación aproximada, ¿cuánto crees que costaría renovar este sitio?

Cas abrió los ojos de par en par.

—¿Quieres comprar esto? ¿En serio?

—Compláceme.

Se rascó la barbilla.

—La cocina serían treinta de los grandes fácilmente. El baño principal, unos diez o quince, y añade otros diez para los otros dos baños. Después de eso, todo dependerá de lo que quieras hacer, pero necesitarás renovar toda la instalación eléctrica y muy posiblemente reemplazar el cuadro, revisar el sistema de calefacción, resolver los problemas de humedad y moho, y arreglar la terraza. Añade el suelo, la pintura, las cosas que sin duda alguna irán surgiendo por el camino y diría que podrías ponerte en cien de los grandes, como mínimo. Más cerca de los ciento cincuenta, si quieres hacer bien las cosas.

—Definitivamente, quiero hacerlo bien. Y ¿cuánto piden por esta casa?

Cas sacó el móvil y comenzó a teclear.

—Seiscientos cuarenta y nueve. Es un mercado en auge, así que dudo mucho que estén dispuestos a negociar demasiado.

El total rondaría los ochocientos mil, más o menos. Si juntaba algunas de mis cuentas de ahorro, podría conseguir ese dinero. Joder, ni siquiera tendría pedir una hipoteca. Por supuesto, también necesitaría muebles, pero eso no me costaría más de... ¿cuánto?, ¿veinte mil? Incluso si fuera un poco más, no me dejaría en la bancarrota. Llevaba ahorrando toda la vida y nunca había gastado demasiado. Y si Cas tenía razón con eso de que el mercado estaba auge, siempre podría venderla y sacar algún beneficio.

Quería esa casa y joder, iba a comprármela. Una ráfaga de alegría y excitación se apoderó de mí.

—¿Puedes llamar a la agente inmobiliaria y preguntarle si puede venir?

Leandra apareció en cuestión de minutos, con las mejillas sonrojadas y prácticamente vibrando de excitación. ¿Era la venta tan sencilla y la jugosa comisión lo que la tenía tan agitada o el hecho de que le estaba vendiendo una casa a Tiago Banner? Probablemente, un poco de ambas, dado que seguía batiendo los ojos hacia él. Sabía que era gay, ¿no?

Tiago lo soportó pacientemente mientras la bombardeaba a preguntas sobre qué procesos debía seguir y cuánto tardaría. Un máximo de diez días, estimó ella, teniendo en cuenta que iba a pagar en un único plazo en metálico. Me cago en todo, ¿qué estaba pasando? De alguna forma, Tiago había decidido espontáneamente comprarse una casa. Y no cualquier casa, sino una que costaba seiscientos cincuenta mil dólares, e iba a pagarla a tocateja. No podía hacerme una idea de lo que era ser capaz de hacer eso.

El dinero no era un problema para él, hasta ahí había llegado, pero verlo tomar una decisión de tal magnitud de forma tan impulsiva me dejó completamente conmocionado. Joder, yo tardaba veinticuatro horas en decidirme a comprar cualquier cosa que costara más de cien dólares, una regla que había aprendido de mi padre. El hombre resultó ser un pedazo de mierda homófobo, pero eso no significaba que no me hubiese enseñado nada útil a lo largo de los años. De hecho, fue él el que me mostró lo interesante que podía llegar a ser el trabajo de contratista, dado que siempre había sido un manitas y había disfrutado arreglando cosas por la casa. Cuando cumplí los doce años, ya instalaba cortinas, y a los catorce, ya sabía cómo arreglar un escape en las tuberías. Mi padre se había sentido muy orgulloso de mí... hasta que cometí el error de salir del armario. Sabía que no le gustaría, pero en mi ingenuidad, nunca me planteé que me echaría de casa.

—El doctor Everett ha aceptado la compra, así que tiene vía libre para empezar el proceso —dijo Leandra, devolviéndome a la conversación—. Estoy segura de que no tendrá problemas con que empiece las renovaciones en seguida, dado que es de la localidad y le conoce.

Esa era una práctica habitual en mi gremio, pero no siempre era una idea inteligente.

—Asegúrate de que sabes los riesgos que entraña comenzar las reformas antes de cerrar el trato —dije.

Tiago se giró hacia mí.

—¿Riesgos? ¿Como cuáles?

—Digamos que algo va mal durante las renovaciones y causas algún daño a la casa. Podría ser algo tan trivial como dejar caer una lata de pintura sobre un mueble o algo tan grave como

que la terraza colapse mientras tratas de arreglarla. Técnicamente, el vendedor seguiría siendo el dueño de la casa y como tal, sería responsable de todo eso. Ese es un riesgo enorme para el vendedor, pero también para ti, porque luego lo tendrás más difícil a la hora de demostrar cualquier problema que descubras tras cerrar el trato, como el moho o los posibles daños ocasionados por el agua. El vendedor podría argumentar que esos problemas surgieron al empezar la renovación.

—Eso son los peores escenarios, por supuesto —dijo Leandra suavemente, lanzándome una mirada poco amistosa.

Me encogí de hombros.

—Eso no significa que sean poco realistas o que Tiago no deba estar informado.

—Estoy convencida de que el señor Banner —enfaticó—, es consciente de todos los factores involucrados.

Mierda, ¿se había dado cuenta de lo que había entre nosotros o me estaba corrigiendo sutilmente por usar su nombre de pila? De igual forma, no era algo en lo que quisiera entrar. Eso solo alimentaría la red de cotilleos y Dios sabía que Leandra estaba profundamente integrada en ella.

—Solo sentí que era mi deber ético el señalar todo esto. Además, el precio de la casa está supeditado a los resultados de la inspección técnica.

Tiago dio un respingo.

—Por supuesto —dijo Leandra—. Y ¿quién será el encargado de hacer la inspección?

—Se lo haré saber —dijo Tiago, aparentemente de acuerdo conmigo. Me guiñó un ojo disimuladamente y mi estómago dio un brinco—. Aprezio que ambos estéis buscando lo mejor para mí, pero he de darle la razón a Cas. Creo que es mejor esperar hasta cerrar el trato antes de empezar con las renovaciones. —Se giró hacia mí y añadió—: Además, dudo mucho que vayas a estar disponible para empezar de inmediato, de igual forma.

¿Disponible? ¿Qué había querido decir con...? Oh, ¿quería que yo hiciese las renovaciones? Dios Santo, ese era un proyecto enorme, uno que me llevaría un par de meses; probablemente, más. Aunque no podría habérmelo ofrecido en mejor momento. El otoño era el comienzo de la temporada baja para mí y en invierno tenía muy pocas obras.

Me aclaré la garganta.

—Estaré ocupado durante las próximas dos semanas, así que tienes razón en eso de la disponibilidad. —Míranos, hablando como adultos responsables, como si no hubiéramos ido de camino a echar un polvo, lo que, desafortunadamente, ya no iba a pasar, pero eso no venía al caso.

Leandra entornó la mirada hacia mí. Había esperado que hiciese algún comentario sobre nuestra interacción, pero la mujer emplastó una sonrisa en su cara, volvió a mirar a Tiago y dijo:

—Lo entiendo, señor Banner. Empezaré el proceso tan pronto como sea posible. ¿Tiene a un abogado local o a un agente que le represente?

Algo muy parecido al pánico inundó el rostro de Tiago. ¿No se había dado cuenta de que necesitaría uno? Ah, probablemente no tenía ni idea de a quién llamar, dado que llevaba treinta años viviendo fuera de la ciudad. Afortunadamente, sabía a quién recomendarle.

—Jess Compton es una abogada excelente y una buena amiga mía, y tiene experiencia con este tipo de contratos.

Tiago asintió.

—Entonces, la usaré a ella.

Leandra me miró con renovada suspicacia, pero de nuevo, se mantuvo en silencio. Supuse

que prefería el dinero de la comisión al cotilleo, lo que era una sabia decisión. Finalmente, miró a Tiago y dijo:

—Me pondré en contacto con la señorita Compton y empezaré a mover las cosas. ¿Puede darme su número de teléfono para que pueda comunicarme con usted?

—Puedes hablar con él a través de Jess Compton —intervine rápidamente. Sería mejor que Tiago no le diese su número personal a Leandra. No era mala gente, pero la discreción no era una de sus mejores cualidades y lo último que quería era que ese número se distribuyera por toda la ciudad.

Tiago asintió y Leandra me fulminó con la mirada. Oh, no estaba contenta conmigo. No es que me importase. Joder, incluso soportaría los inevitables rumores que empezarían a circular sobre nosotros si eso significaba proteger a Tiago.

—Gracias por todo, Leandra —dijo Tiago con una amistosa sonrisa y una melodiosa voz de barítono—. Ha sido de gran ayuda.

Leandra le devolvió la sonrisa, probablemente tan incapaz de resistirse a sus encantos como el resto. No podía culparla.

—Ha sido un placer, señor Banner. Espero darle la bienvenida de vuelta a su hogar.

—El placer ha sido todo mío. Estoy seguro de que no la importará que nos quedemos aquí un rato más, ¿verdad? De esa forma, podemos empezar a planear la renovación.

—Por supuesto, por supuesto. Cuando haya terminado puede cerrar la puerta y marcar el código. No espero que pase nada por aquí, de igual forma. Esto es Forestville, después de todo, no una gran ciudad.

Con una última sonrisa en dirección a Tiago y un educado gesto de cabeza hacia mí — aparentemente no estaba tan encandilada con mis encantos, o mi falta de ellos—, se fue.

Cuando la puerta principal se cerró tras ella, Tiago palideció.

—Joder, me he comprado una casa.

—Lo has hecho.

—No... No estoy seguro de cómo ha pasado.

—Ya somos dos. ¿Te arrepientes?

—¿Arrepentirme? —Pareció pensar por un momento—. No. No puedo explicar por qué, pero quiero este sitio. Tengo la sensación de hogar, incluso en su actual estado. —Su rostro se tensó—. *Mãe de Deus*, Tomás va a matarme.

¿Por qué se enfadaría su hermano? No era su dinero el que iba a gastarse, ¿no? No me sentía cómodo haciendo esa pregunta, así que en su lugar, dije:

—¿No le has dicho que estabas pensando en comprarte una casa?

—Ni siquiera lo estaba pensando antes de entrar aquí. Este sitio me ha hecho sentir algo a un nivel profundo y... necesitaba tenerlo. —Se pasó una temblorosa mano por el pelo—. *Meu Deus*, ¿qué he hecho?

Apoyé una mano sobre su hombro, sintiendo la imperiosa necesidad de consolarlo.

—Estoy seguro de que si preguntamos a Jess podríamos encontrar una forma legal de cancelar el contrato.

Tiago vaciló y luego negó firmemente con la cabeza.

—No. La quiero. No sé por qué, y Dios sabe que no tengo ni idea de cómo ser el dueño de una casa, pero la quiero. —Se cuadró de hombros—. Tomás tendrá que lidiar con ello.

—¿Por qué se enfadaría contigo? —Ya está. Lo había soltado. ¿Debería haber hecho esa pregunta? Tenía demasiada curiosidad como para no hacerla. Había algo en la dinámica de los gemelos que me irritaba, pero no podía discernir el qué. Casi parecía que Tiago tenía miedo de

su hermano, pero ese no podía ser el caso, ¿verdad?

Tiago suspiró.

—Es difícil de explicar, pero a Tomás le gusta saber todo. No aprecia que le dejen al margen.

Tuve que hilar fino.

—Pero esto no es algo que le incumba, ¿no? Quiero decir, es tu dinero y tu casa. ¿Por qué necesita opinar sobre eso?

Tiago parpadeó, como desconcertado.

—Cierto... —dijo lentamente—. Tienes razón.

—Me parece que tienes derecho a decidir dónde quieres gastar el dinero que has ganado con tu esfuerzo.

Tiago se mordió el labio y pareció tan indeciso como un adolescente. Esa nueva faceta de él me resultó extrañamente atrayente.

—Ya, pero está acostumbrado a estar involucrado —dijo suavemente—. Creo que es porque siempre he consultado todo con él.

—Bueno. —Me encogí de hombros—. Puedes cambiar de opinión. No debería ser un gran problema. —Finalmente, aparté la mano de su hombro—. ¿He entendido correctamente? ¿Quieres que sea yo el que haga la reforma?

—Absolutamente. Si estás disponible, por supuesto. Lo siento, debería haber hablado contigo antes de asumir nada.

—No hay problema. Todo ha sido bastante rápido, así que lo entiendo. —Inspiré profundamente—. Aprecio mucho que pienses en mí, y me vendría muy bien el trabajo, pero quiero ser sincero contigo. Soy una empresa de una persona. En alguna ocasión he contratado a alguien para trabajos más complicados, pero es difícil encontrar a gente que comparta mis estándares de calidad. He tenido malas experiencias, así que ahora prefiero trabajar solo. Eso significa que tardaré mucho tiempo en terminar todo esto. Puede que te vaya mejor contratando a una empresa que sea capaz de traer a toda una cuadrilla.

Tiago ya estaba negando con la cabeza antes de que terminara.

—No, quiero que lo hagas tú. Confío en ti. Y como has dicho, haces un trabajo de calidad, y si contrato a otra persona no tendré ni idea de sus estándares.

No iba a engañarme, ese comentario me conmovió.

—Eso es encantador por tu parte, pero puedo recomendarte a buenos contratistas garantizando la calidad de su trabajo.

—No tengo prisa. Se puede vivir en este sitio, ¿no? No hay nada urgente que tenga que terminar antes de mudarme, ¿cierto?

¿Estaba pensando en entrar a vivir ahí de inmediato? Había asumido que querría usarla como segunda casa, incluso tercera o cuarta. ¿No tenía varias viviendas repartidas por el mundo?

—¿Te vas a mudar aquí? ¿Cuándo?

—No lo sé —rio suavemente—. Supongo que tendré que comprar algunos muebles antes, dado que no tengo ninguna propiedad en Estados Unidos, pero una vez lo haga, sí, me quiero mudar aquí.

Me rasqué la barbilla.

—Bueno, sí, técnicamente puedes entrar a vivir, pero si fuera tú no compraría muchos muebles. Al menos, de inmediato. Cuanto menos tengas, más sencillo será trabajar. También necesitarás un coche. Tienes carnet de conducir, ¿no?

—Mi permiso estadounidense caducó hace años, así que estoy convencido de que tendré que volver a examinarme. Pero creo que tengo un año para hacerlo, porque mi carnet de Brasil aún es

válido.

Resoplé.

—Eso será divertido. Presentarte de nuevo al examen de conducir a tu edad. Al menos, no tendrás miedo a suspender.

Al principio, sonrió, pero luego su rostro se tensó.

—¿Crees que también tendré que repetir la parte teórica?

—No tengo ni idea, pero sospecho que sí. ¿Por qué?

Sus hombros se hundieron.

—No se me dan bien los exámenes escritos —dijo suavemente con un aspecto tan vulnerable que tuve que contenerme para no abrazarlo.

Apoye una mano sobre su hombro de nuevo.

—¿Por qué no cruzamos ese puente cuando aparezca, eh? Tienes un montón de cosas en las que concentrarte antes.

—Tu amiga, Jess, la abogada. Confías completamente en ella, ¿verdad?

—Absolutamente, sin ninguna duda.

—¿Leerá la letra pequeña de todo y me lo explicará en términos sencillos?

Las palabras que eligió provocaron una comezón en mi cerebro. ¿Estaba preocupado por el examen escrito y ahora esto? ¿Acaso tenía algún tipo de trastorno?

—Repasaré línea a línea contigo si eso es lo que quieres, te lo prometo.

Se irguió.

—De acuerdo, eso estará bien. Ahora ya no tengo que preocuparme por ello.

Solo faltaba un problema por resolver, y odiaba tener que sacarlo a colación por razones que ni siquiera podía explicarme a mí mismo.

—Tiago, hay una cosa más que necesito decirte.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—Si voy a trabajar para ti, eso te convierte en mi cliente. Y no duermo con mis clientes. No puedo mezclar los negocios con el placer; no, en una ciudad tan pequeña como esta. He trabajado muy duro para labrarme una reputación.

Ahora, fue Tiago el que apoyó una mano sobre mi hombro y apretó suavemente.

—Mantenerme alejado de mis clientes y de mis compañeros de trabajo también es una de mis normas estrictas. Solo trae complicaciones. Entiendo que esto lo cambia todo.

Exhalé de alivio, aunque una parte de mí se entristeció por no poder experimentar otro encuentro con él.

—Gracias. Aunque espero que podamos ser amigos.

Tiago se inclinó y me besó en la mejilla.

—Eso me gustaría.

Me aclaré la garganta, esforzándome por matar a las mariposas que se habían vuelto locas en mi estómago. Ahora Tiago era un cliente, así que tenía que olvidarme de todo lo demás.

—Genial. ¿Qué te parece si recorremos la casa otra vez y hacemos una lista de todo lo que quieres que haga? Tienes que tomar un montón de decisiones, así que bien podríamos empezar ahora.

—Eso es todo por ahora —dijo Cas, alzando la mirada de sus notas.

La cabeza aún me daba vueltas por todo lo que estaba pasando, pero al mismo tiempo, me invadió una extraña calma y una profunda sensación de certeza. Sabía que había tomado la decisión correcta. Estaba haciendo algo por mí, lo que era una experiencia completamente nueva, y no pasaba nada por sentirme un poco abrumado o aterrorizado. O ambos.

—¿Qué tal vas? —preguntó Cas, ligeramente preocupado—. Pareces... conmocionado.

—Y lo estoy. Tengo mucho que procesar, pero lo haré.

—Estoy aquí para ayudar en lo que pueda.

Realmente era un buen tipo. Jodidamente sexy, pero también amable y generoso con su tiempo. Era una putada que nunca fuéramos a tener esa segunda cita. Enteramente culpa mía por comprar esta casa en un arrebato; al hacerlo, nos había robado a ambos una increíble experiencia.

Aunque... ¿Qué pasaría si...?

—¿Sabes qué me ayudaría a relajarme?

Una seductora sonrisa comenzó a dibujarse en el rostro de Cas. Debía haber leído algo en mi expresión.

—Oh, sospecho que sé hacia dónde quieres ir.

—Mira, técnicamente aún no trabajas para mí. No hemos firmado ningún contrato y la obra aún no ha empezado.

—Un mero detalle técnico llegados a este punto.

—Pero uno importante, ¿no crees? Ya habíamos acordado quedar de nuevo. Joder, íbamos de camino a echar un polvo cuando nos... distrajimos.

—¿Distrajimos? ¿Estás llamando distracción a comprar una casa?

Agité una mano para quitarle hierro.

—Semántica. Lo que quiero decir es que no hay nada de malo en cumplir nuestro acuerdo original.

—No estoy seguro de si lo llamaría acuerdo. Más una relajada intención.

Señor, ¿iba a discutir conmigo cada palabra que dijese? El cabrón lo estaba haciendo a propósito además, y sus ojos danzaban con alegría contenida.

—Usaré el término que prefieras, pero ¿podemos ponernos de acuerdo en esto al menos?

—¿Y en qué consistiría eso de ponernos de acuerdo? Hasta ahora solo he oído vagas referencias, pero nada en concreto.

—Quiero besarte —dije. Si Cas quería algo más directo que eso, podría describírselo en detalle.

—¿Eso es todo? ¿Eso es lo único que quieres?

—Eso solo sería el comienzo de lo que quiero hacer contigo.

Cas se cruzó de brazos.

—Voy a necesitar que me des más detalles. Me gustaría tomar una decisión informada.

Estaba jugando otra vez conmigo, pero ya podía leer el deseo en su mirada. Di un paso hacia él y acaricié su labio inferior con el pulgar. Se le cortó el aliento, pero no se movió ni un milímetro mientras me inclinaba y besaba esos gruesos y suaves labios. Fui ascendiendo por su mejilla, sintiendo la rugosidad de su piel contra mi boca mientras dibujaba un reguero de besos sobre su cicatriz.

—¿Eso es todo? —preguntó Cas con la voz rota—. Porque ha sido... decepcionante.

Dios, era jodidamente bello. Sus ojos se habían oscurecido y las salpicaduras doradas que los moteaban eran cautivadoras. Mirarlo hacía cosas extrañas en mi cuerpo; mi pulso se aceleraba y sentía una presión en el pecho. Nunca había experimentado la lujuria de esa forma, pero a lo mejor, es que nunca había tenido este tipo de química con nadie.

Me incliné de nuevo y atrapé su labio inferior entre mis dientes, mordisqueándolo delicadamente antes de succionarlo. Cas cerró los ojos y gimió suavemente en mi boca. Volví a morderlo y luego, con cierta reticencia, me aparté.

—¿Más en la línea de tus expectativas? —murmuré.

Cas parpadeó y nuestras miradas se encontraron. El aire se electrificó y comencé a acalorarme; sentía esa pesadez que siempre precede a una tormenta masiva. Un escalofrío recorrió mi columna y se asentó en mis pelotas. Tragué. ¿Qué cojones estaba pasando?

—Que le jodan a todo —murmuró Cas. Envolvió mi cuello con una mano y me atrajo hacia su boca, deslizando la lengua entre mis labios.

Había tenido intención de ralentizar las cosas; quería alargar ese momento, provocarlo tanto como él había intentado provocarme a mí, pero no pude contenerme. Esa pequeña degustación de su lengua contra la mía fue suficiente para hacerme olvidar mi objetivo y derramé todo lo que había estado conteniendo en ese beso.

Cas gimió mientras succionaba mis labios. Nuestras lenguas combatieron, jugaron y se persiguieron. Me besó con tanta firmeza que rendirme a él fue sencillo, y le dejé explorar mi boca mientras sentía mi polla endureciéndose de forma imposible en mis vaqueros. Luego, apoyó las manos sobre mi culo y presionó hasta tenerme completamente aplastado contra su pecho. Mi pene se encontró con su igualmente rígida contraparte y me froté contra su erección sin pudor, disfrutando demasiado de la sensación como para preocuparme por otra cosa. La fuerza bruta que emanaba de él era embriagadora, y joder, quería explorar cada milímetro de ese espectacular cuerpo.

Deslicé la mano por el interior de su camiseta para acariciar su estómago y luego, comencé a ascender. Pellizqué un pezón y sus labios se entreabrieron con un leve respingo. Balanceé mis caderas contra él mientras seguía jugando con su pecho y le besé como si mi vida dependiera de ello.

El calor empezaba a ser abrasador, como si alguien hubiera echado gasolina a una hoguera hasta convertirla en un infierno. Lo único que esperaba es que ninguno de los dos estallase en llamas.

Sentí un pinchazo en la nuca, y un escalofrío se abrió paso por mi espina dorsal hasta asentarse en mi culo. Mi polla palpitaba contra la cremallera de mis pantalones hasta el punto de

ser dolorosamente incómodo, y sentía la piel demasiado tensa, pero lo ignoré. Si esta era la última vez que iba a estar con Cas, disfrutaría cada segundo de ello.

—Fuera —dije, tirando de su camiseta y dando un paso atrás para quitársela rápidamente por la cabeza.

Joder, adoraba sus músculos. Tenía la complexión de un hombre que trabajaba con su cuerpo, poderoso y rudo. Nunca había pensado que eso fuera a excitarme tanto, pero me embriagaba. Saber la fuerza contenida que había en esos brazos, lo sencillo que le resultaría inmovilizarme, el poder de esas piernas...

Solo quería suplicarle que me follara, pero eso no iba a pasar. Joder, ni siquiera había muebles en esta casa, e inclinarme contra la encimera estaba bien para uno rápido, pero no para lo que tenía en mente. Quería que esa enorme polla me reventara el culo. Una lástima.

—Tu turno —dijo Cas.

Parecía justo, aunque lo haría de una forma un poco más elegante; a lo mejor, ofreciéndole un pequeño espectáculo. Di un paso atrás y comencé a alzar lentamente la camiseta dejando al descubierto mi estómago. Deslicé la mano izquierda bajo la tela y fui desprendiéndome de ella mientras me acariciaba en sentido ascendente.

—Calienta pollas —dijo Cas con voz rota.

Quería reír, decir algo divertido y liviano, pero mi mente estaba en blanco. Nunca se me habían dado bien las palabras, pero por alguna razón, con Cas me abandonaban por completo. En su lugar, decidí continuar con mi pequeño espectáculo, frotándome los pezones hasta que se erizaron, y finalmente, me pasé la camiseta por la cabeza.

Cas suspiró y sentí sus ojos devorando mi cuerpo. No pude resistirme. Dejé caer la prenda, apoyé ambas manos sobre mi estómago y comencé a acariciarme. Deslicé la mano derecha hasta la cinturilla de mis vaqueros y seguí descendiendo siguiendo la curvatura de mi polla, que ahora quedaba claramente delineada bajo la tela. Luego, apreté.

—Joder, eso es muy erótico —dijo Cas con voz grave. Agitó el índice—. Vuelve aquí.

Mis pies comenzaron a moverse hacia él antes de que mi cerebro registrara lo que había dicho y al segundo siguiente, mi pecho estaba contra el suyo de nuevo. Aferró mi culo con la mano izquierda y deslizó la derecha entre nuestros cuerpos para desabrocharme la cremallera.

Con un gesto casi posesivo, metió la mano bajo mis bóxer y mis ojos se quedaron en blanco cuando sentí su callosa palma envolviendo mi pene. Apretó y movió el pulgar sobre el capullo para esparcir el semen que ya humedecía la punta. Joder, el hombre sabía exactamente cuánto presionar la sensitiva piel: no demasiado como para que doliese, pero lo suficiente como para hacerme contener la respiración.

Teníamos las bocas a milímetros de distancia y sentía su intensa mirada clavada en mí, bebiendo cada expresión.

—Esto parece acero en mi mano —susurró.

Todas las respuestas que vinieron a mi mente parecían sacadas de una porno barata, así que me limité a asentir.

Usó mi semen para humedecer mi polla y sentí la deliciosa aspereza de su piel contra la mía. Cuando volvió a presionar, perdí el aliento.

—Cas... —gemí.

Me besó de nuevo, fusionando nuestras bocas mientras sus manos se ponían a trabajar. Comenzó a agitar mi polla con la derecha, girándola con precisos movimientos, mientras me acariciaba el culo con la izquierda, amasándolo con fuerza.

¿Cómo cojones había conseguido llevarme tan rápido al límite? Los orgasmos prematuros no

eran algo común en mí, y no lo habían sido desde hacía mucho tiempo. Pero este hombre parecía transformarme en un adolescente; me excitaba excesivamente, hasta el punto de la torpeza.

Gemí de nuevo y Cas canturreó en respuesta.

—Adoro los sonidos que haces —murmuró.

Eso era algo bueno, porque no tenía ni una jodida oportunidad de contenerlos. Mis mejillas ardían y sentía toda la piel abrasando, como si hubiese pasado el día entero bajo el sol. La boca de Cas se movió de mis labios a mi mandíbula, se frotó contra mi barba y luego fue deslizándose hacia abajo. Me besó el cuello y mordió suavemente la piel de mi hombro antes de succionarla, mientras sus manos seguían haciendo su magia.

—Casi —le advertí.

—Me encantaría ver cómo te corres —susurró él.

Mi pulso se volvió errático y mis músculos se tensaron.

Había algunos orgasmos que siempre me pillaban desprevenido mientras que otros anunciaban su llegada a lo grande. Este era de los últimos; uno de esos que se prolongaba en el tiempo, estremeciendo todo mi cuerpo mientras me llevaba alto, cada vez más alto hasta que enloquecía buscando mi liberación. Y luego, la presión comenzaría a acumularse en mis pelotas *in crescendo*, hasta ese gran final del Bolero de Ravel que terminaba en un espectacular clímax.

Me puse de puntillas mientras sentía cómo empezaba a acumularse la presión. Todo mi cuerpo estaba tenso ahora. Joder, cerca; jodidamente cerca. Mi pecho se contrajo y dejé de respirar, concentrado como estaba en la mano de Cas sobre mi polla, en la fuerza de sus dedos, los sonidos, el deslizamiento.

Con mi último aliento, gemí, y luego, llegó. Todo mi cuerpo se estremeció, mis pelotas se alzaron y descargué sobre su mano. Él siguió moviéndola sobre mí y sentí su aspereza sobre mi sensitiva piel hasta que me vació por completo.

Mis pulmones estaban desesperados por oxígeno e inhalé una enorme bocanada de aire, y luego otra, aún flotando en una nube de euforia.

Cas me besó suavemente.

—Eres precioso cuando te corres.

—*Obrigado*. —Debería haber dicho algo más sexy, pero mis neuronas me fallaron.

—Espera un segundo —dijo Cas. Se alejó en dirección a la bolsa de herramientas que había llevado consigo y sacó un paquete de toallitas. Se limpió la mano con una y luego sacó otra. Había esperado que me la tendiese, pero en su lugar, se acercó a mí y comenzó a limpiarme la polla. Luego, lanzó las toallitas al suelo y me recolocó los calzoncillos y el pantalón que nunca me había quitado.

—Mi turno —dije.

Cas alzó una ceja.

—Estoy bastante seguro de que quieres decir mi turno, dado que tú acabas de correrme.

—¿Quieres discutir sobre semántica o quieres correrme?

Hizo un gesto sellándose la boca con la mano. Hombre sabio.

—Gírate —dije, aunque sonó más a ruego que a orden. Claramente, ser mandón no estaba en mi ADN.

Pero Cas lo hizo. Apoyó las manos contra la pared y sacó el culo. Dios Santo, ese culo... La tela se tensaba sobre los redondeados y fuertes músculos, y estaba a un paso de arrodillarme para adorarlo.

Pensándolo de nuevo, ¿por qué no? Ese culo se merecía adoración, se merecía que lo trataran como a un Dios.

Así que me hundí de rodillas en el suelo, le desabroché el cinturón, bajé la cremallera de sus vaqueros y deslicé los pantalones junto con la ropa interior en un único movimiento hasta exponer su trasero.

Joder, sí.

No estaba seguro de lo que había esperado de Tiago, pero no era esto. Cuando me bajó los bóxer, mi polla se liberó y chocó contra mi estómago con un pesado *zump*, dejando constancia de su dureza.

Joder, estaba a punto de descargar y Tiago apenas había empezado. Pero estar ahí de pie, con los pantalones por los tobillos y el culo expuesto, sintiendo su aliento sobre mi piel, era demasiado. No sabía por qué estaba tan excitado, pero lo estaba.

—¿Te parece bien? —preguntó Tiago.

—Sí. —Mi voz salió ronca—. Muy bien.

Presionó un suave beso sobre mi cachete derecho en un inesperadamente tierno gesto, y luego, sobre el otro. Sus suaves y cálidos labios comenzaron a dibujar un recorrido por mi trasero, como si estuviese explorándolo. ¿Qué se suponía que tenía que esperar? La lujuria, la entendía, pero esto parecía... No. Me estaba imaginando cosas. Esto era sexo, nada más. Pura atracción física.

—*Tão sexy* —murmuró Tiago.

Su voz fue grave y sensual y, de alguna forma, la sentí retumbando en mis pelotas. No tenía ni idea de lo que significaba la primera palabra, pero la segunda era fácil de reconocer, y mi cuerpo comenzó a arder.

Tiago apoyó una mano en cada uno de mis cachetes y los separó. Cerré los ojos y hundí la cabeza en mis antebrazos. Gracias a Dios que me había preparado con antelación. Dado que no sabía lo que íbamos a hacer, me había limpiado a conciencia; de no haber sido así, puede que hubiese tenido más problemas para relajarme, aunque tampoco es que estuviese haciendo un gran trabajo en ese aspecto. Todo mi cuerpo estaba tenso en anticipación. ¿Solo iba a mirar o...?

Tiago se inclinó hacia mí y sentí su aliento danzando sobre la piel de mi agujero. Contuve la respiración. El primer lametón fue tentativo y gemí. Él rio suave y sensualmente y luego, enterró el rostro entre mis cachetes. Trazó un húmedo recorrido por mi ranura y cuando sentí su lengua sobre mi orificio todos mis nervios estallaron de placer. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que alguien me había hecho eso? Al menos, dos años.

Solo había tenido un ligue que me lo había pedido, y el tipo se había comido mi culo con entusiasmo —aunque sin destreza— en un sucio baño de un bar gay de Seattle mientras se pajeaba y me llevaba al orgasmo con su lengua. Totalmente recomendado.

¿Pero esto? Esto era un nivel completamente distinto. Tiago tenía el entusiasmo y la destreza.

Hundió su nariz en mi ranura y lamió cada milímetro de mi piel mientras amasaba la carne de mis glúteos, y cuando consideró que ya me había relajado lo suficiente, insertó la lengua.

Mi polla se agitó en respuesta y emití un ruido que no podría haber sido descrito como un gemido. Fue algo más animalístico, más profundo, un gruñido gutural que desafiaba toda definición.

Tiago canturreó —¿en aprobación?— y su voz reverberó en mis pelotas y fue directa a mi polla. Presionó la lengua, enterrándola aún más en mí, y Dios, habría dado cualquier cosa por verlo, por verme a mí mismo desde fuera. Esa sí que habría sido una imagen para el recuerdo.

Ahora me estaba follando sin contención y el placer comenzó a asaltarme en oleadas. Sentí que entraba en otro estado mental, como en un sueño, uno en el que todo mi ser estaba concentrado en mi culo. Mi universo giraba en torno a esa lengua y la forma en la que me estaba reverenciando. Ningún hombre me había hecho sentir así; me sentía adorado, y a juzgar por los gemidos que salían de la boca de Tiago, él estaba disfrutando tanto como yo. Eso, en sí mismo, ya era enormemente excitante. Follar con alguien y ver cómo se perdía dándote placer era tremendamente erótico.

Quería que me follara. Por la forma en la que me estaba preparando era imposible no desearlo. Pero no se lo pediría. No debería. Las cosas ya eran lo suficientemente complicadas sin añadir eso a la mezcla.

Tiago se apartó y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—*Incrível*. Podría hacer esto durante horas, pero lamentablemente, mis rodillas se quejarían.

—No importa. Eso ha sido increíble.

Él rio.

—Eso es lo que he dicho. *Incrível*. —Se puso en pie con un gruñido—. Quédate ahí.

Como si pudiese ir a otra parte en ese estado, pero no señalé lo obvio. Se apresuró a buscar algo, sacó un sobre y se colocó a mi espalda. Oí cómo se humedecía la mano con lubricante y frotaba los dedos para calentarlo. El primer contacto me quitó el aliento. Empujé hacia él y Tiago deslizó el corazón con facilidad, hundiéndolo en mí hasta el nudillo. No era de extrañar, su lengua ya había hecho un gran trabajo por dilatarme.

—Mmm, muy prieto —murmuró.

Me aclaré la garganta.

—Ha pasado un tiempo.

—Pero ¿estás bien?

—Joder, sí.

La idea de que fuera a parar me hizo entrar en pánico, lo que era ridículo. Señor, ese hombre me hacía sentir todo tipo de cosas y no estaba seguro de qué pensar de ello.

Inspiré temblorosamente. Había tenido muchas pollas en mi culo, así que ¿por qué esto parecía diferente? Más íntimo. Tenía que ser la postura. Y la situación. Me sentía extrañamente expuesto sin el habitual anonimato de los hombres con los que solía liarme.

Luego, Tiago dobló el dedo y el placer estalló en mi interior. Un gruñido se escapó de mis labios y lancé las caderas hacia atrás, exigiendo más sin pudor. Él comenzó a balancearlo y luego, lo sacó.

Un segundo más tarde, sentí dos dedos presionando contra mi piel y exhalé, preparándome para la invasión. Joder, la sensación era perfecta. El escozor, la forma en la que acariciaba mi próstata, el ángulo en el que los había doblado para darme ese extra de placer. Mi polla se agitó como si alguien la hubiese conectado a una corriente eléctrica y mis pelotas se tensaron en respuesta.

Tiago pasó la mano izquierda por mi cintura y envolvió mi erección. Bajé la mirada hacia esos alargados y elegantes dedos que ahora se curvaban sobre mi miembro y algo se removió en mi estómago. ¿Qué cojones me estaba pasando? Tiago enterró el rostro en mi cuello y sentí su barba raspando contra mi sudorosa piel mientras me besaba. Luego, presionó mi polla y comenzó a agitarla. Tras unos cuantos movimientos, empezó a mover los dedos que no había sacado de mi culo, y el triple asalto me tuvo con la respiración entrecortada en segundos.

Me folló mientras me pajeaba y agradecí mi suerte porque el hombre fuera ambidextro. Sus manos se movían en un tándem perfecto, acercándome cada vez más al precipicio. Mi polla palpitaba ahora y mis pelotas estaban pegadas a mi cuerpo.

Balanceé las caderas, gimiendo sonoramente, y él aceleró. Su mano se movió frenéticamente sobre mi pene y sus dedos se hundieron en mi agujero una y otra vez, golpeando mi próstata a cada movimiento. La presión era insoportable y casi no podía respirar. Y luego, estalló. Lancé la cabeza hacia atrás y gemí guturalmente mientras descargaba en el suelo, luchando por llevar aire a mis famélicos pulmones. Finalmente, mis pelotas se vaciaron y joder, estaba drenado. Ese orgasmo me había succionado toda la energía. Apoyé la frente contra la pared.

—¿Estás bien? —preguntó Tiago.

—Sí. Solo necesito un momento. —Con cierto retraso, recordé que un «Gracias» probablemente sería adecuado—. Eso ha sido espectacular. Gracias.

—Un placer. Y lo digo en serio.

Nos quedamos así unos segundos más y luego, Tiago suspiró, retiró cuidadosamente los dedos y liberó mi polla.

—Te limpiaré.

Mis piernas aún temblaban cuando me abandonó e inmediatamente eché de menos el calor de su cuerpo. Uso mis toallitas para limpiarse las manos y luego, sacó otra para limpiarme a mí. Cuando hubo terminado, fui a agacharme para subirme los vaqueros, pero me paró.

—Yo lo haré.

Nunca antes me había ayudado a vestirme ningún hombre, y ¿por qué me pareció tan sexy como cuando me desvestían? Alzó mis pantalones y mis calzoncillos, los colocó en su lugar, subió la bragueta y me abrochó el cinturón.

—Ahí está. —Sonrió—. Todo apuesto de nuevo.

Nuestras miradas se encontraron. Mierda. Esto era todo. Ahora era mi cliente, así que esta había sido nuestra última vez. La sensación fue más agri dulce de lo que había esperado tras solo dos encuentros, y no tenía nada que ver con que Tiago fuera famoso, sino todo que ver con la química que había entre nosotros y la inesperada ternura que me había mostrado. Había sido el mejor sexo de mi vida, incluyendo mi relación con Jonas, lo que decía mucho.

—Cas... —Su voz estaba tan rota como mi corazón.

—Gracias —conseguí pronunciar—. Eso ha sido... Gracias.

Presioné mi boca contra la suya, y por alguna razón, ambos nos quedamos inmóviles. No nos besamos. Ni siquiera respiramos. Nos quedamos ahí, con los ojos abiertos y los labios pegados, como si el tiempo se hubiera suspendido. Finalmente, Tiago se apartó y me besó una última vez antes de darse la vuelta.

—Es hora de que me vaya —dijo—. He quedado con mi hermano en una hora para cenar, así que ¿podrías acercarme al albergue?

Me quedé ahí, de pie, incapaz de moverme. ¿Qué acababa de pasar? ¿Cómo habíamos pasado de una química explosiva a ese beso tan... tierno? No debería haber pasado. No tenía derecho a sentir nada más que lujuria por ese hombre, y sería inteligente recordarlo. Gracias a Dios que

habíamos acordado que esa sería nuestra última vez. No estaba seguro de si mi corazón podría sobrevivir en caso contrario. De alguna forma, Tiago Banner me había calado hondo. ¿Cómo cojones me iba a deshacer de él?

Era el mayor cobarde del planeta. Al día siguiente de comprar la casa aún no le había dicho nada a Tomás. Seguía inventándome excusas para aplazarlo, pero todo se reducía a una cosa: miedo. Estaba aterrado por su reacción. No, borra eso. Sabía exactamente cómo reaccionaría, y estaba posponiendo lo inevitable. Mi hermano no estaría demasiado satisfecho conmigo —por decirlo suavemente— por haber tomado una decisión de esa magnitud sin consultarle.

Y sí, Cas me había dado un buen argumento: había comprado la maldita casa con mi propio dinero y era un jodido adulto hecho y derecho que podía tomar sus propias decisiones. Pero como Marnin me había señalado, siempre había involucrado a Tomás en todo, y sería hipócrita por mi parte culparle ahora por lo que no solo había permitido, sino que había querido y alentado.

Mierda, ¿cuándo había empezado a complicarse tanto la relación con mi gemelo? ¿Cuándo había cambiado algo en mí hasta el punto de anhelar una independencia que nunca antes había deseado? No tenía sentido, y sin embargo, ahí estaba, de los nervios por si a mi hermano le daba un ataque. Tenía que acumular el valor para decírselo, pero ¿cómo? ¿Cómo empezar a explicar el cambio que había comenzado a producirse en mí cuando ni siquiera yo era capaz de entenderlo?

—¿Estás listo? —dijo Tomás, entrando en mi habitación sin llamar, otra cosa más que nunca me había molestado, pero que ahora, lo hacía.

Tenía vanidad suficiente como para querer mostrar mi mejor versión en la reunión, sabiendo cuántos ojos estarían concentrados en nosotros, así que volví a mirarme al espejo para comprobar mi apariencia una última vez. Los descoloridos y rasgados vaqueros abrazaban mis largas piernas y la sencilla camiseta blanca se ceñía a la perfección a mi torso, dejando al descubierto mis tatuajes y resaltando mis músculos. Mi pelo estaba artísticamente alborotado, un estilo que a estas alturas ya había perfeccionado, y mis botas favoritas completaban el atuendo. Puede que fueran un poco veraniegas para esta época del año, pero no me importó.

—Sí, estoy listo.

Tomás vestía un conjunto casi idéntico, pero no me sorprendió. Siempre habíamos tenido gustos similares y difícilmente podía recriminárselo. Sus vaqueros eran un poco más oscuros y llevaba un calzado distinto, pero su camiseta era igualmente blanca y llevaba el mismo peinado. No importaba. Éramos gemelos, después de todo, aunque no fuésemos idénticos.

—Vamos —dijo Tomás.

Le seguí hasta la puerta y, en el último momento, me acordé de coger la chaqueta de cuero.

Aunque la temperatura era placentera durante el día, las tardes ya empezaban a anunciar la llegada de las primeras heladas.

Tomás condujo, por supuesto, lo que me dio tiempo para pensar. A lo mejor, aún no le había contado lo de la casa porque, para mí, estaba demasiado conectada con Cas, y no quería que mi hermano supiera nada de su existencia. A pesar de lo mucho que intenté convencerme a mí mismo de que lo hacía únicamente para proteger a Cas, sabía que eso no era enteramente cierto. Pero ¿por qué otra razón querría ocultarle un polvo a mi hermano? Lo que había compartido con Cas parecía especial, y a pesar de que había terminado, aún me sentía extrañamente protector, como si hablar a Tomás de él degradara de alguna forma el recuerdo.

Mi hermano me miró de soslayo unas cuantas veces, pero no me preguntó nada y yo no inicié ninguna conversación.

Tan pronto como giramos a la derecha para tomar la Ruta 2, nos encontramos con los primeros coches aparcados. La calle estaba abarrotada de gente que caminaba en dirección al colegio.

—Joder —murmuró Tomás—. Tendremos que caminar un poco.

Calculé la distancia.

—Cinco minutos, como mucho. Estaremos bien.

Tomás encontró una plaza libre cerca del arcén y salimos del coche. Justo en ese instante, un vehículo policial hizo sonar sus sirenas y ambos saltamos en el sitio. Auden estaba sentado al volante, sonriendo de par en par, y Marnin estaba en el asiento del pasajero.

Marnin bajó la ventanilla.

—Subid. Auden tiene un aparcamiento privilegiado justo al lado de la puerta principal, así que podemos acercarnos.

Tomás y yo reímos mientras subíamos a la parte trasera del coche patrulla.

—Me siento como un criminal —bromeó Tomás.

—Y que lo digas —dije yo. Me encontré con los ojos de Auden, que me miraba desde el otro lado de la partición que separaba los asientos traseros de los delanteros—. Tengo que admitir que es un poco intimidante.

Auden sonrió y volvió a poner el vehículo en marcha.

—Espera a descubrir que no puedes salir de ahí hasta que yo te abra la puerta —dijo mientras avanzábamos lentamente hacia el colegio.

Mierda. Eso tenía todo el sentido del mundo, pero qué sensación tan extraña. Al menos, no tendríamos que andar, así que estaba eso.

—Yo no me preocuparía hasta que empiece a leerlos vuestros derechos —bromeó Marnin.

Tomás y yo le hicimos la peineta al mismo tiempo y él rio.

Auden aparcó sobre el césped situado al lado de la puerta principal, salió del coche y nos abrió la puerta. Claramente, ser el Sheriff tenía sus ventajas. A izquierda y derecha, la gente comenzó a saludarle, y él les contestó usando casualmente sus nombres de pila.

—Hola, Clarissa... Hola, Shelley, ¿qué tal está Keanu?... Tom... Me alegro de verte, Marc.

La facilidad con la que recordaba todos esos nombres me hizo sonreír. Esa era la vida en una ciudad pequeña, y Auden la había abrazado de todo corazón. ¿Funcionaría igual para mí si me mudaba ahí? O mejor dicho, cuando me mudara ahí. Había comprado una casa, así que ya no había más «Si». La única pregunta era cuándo iba a mudarme ahí, y la respuesta dependía enteramente de mí. Bueno, casi.

—¡Tiago!

Apenas tuve tiempo de prepararme antes de que Brianna se lanzara a mis brazos. La cogí al

vuelo y ella me abrazó estrechamente, envolviéndome en su perfume floral.

—Hola, Bri —dijo cálidamente, inhalando su aroma. ¿Cómo podía seguir oliendo igual tras todos estos años?

—Tiago, quiero que conozcas a mi marido, Joost.

La dejé en el suelo y me giré hacia un hombre alto y rubio que no podría haber tenido más aspecto de holandés si lo hubiese intentado. Sus ojos azules tenían una amistosa expresión y me tendió la mano.

—Es un placer conocerte —dijo con un fuerte acento—. He oído hablar mucho de ti.

—Gracias. Estoy honrado de que Bri aún no se haya olvidado de nosotros.

Ella me golpeó juguetonamente.

—Como si pudiese. Tengo demasiados buenos recuerdos con vosotros.

—Ey, Brianna —dijo Tomás.

—¡Tomás! ¡Me alegro de verte!

También le abrazó, pero no pude evitar advertir que lo hizo con menos entusiasmo del que me había mostrado a mí, y eso que ya me había visto antes esa misma semana.

Brianna se colgó de mi brazo y caminamos juntos hasta el colegio.

—Ahora, dime, ¿qué es ese rumor que he oído sobre que te has comprado la casa del Doc? Joder.

A mi espalda, Tomás dio un respingo, pero Marnin se le adelantó y dijo:

—¿Qué? ¿Te has comprado una casa?

Paramos y Brianna me lanzó una mirada arrepentida.

«Lo siento», gesticuló sin hablar.

Me incliné hacia ella y la besé en la mejilla.

—No podías saberlo. Ve a divertirte. Me uniré a ti en seguida.

Se alejó con su marido con una expresión de culpabilidad y yo me cuadré de hombros e inspiré profundamente, embutiendo las manos en los bolsillos de mis vaqueros.

—Lo que ha oído es cierto —admití—. Ayer compré la casa del doctor Everett, la de la carretera de Bear Creek, al lado del Spot.

—¿Has comprado una casa? —dijo Tomás—. ¿Y no me lo has dicho? ¿No me has pedido opinión?

—Con todo mi respeto, Tomás, Tiago no necesita tu permiso —dijo Marnin calmadamente, pero con un tono más afilado del habitual. Siempre había sido muy protector conmigo, y lo apreciaba más de lo que mi amigo sabría nunca.

—¿Cómo puedes comprarnos una casa sin consultarlo antes conmigo? —preguntó Tomás, ignorando completamente a Marnin.

La gente que estaba a nuestro alrededor comenzó a darse cuenta de lo que estaba pasando y nos lanzaron algunas miradas curiosas.

—No es una casa para nosotros —dije—. Es una casa para mí. Mi casa. Mi dinero. Mi decisión. —Vaya, no había tenido intención de decirlo tan agresivamente.

Tomás dio un paso atrás como si le hubiera abofeteado.

—Pe-Peró siempre hemos compartido casa. Somos co-propietarios de nuestras casas en París y Río. Pensé que te gustaba eso, que querías vivir conmigo.

Nunca había visto a mi hermano tan conmocionado, y la imagen me golpeó con más dureza que si hubiese estallado en un ataque de ira. No estaba cabreado. Estaba dolido; profundamente, además, y no había esperado eso.

—Porque no os damos algo de privacidad —dijo suavemente Auden. Abrió la puerta situada

a su derecha, asomó la cabeza y luego asintió en nuestra dirección—. La sala de profesores está vacía. —Casi nos empujó al interior del aula—. Marnin y yo esperaremos aquí para asegurarnos de que nadie os interrumpa. —Cerró la puerta, y el ruido de la multitud que se movía por los pasillos se atenuó.

—Debería habértelo dicho —susurré, sintiendo que se me partía el corazón al ver su expresión—. Tenía miedo de que te enfadaras conmigo.

—No estoy enfadado. Estoy... sorprendido. Sorprendido y dolido porque hayas hecho esto sin mí, porque ni siquiera hayas pensado en hablar conmigo antes de comprarla. ¿Tenías planeado todo esto desde el principio?

Negué lentamente con la cabeza.

—No. Fue una decisión impulsiva cuando Cas y yo pasamos por delante de la casa.

—¿Cas? ¿El contratista Cas?

Asentí, preparándome para lo que venía. Tomás sumaría dos más dos y terminaría descubriendo la verdad sobre con quién me había acostado.

—Y Cas condujo frente a esa casa... ¿por qué? Está a medio camino de la carretera de Bear Creek en dirección a... nada, así que ¿qué cojones estabais haciendo ahí?

Agité los pies en el sitio.

—Quería enseñarle el Spot.

Él hizo un gesto de desesperación.

—Así que él es tu ligue.

—Lo era, pero... Tomás, te pido por favor que lo mantengas en secreto. No quiero que esto le cause problemas. Ya sabes lo rápido que se extienden los rumores por aquí. Este es su hogar.

Tomás suspiró.

—Y el tuyo. Ahora. Aparentemente.

Di un paso hacia él.

—Ya sabes que hace un tiempo que no soy feliz. Sentía que estaba preparado para un cambio.

Otro profundo suspiro.

—Sí, pillé las indirectas. Supuse que si lo ignoraba, desaparecería.

—No va a desaparecer. He terminado, Tomás. Quiero dejarlo.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Has terminado? ¿Quieres renunciar completamente?

—Puedo verme haciendo unas cuantas sesiones al año, elegir las más lucrativas, pero eso es todo. Estoy harto de viajar, del constante ir y venir, hacer y deshacer maletas, de la asistencia obligatoria a fiestas y eventos en los que se requiere nuestra presencia,... ¿No me entiendes? ¿No estás cansado tú de todo eso?

—¿Y qué importa? Esta es la única vida que conocemos. Esto es lo que siempre habíamos soñado. ¿Realmente podemos darle la espalda a todo y decir que queremos algo distinto? Tenemos cuarenta y ocho años, Ty. No sabemos hacer nada más.

—¿Me estás diciendo que tenemos que hacer esto hasta que nos muramos, que nunca podremos cambiar de opinión y hacer algo distinto? ¿Por qué no? La gente cambia de carrera constantemente. ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros?

Se frotó el rostro con la mano derecha.

—No lo sé. Me estás tendiendo una emboscada con todas estas noticias. No tengo todas las respuestas ahora mismo.

Esta sería la primera vez. Nunca había conocido a un Tomás que no tuviese todas las

respuestas. Siempre parecía que lo tenía todo controlado. Esta nueva faceta de él era desconcertante y removió algo en mi interior que me alarmó. Pensaba que conocía a mi hermano mejor que a nadie, pero nunca antes le había visto así. ¿Qué más había asumido de él que no era cierto? ¿Qué más había pasado por alto?

—Lo siento —solté—. No quería hacerte daño. —Por un momento, Tomás se tensó y me estudió en silencio, pero luego curvó una mano sobre mi cuello, me atrajo hacia él y me envolvió con fuerza entre sus brazos. Apoyé la cabeza sobre su hombro y susurré—: Lo siento. Lo siento mucho.

Me acarició la espalda como siempre hacía, un gesto que nunca fallaba a la hora de calmarme.

—*Te quero, irmão* —susurró.

—Yo también te quiero.

Inspiró profundamente, pero no me liberó.

—No te culpes a ti mismo, Ty. Esto también es culpa mía. Me mostraste las señales y me negué a tomármelas en serio cuando debería haberlo hecho.

—No quiero decepcionarte.

Me apartó cuidadosamente y me miró firmemente a los ojos.

—Nunca podrías decepcionarme, y si alguna vez te he hecho sentir así, lo siento. Sé que puedo ser demasiado... contundente y puede que no te haya dado espacio suficiente para ser tú mismo.

—Tenías buena intención.

Sonrió.

—Siempre ves lo mejor de las personas, *querido*. Admiro eso de ti. Yo... me he convertido en alguien demasiado cínico.

—Aún te necesito —dije casi suplicante—. Todo esto es nuevo para mí y no sé lo que estoy haciendo.

—Pero ¿realmente quieres esto? ¿Quieres una casa aquí? ¿Mudarte aquí?

—No me había dado cuenta hasta ahora, pero aún siento que este sitio es mi hogar. Me quiero instalar aquí. Echar raíces.

—Encontrar el amor, ¿a lo mejor? —Alzó una ceja.

—A lo mejor. No creo que eso vaya a pasar pronto.

—¿Tu contratista no está interesado en algo más?

—¿Cas? —Mi estómago dio un brinco—. Señor, no, ¿por qué lo haría? Le saco dieciocho años. Quiere a alguien de su edad.

—Mmm... Ya veo —dijo Tomás sin comprometerse—. Así que ¿no te importaría si le pidiera una cita?

Me estaba tendiendo una trampa. Teníamos la norma inquebrantable de no acostarnos con el mismo hombre. La habíamos incumplido unas cuantas veces a lo largo de los años, claro, aunque nunca intencionadamente. Pero a pesar de saber que lo estaba diciendo para provocarme, me costó controlar la ira.

—Eres mejor que eso.

—Y tú también, así que deja de infravalorarte. Deja que sea él el que decida si te quiere o no. No tomes esa decisión por tu cuenta.

—Ese debate ni siquiera está sobre la mesa. Solo ha sido sexo. —Cuando Tomás se limitó a cruzarse de brazos, suspiré—. Le he contratado para hacer las reformas de la nueva casa, lo que significa que ahora está fuera de los límites. Trabaja para mí.

Tomás resopló.

—Esa es una interpretación muy libre de lo que significa tener una relación laboral, pero lo que sea. Haz lo que quieras hacer y te prometo mantenerme alejado de él. No es mi tipo, de igual forma.

—¿Estamos bien? —pregunté, como hacía siempre que teníamos un desacuerdo. Odiaba las discusiones en general, pero especialmente con Tomás.

Tomás sonrió y me besó en la mejilla.

—*Sim, meu querido irmão.* Ahora, vamos a unirnos a la fiesta.

—Muchas gracias por venir. —Jess estaba acurrucada en el sofá con una manta de lana rosa cubriéndola hasta la barbilla y un aspecto miserable. Tenía la cara pálida y las líneas de su rostro se habían acentuado, lo que me indicó que no había dormido demasiado esa semana. Estaba en pleno brote de Crohn y, como siempre, le estaba pasando factura.

La miré con firmeza.

—¿Perdona? Ya conoces las reglas.

Ella suspiró.

—Sí, pero parece... mal no agradecértelo.

—Tampoco me siento muy bien cuando me agradeces algo que considero normal. Por supuesto que voy a venir cuando me necesites. Para eso están los amigos.

—Lo sé. Aunque es difícil convencerme de eso cuando siempre soy yo la que te necesita y no al revés.

—Chica, estás muy equivocada ahí. ¿Cuántas veces he derramado mi alma en esta casa? Recuerdo haber iniciado un montón de sesiones de quejas.

Me había llamado sobre la hora de cenar, y tan pronto como oí su voz supe que me necesitaba. Por supuesto, no me había pedido directamente que me pasara por allí. Jess odiaba sentirse vulnerable, y lo entendía. Yo me habría subido por las paredes si hubiese necesitado la ayuda de alguien constantemente, que era la razón por la que no le había preguntado si quería que me pasara por su casa, sino que me había limitado a decirle que me acercaría y pasaría la noche con ella. No es que tuviese otra cosa que hacer. Parecía que toda la ciudad estaba en la reunión de antiguos alumnos, así que era un momento excelente para quedar con mi amiga, por mal que se encontrara.

Sabía cómo funcionaba la historia. Ella no apreciaría que estuviera constantemente encima, pero necesitaría algún tipo de distracción, y me alegraba ser capaz de proveerle de una.

—Asumo que Leandra te ha llamado. —Había enviado un mensaje a Jess comentándole que la agente inmobiliaria se pondría en contacto con ella para hablar de la casa de Tiago, al que ahora representaba.

—Lo hizo unos minutos después de que me enviaras el mensaje, así que obviamente tiene prisa. Ya me ha enviado una pila de papeleo, y tan pronto como considere que puedo sentarme sin vomitar o morir, me lo leeré. ¿Hay algo de especial en esta compra? ¿Algo que tenga que saber?

—No, realmente no, pero... —¿Cómo podría explicarle esto?—. ¿Te importaría asegurarte de revisar bien todo? Tres veces, si hace falta. El contrato, especialmente. Quiero estar absolutamente seguro de que no firma nada que no debería.

Ella entornó la mirada hacia mí.

—¿Hay algún motivo por el que estés tan preocupado? ¿Crees que hay algo turbio en ese contrato?

No quería traicionar la confianza de Tiago, pero técnicamente no me había dicho nada, así que... Por otra parte, ni siquiera estaba seguro de haber llegado a la conclusión correcta, aunque mi instinto me decía que estaba en lo cierto. Vacilé. A pesar de que no quería comentarlo con nadie, esa venta implicaba un montón de dinero y sentía la imperiosa necesidad de proteger a Tiago.

—Es nuevo en esto de ser el dueño de una casa, y tengo la impresión de que tiene problemas para lidiar con contratos legales y esas cosas. A lo mejor, ¿por un trastorno del aprendizaje? Cuenta con que tú le cubras la espalda.

Estaba convencido de que Jess había visto más allá de la escueta explicación que le había dado, pero si lo hizo, se mantuvo en silencio. A lo mejor, había sentido mi reticencia a compartir más información.

—De acuerdo, haré un esfuerzo extra para asegurarme de que todo está en regla.

—Gracias. Lo aprecio mucho.

—¿Puedo preguntar por qué parece que estás tan implicado en esto? ¿Seguís viéndoos?

Negué lentamente con la cabeza.

—Me ha contratado para hacer la reforma, y ya sabes que no me acuesto con mis clientes. Cuando se lo dije, me comentó que él tenía una norma similar y no mezclaba los negocios con el placer. Así que supongo que ahora somos... ¿amigos?

Ella rio suavemente.

—Oh, cariño, de ninguna forma puedes ser «solo amigo» de ese hombre. Solo admite que quieres devorarlo.

Jess siempre se las arreglaba para hacerme reír.

—No niego la atracción, pero ambos hemos acordado no hacer nada más.

—¿Más?

Hice un gesto de desesperación.

—Sí, vale, ayer volvimos a liarnos justo después de que comprara la casa. Una especie de polvo de despedida, por así decirlo, ya que íbamos de camino a ello de igual forma. Le recogí en el albergue y nos pusimos a hablar sobre este sitio al que llaman el Spot. Aparentemente, en su época, los chavales solían aparcar allí para liarse. Me ofrecí a acercarle para ver si aún seguía en pie y de camino pasamos frente a la casa. Se enamoró de ella al instante. Esa es la única forma en la que puedo describirlo. Le observé mientras caminaba por el interior y fue casi... sobrenatural. Tenía esta expresión de asombro, como si estuviese sintiendo que pertenecía ahí. Y decidió comprarla en el sitio, aunque ni siquiera había estado buscando casa.

—¿Qué? ¿No estaba buscando casa?

—*Nop*. De hecho, me dijo que ni se lo había planteado antes de entrar allí, pero que la casa le habló y supo que tenía que tenerla.

Jess silbó.

—Debe ser genial poder permitirse tomar ese tipo de decisiones. Imagínate dejarte seiscientos cincuenta mil dólares en un impulso.

—Lo sé, ¿verdad? Yo solo puedo soñar con tener esa cantidad de dinero. Pero difícilmente

puedo quejarme. Esta obra me mantendrá ocupado durante los próximos dos meses, como mínimo.

—¿El negocio vuelve a estar flojo?

Me encogí de hombros.

—Ya sabes cómo es esto. Hay un límite en la cantidad de trabajos que pueden ofrecerme los locales, teniendo en cuenta el tamaño de la ciudad. Tenía un par de obritas programadas para dentro de poco, pero ninguna de ellas era muy urgente, así que contacté con mis clientes para informarles de que las haría entrado el invierno. No han tenido ningún problema.

—Me alegro de que vayas a estar cubierto por un tiempo. Así que ¿cuándo vas a empezar?

—Tan pronto como se haga efectiva la compra. Leandra nos dijo que podíamos empezar de inmediato con las renovaciones, incluso antes de firmar el papeleo, pero le aconsejé que no lo hiciera.

—Como deberías. Desde un punto de vista legal, eso es completamente estúpido, y Leandra lo sabe. No entiendo por qué lo mencionó siquiera. Es muy poco profesional.

—Estoy de acuerdo, que es la razón por la que tuve que intervenir.

Una ráfaga de dolor contrajo su rostro y cerró los ojos mientras inspiraba y liberaba el aire lentamente. Me levanté del sillón y me acerqué a ella.

—Deja que te cambie esa bolsa de agua caliente.

Ella asintió sin mirarme. Levanté cuidadosamente la manta y cogí la bolsa que tenía presionada contra la tripa. Solo necesitaría calentarla en el microondas un minuto y medio a toda potencia, y estaría lista de nuevo.

Era difícil verla sufriendo. Odiaba el no poder hacer nada, mas que estar ahí para ella y proveerla de todo lo que pudiese necesitar. Pero eso parecía algo ínfimo frente a toda la incomodidad y el dolor que estaba sintiendo.

—¿Tu instituto organizó alguna vez una reunión de antiguos alumnos? —pregunté al devolverle la bolsa.

—*Nah*. Por lo menos, no para mi promoción. Creo que no hacen una hasta los veinticinco años o por ahí. ¿Cuánto tiempo ha pasado para los hermanos Banner?

—Treinta, creo. Tienen cuarenta y ocho.

Antes de que Jess pudiera responder, mi móvil sonó. Cuando vi el número de Sam en la pantalla, fruncí el ceño. ¿Por qué me llamaría mi hermana un sábado por la noche? No es que nos mantuviéramos en contacto de forma tan frecuente, y habíamos hablado la semana anterior. Lo cogí.

—Hola, Sam.

—¿Cas?

Me erguí en el sitio.

—¿Qué pasa?

Se quedó unos segundos en silencio.

—¿Me puedo quedar contigo un tiempo?

Mi corazón dio un vuelco.

—Por supuesto. Siempre eres bienvenida, ya lo sabes. ¿Qué pasa?

—Estoy en el hospital. —Su voz era débil, muy diferente al tono confiado con el que hablaba siempre.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy bien. Bueno, no bien, exactamente, pero ninguna de las heridas parece grave. —Inspiró profundamente y calló de nuevo. Me obligué a mí mismo a ser paciente. Algo malo había

pasado, algo que la había irritado, y si quería que me lo contara tendría que darle espacio para hacerlo en lugar de bombardearla a preguntas—. Parece que tengo algunas costillas magulladas y mi cara está... El médico me ha dicho que mi ojo se pondrá negro y estamos esperando los rayos X para asegurarnos de que no tengo fracturas ni en la mejilla, ni en la mandíbula.

¿Heridas como esas? Empuñé las manos.

—¿Quién te ha hecho eso?

Calló por unos segundos.

—Randy —salió como un suspiro.

Randy. Joder, había odiado a su novio desde el día en que le vi, pero nunca había expresado mis sentimientos en voz alta. Sam era una de las personas más cabezotas que conocía, y si se lo hubiese dicho, solo la habría motivado aún más a quedarse con él.

Rápidamente añadió:

—Ha sido la primera vez, Cas, te lo prometo. Y también será la última. La policía ya está aquí, preparada para tomarme declaración, y presentaré cargos contra él.

Cerré los ojos e inspiré lentamente para intentar controlar mi temperamento, que estaba asomando peligrosamente a la superficie. Lo último que necesitaba mi hermana era que estallara en un ataque de ira.

—Lo siento mucho, Sam.

—No tanto como yo. —Su voz se rompió—. Las cosas empezaron a ponerse feas hace un tiempo, pero no quise reconocerlo. Se quedó en paro, empezó a beber y... Dios, en retrospectiva, todo ha sido tan cliché... E ignoré todas las señales. Pensé que mejoraría una vez encontrara trabajo, pero no lo hizo. Su carácter no hizo más que empeorar, y luego... Hoy...

Su amortiguado llanto me rompió el corazón. Sabía que lo único que podía hacer ahora era escuchar, pero me costó un esfuerzo enorme no salir escopetado hacia el coche para conducir hasta Missoula y descargar toda mi ira sobre Randy. El cabrón se merecía todo lo que quería darle y más. Tendría que esperar, sin embargo, aunque la opción aún estaba sobre la mesa. Un simple mirada a Jess, que había captado el meollo de lo que estaba pasando, fue suficiente para saber que no tendría que preocuparme por mi coartada. Joder, me ayudaría a excavar la tumba para enterrar a ese hijo de puta.

—Esta mañana choqué contra alguien por detrás —continuó mi hermana—, pero no llevaba mi coche, sino la camioneta de Randy. Fue estúpido, y cien por cien mi culpa, que es lo que le dije al policía que se presentó en la escena. No vi razón alguna para discutir, porque era cierto que había estado conduciendo sin prestar atención. Pero cuando llegué a casa y se lo conté a Randy, estalló. Me gritó y me dijo que era una zorra inútil y cuando le contesté que no debía de ser tan inútil si había estado manteniéndonos durante los últimos tres meses, se volvió loco. Me dio una paliza, Cas. Mi novio de los últimos cinco años me dio una paliza porque le hice un bollo a su camioneta.

Presioné los dientes, sintiendo que me ponía rojo de ira.

—Ese pedazo de mierda.

—Sé que nunca te cayó bien, pero ¿alguna vez pensaste que se volvería violento?

¿Había una respuesta correcta a esa pregunta? Si la había, no lo sabía.

—Para serte sincero, ni siquiera consideré esa posibilidad. Sabía que era un capullo, y esperaba que con el tiempo tú también te dieras cuenta, pero la idea de que fuera a pegarte nunca se me pasó por la cabeza.

—Le golpeé de vuelta. Cogí la pata de una de las sillas que había roto y le golpeé en la cabeza con ella. Después me encerré en el baño y llamé al 911. Cuando llegó la policía, Randy

les dijo que era yo la que le estaba atacando y que solo se estaba defendiendo. ¿Puedes creértelo?

—Increíble, joder. Dime que la policía no cayó en eso.

—Le arrestaron, así que no lo creo. Probablemente se dieron cuenta de las enormes diferencias entre nuestras heridas, y además, me había encerrado en el baño, algo que no habría hecho si hubiese sido yo la atacante.

Veía muy pocas cosas positivas en todo ese escenario, pero el hecho de que le hubiese pegado de vuelta me hizo sentir un poco mejor.

—¿Dónde te vas a quedar esta noche? Porque de ninguna forma vas a conducir hasta mi casa tan tarde.

—No. No podría aunque quisiera. La cabeza me está matando, probablemente por la contusión, y me duele todo el cuerpo.

Miré a Jess, que asintió, leyéndome la mente.

—Puedo salir ahora mismo a recogerte. Son como unas ocho horas de trayecto, así que debería llegar allí a primera hora de la mañana. ¿Puedes quedarte en el hospital tanto tiempo?

—No lo sé. Deja que lo pregunte. —Escuché una conversación de fondo con la que, asumí, era una enfermera, y luego Sam volvió al teléfono—. Sí, les parece bien. La enfermera me ha dicho que puede que quieran dejarme esta noche en observación, de igual forma.

—De acuerdo. Necesito hacer una parada rápida por mi casa para coger algunas cosas, porque estoy en casa de Jess, y luego iré a recogerte, ¿de acuerdo?

—Lo siento, Cas. Debería —.

—No tienes que disculparte por nada —la corté—. No tenías forma de saber que sería capaz de hacer esto, así que no vayas a culparte. Todo esto es culpa suya. Haz tu declaración a la policía y diles que te quedarás con tu hermano por un tiempo para que puedan contactar contigo si lo necesitan.

—Dile que proteja sus activos financieros —dijo Jess.

Esa era una buena observación.

—¿Tienes alguna cuenta conjunta con Randy? —pregunté a Sam.

—Una, pero es de gastos y apenas hay dinero en ella. Siempre he tenido mi propia cuenta porque Randy no quiso unir las cuando ganaba más que yo. Por supuesto, eso cambió cuando se quedó en paro, pero a pesar de que me presionó, mantuve la mía independiente. También tengo una cuenta de ahorros.

—Y no tienes ninguna propiedad a tu nombre, ¿verdad?

—Nop. Mi coche sí está a mi nombre. Aún está aparcado frente a nuestra casa, pero supongo que puedo hacer que la grúa me lo acerque a algún sitio. Es muy antiguo, de igual forma, así que puede quedárselo. Ni siquiera le darían dos de los grandes.

—¿Algo más de valor que haya en esa casa y que quieras quedarte? Puedo pasar por allí antes de ir al hospital y recoger cualquier cosa que necesites.

Ella vaciló.

—Estaría bien recuperar mi ropa, supongo. Pero no quiero que te enfrentes a Randy.

—¿No está en custodia policial?

—Por ahora, pero Dios sabe cuándo le liberarán bajo fianza. La policía no es famosa por su compromiso con los derechos de las mujeres, especialmente frente a sus parejas.

Suspiré.

—Será mejor que no aparezca ante mí, porque ahora mismo solo quiero partirla la puta cara.

—A pesar de lo mucho que me gustaría y de lo tentador que suena, no lo hagas. Lo último que necesitamos es que acabes en la cárcel por homicidio, sin importar lo justificado que sea.

Tenía razón, por supuesto, pero eso no significaba que me gustase.

—Deja que te cuiden, ¿de acuerdo? Asegúrate de que te hacen todas las pruebas necesarias y no te preocupes por el coste. Lo que no cubra el seguro, lo pagaremos de nuestro bolsillo si hace falta.

—Gracias. Ya me siento mucho mejor sabiendo que estás de camino. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Colgué.

—Cas al rescate de nuevo —dijo Jess en cuanto me guardé el móvil.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? Es mi hermana.

—Lo habrías hecho por una extraña, cariño. Cuidar de la gente es lo que haces. Y no es una crítica.

—¿Estás segura de que estarás bien sola?

Ella asintió y alzó el móvil.

—Te prometo que llamaré a alguien si necesito ayuda.

La besé en la mejilla.

—Duerme un poco. Tienes un aspecto de mierda.

Media hora más tarde, estaba de camino a Missoula.

«Cuanto más cambian las cosas, más idénticas permanecen». No estaba seguro de dónde, ni cuándo había oído esa expresión por primera vez, pero resumía a la perfección lo que sentía ahora. A lo largo de los últimos treinta años, habían cambiado muchas cosas en ese edificio, y sin embargo, todo me resultaba familiar. Joder, incluso seguía oliendo igual.

Las taquillas, que en nuestra época habían sido grises, ahora eran de un azul brillante, aunque a juzgar por la descascarillada pintura, las habían debido de cambiar hacía tiempo. Las paredes aún eran blancas y el familiar logo verde de los Foxes parecía estar por todas partes. El linóleo del suelo seguía intacto, aunque seguramente lo habían reemplazado en algún momento y habían instalado exactamente el mismo.

—Señor, es como volver atrás en el tiempo —dijo Marnin mirando a su alrededor.

—Lo sé, ¿verdad?

Nuestra promoción iba a reunirse en la clase ocho, que había sido la de la señorita Ryan. Fue nuestra profesora de Sociales y todo el mundo la había adorado. Oí que había fallecido hacía un par de años.

—Oh, Señor. ¡Estáis aquí!

Tardé unos segundos en ubicar a la rubia de bote que se lanzó a mis brazos, presionando su amplio busto contra mí. Al final, las tetas fueron lo que la delataron, por bochornoso que fuera reconocerlo.

—Donna, me alegro mucho de verte —sonreí.

Donna «Doble D» Monterrey me liberó y abrazó a mi hermano. Había conseguido ese apodo en secundaria por razones muy obvias. Cada vez que alguien la llamaba así me sentía mal por ella, pero a Donna no había parecido importarle e incluso empezó a usar ese apodo para referirse a sí misma. A pesar de lo mucho que quería decirle que no había cambiado, lo había hecho, y su rostro presentaba claros signos de cirugía plástica. De hecho, tenía la sospecha de que sus pechos eran lo único que seguía siendo suyo. En nuestro negocio nos cruzábamos mucho con esto y había aprendido a reconocerlo.

El aula se llenó en poco tiempo. Nuestra promoción había estado formada por veintinueve chicos y doce chicas de diecisiete años. Sabía que habíamos perdido a dos: Jennifer, una encantadora chica que había querido ser bailarina, que murió en un trágico accidente de coche, y Essex, por supuesto. De los veintisiete restantes no se había presentado todo el mundo. ¿Aparecerían más tarde? A lo mejor. Aún era pronto.

—Es duro no tener aquí a Essex —me dijo Tricia, la ahora ex-mujer de Auden—. Veros a todos juntos hace más afilada su ausencia, incluso tras todos estos años.

Pasé un brazo por sus hombros y la apreté contra mi cuerpo.

—Sí, demasiados recuerdos.

—Su hermano está aquí. ¿Le has visto?

—¿York se ha presentado? No estaba seguro de si lo haría. No debe ser nada fácil para él.

Tricia asintió.

—Llegó al mismo tiempo que yo. No le había visto desde el funeral, pero le he reconocido de inmediato. Es la viva imagen de su padre.

Fruncí el ceño.

—Pensé que venía regularmente a Forestville. Sus padres siguen viviendo aquí.

Ella bajó la voz a un murmullo.

—Apenas se hablan. No sé lo que pasó, pero se dice por ahí que tuvieron una especie de bronca.

Se me partió el corazón, tanto por York como por sus padres.

—Siento mucho oír eso.

—Y yo. Hay gente que no se recupera de una pérdida tan enorme. Lo entiendo, ¿sabes? Solo de pensar en perder a una de mis chicas me cuesta respirar. Como madre, te diré que no sé si alguna vez puedes recuperarte realmente de algo así.

La besé en la coronilla. Siempre me había gustado Tricia. Ella y Auden habían parecido la pareja perfecta. No quería preguntar a Auden qué había pasado, pero me entristecía que ya no estuviesen juntos.

—Me dio verdadera pena que os divorciarais —dije.

Ella me sonrió.

—Y a mí. Pero nos habíamos distanciado y lo cierto es que vivíamos más como compañeros de piso que como marido y mujer. Tuvimos mucha suerte, porque ambos fuimos lo suficientemente maduros como para darnos cuenta de lo que estaba pasando antes de empezar a odiarnos. Sigo pensando que es un gran tipo, solo que no es el hombre para mí.

—He oído que estás saliendo con Jason Rock.

Su sonrisa se amplió y agitó una mano en el aire, mostrándome un anillo.

—Nos prometimos ayer.

—Tricia. Me alegro mucho por ti. —La abracé—. Te deseo toda la felicidad del mundo.

—Gracias. Auden fue el primero en saberlo. Le llamé incluso antes de decírselo a las chicas. Se ha ganado ese derecho.

—Apuesto a que está loco de contento. Cuando nos mencionó que estabas saliendo con Jason solo tuvo buenas palabras hacia él.

—Lo está. Desearía que él también hubiese encontrado a alguien, ¿sabes? Es un hombre demasiado bueno como para estar soltero. Aunque por otra parte, también lo eres tú. ¿No hay nadie especial en tu vida?

No había motivos para que la imagen de Cas apareciese en mi mente, pero lo hizo.

—No, lo siento.

—¿Y no te importa?

Adoraba esa pregunta. La gente solía asumir que todo el mundo quería tener pareja, pero conocía a muchísimas personas que estaban más que felices con su soltería. Yo mismo había sido una de ellas durante mucho tiempo, y mis sentimientos al respecto solo habían empezado a cambiar recientemente.

—No me rompe el corazón, ni tampoco estoy buscando obsesivamente, pero definitivamente, estoy preparado para sentar la cabeza y encontrar a un hombre con el que pasar el resto de mi vida.

—Bueno, según los rumores ya tienes medio resuelta la parte de sentar la cabeza. Enhorabuena por comprar la casa del doctor Everett.

Oh, las alegrías de vivir en una ciudad pequeña. La red de cotilleos funcionaba a las mil maravillas, algo a lo que tendría que acostumbrarme de nuevo. Debería haber sabido que todo el mundo se enteraría en menos de veinticuatro horas.

—Gracias. Necesita una reforma completa, pero estoy entusiasmado con las posibilidades.

—Bueno, no hay nada que pueda competir contra esas vistas. ¿Ya has contratado a alguien para hacer el trabajo?

Me esforcé por mantener una expresión inescrutable.

—Lo he hecho. Cas Sicotte. Le conocí el primer día que llegué aquí porque estaba haciendo una obra en el albergue.

—Oh, es genial. Hace dos años reformó mi cocina. Hizo un trabajo fantástico. Y es un tipo supermajó, también. Y es gay —añadió en un tono sugerente mientras agitaba las cejas.

Reí suavemente.

—Soy consciente de eso, pero gracias.

—De nada. Después de todo, eres uno de los nuestros, así que no puedes culparme por querer hacer un poco de casamentera. No es que haya tantos hombres gais en la ciudad.

Si lo ponía así, ¿cómo podía enfadarme con ella? Tenía buena intención y veía adonde quería llegar. Me libré de contestar cuando un esbelto hombre con gafas de pasta negra entró en el aula. Vaya, no había cambiado un ápice y su pelo seguía tan rojo como el día en que nos graduamos.

—Fir —le saludé y le tendí la mano—. Es un placer verte de nuevo. —¿Era mi imaginación o había vacilado un momento antes de aceptar mi mano?

—T-Tiago. —Sus mejillas comenzaron a enrojecerse.

—¿Qué tal te va la vida?

Tragó.

—Bien —dijo en un tono demasiado agudo. Se aclaró la garganta. ¿Estaba nervioso?

—Ahora trabaja en el consultorio de su familia. —Tricia apareció a su rescate—. Su padre ha reducido su jornada y Fir es nuestro médico principal.

—¿Te hiciste médico? Vaya, eso es alucinante. Enhorabuena.

—Gracias. —Sonrió—. Me encanta.

—Incluso se sacó una certificación especial para poder asistir partos —dijo Tricia. Claramente, era una fan de Fir y la adoré por ello. Siempre había sido una persona genuinamente afectuosa.

—Eso es maravilloso. Y muy necesario, teniendo en cuenta lo lejos que está el hospital más cercano.

Fir asintió.

—Lo es. Ya he traído al mundo a veinte bebés, incluyendo a mis propios hijos. —Inspiró profundamente—. He oído que has comprado la casa de mis padres.

—Lo he hecho. Me sorprende que no la quisieras. Esa vista es para morirse.

—Cierto, pero está demasiado lejos para mí. Parece un trayecto corto, pero en invierno puede ser todo un reto llegar a tiempo a la gente cuando me necesita. Además, el mayor de mis hijos se sacó el permiso de conducir hace unas semanas y su hermano lo obtendrá en dos años. Lo último que quería era que tuvieran que subir y bajar de esa montaña con la carretera cubierta de nieve.

—Vaya, ¿tienes dos hijos? Esa es una vida atareada. ¿A qué se dedica tu pareja?

Sus ojos resplandecieron de asombro. ¿Era porque había usado la palabra «pareja» en lugar de «mujer»? Era algo a lo que me había acostumbrado hacía mucho tiempo. No quería asumir la orientación sexual de nadie, y en el caso de Fir tenía más sentido aún. Había tenido un pequeño flechazo con mi hermano durante el instituto, así que estaba seguro de que cualquiera que fuera la etiqueta con la que se identificaba, heterosexual, no era.

—Soy padre soltero. Mi marido murió de cáncer de colon hace cuatro años.

Mi corazón se rompió en el acto.

—Siento muchísimo oír eso. —Apoyé una mano sobre su hombro—. Por ti y por tus hijos.

—Gracias. Los chicos están bien ahora, pero fue un golpe muy duro. Samuel trabajaba desde casa y era el cuidador principal, así que su enfermedad lo cambió todo.

—Es completamente injusto.

—Así es la vida, ¿no? —Me miró con ojos acuosos—. Esta reunión hace que el mensaje cale hondo. Nos obliga a ser profundamente conscientes de aquellos que deberían estar, pero faltan.

Fruncí el ceño. ¿Estaba sugiriendo que su marido habría venido a la reunión?

—¿Tu marido era de Forestville?

Fir sonrió.

—Pensé que lo sabías. Me casé con Samuel Thompson.

¿Se casó con el hijo del reverendo Thompson? ¿El mismo chico al que habían pillado bajo las gradas con mi hermano? No pude evitar el respingo, y Tricia y Fir rieron a la vez.

—Lo siento, no quería faltar al respeto —me disculpé—. No había visto venir eso.

—Me sorprende que Auden no te lo contara —comentó Tricia—. Supuse que te mantendría al día del cotilleo local.

—Para ser justos, la última vez que vi a Auden debió de ser hace cinco años, y no pasamos mucho tiempo cotilleando.

—Y antes de que lo preguntes —dijo Fir—, sí, soy y era consciente del famoso incidente entre tu hermano y Samuel.

Gracias a Dios por eso, porque habría sido muy incómodo de explicar.

—Oye, al menos no fui yo.

Eso les hizo estallar en una carcajada y me sentí bien al ver reír a Fir.

—Siempre fuiste más discreto que tu hermano —dijo Tricia.

No detecté ninguna mentira.

Charlé un poco más con ellos y luego hablé con algunos de los demás compañeros de clase.

—Voy a ver si encuentro un baño —dije a Tomás un rato más tarde.

Mi gemelo estaba inmerso en una profunda conversación con Marnin —algo sobre inversiones y cosas de esas—, y se limitó a levantar el pulgar.

Los baños de los chicos no habían cambiado de ubicación, y cuando entré, me choqué contra un hombre que estaba saliendo.

—Perdón —dijimos al unísono.

Su imagen me golpeó como un gancho en las tripas y por un segundo, se me cortó el aliento. Era como mirar a los ojos a su hermano. Essex siempre había sabido cómo sacar provecho de esos adorables ojos castaños y sentí una punzada de dolor tan afilada e intensa como la del día en que me enteré de que mi amigo había muerto.

—York —conseguí decir.

Su expresión, que meros segundos antes había sido austera, se suavizó.

—Hola, Tiago.

—Lo siento. Estoy... —Apoyé una mano en la pared para soportar mi peso. Esa oleada de tristeza venía de la nada. Habían pasado veinte años, así que ¿por qué me estaba golpeando con tanta intensidad ahora?

Él embutió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Me parezco mucho a Essex.

—Lo haces. Lo siento, no era mi intención...

—No te preocupes. Me ha pasado a menudo a lo largo de los años.

Algo sobre la forma en la que lo dijo llegó a mí.

—Es duro que siempre te comparen con tu hermano, ¿verdad?

Sus ojos se iluminaron.

—Tú lo entiendes.

—Lo hago. Diferentes circunstancias, mismo resultado. Todo el mundo me compara con Tomás.

—¿Te importa?

—A veces. —Suspiré—. No demasiado, al principio, pero últimamente ha empezado a molestarme. Soy mi propio yo, no mi hermano.

York rio, pero no había humor en ese sonido.

—La historia de mi vida.

Aparentaba su edad. Su pelo, que una vez fue oscuro, tenía hilos de plata, al igual que su barba. Habría tenido una belleza clásica de no ser por sus orejas, que eran ligeramente grandes, aunque combinadas con la pajarita y los tirantes del pantalón le daban un aspecto adorable.

Entrechoqué nuestros hombros.

—Vamos a buscar un sitio tranquilo para charlar un rato, ¿te parece?

—De acuerdo.

Entré rápidamente al baño y luego nos abrimos paso hasta la salida.

En el exterior hacía frío, pero aún no estaba helando.

—¿Cómo has estado? —le pregunté, mientras paseábamos en dirección al campo deportivo.

—Bien, supongo. Depende del estándar que uses para valorarlo.

—¿Casado? ¿Hijos?

—Dios, no. No puedo... —Se pasó una mano por el pelo—. He tenido unas cuantas relaciones, pero estoy demasiado concentrado en mi trabajo y no conseguí que duraran. Las mujeres no aprecian no ser el centro de atención, o eso he descubierto.

Reí suavemente,

—No es un problema con el que esté muy familiarizado, pero puedo entender lo que dices. ¿A qué te dedicas?

—Soy ingeniero de investigación.

Vaya, debía de ser bastante inteligente, entonces.

—¿Cuál es tu área de investigación?

Vaciló un momento.

—Defensa militar. Eso es todo lo que puedo decirte.

—Lo pilló. Es interesante, ¿no? No es que entienda nada de ello. Nunca fui a la universidad.

York se encogió de hombros.

—Tienes mucha más experiencia en otras áreas, como viajar, integrarte en diferentes culturas, habilidades sociales,...

Esa era una observación muy considerada por su parte, aunque no creía que estuviese al mismo nivel que sacarse una ingeniería. Pero tenía curiosidad sobre otra cosa y cambié de tema.

—Nos alojamos en el albergue.

Suspiró.

—Lo suponía.

—¿No tienes relación con tus padres?

Se quedó un momento en silencio.

—¿Sabías que el dormitorio de Essex no ha cambiado desde el día en que se fue de casa?

¿Qué? ¿Se refería a que no habían cambiado nada en treinta años?

—¿Quieres decir que tus padres han dejado la habitación tal y como estaba durante todo este tiempo?

Asintió.

—Se ha convertido en una especie de mausoleo para mi padre. Se pasa horas encerrado ahí dentro. Todos los días. O al menos, solía hacerlo. Cuando Essex murió... —Se quedó en silencio y esperé pacientemente a que continuara—. Adoraba a mi hermano. Realmente lo hacía. Pero me enferma que lo hayan convertido en este... mártir. No era el chico perfecto en el que mis padres lo convirtieron tras su muerte.

—Oh, no lo era. Yo también le adoraba, pero tenía sus defectos.

—Solía burlarse de mí sin piedad. Como nos llevábamos siete años y éramos tan distintos, supongo que era un objetivo fácil para él.

Algo en su tono me alarmó y paré en seco.

—Espera. Cuando dices «sin piedad», ¿a qué te refieres? —Evitó mi mirada—. ¿Te hacía *bullying*? Porque hay una enorme diferencia. ¿Bromas entre hermanos o *bullying*?

Finalmente, York alzó la cabeza.

—¿Me creerías si te dijese que me hacía *bullying*?

Ni siquiera tuve que pensarlo dos veces.

—Sí, lo haría. Podía ser un auténtico capullo, y el que muriese luchando por su país no cambia ese hecho. Puede ser todo el héroe que quieras para los Marines y aun así ser un capullo en otras áreas.

York parpadeó y sus ojos se humedecieron.

—¿Sabes que eres la primera persona que ha hablado mal de Essex desde... siempre? Mis padres no quieren oír ni una sola crítica hacia él. Es como si le hubiesen convertido en un Santo. Pero no lo era. Y aunque le quería, los últimos dos años que vivió en casa me trató de forma horrible y me alegré cuando se fue al campamento para hacer el entrenamiento. Finalmente, conseguí tener paz.

¿Qué podía decir a eso? Ese hombre había sufrido mucho más de lo que me había imaginado.

—Lo siento. No tenía ni idea. Espero que me creas.

—Lo sé. Si lo hubieseis descubierto, habríais intervenido. Esa es la razón por la que Essex tenía cuidado y siempre me trataba bien cuando estabais cerca. —Sonrió—. Solía desear que tú fueses mi hermano. O Auden. Siempre fuisteis los más amables conmigo.

Ahora todo tenía sentido: por qué había tenido esa bronca con sus padres y por qué se había alejado de ellos.

—¿Por qué has venido a la reunión?

—No iba a hacerlo, pero... —Tiró suavemente de su pajarita, como si le apretara de repente—. Quería veros. Esperaba poder tener esta charla con alguien que hubiese conocido a Essex y que me creyera. Mis padres... Es como hablar con una pared. Si es que me ven, para empezar. Cuando Essex murió me convertí en alguien invisible para ellos, como si también hubiese muerto. Todas sus vidas giran en torno a la memoria de mi hermano y yo... —Su voz se rompió

—. No les importo en absoluto.

Dios, se me estaba rompiendo el alma. Solo había tenido, ¿cuántos?, ¿veinte años cuando murió su hermano? Apenas más que un crío. Aún necesitaba a sus padres y ellos le abandonaron.

—¿Conservas algún amigo aquí?

—Fir.

—¿Fir? —No había visto venir eso.

—Sí. Tras la muerte de Samuel se puso en contacto conmigo y me preguntó si estaría interesado en hablar con él sobre el duelo y cómo había experimentado la pérdida de mi hermano. Me dije a mí mismo que, joder, por qué no, y nos hicimos amigos. Es un tipo increíble y sus hijos son unos monstruos, especialmente el mayor. —Su sonrisa se desvaneció—. Estoy muy agradecido, porque aparte de él, no tengo muchos amigos. No se me dan bien las cosas... sociales. El clásico *geek*, ya sabes. Raro.

—No parece que tengas problemas para hablar conmigo —no pude evitar comentar.

—Eso es porque te conozco. Además, siempre has sido muy amable conmigo.

Sin pensarlo dos veces, le atraje hacia mí y le abracé con fuerza.

—Bueno, acabas de hacer otro amigo, York. Y si me das permiso para contar lo que me has dicho a Auden, Marnin y Tomás, sé que ellos también querrán estar aquí para ti.

—Eso me gustaría. —Su voz sonó amortiguada por mi hombro, donde había enterrado su rostro a pesar de que era unos cinco centímetros más alto que yo—. Me gustaría mucho.

Me devolvió el abrazo con todo lo que tenía.

Cuando llegó el lunes, aún estaba agotado de mi viaje de ida y vuelta a Missoula.

Mi determinación a mantenerme alejado de Randy se tambaleó un poco cuando vi a mi hermana. Como había predicho el médico, a estas alturas su ojo derecho estaba negro y tan hinchado que apenas podía ver por él, a lo que se añadían los moratones que tenía por todo el cuerpo, especialmente en la zona de las costillas, donde la había pateado repetidamente con unas botas con punta de acero. Había deseado poner a prueba el efecto de las puntas de acero de mis botas en el culo de Randy, pero Sam me advirtió que me controlara. Tenía razón, por supuesto. Dar una paliza al tipo no la ayudaría en nada, más bien al contrario. Ya había presentado cargos y la policía estaba en ello. Su caso sufriría si me tomaba la venganza por mi cuenta, pero Señor, lo que me costó no acercarme a la comisaría a esperar a que le liberaran bajo fianza para enseñarle el extremo de mi bate de béisbol.

El personal del hospital había sido muy amable y me había ofrecido una de las camas del área de descanso para dormir un par de horas y recargar las pilas para el viaje de vuelta. Sam se había pasado la mayor parte del trayecto en silencio, medio inconsciente. No era de extrañar, dado que estaba hasta arriba de analgésicos. Las lesiones en las costillas eran increíblemente dolorosas, algo que sabía por experiencia, y cada vez que pillaba un bache en la carretera, hacía una mueca, incluso estando dormida.

La instalé en mi dormitorio, sabiendo que mi cama sería infinitamente más cómoda que el sofá, y le dije que me llamara si necesitaba algo.

Mi vecina, la señora Upton, se ofreció a ayudarme. Me había visto llegar con Sam y se había acercado a preguntar qué había pasado. Algunas personas la habrían llamado entrometida, pero yo sabía que tenía buena intención y un corazón enorme, algo que había descubierto gracias a la ingente cantidad de comida con la que me había obsequiado desde que me había mudado ahí. Jubilada y con los nietos diseminados por todo el país, tenía mucho tiempo libre, y me aseguró que estaría más que contenta de comprobar el estado de Sam de vez en cuando. Tuve que admitir que me sentí mejor al saber que mi hermana no se quedaría sola mientras salía a trabajar.

Afortunadamente, hoy había acabado pronto. Estaba renovando el baño del señor Cody y había terminado de preparar los suelos y las paredes para alicatarlos. Había tenido que nivelar ambos y solo faltaba esperar a que se secara el cemento para empezar con el siguiente paso. En torno a las tres, di el día por terminado. Iba de camino a casa cuando mi teléfono silbó con un mensaje entrante.

Dije a Siri que me lo leyera en voz alta.

«Mensaje de Tiago Banner: Hola, ¿estarías disponible para pasarte ahora por mi casa, por algún casual? He conseguido que el doctor Everett me dé permiso para dar una vuelta por el interior y así poder empezar a planificar la reforma. Me ha dejado la llave y voy de camino hacia allí con Tomás. No te preocupes si no puedes, esto ha sido algo de último minuto. De acuerdo, hablaré más tarde contigo».

Por alguna razón, el mensaje me hizo sonreír. Sospechaba que lo había dictado, y aunque la voz de Siri era completamente distinta a la suya, pude oírle fácilmente en mi mente diciendo todo eso.

Aparqué la camioneta y llamé a Sam.

—Ey, ¿qué tal vas?

—Me he pasado la mayor parte del día durmiendo. —Sam parecía adormilada—. Tu vecina se pasó por aquí y me trajo sopa de pollo. Ha sido muy amable y la sopa estaba muy sabrosa.

Sonreí.

—La señora Upton es la mejor y es una espléndida cocinera. La adoro. ¿Necesitas algo ahora mismo?

—No. Voy a volver a dormir. El médico me dijo que dormir era bueno.

—Lo es. Duerme. Te veré en nada.

Bueno, si no me necesitaba ahora mismo, bien podría subir hasta la casa para ver lo que quería Tiago, ¿no? Tenía que admitir que estaba un poco nervioso por eso de que su hermano también fuera a estar allí, pero tendría que enfrentarme a ello en algún momento.

Espera, ¿su hermano aún seguía en Forestville? Pensaba que Tiago me había dicho que Tomás se iría hoy. ¿Su vuelo salía más tarde, a lo mejor?

Conduje montaña arriba y cuando llegué a la casa había dos vehículos aparcados en el camino de entrada: el coche de alquiler que Tiago compartía con su gemelo y el todoterreno del Sheriff. Señor, ¿significaba eso que sus amigos también estaban ahí? ¿Tendría que enfrentarme a cuatro hombres? Dios Santo, si lo hubiese sabido me habría refrescado un poco. Aún estaba cubierto de polvo y sudor. Bueno, ya no podía hacer nada por ello.

Salí de la camioneta y me froté la ropa tanto como pude. Cuando alcé la mirada, la puerta principal estaba abierta y Tiago esperaba de pie, en el umbral, observándome con una amplia sonrisa. Mi estómago dio un vuelco.

—Gracias por venir, aunque te lo haya dicho con tan poca antelación.

—No hay problema. Has tenido suerte porque hoy he terminado pronto.

Cuando me acerqué a él, frunció el ceño.

—Tienes un aspecto horrible. Pareces agotado.

—Vaya, gracias. Necesitas trabajar un poco más eso de la charla ligera —bromeé. Luego, me puse serio—. Tuve que ir a Missoula a recoger a mi hermana.

—¿Está bien? —preguntó preocupado.

Ya había notado antes que a Tiago se le daba muy bien el captar hasta la más insignificante de las señales, y había advertido que algo andaba mal.

—Lo estará, pero llevará algo de tiempo. Por ahora, se quedará en mi casa.

—Siento oírlo, pero tiene suerte de tenerte.

—¡Dejad de parlotear y empezad con la visita guiada! —dijo alguien desde el interior de la casa.

Reímos simultáneamente y Tiago hizo un gesto de desesperación.

—Será mejor que entremos antes de que a Marnin le dé un aneurisma. No es famoso por su

paciencia.

—¡Te he oído, capullo! —llegó inmediatamente la respuesta.

Reímos de nuevo mientras entrábamos y Tiago cerraba la puerta.

Cuando llegamos al salón había tres hombres esperándonos.

—Hola, Cas, me alegro de verte —dijo Auden, tan amistoso como siempre.

Tomás me saludó con un gesto de cabeza y me lanzó una mirada transmitiéndome que sabía que Tiago y yo nos habíamos liado, pero intenté que no me molestara.

El cuarto hombre me miró incluso con más curiosidad y luego, me ofreció la mano.

—Creo que no nos conocemos. Soy Marnin Rosser, un amigo de estos tres. Nos graduamos todos juntos.

Estreché su mano.

—Encantado de conocerte. Cas Sicotte.

—¿Eres de la localidad?

—Me mudé aquí hace poco más de cuatro años.

—Vive en la casa de Dionne Bauers, al final de la calle Parker —dijo Auden.

—¿Ese encantador rancho? —dijo Marnin—. Es diminuto.

Asentí.

—Lo es, pero vivo solo, así que no importa.

—¿Por qué no empezamos con la visita guiada? —sugirió Tiago, para mi alivio—. Podéis lanzar cualquier sugerencia para mejorar la casa.

Saqué la libreta y el bolígrafo.

—Estoy aquí para tomar notas.

Empezamos por el salón.

—Esa moqueta necesita desaparecer —dijo Tiago, y todos los demás se mostraron de acuerdo.

—¿Qué hay debajo? —preguntó Auden.

—Con suerte, madera —dije—. Aún no lo hemos comprobado, pero me encantaría hacerlo. —Había entrado con mi caja de herramientas, así que me dispuse a ello. Me ajusté los guantes, saqué una palanca y la usé para alzar una de las esquinas de la moqueta. Afortunadamente, llevaba años ahí instalada, así que el pegamento estaba al final de su vida útil. La tela cedió con facilidad y tiré de ella con fuerza para revelar lo que había debajo. Quienquiera que hubiese puesto ese alfombrado había instalado una almohadilla debajo. Normalmente, solo hacías eso cuando merecía la pena proteger el suelo que cubría, lo que significaba que... Inserté la palanca bajo la almohadilla y cuando tuve buen margen para aferrarla, la cogí y tiré con firmeza. Se despegó fácilmente, y ahí estaba. Tiago y yo nos inclinamos al unísono y sentí su cabeza al lado de la mía—. *Sip*, es madera —dije.

—¿Lo es? —preguntó Tiago.

Tiré con más fuerza de la almohadilla, con la intención de mostrarle una mayor porción de suelo, y el material comenzó a deshacerse en mis manos. Tenían que haberla instalado hacía veinticinco años, si no más, lo que facilitaría enormemente el proceso de deshacerme de ella. La habían pegado a la madera para evitar que se moviera, pero no debería ser complicado retirar el adhesivo con algún producto específico.

—Es abeto Douglas —sonreí—. Si está en este estado en todas partes, terminarás con un suelo impresionante. Lo único que necesitamos es limpiarlo, pulirlo y darle un acabado.

Tiago rio suavemente.

—Estás casi más excitado que yo por este suelo.

—Deformación profesional, supongo. Esto facilitará mucho mi trabajo y mejorará el aspecto de toda la casa con muy poco esfuerzo.

—Bueno, parece que habéis empezado con muy buen pie —dijo Tomás, mirándome de forma extraña.

¿Qué problema tenía? ¿Le molestaba que me hubiese liado con su hermano? Solo esperaba que Tiago le hubiese dicho que eso no volvería a repetirse.

—Por favor, dime que tienes intención de mantener esta área hundida —dijo Auden, rompiendo la tensión que había empezado a percibir en el ambiente—. Porque me encanta el rollo setentero.

—A mí también —dijo Tiago. Luego, me miró—. No hay razón para no mantenerla, ¿no?

—*Nop*, no debería pasar nada.

Aparte del suelo —que sería trabajoso, pero no una obra masiva—, el salón solo necesitaría algunos arreglos superficiales.

La cocina, sin embargo, era una historia completamente distinta.

—Es una pena que estos armarios sean tan horribles —dijo Auden abriendo y cerrando unos cuantos para comprobarlos—, porque son buenos y no están muy dañados.

Tenía cierta razón ahí. Me acerqué para estudiarlos con más detenimiento.

—¿Te gusta la distribución? —pregunté a Tiago.

—Supongo. ¿Por qué?

—La cocina es fea y oscura, pero Auden tiene razón con lo de que los armarios son de buena calidad. En lugar de destripar todo, podríamos pintar los muebles y las paredes, cambiar los azulejos del fogón y del fregadero, sustituir los electrodomésticos, poner apliques nuevos... Te prometo que cuando esté terminada no serás capaz de reconocerla. No solo ahorrarás dinero, sino también un montón de tiempo. Instalar una cocina completamente nueva es una obra seria.

El rostro de Tiago se iluminó.

—Me encanta la idea. ¿Por qué tirar algo que todavía funciona? ¿Aún podría añadir la isla?

Tomás resopló.

—Ni siquiera sabes cocinar.

—Puede aprender —dijo Marnin, antes de que Tiago pudiera responder.

Todo el mundo calló, y sentí un hormigueo de inquietud en mi columna. ¿Me estaba imaginando cosas o Marnin había sentido la necesidad de defender a Tiago? Y si era así, ¿por qué? ¿Por qué Tiago necesitaría ayuda para responder a su propio hermano? Algo sobre su dinámica me molestaba, pero aún era incapaz de discernir el qué.

—Hay muchos vídeos de cocina en Youtube —siguió Marnin en un tono más relajado—. O en la tele. Por supuesto que puede aprender.

Mis sospechas de que Tiago tenía alguna especie de trastorno del aprendizaje volvieron a plena fuerza. ¿Por qué si no su amigo habría sido tan específico recomendando vídeos, cuando el primer paso lógico para la mayoría de la gente habría sido recomendar un libro? Aun así, mantuve mis reflexiones para mí.

—Sí, podrás añadir una isla —sonreí—. De hecho, creo que sería una mejora; especialmente, si la combinamos con una barra para desayunar. Es un espacio muy abierto y una isla creará una separación más visual entre la cocina y el salón.

—Me gusta eso —dijo suavemente Tiago—. ¿Podemos añadirlo a la lista?

Anoté rápidamente: «Investigar islas de cocina con barra». Nunca había montado una, pero no podía ser muy difícil, ¿no?

—Hecho.

Avanzamos hasta el dormitorio principal, que tenía un enorme baño incorporado. El dormitorio estaba en buenas condiciones; solo habría que quitar la moqueta, arreglar algunos desperfectos de las paredes y pintar todo. Necesitaría cambiar la lámpara, eso sí. Un ventilador de latón dorado no parecía ser el estilo de Tiago.

—¿Qué vas a hacer con el baño? —preguntó Marnin—. Es inmenso.

Lo era. Incluso con cinco hombres adultos, de pie, en su interior seguía pareciendo grande. La disposición actual tenía una bañera y un plato de ducha, algo que siempre me había gustado. Por alguna razón, odiaba ducharme en una bañera. Todo el salir y entrar me parecía una complicación innecesaria. No es que fuera a tener nunca ese problema con lo diminuto que era mi baño. Funcionaba para mí.

Tiago me miró.

—¿Alguna idea?

Me encogí de hombros.

—Depende de tus prioridades. Si te gusta bañarte, apostaría por poner una bañera más grande. Dependiendo del estilo que quieras y de tus gustos, puedes poner una exenta con patas tradicionales, que son muy elegantes, aunque, a lo mejor, poco prácticas, o instalar una más moderna y añadir algunas funcionalidades interesantes, como hidromasaje.

—Moderna y con hidromasaje —dijo Marnin asintiendo—. Colega, piensa en todas las guarradas que podrías hacer ahí dentro.

Tomás gruñó y me llevé la mano a la boca para ocultar la sonrisa

—Por el amor de Dios —dijo Tomás—, vamos a mantener la elegancia, ¿podemos?

Y ese solo fue el comienzo de todas las referencias sexuales con las que nos deleitó Marnin durante el recorrido. Estaba convencido de que lo estaba haciendo a propósito para provocar a Tomás, y funcionó. Yo decidí mantenerme en silencio a menos que alguien me hiciera una pregunta directa, y fui escribiendo en mi libreta todo lo que Tiago iba decidiendo.

Al menos, conseguí relajarme y apartar a Sam de mi mente por un tiempo, y para cuando acabamos, me había hecho una idea general de lo que quería Tiago. Eso significaba que podría empezar a hacer el pedido de los materiales y entrar a trabajar tan pronto como tuviera las llaves.

Estaba excitado por este proyecto. Si era porque adoraba la casa o porque esperaba con ansias trabajar con Tiago, era algo en lo que no quería pensar demasiado.

Apenas había sido capaz de pegar ojo con toda la excitación de la casa. Mi mente hervía de ideas. Esa visita guiada me había descubierto un mundo lleno de posibilidades y había hecho que me enamorara aún más del sitio. Estaba deseando que Cas empezara con la reforma, pero de momento, lo único que podía hacer era esperar a que se cerrara la compra. Jess me había llamado ese mismo domingo —ciertamente, era una mujer dedicada— para decirme que estaba trabajando en mi caso y que esperaba poder compartir más información conmigo pronto.

Dado que no había nada que pudiera hacer para acelerar las cosas, mis pensamientos se desviaron a la conversación que había mantenido con York durante la reunión. ¿Cómo no nos habíamos dado cuenta de cómo trataba Essex a su hermano? Y aún peor, ¿cómo no se habían dado cuenta sus padres? O a lo mejor, Essex había sido lo suficientemente inteligente como para disimular delante de ellos de la misma forma que lo había hecho frente a nosotros. Podría haber jurado ante cualquiera que nunca me di cuenta de nada. ¿Le había visto tomar el pelo a York? Absolutamente. Pero jamás capté nada que indicase algo peor que una broma entre hermanos.

Aún no había sacado el tema a colación con los demás, pero quería hacerlo, y sabía que esta sería mi última oportunidad. Habíamos quedado a desayunar de nuevo, y tras eso, Marnin volvería a Seattle y Auden tendría que trabajar. Tomás, que ya había aplazado un día su vuelo, saldría para el aeropuerto, aunque eso no sería hasta más tarde. Tenía programada una sesión fotográfica para una marca de ropa en una estación de esquí en Vermont, y después de eso, volvería a Europa.

Esta vez, optamos por la panadería de Brianna. Pedimos unos bollos con el café y nos acomodamos en una mesa situada en una de las esquinas. Desde que nos sentamos, el flujo de clientes entrando y saliendo de la cafetería fue constante, pero ninguno de ellos tomó asiento, lo que nos proporcionó cierta privacidad.

Inspiré profundamente, preparándome para sacar a relucir el asunto que llevaba días dando vueltas en mi cabeza.

—¿Alguno de vosotros habló el sábado con York?

—Brevemente —dijo Auden—. Quería comprobar qué tal le iba y asegurarme de que estaba bien.

—¿Y vosotros? —pregunté al resto.

Marnin y Tomás negaron simultáneamente con la cabeza.

—Te vi salir un rato con él —dijo Tomás—. Parecíais inmersos en una conversación

profunda.

—Lo estábamos, y me contó algunas cosas perturbadoras.

Auden frunció el ceño.

—¿Perturbadoras en qué sentido?

—Hablamos sobre sus padres y sobre Essex. —Les resumí lo que York me había contado.

Cuando hube terminado, el silencio cayó como una pesada losa sobre nosotros.

—¿Sabéis? —dijo finalmente Auden—. Desearía poder desmentir esas acusaciones sin pensarlo, pero no puedo. Parece horrible decir esto de alguien al que consideraba un amigo, pero me suena a cierto.

—Eso es lo que le dije a York —confesé—. Me dijo que era el primero que había hablado mal de Essex.

Marnin chasqueó la lengua.

—Joder, ese pobre crío. Bueno, ya no es un crío, pero... aun así.

—Acababa de cumplir veinte años cuando murió Essex —dijo Auden—. Apenas un adulto. Me parte el corazón el darme cuenta ahora de que nadie estuvo ahí para él.

—No quiero ser cruel, pero eso correspondía en primer lugar a sus padres —dijo Tomás en un tono afilado—. Ni siquiera puedo imaginarme lo que es perder a un hijo, pero deberían haber cuidado al que les quedaba. Por lo que parece, ha estado solo todo este tiempo.

—Esa es la impresión que me dio —dije—. Y no puedo estar más de acuerdo contigo. Me dijo que sus padres han convertido el dormitorio de Essex en una especie de mausoleo y que su padre se pasa horas allí, todos los días, llorando su pérdida.

—Señor, ojalá lo hubiese sabido —dijo Auden—. Habría pasado más tiempo con él; le habría apoyado de la forma en la que deberían haberlo hecho sus padres.

Eso me recordó algo y me giré hacia Tomás.

—¿Sabías que Fir Everett terminó casándose con Samuel Thompson? —No había visto a mi hermano hablar con Fir durante la reunión, así que no estaba seguro de si se había enterado.

Tomás abrió los ojos casi cómicamente.

—Te estás quedando conmigo.

—Nop. —Sonreí—. Me lo dijo el mismo Fir. También me dijo que estaba al tanto del incidente entre Samuel y tú.

Tomás rio suavemente.

—Dios, ¿puedes imaginarte esa conversación? Ni siquiera sabía que Fir era gay.

—Salió del armario cuando entró en medicina —dijo Auden—. Y justo después, él y Samuel conectaron. Se casaron antes de que Fir se convirtiera en médico oficialmente.

Tomás frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué Samuel no estaba en la reunión?

—Falleció hace cuatro años. —dijo Auden—. Cáncer de colon. Se lo diagnosticaron justo antes del verano y ni siquiera llegó a Navidad. Fue la cosa más desoladora que he visto en mi vida, especialmente teniendo en cuenta lo jóvenes que eran sus hijos.

Tomás palideció.

—Eso es horrible. No tenía ni idea.

—Todo esto pasó después de la última vez que vinisteis aquí, y teniendo en cuenta lo poco que hemos hablado desde entonces, nunca se me ocurrió contároslo.

No podía culparle por eso. No era responsabilidad suya el mantenernos al tanto de todo lo que acontecía en la ciudad.

—Lo entiendo —dijo Tomás—. No te lo estaba echando en cara ni nada, solo me ha

sorprendido, eso es todo.

—Si me permitís volver al tema anterior por un momento —dijo Auden—. ¿Qué tal le va a York ahora? Porque tras oír todo lo que nos has contado, estoy un poco preocupado.

Hesité.

—No le pregunté demasiado, pero comparto tu inquietud. Mencionó que estaba tremendamente escaso de amigos.

—Trabaja en Seattle, ¿verdad? —preguntó Tomás.

—Sí, pero no sé el nombre de la compañía. O si trabaja para una compañía. Puede que trabaje para el gobierno. Me dijo a qué se dedicaba, pero no especificó nada.

—Si consigues su número de teléfono estaré encantado de comprobar cómo le va —se ofreció Marnin.

Bajo ese áspero exterior, Marnin era un buen tipo. Lo escondía bien, pero tenía un gran corazón.

—Puedo preguntar a Fir —dije—. Aparentemente, se han hecho buenos amigos.

—Bueno, ambos perdieron a alguien muy cercano —dijo Auden—. No sería aventurado suponer que eso crea un vínculo. Pero de igual forma, si puedes echarle un ojo de vez en cuando, eso sería increíble, Marnin. Gracias.

Esta era la parte de la vida en una pequeña ciudad que tanto había echado de menos, la genuina preocupación por los demás, la forma en la que la gente se aseguraba de que sus vecinos se encontraban bien. Con suerte, esa actitud también se extendería a mí. Puede que ya me consideraran uno de los suyos —y técnicamente, lo era, porque había nacido aquí—, pero ahora mismo me sentía más como un forastero.

—¿Ya has tenido noticias de la agente inmobiliaria o del abogado? —me preguntó Marnin.

—Todo está en marcha. Esperan cerrar el trato en siete días hábiles. Supuestamente, es un procedimiento muy directo porque estoy comprando sin hipoteca.

—Estoy entusiasmado porque vayas a quedarte —sonrió Auden—. Y has elegido una casa impresionante. La visita de ayer me dejó gratamente sorprendido. Había visto las fotos en la web y me la imaginaba en un estado mucho peor.

—Cas me ha dicho que el único problema es la terraza, pero que no se enfrentará a ella hasta primavera porque puede que no le dé tiempo a terminarla antes de que nos golpee la nieve. Me dijo algo sobre que necesitaba comprobar la integridad estructural de los pilares, pero no sé lo que significa eso, así que confío en que conoce bien su oficio.

—Creo que quiere decir que a lo mejor tiene que reemplazar los pilares que la sostienen —dijo Auden—. Y sería inteligente hacer eso antes de que llegue el invierno. Ya han caído las primeras heladas en las cimas, así que el temporal llegará pronto aquí abajo.

Eso tenía sentido. No tenía prisa por terminar la terraza, de igual forma. Estaba planteándome el construir una pequeña barbacoa en una de las esquinas, pero solo podría aprovecharla cuando llegara el buen tiempo.

—Estoy enamorado de esa casa —dije—. Lo he estado desde el momento en que entré en ella.

—Cuando esté terminada tendrá un aspecto increíble —dijo Marnin—. Y al menos ahora, cuando baje a la ciudad, tendré más opciones de alojamiento. No quiero ser desagradecido, Auden, pero tu dormitorio de invitados es enano y está abarrotado de cosas. Joder, puede que incluso me plantee bajar más fines de semana. No es que tenga mucho que hacer en Seattle, de igual forma. —Me guiñó un ojo.

—Eso me encantaría. —Y lo decía en serio. Me encantaría pasar más tiempo con él, pero la

razón no era el sexo. Una oleada de culpabilidad me asaltó. Al final, nunca había aceptado su oferta de liarnos. ¿Qué había cambiado? No estaba seguro, pero aparentemente, tendría que tener otra conversación difícil. Esta vez, con uno de mis mejores amigos.

—Tengo que irme —dijo Auden poniéndose en pie—. Por desgracia, el deber me llama.

—Yo también voy a coger la carretera. —Marnin se levantó de la silla—. Tengo toneladas de trabajo esperándome en casa.

Nos despedimos con un abrazo y luego, nos Tomás y yo nos quedamos a solas. Mi gemelo había contratado un servicio de transporte privado para que pudiera quedarme con el coche de alquiler hasta que me comprara un vehículo. El primero que me compraría en mi vida. Mis padres nos regalaron una vieja tartana de segunda mano el día que nos sacamos el carnet, pero la vendimos cuando nuestras carreras despegaron. Desde entonces, siempre habíamos usado el transporte público o algún servicio de transporte privado y, más recientemente, Uber o Lyft.

—¿A qué hora llegará tu conductor? —pregunté.

—En media hora. Le dije que me recogiese aquí. Supuse que tendría más sentido que tener que volver al albergue. Mi equipaje está en el maletero de tu coche.

No me había dado cuenta, pero había sido un movimiento inteligente por su parte.

—¿Estás seguro de que estarás bien? —me preguntó por quinta vez.

—Estaré bien —le aseguré, intentando que mi impaciencia no se reflejara en mi expresión porque sabía que su preocupación era sincera.

—¿Y puedes ampliar tu estancia en el albergue?

—Ayer hablé con la señora Coombe y me aseguró que puedo quedarme tanto tiempo como necesite.

Tomás negó lentamente con la cabeza.

—Eso debe ser extraño, el tratarla como si no pasase nada tras hablar con York.

—Dios, sí. Quería agitarla y decirle que en qué cojones está pensando, pero no pude. Me dan pena, tanto ella como su marido. Pero estoy con York.

—Tienes un corazón enorme.

—Y tú.

—No como el tuyo. Siempre ves lo mejor de la gente. Y te admiro por ello.

Apoyé una mano sobre la suya.

—Espero que sepas lo mucho que te voy a echar de menos.

—Va a ser un gran cambio para los dos. Será extraño no tenerte cerca.

—Lo sé. —Liberé su mano y tuve que reprimir el deseo de decir «lo siento», porque en realidad no lo sentía. Este cambio no sería fácil para ninguno, pero era jodidamente necesario. Y con el tiempo, Tomás también sería capaz de verlo. Con suerte.

—Asegúrate de enviarme el contrato de la casa para que pueda leerlo.

—No hace falta.

Tomás frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con que no hace falta?

—Me refiero a que no necesito que lo leas.

—Pero ¿cómo te asegurarás de que no estás firmando algo que no deberías? Esos contratos no son fáciles de leer, ni siquiera para mí.

—Entonces, haré que mi móvil me lo lea y buscaré cualquier cosa que no entienda. Además, Cas me ha asegurado que su amiga comprobará todo tres veces.

Tomás chasqueó la lengua.

—Eso es poner un montón de confianza en una sola persona. ¿Qué pasa si se le escapa algo?

Me mordí el labio, sintiendo las dudas filtrándose en mi mente. ¿Acaso Tomás tenía razón? ¿Debería hacer que lo leyese otra persona? No me oponía a la idea, pero no quería que esa otra persona fuese mi hermano.

—Si lo veo necesario, puedo pedírselo a Auden. Conoce la ciudad como nadie y será capaz de decirme lo que es normal y lo que no.

—Oh.

¿Era desaprobación o estaba dolido? Fuera lo que fuese, sentí el peso de esa única palabra. Tomás tenía la habilidad de hacerme sentir culpable, incluso cuando sabía que no tenía motivos para sentirme así. No estaba obligado a aceptar su ayuda, y sin embargo, me resultaba muy difícil rechazarla.

—Deja de preocuparte por mí y concéntrate en tu sesión —dije, con toda la amabilidad que pude acumular.

—Por supuesto que me preocupo por ti. Ese es mi —.

—No, Tomás —le corté, negando lentamente con la cabeza—. Eso es lo que llevo un tiempo intentando decirte. Tu trabajo no es preocuparte por mí. Sé que lo haces y que siempre lo has hecho, pero ha llegado el momento de que empiece a valerme por mí mismo. Necesito que te apartes un poco y me dejes espacio para hacer esto solo.

Su rostro se tensó y asintió lentamente.

—Si eso es lo que quieres.

—Es lo que necesito. Llevas años cuidando de mí, y estaba cómodo dejando que llevaras las riendas de todo, pero quedarme en Forestville ha sido decisión mía y solo mía. Sé que no confías mucho en que pueda hacer todo esto solo, pero al menos tengo que intentarlo.

Hizo un ruido de protesta.

—No es cierto que no confíe en ti.

Alcé una ceja.

—¿En serio? Podrías haberme engañado con todas esas preguntas y advertencias.

—Eso es porque me preocupo. Estoy aterrorizado de que puedas cometer un error y —.

—¿Y no es eso lo mismo que no tener confianza en mí? De igual forma, no entiendo por qué estás tan obsesionado con esto. Digamos que cometo un error. ¿Qué es lo peor que puede pasarme? ¿Perder algo de dinero? Ambos sabemos que tengo suficiente y que puedo soportar un golpe si llega el caso.

Alzó las manos al aire con impotencia.

—No quiero que salgas herido. Ya sabes que no puedo soportar verte triste.

Cogí su mano de nuevo. Siempre habíamos tenido mucho contacto físico, probablemente, debido a nuestra madre, que era de abrazar y tocar a todas horas.

—Siempre has sido muy protector conmigo.

Él apretó mi mano.

—Supongo que lo que estás intentando decirme es que mi protección se ha vuelto algo asfixiante, ¿eh?

Bueno, si lo ponía así...

—Me está asfixiando un poco, sí. Lo único que te estoy pidiendo es que me des algo de espacio.

—Lo intentaré. Te prometo que lo intentaré.

Quince minutos más tarde, estaba en la acera despidiéndome de mi hermano. Agité la mano hasta que el coche que le había recogido desapareció por la esquina, y luego me quedé ahí de pie en silencio. Solo.

Era hora de poner en práctica toda esa charla sobre la independencia.

Mi casa era demasiado pequeña como para compartirla con nadie. Adoraba a mi hermana, por supuesto, pero tras una semana de convivencia estaba empezando a sentir el peso de la absoluta falta de privacidad.

Las costillas seguían molestandola, así que —por insistencia mía— aún seguía durmiendo en mi cama. Su ojo había ido pasando por toda la gama de colores, y aunque ya no estaba tan negro, seguía teniendo mal aspecto. Pero no era su estado físico lo que me preocupaba. Estaba decaída y apagada como nunca antes la había visto. Sam y yo no teníamos un carácter tan distinto; ambos éramos personas de acción que odiaban sentarse en silencio y se crecían solucionando problemas.

Esa última semana, no había visto ni rastro de esa actitud en mi hermana.

Entendía que pasar por algo tan traumático inevitablemente dejaba su huella, y que necesitaría tiempo para recuperarse, pero mi preocupación aumentaba a cada día que pasaba. Lo único que hacía era sentarse en la cama o en el sofá viendo las interminables reposiciones de *Anatomía de Grey* y a veces, me la encontraba con la mirada perdida en el vacío.

¿Era esa una reacción normal? No tenía ni idea, pero necesitaba hablar con alguien, porque la pequeña investigación que había hecho en Google no me había proporcionado ninguna respuesta clara.

Como la mayoría de los residentes de la ciudad, era paciente de la consulta de la familia Everett, dirigida por el doctor Everett y su hijo mayor, Fir. A pesar de que ahora era Fir el que se encargaba de tratar a la mayoría de la gente, los habitantes de Forestville aún se referían a su padre como Doc, mientras que a él le llamaban Fir o Fir Junior a partes iguales.

Fir era famoso por el valor que daba a la salud mental, algo que aún era una novedad por esa zona. No todo el mundo entendía su importancia, pero Fir era infatigable en sus esfuerzos por hacerla más accesible y darla a conocer. Así que cuando no supe qué más hacer con Sam, llamé a su consulta y concerté una cita.

—¿Qué puedo hacer por ti, Cas? —me preguntó tras un minuto de charla ligera.

—Me encantaría que me dieras tu opinión sobre mi hermana. —Le resumí la situación y le comenté el porqué estaba tan preocupado por ella—. Entiendo por lo que ha pasado. De verdad. Pero es una sombra de lo que era. Cuando estaba ingresada en el hospital aún tenía fuego, pero ahora... Todo eso se ha extinguido. Está... apagada, sin vida. ¿Es eso normal?

Fir se inclinó contra el respaldo de la silla.

—«Normal» es un término peligroso en una situación como esta porque presupone que hay una reacción estándar y genérica al trauma. La verdad es que no la hay. Cada persona responde de forma distinta en base a sus experiencias vitales, su carácter y un montón de factores más. Así que la pregunta no es si su reacción es «normal», sino si entra dentro del rango de respuestas normales. Y en ese caso, la respuesta es sí, entra en el rango. —Hizo una pausa—. ¿Cómo describirías a tu hermana? Su carácter, me refiero.

—Es muy parecida a mí, solo que más culta. Yo nunca fui a la universidad, pero ella sí. Es fisioterapeuta y trabaja para una empresa que gestiona varias residencias de ancianos. Adora tratar a la gente mayor, aunque ganaría más dinero si hiciese otra cosa.

—¿Y crees que te ha dicho la verdad? Quiero decir, ¿crees que esta es la primera vez que su pareja ha abusado de ella?

Asentí.

—Creo que en caso contrario, me lo habría dicho. Nos criamos en un estricto ambiente cristiano y ambos nos rebelamos a nuestra manera contra nuestra familia. Yo lo hice saliendo del armario y rechazando todo a lo que se adherían mis padres, como lo de que ser gay es inherentemente pecaminoso y esas cosas, y Sam lo hizo mudándose según cumplió los dieciocho. Nunca miró atrás. Tiene problemas con el concepto de mujer sumisa que nos enseñaban en la iglesia, que es todo lo opuesto a ella. A mí ya me habían echado de casa, pero nunca perdimos el contacto. Supongo que ninguno de los dos encajó en el molde en el que querían embutirnos.

Fir suspiró profundamente.

—Estoy familiarizado con esa historia. No por mí, dado que mis padres nunca tuvieron problemas con mi orientación sexual, pero Samuel, mi marido, se apartó de su familia por la misma razón. Nunca pudieron aceptar que no podía elegir no ser gay. Pero de vuelta a tu hermana. —Se llevó un dedo a la barbilla y comenzó a golpearla con una pensativa expresión—. No soy psicólogo ni psiquiatra, y no conozco a tu hermana, así que todo lo que te diga tendrás que cogerlo con unas enormes pinzas. Alguien ha puesto su vida completamente patas arriba. No solo ha perdido a su pareja, sino también su sensación de seguridad, la confianza en sí misma e incluso la comodidad de su propia casa y sus pertenencias. Ahora mismo, es como una planta que han arrancado de la tierra en la que había echado raíces. Las raíces siguen estando ahí, pero necesita replantarlas.

Me gustaba esa analogía. Y tenía sentido. Por supuesto, ya sabía que la vida de Sam había dado un vuelco, pero la forma en la que lo resumió Fir me dejó la situación más clara.

—Así que ¿cómo puedo ayudarla a superar esto?

—Haciendo exactamente lo que estás haciendo. Dándole espacio para que vaya superándolo mientras te aseguras de que va avanzando en la dirección correcta. El que siga viendo esa serie que ha visto mil veces no es algo inicialmente preocupante. Debe ser algo reconfortante para ella. Todo en su vida es incierto, pero esa serie es algo que conoce, está familiarizada con ella y eso es lo que necesita en estos momentos. Nada de sorpresas, nada de conmociones, todo predecible.

Bueno, cuando lo explicaba así, podía entender a lo que se refería. Siempre he sido demasiado inquieto, así que las series nunca captaron mi atención; no podía quedarme en el sofá durante horas poniéndome al día de cientos de capítulos, pero podía entender la necesidad de hacer algo familiar. Yo hacía lo mismo cuando estaba estresado, solo que me volcaba en la carpintería. Adoraba esculpir figuritas y había pasado incontables horas tallando mientras dejaba vagar mi mente. Era relajante y me reconfortaba.

—¿De qué tipo de cosas debería estar pendiente? ¿Qué se consideraría una señal de que no

está avanzando en la dirección correcta?

Fir vaciló.

—Es difícil de decir, pero me mantendría atento por si veo indicios de una depresión seria, como hablar negativamente sobre sí misma o sobre su vida. A lo mejor, insinuar que preferiría no estar aquí. Y obviamente, cualquier señal que indique que está pensando en perdonarle o volver con él. Eso sería una enorme bandera roja. Una vez la gente entra en esa espiral es muy difícil sacarles.

Asentí.

—He leído algo sobre eso. De momento, no ha expresado más que ira hacia Randy, pero estaré atento.

Fir abrió un cajón de su mesa y revolvió en su interior. Luego, sacó una tarjeta.

—Si en algún momento crees que necesita hablar con alguien, dile que llame a este número. He remitido a varios pacientes a esta mujer. Tiene experiencia ayudando a las personas a superar un trauma. La recomiendo enormemente. Pero no es barata, y la mayoría de los seguros no cubrirán sus servicios.

Agité una mano quitándole importancia.

—Si eso es lo que Sam necesita, haré que pase.

—Es muy afortunada por tenerte, Cas. Gracias por venir y compartir tu preocupación conmigo. Si tienes más preguntas, aquí estoy.

—Gracias. Esta ciudad también es muy afortunada por tenerte. Solo digo.

Cuando salí de su consulta me sentía terriblemente más ligero. Fir me había confirmado que la situación no era tan espantosa como había temido, así que, por ahora, podría deshacerme de mis preocupaciones. Solo tendría que esperar a que las cosas mejoraran con el tiempo.

Eso también significaba que podía empezar a concentrarme en mi siguiente problema. La luz de los frenos de mi camioneta se había estropeado, y dado que me los habían cambiado hacía tan solo unos meses, no estaba seguro de cuál era el problema, así que sería mejor que me pasara por el Walter para que la revisara.

El taller de Walter tenía dos edificios bien definidos. Uno era una diminuta tienda de alimentación adjunta a la gasolinera y el otro era el taller mecánico en sí. También vendía coches de segunda mano, aunque siempre me había dado la impresión de que eso era un negocio secundario, puesto que nunca tenía demasiada oferta. A lo mejor, era más un servicio que proporcionaba a la comunidad.

Entré en el taller y paré en seco. ¿Qué estaba haciendo ahí Tiago? Estaba en la oficina hablando con Gene, el actual director de la empresa. Walter tenía noventa años y hacía mucho que se había jubilado, dejándole la gestión a su hijo, aunque en ocasiones seguía apareciendo por allí. Mi estómago dio un brinco. ¿Reaccionaría así siempre que viese a Tiago? Eso podría ser un inconveniente cuando empezara a trabajar en su casa.

—Lo único que estoy diciendo es que tendrás muchos más vehículos donde elegir en la ciudad —estaba diciendo Gene—, y probablemente también los encontrarás más baratos. No es que no quiera vendértelo, Tiago, pero no quiero timarte.

—Y lo aprecio mucho, pero me gusta apoyar a los negocios locales y no me importa pagar un poco más. Y en cuanto a tener más opciones donde elegir, no tengo ni idea de qué tipo de vehículo necesito, así que empecemos por ahí. ¿Qué me recomendarías?

Gene alzó un dedo.

—Dame un minuto mientras veo lo que necesita Cas.

Tiago se giró rápidamente hacia mí y sonrió.

—Hola.

—Hola a ti también. ¿Comprando coche nuevo?

Asintió.

—Aún estoy con el de alquiler, pero necesito uno propio.

—¿En qué puedo ayudarte? —me preguntó Gene.

—Mi luz del freno no funciona. Solo quería que la echases un vistazo.

Gene se frotó la barba.

—¿No te cambiamos los frenos la última vez que estuviste aquí?

—*Sip*, que es la razón por la que he pensado que sería buena idea pasarme a verte.

—De acuerdo, deja que hable rápidamente con Doreen. Está trabajando en algo, pero creo que no es urgente. Puede que tenga un rato para echar un vistazo a tu camioneta. Seguro que es capaz de encontrar el problema.

Doreen era la nuera de Gene y una talentosa mecánica. Podía arreglar casi todo, que era una de las principales razones por las que el Walter aún seguía a pleno rendimiento, incluso en una ciudad tan pequeña como Forestville. Los conductores de las áreas adyacentes venían a ella para revisar sus vehículos, no solo por su destreza, sino por el trato personal del servicio.

Gene avanzó hasta el fondo, donde estaban los elevadores, dejándonos a Tiago y a mí solos en la oficina.

—¿En qué tipo de coche estabas pensando? —le pregunté.

Suspiró.

—No tengo ni idea. No he tenido uno desde que era adolescente, y ese fue un viejo cacharro que mis padres nos regalaron a mi hermano y a mí por sacarnos el carnet. No sé qué debería elegir. ¿Alguna recomendación?

—Teniendo en cuenta la localización de tu casa, vas a necesitar un cuatro ruedas. Eso es innegociable, o te verás en serios apuros en invierno.

Asintió.

—Ya había pensado en eso, pero ¿no han mejorado mucho? Alguien me mencionó que un Subaru sería buena idea.

—Claro, son coches bastante seguros. No los más bonitos, he de decir, pero asequibles y fiables, hay que reconocérselo.

—Si fueses yo, ¿qué te pillarías?

Sonreí ampliamente.

—Eso depende. ¿Tengo tu presupuesto o el mío?

Rio.

—Asumamos, por un momento, que tienes el mío.

—¿Sinceramente? Me decantaría por una camioneta. Los Subaru son coches familiares, convenientes cuando tienes críos y necesitas acercarlos a todas partes. Tú no tienes hijos. Serías tú y a lo mejor, un pasajero, pero eso es todo. Y te acabas de comprar una casa para la que no tienes muebles, así que adivino que tendrás que transportar un montón de cosas montaña arriba en los meses que están por venir. Puede que también quieras comprar suministros, como leña para la chimenea, o incluso instalar una pala de nieve en la parte delantera para limpiar con más facilidad el camino de entrada en invierno. Por esas y muchas razones más, escogería una camioneta.

—Una camioneta... —Se llevó la mano a la barbilla y comenzó a golpearla con el índice—. No había pensado en eso, pero me has dado muy buenos argumentos. ¿Me recomendarías la misma que tienes tú?

Me encogí de hombros.

—Adoro mi camioneta, pero hay muchas mejores en el mercado. Depende de lo que necesites. Por ejemplo, la mía tiene instalada una bola porque a veces tengo que arrastrar un remolque con los materiales de construcción. Puede que tú no necesites eso. A lo mejor, prefieres cubrir la cama, por ejemplo, o poner asientos. Tienes muchas opciones.

Gruñó.

—¿Por qué todas las decisiones tienen que ser tan complicadas? Desearía que hubiese como... tres tipos de camioneta o algo así, no cientos. Así sería mucho más sencillo escoger una y reducirían el miedo de la gente a tomar la decisión equivocada.

Sonreí.

—Te entiendo, pero ten presente que siempre y cuando no tengas unas necesidades muy concretas, la probabilidad de cometer un error terrible es escasa. A pesar de lo que intentan hacernos creer los anuncios, todas son muy parecidas en términos de rendimiento. Solo necesitas prestar atención cuando quieres algo muy específico, como cuánto peso puede remolcar o si tiene cámaras laterales, cosas así. Para lo que tú necesitas, no puedes equivocarte.

Exhaló largamente.

—Gracias. Eso me hace sentir mucho mejor.

Gene volvió a la oficina.

—Doreen puede echar un vistazo a tu camioneta ahora.

—Genial. ¿Quieres que la meta?

Gene señaló hacia el fondo.

—Déjala en el muelle de la derecha.

Doreen ya estaba esperándome, con su oscuro pelo escondido bajo un gorro de lana gris y el mono más negro que azul debido a la grasa. Entré con la camioneta y seguí sus instrucciones hasta tenerla firmemente posicionada en el elevador. Cuando Doreen alzó el pulgar, salí del vehículo.

—¿La luz del freno se ha roto? —me preguntó. La mujer siempre era económica y directa con las palabras, otra de las razones por las que la apreciaba.

—Sí. Y cambié los frenos en la última revisión.

—De acuerdo, echaré un vistazo. Te diré lo que haya encontrado.

Cuando volví a la oficina, Gene estaba sonriendo de par en par mientras estrechaba la mano de Tiago.

—Es un placer hacer negocios contigo, hijo. Lo tendré preparado para mañana al final del día.

—¿Te has comprado un coche? —le pregunté. Vaya, Tiago tomaba decisiones rápido.

Él sonrió de par en par.

—*Nop*. Me he comprado una camioneta. Gene tenía una Ram en venta que encajaba en mis requisitos, así que ha sido una decisión sencilla.

Gene asintió.

—Mercy Daniels me llamó hace un par de días para pedirme que vendiera la camioneta de Bill.

Ah, claro. Bill había fallecido de un ataque al corazón hacía dos meses y su viuda seguía abrumada con todas las cosas que tenía que resolver.

—Su camioneta era bastante nueva, ¿no? —pregunté.

—*Sip*. Dos años —dijo Tiago.

—Es un «todos ganan», entonces. —Sonreí—. Ella consigue una venta rápida y tú un

vehículo. Todos contentos.

—Apreciará mucho que no hayas intentado regatear el precio —dijo Gene a Tiago.

Él agitó los pies en el sitio.

—Estoy convencido de que pedía algo razonable. No eres de los que cobran de más.

Y Tiago no era de los que regateaba duramente en las negociaciones. En una ciudad pequeña, eso era algo importante.

—Nos alegra cubrirte las espaldas, hijo —dijo Gene.

No podría haberlo expresado mejor, aunque por razones completamente distintas. Tiago tenía la palabra «Complicaciones» escrita en la frente, pero me sentía irresistiblemente atraído hacia él. Que Dios me ayudara.

Mi abogada no se parecía en nada a lo que había esperado y sin embargo, era todo lo que había imaginado que sería una amiga de Cas. Jess Compton era una diosa de metro setenta y cinco, de pelo negro y lacio, afilados ojos azules y piel de alabastro. Podría haber sido una de las modelos con las que había trabajado sin esfuerzo y cualquier fotógrafo habría matado por capturar su piel con la cámara.

Cuando extendió la mano hacia mí, me ofreció una genuina sonrisa.

—Jessica Compton, pero por favor, llámame Jess. No me van demasiado las formalidades.

Sonreí.

—Tiago Banner, y a mí tampoco.

Hizo un gesto hacia la alargada mesa de cristal que había en su oficina y tomé asiento obedientemente en una de las sillas. Tras coger un taco de papeles de su escritorio, se sentó frente a mí.

—Tengo una pila de documentos para que firmes.

Mi estómago dio un vuelco. Esperaba que fuesen los mismos que me había enviado por email. No podía usar mi móvil para que me los leyera en voz alta, no aquí, y de ninguna forma sería capaz de leerlos sobre el papel.

Su expresión se suavizó.

—Iremos línea por línea juntos si es necesario.

Vacilé. ¿Había algo de malo en contarle la verdad? Ahora que me estaba asentando en el área, existía la posibilidad de que volviera a necesitar sus servicios para otras cosas, aparte de la casa, así que a lo mejor, no sería mala idea decirle con lo que estaba lidiando.

Inspiré profundamente.

—Tengo dislexia severa —dije suavemente—, así que leer es todo un desafío para mí.

—Cas ya me había comentado algo. —Sonrió—. Hace eso, ¿sabes? Siempre cuida a la gente. A sus amigos, especialmente. Deberías considerarte afortunado de tenerle como amigo.

¿Cas se lo había contado? Pero ¿cómo se había enterado él? Nunca le había dicho una palabra, así que ¿cómo lo había descubierto? Estaba convencido de que mi hermano no se lo había comentado. Tomás siempre me advertía de que no se lo dijera a nadie porque temía que la gente me tratara de forma distinta. ¿Auden, a lo mejor? *Nah*, no podía imaginármelo compartiendo ese tipo de información sin preguntarme antes. Tenía demasiados principios.

Eso solo dejaba a una persona. Al propio Cas. ¿Lo había descubierto por su cuenta? Eso

decía mucho sobre la atención que me había prestado. Una sensación cálida me inundó. Jess tenía razón. Era increíblemente afortunado de poder llamarle amigo.

—Gracias. Aprecio mucho que lo entiendas.

Ella me tendió el primer documento.

—Esta es una copia del informe técnico que has hecho sobre la casa, que no ha revelado ningún problema preocupante. Los vendedores han solicitado una copia firmada.

Cas me había recomendado a un conocido suyo, que tenía amplia experiencia haciendo inspecciones, y nos habíamos pasado dos horas recorriendo la casa. Analizó la estructura, puso a prueba todas las instalaciones e incluso hizo un muestreo. Como había esperado, confirmó la existencia de moho en el ático y advirtió la presencia de descomposición en la madera de la terraza, además de una lista de detalles menores. No descubrió nada que Cas no me hubiese mencionado antes, lo que fue un enorme alivio.

Asentí.

—Me parece justo. —Cogí el bolígrafo que me tendió y firmé al final.

—Lo siguiente es el contrato de compra que te envié hace dos días al email. ¿Has tenido tiempo de revisarlo?

Me había tomado mi tiempo para leerlo concienzudamente con el móvil.

—No me pareció que hubiese nada extraño.

Ella asintió.

—Es un contrato estándar y los vendedores no han hecho ningún cambio. Si estás de acuerdo, puedes poner tu nombre o tu firma en todas las casillas naranjas.

Fui página por página poniendo mi nombre al pie y luego, firmé la última.

—Dado que no necesitas hipoteca, nos hemos librado de rellenar un montón de papeleo —siguió Jess—. He preparado este documento como evidencia de que has transferido los fondos para la compra a la cuenta de retención de mi despacho de abogados y que seré yo la encargada de enviar esos fondos a los vendedores.

Miré el documento, reconociendo el número que Jess y yo habíamos discutido a principios de esa semana por teléfono.

—Entendido.

—Lo último es el título de propiedad. Por favor, comprueba que tu nombre está bien escrito.

No había visto las escrituras de la casa, probablemente porque era un documento que no podía enviarse por email. Mi nombre estaba bien escrito, pero ¿qué más decía?

Jess puso un dedo al comienzo del papel.

—Empieza listando al vendedor, que es el doctor Everett y su mujer, y sus fechas de nacimiento. Luego, continúa con la dirección de la propiedad y hace una referencia al estudio de títulos que se hizo antes de que pusieran la casa en venta, dado que había cierta confusión sobre los límites exactos de la parcela en la que se asienta la vivienda. —Pasó las páginas hasta llegar a la última, que mostraba un mapa de la parcela en la que se construyó la casa—. Este es el estudio de títulos.

Había mirado eso con Cas cuando me había preguntado dónde estaban enterradas las tuberías.

—De acuerdo.

Volvió a la primera página y luego empezó a guiarme a través de todo el documento, línea por línea, explicándome detenidamente el contenido sin mostrar ninguna señal de impaciencia.

—Gracias —dije tras firmarlo—. Aprecio mucho que me estés dedicando todo este tiempo.

—Por supuesto. Me esfuerzo en proporcionar a todos mis clientes lo que necesitan.

Enhorabuena, Tiago. —Me ofreció la mano con una cegadora sonrisa—. Oficialmente, eres el dueño de una casa.

Me puse en pie automáticamente y estreché su mano, sintiendo que mi cabeza daba vueltas. Dios, todo era oficial ahora. Era propietario de una casa. ¿Cómo cojones había pasado eso?

Exhalé lentamente y erguí la espalda. Cientos de millones de personas eran propietarios, y por estadística, algunos tenían que ser disléxicos. Si ellos podían apañárselas, yo también podría. Lo único que tendría que hacer sería pedir ayuda cuando fuese necesario, y tenía a personas en las que podía confiar para eso.

Curiosamente, el primero que me vino a la mente fue Cas. Había esperado que Auden o Marnin estuvieran a la cabeza de la lista —el primero especialmente, dado que era un local—, pero no. Los brillantes ojos de Cas les destronaron y solo con pensar en él, sonreí. Tendría que agradecerle toda la ayuda. Ya había hecho mucho por mí y ni siquiera habíamos empezado la reforma.

Comprobé la hora en mi reloj. Las cuatro y media. A lo mejor, podría pasarme por su casa. Habitualmente, empezaba a trabajar temprano para poder irse pronto, o eso me había comentado, así que existía la posibilidad de que ya estuviese en su hogar. Tras hacerlo todo oficial, sería extraño no celebrarlo con él, ¿no?

Mierda, me había quedado en babia y Jess me estaba mirando con una divertida expresión.

—Lo siento, me he quedado en blanco por un momento. Es mucho que absorber.

—Lo es. ¿Mi consejo? Ve paso a paso. Irás descifrándolo.

—Muchas gracias por todo. —Estreché su mano de nuevo—. Estoy seguro de que volveremos a vernos.

Una vez en el exterior, no me di tiempo para repensarlo por si acaso cambiaba de idea. En su lugar, me metí en la camioneta que había recogido del Walter esa misma mañana —tras firmar los papeles sin leerlos, confiando en que Gene no me jodería— y puse rumbo a casa de Cas. Necesitaría un tiempo para acostumbrarme a conducir un vehículo de esas dimensiones, así que circulé lentamente y con cuidado. Con suerte, mi confianza habría aumentado para cuando llegara el invierno.

La camioneta de Cas estaba en el camino de acceso a su vivienda y aparqué tras ella. Genial, estaba allí. Pero cuando llamé al timbre, fue una mujer la que me abrió la puerta. Tenía el ojo morado y exudaba cansancio.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo. Luego, sus ojos se iluminaron al reconocermelo—. Me cago en todo, ¿eres Tiago Banner!

—Lo soy. —Tenía que ser su hermana, pero ¿qué cojones la había pasado? En mi experiencia, heridas como esas siempre tenían una causa despreciable, y si mis sospechas eran ciertas, Cas se merecía el Cielo por no haber reventado la boca a quienquiera que la hubiese hecho eso. No es que fuera a decírselo—. Esperaba poder hablar con Cas.

—Está en la ducha. Llegó hace apenas cinco minutos. Pero eres bienvenido a entrar y esperarle.

—Gracias.

Se hizo a un lado y me dejó pasar antes de cerrar la puerta. Nos acomodamos en el salón y pude oír el agua de la ducha corriendo. Me tuve que esforzar al máximo para no imaginarme a Cas desnudo bajo el chorro. Dios, tendría un aspecto magnífico, con todos esos músculos expuestos mientras el agua resbalaba por su pecho. Tragué.

La hermana de Cas me miraba con curiosidad.

—No me ha dicho que os conocíais.

Gracias a Dios, Cas había sido discreto. Ciertamente, no iba a contarla que su hermano y yo nos conocíamos muy bien, de hecho. En el sentido bíblico de la palabra, como solía decir mi madre. Ella era católica y durante un tiempo intentó leernos la Biblia, pero cuando llegamos a todos los padres que habían engendrado hijos y todas esas detalladas descripciones sobre linajes, se rindió.

—La semana que viene comenzará la reforma de mi casa —dije—. Acabo de firmar los papeles de propiedad.

—Creciste en Forestville, ¿verdad?

Asentí.

—¿Y tú? —Sabía la respuesta, pero no estaba seguro de si ella quería que supiese la respuesta. Ni siquiera me había dicho su nombre todavía.

Su rostro se tensó.

—Me crie en Seattle, pero vivo en Missoula. O vivía, debería decir. Aún no estoy segura de lo que me deparará el futuro. Me llamo Samantha, por cierto, o Sam. Soy la hermana de Cas. Lo siento, he olvidado presentarme.

—Es un placer conocerte.

—Lo mismo digo. —Calló un momento—. Entonces ¿te has comprado una casa en la ciudad?

—Sí, está antes de llegar a la zona de acampada. No sé si estás familiarizada con el área.

Ella negó lentamente con la cabeza y luego, hizo una mueca. Probablemente, ese había sido un movimiento doloroso.

—Solo empecé a venir a Forestville cuando Cas se mudó aquí.

—Es un área preciosa.

Una de las ventajas de mi trabajo era que había aprendido a charlar con todo tipo de gente. Sam y yo hablamos relajadamente sobre temas triviales hasta que la puerta del dormitorio se abrió y Cas apareció ante nosotros. Señor, solo llevaba unos desgastados vaqueros que colgaban de sus caderas dejando al descubierto los más perfectos oblicuos que había visto nunca. Mi boca se secó.

—Sam, ¿has visto mi...? —Advirtió mi presencia y paró en seco—. ¿Tiago?

—Me he pasado a saludar y para decirte que he cerrado la compra de la casa. Es oficialmente mía.

Su rostro se iluminó.

—¡Enhorabuena! Me alegro muchísimo por ti.

Reí.

—Y yo. —Quería preguntarle cómo había sabido lo de mi dislexia, pero no delante de su hermana. No tenía ni idea de si era tan discreta como Cas, y no necesitaba que nadie chismorreara nada a la prensa.

Nos miramos en silencio el uno al otro, aparentemente, durante demasiado tiempo, porque Sam rio suavemente y dijo:

—Oh, ya veo que os conocéis muy bien. No sabréis ni que estoy aquí.

Y con eso, desapareció en el interior del dormitorio, dejándome a solas con Cas, aún medio desnudo, delante de mí. A lo largo de mi carrera, había estado rodeado de gente medio desnuda muchas veces, y con los años, me había acostumbrado a ello y apenas lo notaba. Pero joder, sí que notaba a Cas. Era consciente de su presencia a un nivel casi molecular, lo que era la más extraña de las experiencias.

Avanzó hacia mí con una cálida mirada.

—De nuevo, enhorabuena.

—Gracias. ¿Puedo recibir un abrazo?

Cas vaciló y luego negó lentamente con la cabeza.

—Por cómo me estás mirando, no es una buena idea. Estoy seguro de que no terminaría en un abrazo.

No me sorprendió que leyera el deseo en mis ojos, teniendo en cuenta la intensidad con la que lo sentía. Me humedecí los labios.

—¿Tan horrible sería volver a besarnos?

Cas gruñó.

—¡Sí! Para empezar, mi hermana está en la habitación de al lado, y además, eres mi cliente. Y ambos sabemos que no terminaría en un beso.

Suspiré y di un paso atrás.

—Lo sé. Lo siento. No debería haber preguntado.

—Confía en mí, quiero esto tanto como tú.

Por extraño que pudiera parecer, esa frase me alivió. Si hubiese sido el único en sentir esta atracción, todo habría sido distinto. Probablemente, me habría sentido culpable, incluso.

—Gracias por decir eso. —Me aclaré la garganta—. De igual forma, quería preguntarte algo.

—Dime.

—¿Cómo sabes lo de mi dislexia? Jess me ha dicho que se lo dijiste tú, pero no recuerdo haberte comentado nada de ello.

Me miró fijamente a los ojos.

—No sabía qué era, pero sospechaba de algún tipo de trastorno del aprendizaje. Supuse que leer contratos sería un reto para ti, así que se lo comenté a Jess para que dedicara un poco más de tiempo a explicarte las cosas.

Esa era una de las cosas más tiernas que alguien había hecho por mí, más aún cuando sabía que no sacaría ningún beneficio de ello.

—Tengo dislexia severa y leer es realmente difícil para mí, especialmente cualquier cosa que tenga párrafos densos o palabras demasiado complicadas. Tengo una aplicación en el móvil que puede leerme los documentos en alto, pero tarda mucho tiempo.

—Ni siquiera puedo imaginarme lo difícil que debe ser eso. Si hay algo más que pueda hacer por ti, dímelo. Siempre me alegra poder ayudar.

—No puedes decir cosas como esas y luego pedirme que no te abrace. ¿Qué tal si te prometo que solo será un abrazo? —Alcé una mano—. Por mi honor de Scout.

Él sonrió de par en par.

—Permiso garantizado.

Le envolví entre mis brazos y el fresco aroma de su gel de baño invadió mis fosas nasales. Señor, olía bien. Y sentir su pecho contra el mío era más que agradable. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección, como dos piezas de un rompecabezas. Mi polla pareció pensar lo mismo, dado que comenzó a hincharse, pero antes de que pudiera disculparme, advertí que él estaba teniendo la misma reacción.

Con reticencia, le liberé, aunque solo me aparté unos milímetros.

—Gracias —repetí—. Por todo.

—Deberías irte —dijo con voz ronca—. Antes de que olvide todos mis principios y te bese hasta la inconsciencia.

A pesar de lo mucho que deseaba que hiciese exactamente eso, no quería ser el causante de que rompiera sus principios. Si nos besábamos de nuevo, tendría que hacerlo sin presiones y por

decisión propia.

—Te veré el lunes —me despedí.

Cómo cojones íbamos a sobrevivir en esa casa durante semanas sin acabar en la cama, solo el tiempo lo diría, pero por su mirada, habría apostado que no aguantaríamos más de siete días sin ceder a la atracción. Y ese pensamiento me hizo feliz.

Y me la puso dura.

El contenedor que había pedido llegó justo antes que yo (me había cruzado con el camión de remolque cuando subía por la carretera hacia la casa de Tiago). Gracias a Dios, los tipos lo habían ubicado bien: tan cerca de la vivienda como les fue posible, pero dejando espacio suficiente por todos sus lados para no dificultar el acceso. Aparqué mi camioneta a su derecha y salí.

El aire era fresco, con ese filo que prometía las primeras heladas, y mi aliento formaba pequeñas nubes a cada exhalación. Inspiré profundamente. El otoño era mi estación favorita, aunque tampoco me importaba pasar los inviernos allí. En Seattle, esta época habría significado cielos grises y toneladas de lluvia, pero aquí, la única precipitación era nieve. Lo adoraba. Claro, podía ser un enorme grano en el culo, y había tenido que aprender a conducir en este clima — especialmente, cuesta abajo—, pero las impresionantes vistas compensaban todas las molestias.

No pude contenerme y avancé por el lateral de la casa para admirar la panorámica. El cielo era de ese azul límpido y cristalino que anunciaba la llegada del invierno y un velo de hielo cubría el paisaje. El río era un hilo de plata en la distancia y podía ver el humo de las chimeneas saliendo de las diminutas casas y elevándose hasta difuminarse en el aire. Era la temporada de las hogueras, y en mi pequeña morada ya había disfrutado de los primeros leños que había ido acumulando en verano.

Tenía los suficientes como para aguantar meses, dependiendo de cómo de severo fuera el invierno este año y de cuánto tiempo se quedara mi hermana conmigo. Hasta ahora, no había comentado nada de marcharse y no la había presionado. Sí, el sofá estaba empezando a resultar incómodo, pero estaba más que dispuesto a pagar ese precio con tal de asegurarme de que Sam estaba bien cuidada y a salvo.

—Deslumbrante, ¿verdad?

No había sentido a Tiago acercándose a mí. Estaba a mi lado, vestido con unos vaqueros descoloridos, una chaqueta de lana negra y un par de botas de trabajo que parecían completamente nuevas. Por extraño que fuera, el aspecto de montañero le pegaba, aunque su indumentaria habitual era mucho más elegante.

—Lo es. —Desvié la mirada para volver a contemplar la panorámica—. No creo que vaya a cansarme nunca de estas vistas.

Tiago se frotó las manos, se las llevó a la boca y sopló.

—Tengo que acostumbrarme a este clima de nuevo. Tomás y yo solíamos pasar esta época en

zonas más cálidas, así que requerirá algo de adaptación.

Le di una palmada en el hombro.

—Date unos cuantos inviernos y volverás a sentirte como un local. —Sonreí—. Vamos a entrar. Tengo un trabajo que hacer.

Saqué mi caja de herramientas de la camioneta y la dejé en el interior de la casa. Luego, volví al vehículo para recoger un par de cajas que contenían las herramientas más grandes, como la maza y la palanca.

Tiago me observó desde el pasillo con las manos embutidas en los bolsillos de su chaqueta.

—Quiero ayudar —dijo cuando volví a entrar—. No tengo ninguna sesión programada hasta dentro de un tiempo, así que quiero ayudar con la reforma.

Dejé las cajas en el suelo y cerré la puerta de un puntapié.

—De acuerdo. —Le estudié mientras me rascaba la barbilla—. ¿Qué sabes hacer?

Parpadeó.

—Eee, ¿a qué te refieres?

—¿Con qué tienes experiencia? ¿Pintar? ¿Demoler?

—¿Nada? Nunca he tenido la oportunidad de aprender, para serte sincero. Además, siempre teníamos que tener cuidado de no lesionarnos, ya sabes. Una vez tuve que cancelar una sesión fotográfica con Calvin Klein porque me caí y me rompí la muñeca. No se alegraron demasiado. Tampoco Tomás.

Un hombre adulto no debería tener ese aspecto tan adorable. Seguro que había una ley en contra.

—De acuerdo, entonces. ¿Estás seguro de que quieres ayudar? No me importa si te pones a hacer tus cosas.

—No, quiero sentir que contribuyo en algo, quiero... dejar mi huella en esto.

Podía entenderlo. Participar en la construcción de tu propia casa era una parte importante del proceso para sentirla como tu hogar. Eso significaba que necesitaba encontrar algo que Tiago pudiese hacer y que le ayudara a sentirse útil, a la vez que le apartaba de mi camino. Y tendría que ser algo donde no pudiese joderla a lo grande. La demolición parecía ser la respuesta más obvia, pero era un trabajo sucio y duro. ¿Estaría dispuesto?

—¿Qué tal tu espalda?

—Nunca me ha dado problemas. ¿Por qué?

—Genial. —Abrí una de las cajas y saqué la palanca, un cúter y un par de guantes—. Ven conmigo. —Avancé hasta la esquina del salón donde habíamos descubierto el suelo unos días antes y Tiago me siguió—. Observa. —Le mostré cómo retirar un tramo de moqueta y la almohadilla protectora que había bajo ella, y corté el trozo. Luego me puse en pie y le tendí las herramientas—. Venga. Estás preparado. Solo tienes que dejarla suelta como acabo de hacer y luego cortar pieza tras pieza. Así será mucho más sencillo ir deshaciéndonos de ella. Si no, tendríamos que lidiar con rollos enormes y es una putada tener que llevar esos hasta el contenedor porque pesan muchísimo.

—De acuerdo. —Tiago parecía un poco inseguro, pero decidido.

—Te traeré unos protectores, porque tendrás que estar mucho tiempo arrodillado.

Tiago alzó la mirada y sus ojos se oscurecieron.

Los recuerdos fluyeron en mi mente. Tiago, de rodillas, haciéndome una mamada. La avidez con la que se había llevado mi polla hasta la garganta. Los sonidos que había hecho mientras succionaba, casi ahogándose con ella, adorándola. Señor, había sido la cosa más erótica del mundo.

—Cas —susurró con voz ronca.

Di un paso atrás.

—Voy a... Voy a irme a trabajar en otra cosa. Estás bien aquí, ¿verdad?

No esperé a que me respondiera y me apresuré a alejarme de él. Si me quedaba a su lado, Dios sabe lo que habría pasado. Habríamos terminado follando sobre esa asquerosa moqueta y no podía permitir que pasara eso por innumerables razones. Una vez doblé la esquina, paré en seco, respirando entrecortadamente por alguna inexplicable razón. ¿Cómo cojones iba a pasar semanas al lado de Tiago sin pensar constantemente en lo que habíamos compartido? O más importante aún, sin ceder a ese deseo que zumbaba en mis venas cada vez que le veía. Parecía imposible, y sin embargo, tendría que encontrar la forma de hacerlo. Me necesitaba como contratista, y quería hacer este trabajo más que nada en el mundo.

¿Más que a Tiago?

Debería dejar de hacerme preguntas imposibles. En serio, ¿cómo podría responder a eso? Era una pregunta trampa que carecía de respuesta correcta.

No, necesitaba concentrarme en mi trabajo. Esa era la única decisión inteligente.

El baño principal era lo primero de mi lista y luego, me enfrentaría al dormitorio. De esa forma, Tiago tendría un espacio limpio y terminado para descansar mientras reformaba el resto. Llevé los suministros que necesitaba escaleras arriba y preparé todo.

El cuadro eléctrico estaba en el garaje y me había alegrado al descubrir —en una de nuestras comprobaciones previas— que todos los fusibles estaban nítidamente etiquetados, facilitando la tarea de encontrar el que necesitaba. Apagué el que correspondía a la zona del dormitorio y el baño y luego me apresuré escaleras arriba para comprobar que no había corriente. Ahí estaba. Todo listo.

Instalé unos enormes focos de construcción y decidí enchufarlos al salón usando un alargador. Tiago ya estaba de rodillas, desprendiendo cuidadosamente la moqueta con una concentrada expresión. Si seguía así, tardaría años, pero no podía culparlo por querer ser meticuloso e ir despacio. Nunca había hecho eso antes. En unas horas, habría ganado confianza. También unas jodidas agujetas, pero dejaría que descubriese eso por sí mismo.

La casa de Tiago tenía un pequeño sótano que albergaba una diminuta sala para la colada — con una puerta que daba al espacio situado bajo la terraza—, y una pequeña área para la caldera. Ahí era donde habían instalado la llave general del agua y giré la válvula para cortar el suministro. Abrí un grifo para asegurarme, y tras un chisporroteo, se secó. Estaba preparado.

Subí al baño del dormitorio principal, tiré de la cadena del inodoro y dejé abiertos todos los grifos para que las tuberías se vaciaran por completo. Cuando quitara los sanitarios no quería crear una pequeña inundación.

Antes de comenzar con la demolición, me puse las gafas de protección, los tapones para los oídos y me guardé una mascarilla en el bolsillo, dado que necesitaría usarla cuando empezara a retirar los azulejos. Era bastante riguroso con las medidas de seguridad. Ya había salido relativamente indemne de un accidente de coche en una ocasión y no tenía ningún deseo de tentar al destino.

La mayoría de los contratistas que conocía eran descuidados y no daban importancia a los protectores de ningún tipo, pero yo siempre los había usado. ¿Por qué cojones querría respirar Dios sabe que clase de polvo tóxico que me crearía problemas dentro de diez años? Sin hablar de exponer mis oídos a los decibelios de las máquinas que se requerían para desmontar un baño. Me gustaba mantener mis sentidos en una condición excelente, muchas gracias. Además, ahora también podía escuchar música.

Con Bruce Springsteen de compañía, me puse a trabajar, y comencé quitando el armario del lavabo. Siempre me alegraba al descubrir que la persona que había instalado las cosas había sabido lo que estaba haciendo. Demoler el trabajo de *amateurs* era diez veces más complicado que desmontar el trabajo de un profesional. Los primeros solían instalar cosas de forma poco convencional, dándome algunos quebraderos de cabeza para descubrir cómo lo habían hecho y cómo podía quitarlo de la mejor forma. Los profesionales seguían las reglas, y saber cuáles eran los pasos que habían dado simplificaba mi vida.

Afortunadamente, un profesional se había encargado de hacer ese baño, y en cuestión de minutos, había retirado el armario, el lavabo y había vaciado la trampa de drenaje en un cubo. Joder, jamás me acostumbraría a ese hedor.

Lo siguiente, fue el inodoro.

Cuando mi reloj vibró, indicándome que era hora de tomarse un descanso, ya estaba preparado para empezar a eliminar los azulejos. Había aprendido a ponerme alarmas. Si no lo hacía, corría el riesgo de que el trabajo me absorbiera hasta olvidarme de comer y de beber. Eso nunca había resultado bien, así que ahora, me ponía una alarma cada dos horas para recordarme que tenía que parar, estirar un poco, beber algo y tomar un aperitivo. Esa misma mañana, había pasado por donde Brianna y había comprado una bolsa de sus deliciosos *krentenbollen*. ¿Querría Tiago uno? Necesitaba comprobar cómo le iba, de igual forma.

Le encontré de rodillas, aún con un aspecto adorable, atacando la moqueta y la almohadilla bajo ella.

—¿Qué tal te va?

Alzó la mirada con una sonrisa.

—Bien, creo. ¿Lo estoy haciendo bien?

—*Sip*. Lo estás haciendo genial.

Se sentó con la espalda recta y se estiró.

—Avanzar está siendo lento. ¿Tú también tardas tanto?

Vacilé. ¿Sería aceptable una mentira piadosa? *Nah*, sería mejor decantarse por una verdad a medias.

—Es un montón de trabajo, sin importar quién lo haga. Lo hago más rápido, pero a estas alturas lo he hecho cientos de veces, y aprendes haciéndolo.

—Tiene sentido. —Señaló una marca de pegamento en la madera—. ¿Saldrá eso?

—Sí, no debería ser un problema. Tengo un producto especial para retirarlo y luego, lo puliré cuando haga el suelo. Quedará precioso, te lo prometo.

—Bien. —Se puso en pie con un gruñido—. ¿Recuerdas cuando te dije que estaba en buena forma? Mentí.

Reí suavemente.

—Este tipo de trabajo es duro para el cuerpo. Puedo encontrar otra cosa más sencilla para ti, si esto es demasiado.

De hecho, puede que eso no fuese una mala idea. Si seguía así unos minutos más, mañana le matarían las agujetas, y al paso que iba, terminarlo le llevaría horas. No iba a empezar con el suelo en un futuro próximo, así que ¿por qué no darle algo para que desconectara un poco entremedias?

—Vamos a hacer un descanso. He comprado *krentenbollen*. —Alcé la bolsa y su rostro se iluminó—. Y después, buscaré otra cosa para ti, porque estar todo el día de rodillas te reventará la espalda.

—Lo que digas, jefe —dijo Tiago.

Y ¿por qué cojones me gustó cómo sonaba eso?
Estaba muy jodido.

Ya llevábamos una semana con la reforma y había descubierto dos cosas. La primera, que este trabajo era más físico de lo que jamás habría podido imaginar. No era de extrañar que Cas tuviese la constitución de un Dios. Mi cuerpo había estado matándome y hoy era el primer día que volvía a sentirme humano. Aparentemente, uno realmente podía acostumbrarse al trabajo físico intenso. Eventualmente.

La segunda cosa que descubrí fue cuántos conocimientos estaban involucrados en hacer todo esto. Cas hacía que pareciese sencillo, pero sabía exactamente lo que estaba haciendo y no actuó ni una sola vez sin dedicar unos segundos a reflexionar. Tomaba medidas, las comprobaba y volvía a medir antes de siquiera mover el martillo. Era impresionante. Y sexy. ¿Quién iba a pensar que ver a alguien competente podía resultar tan erótico?

Nunca me había considerado a mí mismo como una persona que fantaseara con obreros, pero había empezado a soñar con Cas todas las noches. Y en mis sueños, lo único que llevaba era esos ridículamente sugerentes vaqueros y su cinturón de herramientas. Poco práctico, por supuesto, pero Señor, me levantaba empalmado todas y cada una de las veces. Eso no ayudó a mi propósito de apartarlo de mi mente.

Nos pasábamos el día entero juntos, aunque tenía la sensación de que Cas siempre se esforzaba por trabajar en una habitación distinta a la mía, y no podía culparle por ello. Cada vez que nos encontrábamos en el mismo espacio, mis ojos se sentían irremediabilmente atraídos hacia él, y en más de una ocasión, me descubrí a mí mismo mirándolo en lugar de trabajando.

¿Qué había en ese hombre que me cautivaba tanto? Su cuerpo, evidentemente; pero me había pasado la vida rodeado de gente bella por mi carrera, y ninguno de ellos me había afectado de la forma en la que lo hacía él. Ni siquiera era guapo, en el sentido estricto de la palabra, pero exudaba esa poco refinada energía sexual que era como *cadnip* para mí.

Pero era más que eso. Su espíritu amable me atraía tanto como su cuerpo. Era atento y paciente. Siempre se aseguraba de que sería capaz de seguir sus instrucciones y no se irritaba cuando tenía que repetirme algo. Durante la mayor parte de mi vida me había sentido estúpido, pero nunca a su lado.

Mi dormitorio y el baño adjunto estaban terminados. Siguiendo su consejo, había instalado una bañera de hidromasaje y estaba deseando ponerla a prueba. Adoraba los enormes azulejos blancos que habíamos elegido para el suelo y las paredes; hacían que el espacio pareciera más amplio y le daba un aspecto elegante y lujoso.

Cas me había recomendado decantarme por un fondo completamente blanco, diciendo que luego podría llevar estallidos de color con los accesorios, como unas mullidas alfombras, toallas, apliques y alguna fruslería decorativa. Había dado en el clavo. Ahora podría cambiar el estilo de vez en cuando sin tener que volver a reformarlo por completo. Ese fue uno de los múltiples ejemplos que me demostraron lo mucho que sabía de su trabajo.

Renovar mi dormitorio fue más sencillo. Elegí una nueva moqueta, suave y mullida, decorada con un precioso patrón en tonos azules y grises, y pintamos las paredes de un gris claro, salvo la del cabecero de la cama, para la que escogí un azul oscuro. Tenía un aspecto clásico y masculino, y podría haber apostado ahí mismo que sería un espacio increíble para dormir.

No es que tuviera cama aún. Había pospuesto las compras hasta saber con más claridad el aspecto que tendría mi hogar. Además, mi habitación en el albergue era cómoda e incluía desayunos y cenas, así que no tenía demasiada prisa por mudarme.

Pero ahora que mi dormitorio estaba hecho, al menos podría empezar a buscar el mobiliario, y una cama sería un gran comienzo. Quería una grande, tamaño rey, y articulada. Adoraba ver series y películas en mi iPad tendido en el colchón, y ser capaz de adaptar la posición de la cabeza y de los pies lo hacía todo mucho más cómodo. Y a lo mejor, un buen sillón con una mesita auxiliar. No es que fuera a sentarme ahí a leer, pero adoraba el aspecto. En mi cabeza, al menos.

¿Cómo no me había dado cuenta de lo excitante que era amueblar mi propio hogar? Nunca había tenido uno para mí solo. Siempre había compartido casa con Tomás y habitualmente, él se había encargado de elegir la decoración. No me había importado, dado que mi hermano nunca había comprado nada que odiara realmente, pero ni se acercaba a la sensación de crear un espacio exactamente como lo quería por mí mismo.

Estaba de pie en el salón. La moqueta ya había desaparecido y había empezado a remover todas las manchas de pegamento. El siguiente paso sería pulir el suelo y luego, Cas imprimiría una nueva capa de barniz y lo dejaría vibrante de nuevo. Sus palabras. Estaba excitado por ver el resultado.

¿De qué color debería pintar las paredes aquí? No había sido capaz de decidirme todavía, aunque Cas me había dicho que aún tenía tiempo. No empezaría con la pintura hasta haber terminado todo lo demás, para evitar dañarla o ensuciarla en el proceso. ¿Quedaría bien un azul oscuro?

Mi móvil sonó, sacándome abruptamente de mis pensamientos. Era Silvio, un modelo italiano con el que había trabajado a menudo a lo largo de los años.

—*Ciao*, querido. ¿Cómo te va? —saludé.

Él rio, grave y seductoramente.

—Mucho mejor ahora que oigo tu voz, *caro*. Llevamos demasiado tiempo sin vernos.

Y pasaría mucho más tiempo antes de que volviera a verme, gracias a Dios; pero me abstuve de comentar eso en voz alta.

—Dime, ¿qué te pasa? —Conociendo a Silvio, tenía un motivo para llamar. No me caía mal, pero como muchos de los que formaban parte de mi negocio, era egocéntrico. Me había acostumbrado a ello, pero esa era una de las razones por las que tenía pocos amigos en esa industria.

—Oh, solo quería hablar contigo sobre una idea que me ha surgido para una recaudación de fondos.

Y con eso, se lanzó a soltarme un discurso sobre una gala de recaudación de fondos en la que reuniría a varios modelos de renombre para subastar sus fotos. Los beneficios irían a parar por

completo a un hospital infantil, pero sabía que el evento no era tan filantrópico como sonaba. Silvio hacía algo parecido todos los años para promocionar su marca. De alguna forma tenía que compensar las fotos que habían distribuido los paparazzi, en donde salía en una de las múltiples fiestas privadas alimentadas por cocaína que celebraba en su casa el resto del año. Hasta el momento, parecía que la estrategia le estaba funcionando.

Cuando terminó con su perorata, dijo:

—¿Puedo contar contigo, *caro*?

Inspiré profundamente y me armé de valor.

—Esta vez no, *querido*.

Se quedó en silencio por un segundo.

—¿Por qué no? —preguntó, en un tono que dejó patente que le debía una explicación.

No lo hacía, por supuesto, pero Señor, odiaba los enfrentamientos y lo último que quería era decirle que estaba intentando abandonar el oficio. Una vez lo hiciera, la noticia estaría en todos los periódicos y las revistas del mundo. Silvio era el mayor cotilla del planeta.

—Tengo otros compromisos esa semana. —Tuve que morderme la lengua para no añadir una disculpa. Era una reacción natural para mí, siempre disculpándome por no poder hacer algo, pero debería dejar de hacerlo. Tomás llevaba toda la vida intentando enseñarme eso.

—¿No puedes reprogramarlo? —Ahora directamente estaba gimoteando.

—Me temo que no. A lo mejor, la próxima vez. Buena suerte con la organización de la gala. Eres un amor por hacer esto. Nadie se preocupa tanto como tú por esos pequeños, querido. —Besarle el culo era una estrategia que siempre me había asegurado el éxito, y esta vez, también funcionó, así que cuando nos despedimos estaba en cierto modo apaciguado.

Cuando colgué, me giré y me encontré frente a frente con Cas, que estaba de pie, observándome desde la puerta, sosteniendo su bolsa del almuerzo.

Se ruborizó.

—No era mi intención escuchar tu conversación. He venido para tomar un aperitivo.

Me encogí de hombros.

—No me importa. Si hubiese sido algo privado me habría asegurado de que no pudieras oírme. Era Silvio Toromino. ¿Le conoces?

Cas resopló y se sentó en una de las sillas plegables que usábamos en los descansos.

—Todo el mundo le conoce. Es casi tan famoso como tu hermano y tú. Y también lo es su pene, por cierto. Ese hombre tiene más vídeos porno online que la mayoría de celebridades del *OnlyFans*.

Estallé de risa

—Dios, sí. Y ni siquiera son buenos. Es muy exagerado.

Cas me tendió una pequeña bolsa marrón que contenía mi almuerzo. En algún momento, había empezado a traerme comida todos los días. Deliciosos sándwiches rellenos, una manzana, algo para beber y algún tipo de exquisito bollo de Brianna.

—Sí, actúa de forma pésima —dijo—. Y el modo en el que gime acaba con mi erección. No lo digo a coña. Pretende ser ese tipo de pasivo dominante, pero fracasa en el intento.

No pude rebatírselo; lo había descrito a la perfección. Gracias a Dios que nunca había cometido el error de acostarme con Silvio.

—De igual forma, me llamaba para pedirme que asistiera a su gala, pero le he dicho que no.

La sonrisa de Cas se desvaneció.

—¿Por qué?

—Porque quiero reducir la marcha y concentrarme en construir mi vida aquí. No voy a

aceptar más trabajos a menos que me paguen realmente bien, y hacer obras de caridad con el único propósito de impulsar el ego y la reputación de Silvio, no encaja en esa descripción.

Cas se rascó la barbilla.

—¿No tienes miedo de aburrirte? Quiero decir, la vida que llevabas era tan... plena, tan interesante, con todos esos viajes y fiestas, siempre conociendo a gente nueva y todo eso. Parece un enorme cambio en comparación a la vida en Forestville.

Sonreí.

—Sé cómo es la vida en esta ciudad. Me crie aquí, ¿recuerdas? Pero quiero parar un poco y echar raíces. Puede que mi vida suene excitante, pero también era agotadora y vacía. Me he divertido más en las últimas tres semanas que en los últimos tres años de mi vida, si no más.

Cas comenzó a masticar su sándwich.

—Espero que sigas sintiéndote así a la larga. —Hizo una pausa—. Bueno, si no, siempre puedes vender la casa. Con todas las reformas que estás haciendo recuperarás fácilmente tu dinero.

¿Vender la casa? Ni siquiera me había mudado a ella aún. ¿Tan poca fe tenía en que sabía lo que quería para mi vida? ¿O es que pensaba que no sería capaz de organizarme por mi cuenta, que no podría ser el propietario de un hogar y todo lo que conllevaba? Nunca antes había mostrado esa falta de confianza en mí, y no pude negar que escoció.

—Es bueno saberlo —dije, esforzándome por mantener el dolor a raya para que no permeara en mi voz—. ¿Qué tal lo está llevando tu hermana? —Tendría que perdonarme por el drástico cambio de tema, pero si seguía hablando de las posibilidades de vender esa casa, perdería los estribos.

Tras unos segundos en los que pareció desconcertado, se aclaró la garganta.

—No ha habido muchos cambios. Está mejorando físicamente, pero no sé si puedo decir lo mismo de la parte emocional.

Me dijo lo que había pasado y mi corazón se rompió por ella. Pocas cosas eran más despreciables que alzar la mano contra tu pareja, y tenía que aplaudirla por no haberle dado una segunda oportunidad. Teniendo en cuenta la gravedad de sus heridas, la había dado una buena paliza. Cualquiera que hiciese eso a su novia no se merecía el perdón.

—No puedo hablar por experiencia, pero imagino que se necesita tiempo para superar una cosa así.

Cas suspiró.

—Eso es lo que me ha dicho Fir. La buena noticia es que parece que Sam y Jess se han hecho amigas, así que está eso. Les vendrá bien a ambas.

—Me alegro. Los lazos entre las mujeres son fuertes y misteriosos, o eso me han dicho.

Cas rio suavemente.

—Sí, no es coña. Ya se pasan la mitad del tiempo hablando en código; pero no me importa. Me alegro de que se hayan encontrado la una a la otra.

Me terminé el sándwich y me estiré. Mi espalda crujió y suspiré de alivio.

—Vaya, ese ha sido uno bueno —dije.

—¿Estás seguro de que no estás haciendo demasiado?

Le dediqué una sonrisa, esperando que fuese tranquilizadora.

—Puedo con ello.

—A lo mejor, debería encontrar otra cosa para ti. Estar de rodillas tanto tiempo no es bueno.

A menos que me arrodillase para él, pero decidí no decirle eso. Aún no estaba seguro de cómo habíamos sobrevivido a esa primera semana sin lanzarnos el uno al otro, pero de alguna

forma, nos las habíamos apañado, aunque la tensión sexual era tan intensa que habría podido cortarla con un cuchillo.

—No me importa estar de rodillas —dije.

Los ojos de Cas se oscurecieron y tragó.

—Esa es mi señal para irme.

—Cas...

Casi saltó de la silla.

—*Nop*, me voy. Ahora. No puedo arriesgarme a ver esa mirada de cachorro.

Sonreí al ver cómo huía de la habitación. Saber que mi presencia le afectaba tanto como a mí la suya era un consuelo. Uno pequeño, pero consuelo de igual forma. Al menos, ambos estábamos sufriendo.

Espera.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? Una vez Cas terminara con mi casa, no habría nada que nos impidiera liarnos de nuevo, ¿no? Lo único que teníamos que hacer era follar unas cuantas veces, sacárnoslo del sistema y luego, volver a ser amigos. Nunca funcionaríamos a largo plazo; no, con nuestra diferencia de edad, pero eso no significaba que no pudiésemos divertirnos un rato. Unas cuantas semanas más y luego, podríamos dejar de luchar contra ello.

Silbando, volví al trabajo.

Aún no estaba seguro de cómo había pasado, pero a primera hora de la mañana del sábado me encontré a mí mismo en mi camioneta, con Tiago sorbiendo felizmente su café a mi lado, dirigiéndome a Ikea.

Cuando Tiago mencionó que había llegado el momento de ir a comprar muebles, me había mostrado efusivamente de acuerdo. Después de todo, estaba avanzando significativamente con la renovación y no pasaría mucho tiempo antes de que pudiese mudarse a vivir allí. Pero de alguna forma, Tiago había interpretado mi reacción de una manera completamente distinta, pensando que estaba accediendo a acompañarlo, y no había tenido el valor para rechazarlo.

Al menos, eso es lo que me repetí a mí mismo unas horas antes, mientras sacaba mi culo del sofá y me arrastraba a la camioneta, al alba. Un sábado por la mañana, por el amor de Dios, el único día de la semana que me permitía a mí mismo dormir hasta tarde. Pero claramente, hoy no. Las cosas que hacía por mis amigos. Tiago era jodidamente afortunado por caerme tan bien.

Me aclaré la garganta.

—¿Has hecho una lista con todo lo que necesitas y las cosas que quieres buscar?

—*Sip*. Incluso he pedido consejo a varias personas.

—¿Y te han dicho que vayas a Ikea? Sabes que los muebles vienen sin montar, ¿verdad? Que tienes que montarlos tú mismo.

Me lanzó una descarada sonrisa.

—Supuse que tú me ayudarías con eso. Te pagaría, por supuesto.

—Montar muebles de Ikea en equipo es la muerte de cualquier relación. No es que tengamos una relación —añadí antes de que Tiago sacara conclusiones equivocadas—. Bueno, somos amigos, y supongo que eso cuenta como una relación, pero no es una relación real. No es que la amistad no sea real, o que nuestra amistad no sea real, pero... —Tiago comenzó a reír e inspiré profundamente—. Ya me callo.

—Tus divagaciones son adorables.

Adorable. Justo el cumplido que todo fornido hombre gay quería oír. Aunque no era culpa de Tiago. En ocasiones, seguía balbuceando las cosas más extrañas cuando estaba a su lado, y no podía cabrearme con él por pensar que eso era encantador. Por alguna razón, mi cerebro no se encendía del todo cuando él estaba cerca.

—Lo que estaba intentando decir es que montar esos muebles no es tan fácil como parece. Sus manuales son célebremente pobres, y muestran solo los dibujos, no palabras reales. —Tiago

no respondió, y cuando lo miré de soslayo su rostro se había tensado. ¿Qué había dicho? Mierda. Me invadió la vergüenza. No había tenido intención de decir que los dibujos eran algo inferior a las palabras, pero eso es lo que había parecido, ¿no?—. Lo siento. Ha sonado mal, pero no quería decir eso.

Tiago tragó.

—No te preocupes. Soy demasiado sensible en lo que se refiere a mi dislexia.

Apoyé una mano sobre su rodilla.

—No, no lo eres. Ha sido desconsiderado por mi parte y lo siento.

—Sé que no lo has dicho a mala idea. Nunca me harías daño a propósito.

Su confianza en mí me enterneció. Al menos, Tiago sabía que mis palabras no habían sido intencionadamente crueles.

—Gracias.

—Pero esa no es la razón por la que he elegido Ikea. Me gusta su estilo, y no hay muchas tiendas de muebles estadounidenses que ofrezcan opciones similares. Llevo mirando cosas online desde que me compré la casa. He visto muchísimos muebles y la mayoría tiende a parecerse demasiado a los de la generación de mis padres, que me parecen anticuados y sofocantes.

Asentí.

—La tienda estándar de muebles estadounidenses, definitivamente, tiene un estilo muy conservador. Puedo entender la atracción de Ikea. Solo que el montarlos es un trabajo de mierda, especialmente si vas a comprar tantos como tienes pensado hacer tú.

Tiago frunció los labios.

—No había pensado en eso. ¿Debería reconsiderarlo? O a lo mejor, puedo contratar a alguien para que los monte. De esa forma, no tendrías que preocuparte por ello y podríamos continuar con la renovación.

Debería haber aceptado esa oferta al instante, y sin embargo, me encontré a mí mismo reticente a hacerlo. Lo curioso es que nunca había sido un fanático de montar muebles, y eso era decirlo suavemente. Cuando Jess se mudó a su casa nueva, compró la mayoría de las cosas en el gigante sueco y nos pasamos un fin de semana entero descifrando los dibujos e intentando resolver cómo encajar los tornillos en agujeros que no parecían lo suficientemente grandes para ellos. Las copiosas cantidades de alcohol que consumimos mientras trabajábamos no ayudaron mucho. Al final, nos las arreglamos, y para ser sincero, en retrospectiva, nos divertimos bastante.

—No, puedo hacerlo. No me hagas caso. Estoy un poco gruñón. Es demasiado temprano para ser un sábado.

Tiago hizo una mueca de horror.

—Mierda, ni siquiera pensé que a lo mejor querrías dormir. Deberías haberme dicho algo. Siempre me levanto muy temprano, así que no se me ocurrió que no fueras a madrugar.

Fue dulce. Y considerado. No muchos de los hombres que conocía eran así, y era una experiencia agradable.

—Si hubiese tenido algún problema, te lo habría dicho, confía en mí. Puedo decirte que no, a pesar de la escasa evidencia que haya de ello.

Tiago rio, y el jovial y exuberante sonido se asentó en mis tripas. Adoraba su voz. Nunca había imaginado que la voz de alguien pudiera ser tan sexy, algo que me excitara, pero con Tiago, no podía llegar a otra conclusión. La forma en la que hablaba, cómo se agravaba su voz cuando susurraba, el profundo y rico sonido de su risa. Señor, me golpeó como un gancho. Era ridículo empalmarse por una risa, ¿no? Y sin embargo, ahí estaba.

Había llegado el momento de cambiar de tema.

—Así que... Dime lo que estás buscando.

Tiago se sumergió en una explicación sobre su visión de la casa, y le pregunté hasta que me hice una idea general de lo que quería. Eso me facilitaría las cosas a la hora de aconsejarle mientras comprábamos.

Ya había descubierto que le cansaba tomar decisiones. Desde que había aprendido el concepto de «fatiga de decisión» en un programa de la tele, había empezado a entender con más nitidez lo difícil que era para ciertas personas el tomar muchas decisiones en un corto espacio de tiempo.

Tiago había tenido que elegir colores, azulejos, suelos, materiales, sin mencionar el mobiliario. Las primeras decisiones siempre eran sencillas, pero cuantas más tuviera que tomar, más difícil sería el proceso, así que quería ayudarlo tanto como fuera posible.

El tráfico siempre era un problema en Seattle, y tardamos casi dos horas en llegar al Ikea — otra razón por la que me alegraba de haber abandonado la ciudad—. Encontré una plaza de aparcamiento que nos permitiría cargar con facilidad lo que quiera que fuéramos a comprar, y luego, pusimos rumbo a la entrada. Habíamos salido lo suficientemente temprano como para que el recinto aún estuviese tranquilo, pero eso cambiaría pronto, sobre todo teniendo en cuenta que era fin de semana.

No venía a menudo, pero cuando lo hacía, siempre me impresionaba la forma tan ingeniosa en la que habían montado sus tiendas. Los salones, por ejemplo, no solo mostraban lo bien que combinaban las diferentes series decorativas, sino que también acentuaban todo tipo de detalles como alfombras, lámparas y pequeños ornamentos. Era publicidad inteligente, y una de las principales razones por las que la gente terminaba comprando mucho más de lo que tenía intención, siendo Jess un perfecto ejemplo de ello.

—¿Qué te parece este sofá? —Tiago señaló un sofá gris oscuro con los brazos redondeados y un faldón.

—Es un modelo clásico de Ikea, y en sí mismo, no hay nada de malo con él. Pero no estoy seguro de cómo encajará en el ambiente que tienes en mente. Creo que te vendría mejor un sofá con líneas más rectas. Y de un color distinto.

Tiago asintió.

—Bien visto. Me gusta este gris, pero no quedaría bien con el suelo, ¿verdad?

—Eso dependerá del color que elijas para las paredes, pero no, no sería mi primera elección.

—Entonces, ¿qué buscarías tú?

—Algo como eso funcionaría bien. —Señalé un enorme sofá rinconero que parecía cómodo y tenía líneas rectas—. Tu salón es enorme y tienes más que suficiente espacio para poner un sofá grande. Uno pequeño parecerá diminuto.

—No había pensado en eso, pero tienes razón. ¿Qué color iría bien?

—Bueno, aún no has decidido tu paleta de colores, y eso juega un papel importante en todo esto. Si quieres decantarte por un ambiente setentero, podrías buscar uno verde oscuro. Es diferente, y resaltará. El azul sería la opción más convencional. Es clásico y quedaría bien con el suelo.

Tiago se rascó la barba.

—Con un sofá verde oscuro, ¿qué color debería poner en las paredes?

—Cualquier cosa; desde blanco hasta crema, pasando por un amarillo pálido o un verde. Incluso podrías empapelar una de las paredes con algo curioso.

—¿Empapelar? Ni siquiera sabía que eso era una opción.

Saqué el móvil y navegué hasta una tienda online en la que había comprado un extraño papel

decorativo para uno de mis antiguos clientes. Marqué la casilla de patrones en tonos verde y luego, alcé el teléfono hacia Tiago.

—¿Ves? Tienen un montón de opciones con varias tonalidades de verde, desde las cosas más sutiles hasta aquellas que inmediatamente llamarían la atención. Un patrón geométrico podría funcionar, pero también tienen otros con hojas o temas florales. Cualquiera de ellos encajaría en tu casa. Las posibilidades son infinitas.

—¿No será demasiado? Parece... recargado.

—Esa es la razón por la que tendrás que elegir la pared más pequeña y hacerlo solo ahí. El resto de las paredes irían pintadas de alguno de los tonos que aparezcan en el papel. De esa forma, puedes crear una imagen armoniosa.

Me miró, evaluándose.

—Sabes mucho de diseño de interiores.

Su cumplido me conmovió.

—He tenido que aprender, dado que mis clientes, habitualmente, esperan que les dé mi opinión sobre las opciones que tienen y lo que funcionaría para ellos. Cuando empecé, me enfoqué exclusivamente en los aspectos técnicos de mi trabajo, pero luego descubrí que también necesitaba educarme en las cosas que no eran parte de mi descripción laboral propiamente dicha. Cuando los clientes me preguntan si deberían poner papel o azulejos en una pared, por ejemplo, quiero tener una opinión informada, basada en hechos, para ofrecerles el mejor consejo.

—Ciertamente, a mí me estás ayudando. Y me gusta lo del papel, así que ¿me ayudarás a elegir uno?

—Absolutamente. ¿Tienes alguna idea de por qué colores te quieres decantar?

Se mordió el labio.

—Me gustaría decir verde, pero ¿no será muy aburrido, teniendo en cuenta el bosque que rodea mi casa?

—Tu casa nunca podrá ser aburrida; no, con esas vistas. Me gusta la idea del verde. Encaja con el diseño de la casa y el ambiente setentero que quieres. Siempre y cuando no te pases, quedará alucinante y fresco.

Los labios de Tiago se curvaron en una cegadora sonrisa.

—Verde, entonces.

Ahora que ya había decidido un color, la elección del mobiliario fue muchísimo más sencilla. Para cuando llegó la hora del almuerzo, ya había seleccionado un sofá rinconero masivo, dos mesitas de café, algunas mesitas auxiliares, dos sillones y unas vitrinas que exclamaban años setenta. Y eso fue solo para el salón. Aún teníamos que encontrar muebles para todas y cada una de las habitaciones de la casa.

—Tenemos gustos parecidos —le dije mientras comíamos un enorme plato de albóndigas. ¿Por qué esas cosas estaban tan jodidamente ricas? Especialmente, con la salsa de arándanos—. Muchos de los muebles que has elegido los habría escogido para mí mismo.

Él inclinó la cabeza a un lado.

—Pero el estilo de tu casa es completamente distinto.

Mastiqué rápidamente y tragué.

—Sí, porque es demasiado pequeña. No puedo poner nada grande ahí. Parecería una casita de muñecas.

—Es perfecta para una persona. Aunque ahora puede que sea un poco agobiante porque está tu hermana.

—Sí, nunca la compré con la intención de compartirla con alguien que no durmiese en la

misma cama que yo. —Una punzada de dolor me atravesó. Cuando compré la casa, aún estaba saliendo con Jonas, y había sido lo suficientemente estúpido como para pensar que se mudaría conmigo. Señor, tan estúpido.

—¿Qué pasó? —preguntó suavemente Tiago.

—¿A qué te refieres?

Hizo un gesto hacia mí.

—Tu cara. Pareces dolido. ¿Un mal recuerdo?

Bien podría decírselo. A lo mejor, le ayudaría a entender el porqué no estaba convencido de que fuera a gustarle vivir en Forestville a largo plazo.

—Cuando compré la casa tenía novio. Jonas. Llevábamos más de un año juntos y yo ya estaba preparado para dar el siguiente paso. Creció en Creek Valley, así que supuse que apreciaría la vida en una ciudad pequeña tanto como yo, y esperaba que se mudara conmigo. No le dije nada sobre mi intención de comprar la casa por miedo a asustarle, pero pensé que, una vez comenzara a vivir ahí, se iría acostumbrando a la idea y a lo mejor, se atrevería a dar el siguiente paso.

—¿No funcionó así?

Suspiré largamente.

—No. En lugar de mudarse conmigo, me dejó.

Tiago hizo una mueca de dolor.

—¿Por qué? ¿Se enfadó porque te compraste una casa sin él?

—*Nah*, resultó que había estado engañándome desde que empezamos. Me decía que tenía un viaje de trabajo, pero en realidad estaba follándose a otros a mis espaldas. Se moría por salir de Creek Valley y era incapaz de entender el porqué yo quería quedarme aquí. —Tragué para aliviar la tensión que se había acumulado en mi garganta—. Y luego, me llamó aburrido y predecible, y me dijo que era un anciano de veinticinco años. Así que no, no son buenos recuerdos.

Tiago apoyó una mano sobre la mía, y ese simple contacto me erizó la piel e hizo hervir mi sangre.

—Estaba equivocado.

—¿Por ponerme los cuernos? Sí, eso nunca está bien.

—Estoy de acuerdo, pero no me refería a eso. No eres aburrido ni predecible, ni siquiera te acercas.

Bajé la mirada.

—No puedes negar que hay una pizca de verdad en ello. Jonas quería salir todos los fines de semana, ir a los bares de Seattle a beber y a bailar, pero yo siempre estaba agotado tras una semana entera de trabajo duro y quería quedarme en casa. ¿Cómo puede no ser aburrido eso?

—No querer salir de fiesta todos los fines de semana no te convierte en una persona aburrida. Significa que tienes otras prioridades. ¿Por qué eso sería aburrido? Hay muchísima gente que está contenta quedándose en casa el fin de semana.

Bueno, ese era un buen argumento. Siempre había pensado que era la excepción, el único hombre gay casero, pero eso no tenía por qué ser cierto, ¿no?

—Siempre he tenido la sensación de que soy el único que no encaja.

Tiago se encogió de hombros.

—Yo tampoco soy muy de fiestas. Nunca lo he sido. Ni Tomás. Atendemos a ellas porque es parte de nuestro trabajo, pero si pudiéramos elegir, preferiríamos estar en casa a las diez, tirados en el sofá, viendo una buena peli.

—Tenía la impresión de que los modelos hacían poco más que irse de fiesta entre sesiones

fotográficas. Quiero decir, mira el Instagram de Silvio. No es nada sino divertido.

—Claro, pero él no nos representa a todos. Piensa en los últimos diez años. ¿Cuántas veces has visto fotos de mi hermano o mías en fiestas, más allá de aquellas relacionadas con las marcas que estábamos promocionando?

Ah. No había visto ninguna. No es que siguiera mucho las redes sociales, pero siempre intentaba mantenerme al día de las noticias; lo suficiente como para saber que no tenían la misma reputación que Silvio. A lo mejor, me había confundido con Tiago. A lo mejor, era tan casero como yo. Esa idea me hizo extrañamente feliz.

—Bueno, entonces, brindemos por la gente predecible y aburrida. —Alcé mi vaso de agua.

Tiago rio y me imitó.

—¡Por los predecibles y aburridos!

Reí.

Mantenerme informado del parte meteorológico se había convertido en una segunda naturaleza para mí. Necesitaba saber si debía contar con alguna interrupción añadida para gestionar los plazos de la obra que estuviese haciendo en el momento. Había viajado a lo largo de toda la región por trabajo, y con una media de precipitaciones de dos metros de nieve al año, era crucial saber si la circulación por las carreteras sería segura. Llevaba días monitoreando el desarrollo de una tormenta, y ahora, el pronóstico confirmaba que la primera nevada de la temporada nos golpearía en breve.

El rango de precipitaciones era muy diverso según la zona, pero todo el mundo parecía estar de acuerdo en que, como mínimo, se acumularían más de treinta centímetros de nieve. Eso no era moco de pavo, y haría que la conducción fuese arriesgada, especialmente por la carretera que había que coger para subir a la casa de Tiago. Esa era la parte negativa de la ubicación de su casa, aunque tenía aspectos positivos más que suficientes para compensarla.

—Mañana, a última hora, esperamos nieve —dije a Tiago durante el almuerzo.

Estábamos sentados en uno de los dormitorios extra porque habíamos vaciado el salón para que pudiese empezar con el suelo. Había llevado unos sándwiches, y como siempre, Tiago los estaba devorando con deleite, desvariando sobre lo impresionante que estaba el pan holandés de Brianna.

—Vaya, ¿cuánto?

—Al menos treinta centímetros.

Silbó entredientes.

—Joder, poca broma. —Luego, frunció el ceño—. Por casualidad, ¿no sabrás si la carretera de Bear Creek está incluida en el servicio de limpieza de la ciudad, verdad?

—Lo está, pero puede que las quitanieve tarden un rato en llegar hasta aquí arriba. No es una prioridad. El doctor Everett solía hacerlo él mismo o convencía a alguno de sus hijos. Habían instalado una pala en sus camionetas.

—A lo mejor, debería conseguir una pala para la mía.

No era una mala idea. Tiago estaba mejorando en eso de circular con su vehículo, aunque aún no era lo suficientemente diestro.

—Yo esperaré a coger un poco más de confianza con la camioneta. Quitar nieve es todo un arte, confía en mí.

—¿Tú tienes una pala?

Asentí.

—Ya la he limpiado y aceitado, y está preparada para su uso. La instalaré esta noche y la dejaré puesta hasta que acabe la temporada. Nunca sabes cuándo podría serte útil. En estos últimos años, he tenido que limpiar más de una carretera para algún turista desprevenido que se había quedado atrapado.

—Pero no quiero pedirte que quites la nieve por mí. Eso es un montón de trabajo extra.

—No me importa, pero tendré que hacer varias pasadas durante la tormenta porque mi camioneta no pesa lo suficiente como para cargar con grandes cantidades. Está pensada para limpiar pequeños tramos, como los caminos de acceso a las casas. Las quitanieve de la ciudad son mucho más grandes y pesadas, y pueden apartar treinta centímetros a un lado rápido y con facilidad.

—De acuerdo, eso tiene sentido. Así que supongo que mañana te irás temprano, entonces.

Esa era la solución más sensata, pero significaría perder dos días de trabajo, si no más. En sí mismo, no era un gran problema, pero odiaba los retrasos en la agenda que me había marcado para la casa de Tiago porque aún tenía mucho que hacer. Él no se quejaría, de eso estaba seguro, pero quería que fuese capaz de mudarse allí tan pronto como fuera posible. El servicio de reparto de Ikea le llevaría los muebles a finales de esa semana, y estaría bien que pudiera empezar a montarlos.

Además, si era sincero conmigo mismo, la idea de pasar dos días encerrado en mi casa con Sam tampoco me resultaba atractiva. No nos peleábamos, pero ocasionalmente se notaba la tensión. No era de extrañar. No nos habíamos visto demasiado en los últimos años y ahora estábamos casi pegados todo el día. Preferiría quedarme ahí, donde al menos, podría hacer algo útil.

Me aclaré la garganta.

—Podría traer algo de ropa mañana y pasar aquí la noche. O dos, más probablemente. Solo hasta que limpien la carretera. De esa forma, puedo seguir trabajando.

El rostro de Tiago se iluminó.

—¿Estarías dispuesto a hacer eso? Sería increíble.

—¿Sí? ¿No te importa? Tú también tendrás que quedarte aquí. Es imposible que vayas a poder subir y bajar del albergue en mitad de una tormenta de nieve.

—No me importa en absoluto. De hecho... —Me miró un tanto avergonzado—. Me encantaría tenerte aquí. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve que capear una tormenta de nieve y no me siento cómodo estando yo solo; no, con este tiempo. Tenerte conmigo me relajaría bastante.

Mi pobre corazón. Cada vez que Tiago desplegaba esa vulnerabilidad de forma tan natural, me golpeaba profundamente. Nunca había conocido a un hombre que fuese tan abierto sobre sus inseguridades, como si no le importara que los demás lo percibieran como débil. Le admiraba y le respetaba enormemente por ello.

—Entonces, está decidido. Prepararé una bolsa y me quedaré aquí hasta que sea seguro volver a coger la carretera.

—Gracias. —Frunció el ceño—. Pero ¿dónde vamos a dormir?

—Tengo unas colchonetas de aire y unos sacos de dormir. Podemos instalarlos en tu dormitorio, que ya está terminado. Confía en mí, he dormido en sitios mucho peores. Estaremos bien.

—Bueno. Eso debería funcionar. —Si Tiago había advertido que acababa de sugerir que durmiéramos en la misma habitación, no comentó nada—. ¿Cuándo has dicho que empezará a

nevar?

—Las predicciones dicen que la tormenta comenzará a las tres de la tarde de mañana, así que tendré suficiente tiempo para empaquetar todo por la mañana y subir hasta aquí.

—Mmm, de acuerdo. Yo me encargaré de comprar la comida, entonces. Quiero asegurarme de que tenemos suficiente para unos días.

—Muy sabio.

Sonrió de par en par.

—Será mejor que llame a Brianna y le haga un pedido. Puede que se le agoten las existencias, con todo el mundo acumulando alimentos, y entonces, ¿qué pasaría contigo?

Reí.

—Puede que no sea mala idea. A estas alturas, soy una especie de adicto a sus bollos.

—No me digas. Estoy seguro de que hornea de más para hacer frente a tu botín semanal.

—Oye, eso no es justo. Te comes la mitad de lo que compro, ¿de acuerdo?

Alzó las manos.

—No exactamente la mitad, pero no me quejo. Deja por los suelos cualquier cosa que pueda hacer yo.

Me había terminado el sándwich y me limpié las manos con una toallita de bebé. La gente se reía a veces cuando me veía con el enorme paquete de toallitas, pero eran perfectas para limpiarse rápidamente cuando no tenías otra forma de lavarte las manos.

—No sabes cocinar, ¿verdad? Recuerdo que tu hermano comentó algo de eso. —Había sido un capullo por decir algo así, pero omití ese comentario.

—Nunca aprendí. A mi madre le encanta cocinar, así que siempre había muchísima comida casera en casa y lo disfrutaba. Pero Tomás y yo nunca aprendimos a hacer nada. Y según nos mudamos, nos convertimos en modelos y empezamos a viajar por el mundo. A partir de ahí, de alguna forma, nos acostumbramos a comer fuera o a pedir a domicilio.

—¿Te gustaría aprender?

Vaciló.

—No estoy seguro de si puedo. Marnin me dijo que había otras maneras de aprender más allá de los libros, y tiene razón, pero aun así necesitaría leer las cantidades, y los ingredientes, y todo eso. Parece complicado, ¿sabes?

—Puedo enseñarte —Las palabras salieron de mis labios antes de que me diese cuenta, pero la mirada conmocionada de Tiago me hizo continuar—. De esa forma, puedes ver si te gusta y al menos, aprendes algunas habilidades básicas para que puedas hacerte algo sencillo.

Tiago abrió la boca y luego la cerró.

—Eso es muy amable por tu parte, pero... —Se encogió de hombros en señal de derrota—. Realmente, no estoy seguro de si puedo aprender.

—¿Por qué no?

Tiago evitó mi mirada y suspiró profundamente.

—Al final de nuestro primer año de instituto, Tomás y yo salimos en el *Seattle Times*. El periódico estaba escribiendo un artículo sobre los equipos deportivos más exitosos de los pequeños colegios y vinieron a Forestville. Tomás y yo estábamos en el equipo de baloncesto, y usaron una foto nuestra, vestidos con nuestros uniformes, sonriendo. Unos días más tarde, mis padres recibieron una llamada de un buscador de talentos que nos había visto y quería saber si estábamos interesados en el modelaje.

Ah, así que así era como habían empezado. Me lo había preguntado alguna vez.

—Al principio, mis padres estaban recelosos —siguió Tiago—, pero Tomás quería intentarlo,

así que volamos hasta Los Ángeles para una sesión de prueba con esa agencia de modelos. Nuestras fotos resultaron tan buenas que nos ofrecieron un contrato. Nuestros padres nos apoyaron con la condición de que limitáramos las sesiones durante nuestro último año y nos graduáramos como teníamos planeado. Tras eso, podríamos hacer lo que quisiéramos. Cuando terminamos el instituto, Tomás quiso firmar de inmediato, pero yo no estaba muy seguro, así que hablé con un orientador vocacional. —Su rostro se tensó y el dolor comenzó a radiar de él—. El orientador me dijo que lo mejor para mí sería que aceptase el trato sin dudarlo, porque estaba jodidamente seguro de que no era carne de universidad y el modelaje sería la única forma en la que podría ganar dinero.

—Vaya... —susurré. Ese debía haber sido un golpe devastador.

—Sabía que tenía más dificultades que el resto en el colegio, y los profesores solían hacerme los exámenes orales porque tenía muchos problemas para leer, pero hasta ese momento, no me había dado verdadera cuenta de que... —Tragó—. No había calado en mi cerebro que si no aceptaba ese trato, Tomás sería capaz de ir a la universidad, pero yo no. Y el orientador me dejó cristalino que no había muchos trabajos que se pudieran ejercer cuando no puedes leer. Lo único que me recomendó fue algún tipo de módulo, como fontanería o cosas así. Y no hay nada de malo con ellos, pero... —Alzó la mirada hacia mí—. Me sentí tan estúpido... tan imbécil por no haberme dado cuenta de que, en realidad, no tenía muchas más opciones aparte de aceptar ese trato. El orientador me dijo que debería considerarme afortunado, porque con esa oferta me había tocado la lotería, y que era más afortunado aún por tener a Tomás cuidando de mí, porque jamás podría conseguir nada por mí mismo.

Dios, eso explicaba muchas cosas. La ira me invadió al pensar en la falta de tacto de ese hombre. La crudeza de sus palabras había destruido de forma muy efectiva la confianza de Tiago. Cualquiera que hubiese sido su motivación —tal vez, pensó que una dosis de realismo estaba en orden— había sido innecesariamente cruel con un chico de dieciocho años y había dejado cicatrices profundas. Y ahí estaba Tiago, treinta años más tarde, aún aterrorizado de intentar algo nuevo porque no se creía lo suficientemente inteligente. Mi corazón se rompía por él.

—¿Tu hermano piensa lo mismo? —Odiaba tener que preguntar eso, pero teniendo en cuenta la tensión que había sentido entre ellos, tenía que hacerlo.

—No lo sé. —Tiago se limpió la humedad de los ojos—. Nunca he tenido los cojones de preguntarle. Estoy aterrado de que me diga lo mismo que el orientador. Me quiere, eso lo sé, y ha cuidado muy bien de mí todos estos años, asegurándose de que nadie se aprovechaba de mi condición.

Tenía que hilar fino aquí, pero necesitaba decir lo que yacía en mi corazón. Aunque cogería la ruta más larga y empezaría por mostrarme tan vulnerable como él.

—¿Sabes? Yo no me considero inteligente en absoluto. Nunca fui a la universidad, no soy un fanático de la lectura y siempre me cuesta un tiempo aprender nueva información.

Tiago frunció el ceño.

—Pero sabes mucho sobre construcción, y decoración, y cómo funciona todo eso.

—Claro, pero la mayor parte de lo que hago lo he aprendido trabajando. Por supuesto, he usado algunos manuales y busco las cosas si no estoy completamente seguro de cómo se hacen, pero todo lo demás es ensayo y error. Ahora, Jess, es un cerebritito. Cuando quiero asegurarme de que he entendido algo correctamente, la pregunto a ella. Puede leer los textos más complicados en minutos y darme un resumen claro.

—Vaya, desearía poder hacer eso.

Le miré con firmeza.

—Jess no puede cocinar una mierda y tiene dos manos izquierdas. Cada vez que necesita hacer algo tan simple como colgar un cuadro, me llama. Cocino para ella de forma regular, y ella me hace los impuestos porque el papeleo se ha vuelto demasiado complicado para mí. Somos un equipo.

—Como Tomás y yo.

Y ahí era donde las cosas se ponían delicadas.

—Sí y no. Nosotros intercambiamos talentos, por así decirlo, pero nuestra relación es de igualdad. No me siento menos que ella y ella nunca me restriega que es mucho más inteligente que yo en términos de conocimiento.

Un profundo ceño comenzó a marcarse en su frente.

—Y no crees que ese sea el caso entre Tomás y yo.

Inspiré profundamente.

—Puede que me equivoque, pero tengo la sensación de que ambos estáis acostumbrados a unos roles, una dinámica de poder que se ha convertido en un obstáculo para tu crecimiento y tu habilidad para vivir tu propia vida. Quiere protegerte hasta el punto de que le cuesta dejarte tomar tus propias decisiones. Y tú te has acostumbrado tanto a que él lleve las riendas que te aterra cometer un error cuando tienes que tomar una decisión por tu cuenta. —Contuve el aliento. ¿Cómo reaccionaría Tiago a la bomba que le acababa de lanzar?

—Estás diciendo que no es sano —asintió lentamente.

—Hasta cierto punto, sí. Aunque esté basado en amor, puede seguir siendo sofocante.

Se llevó un dedo a la barbilla y comenzó a jugar con su barba.

—Lo que acabas de decir es parecido a lo que Tomás y yo estuvimos hablando justo antes de que se fuera. Le dije que sabía que me quería y apreciaba su preocupación, pero que se había convertido en algo asfixiante.

Vaya, parecía que Tiago ya había llegado a la misma conclusión. Me alegraba no tener que convencerle de ello.

—¿Qué te respondió?

—Se sintió herido, y lo entiendo. Algo en mí ha cambiado, aunque ha sido más un proceso, y ahora tiene que adaptarse al programa, lo que no es fácil. Pero me dijo que lo entendía y que intentaría darme más espacio.

—Os costará algo de tiempo el cambiar esa dinámica.

—Bueno —se encogió de hombros—, tengo tiempo. Y la distancia también debería ayudarnos. Si no está aquí, es mucho más difícil para mí el buscarle y apoyarme en él. En parte es un alivio, pero tengo que admitir que también estoy acojonado. Nunca antes había hecho esto.

Cogí su mano.

—Estoy aquí para lo que quiera que necesites.

Su rostro se iluminó y mi estómago reaccionó como un estúpido.

—Me alegro mucho de que seas mi amigo, Cas.

Amigos. *Sip*, eso es lo que éramos. Amigos.

Maldita sea.

Empezó a nevar a las tres en punto. El cielo llevaba todo el día de un deprimente gris y había experimentado un leve dolor de cabeza por el cambio de presión. Era curioso cómo había olvidado lo que se sentía ante la inminente llegada de la nieve, ese cambio en la atmósfera, y sin embargo, lo reconocí al instante. El ambiente era pesado, preñado de todo lo que caería después.

Había recogido una gran cantidad de delicias de la panadería de Brianna y había pasado por el supermercado. Dado que habíamos decidido pintar los armarios de la cocina en lugar de demolerlo todo, el área aún estaba acondicionada para hacer vida. Teníamos una nevera y podríamos usar el fogón. Aun así, había añadido a mi cesta varias sopas instantáneas y bolsas de ensaladas, que eran lo suficientemente sencillas de hacer, además de huevos, algunos aperitivos y bebidas. Cas tenía intención de terminar de pulir el suelo primero, para evitar que el polvo de la madera se introdujera en el mobiliario que llegaría la próxima semana, y tras un día entero de trabajo, probablemente no tendría mucha energía para cocinar algo muy elaborado.

Paré frente al ventanal del salón y contemplé los enormes copos de nieve que caían a un ritmo constante. Era pura belleza. El bosque pronto parecería un paraíso invernal y tendría que asegurarme de enviar algunas fotos a mis padres.

Cuando se enteraron de que me había comprado una casa aquí, se entusiasmaron más de lo que había esperado, lo que fue una grata sorpresa. Mi padre incluso me confesó que añoraba los inviernos en Forestville, aunque no se arrepentía de haberse mudado a Brasil. Estaban deseando venir a visitarme, y yo no podía esperar a verlos y que se alojaran conmigo. Ya había decidido convertir uno de los dormitorios en una habitación de invitados; para ellos, para Tomás o para quienquiera que quisiese quedarse.

—Es cautivador —dije a Cas, que estaba preparándose para empezar con el suelo.

Se puso en pie y miró por el ventanal con el ceño fruncido.

—No está dando tregua. Tengo la sensación de que tendremos más de treinta centímetros.

¿Más de treinta centímetros de esta nieve? Puede que llevara treinta años sin pisar Forestville, pero eso no significaba que hubiese olvidado lo que implicaba esa frase.

—Una de las cosas que siempre aprecié de vivir en el extranjero es que el tendido eléctrico está soterrado. Marca la diferencia en la frecuencia de los cortes de energía.

—Sí, ese es un problema masivo en el país —dijo Cas—, pero no veo que vaya a cambiar pronto; no, cuando más del noventa y cinco por ciento del tendido está en la superficie. Necesitarían hacer una inversión enorme para soterrar todo eso, y no es una prioridad.

—*Nah*, es mejor dejar que cada uno lidie con los cortes por su cuenta.
¡CRAC!

Cas y yo nos helamos. Joder, mierda. Las luces parpadearon y luego, se fueron, hundiéndonos en la oscuridad. Me cago en todo.

—¿Estabas diciendo? —A Cas pareció divertirle la situación.

—Lo siento. Probablemente, esto ha sido culpa mía por hablar.

Cas rio suavemente, y ese grave sonido fue mil veces más sexy bajo la tenue luz que entraba por el ventanal.

—*Nah*, no creo en esas cosas. Iba a pasar de igual forma.

—Tú también has oído ese «crac», ¿verdad?

—Sí. Parece que se ha roto la rama de un árbol. Ha debido de dar al tendido. Voy a abrigarme un poco y saldré a comprobar qué ha pasado para llamar a alguien en caso de necesitarlo.

—Iré contigo.

—¿Tienes pantalones y botas de nieve? ¿Un abrigo impermeable?

—Eh... ¿No? Quiero decir, tengo el abrigo, pero no el resto. Aún. Creo que debería comprarme de esos, ¿eh?

—Deberías. Salir ahí fuera sin el equipamiento adecuado no es muy inteligente; especialmente, cuando no hay corriente. Si te empapas y coges frío, tendrás serios problemas para volver a entrar en calor, así que ¿por qué no te quedas aquí dentro por ahora? Volveré tan rápido como pueda.

—Gracias.

Cas salió por la puerta embutido en unos pantalones de nieve, unas masivas botas, unos guantes y un gorro de lana. Fiel a su palabra, estuvo de vuelta en minutos.

—Sí, es lo que pensábamos. Uno de los árboles de la derecha del camino de entrada a tu casa ha perdido una rama enorme y ha golpeado el cableado.

—Mierda. Van a tardar un tiempo en arreglar eso, ¿verdad?

—La compañía eléctrica no será capaz de llegar hasta aquí hasta que las carreteras se hayan despejado de alguna forma, lo que podría llevar unas veinticuatro horas, al menos, tal vez más.

Me arrastré una mano por el pelo. Joder, eso no era bueno, nada bueno.

—Así que... ¿ahora qué? Sin luz, ¿cómo vamos a calentar la casa y hacer la comida?

Cas sonrió de par en par.

—Ya había anticipado que algo así podría pasar, así que, esta mañana, metí mi generador de repuesto en la camioneta junto con un par de bidones de gasolina de unos veinte litros para ponerlo en marcha. He almacenado todo en tu garaje. Lo único que tenemos que hacer es sacarlo y encenderlo, y tendremos suficiente energía para cubrir las cosas esenciales. Calentar la casa no debería ser un problema, dado que tienes la chimenea del salón y una enorme reserva de leña seca. Eso será suficiente para mantenernos cálidos.

Cas había pensado en todo y me inundó una mezcla de vergüenza y gratitud. En el pasado, habría sabido cómo prepararme para un temporal como este, pero llevaba demasiado tiempo fuera del país y la posibilidad de un corte eléctrico ni siquiera se me había pasado por la cabeza hasta meros segundos antes.

Me cuadré de hombros.

—¿Puedes enseñarme a hacer eso? Poner en marcha un generador, quiero decir. Necesito conseguirme uno para la siguiente tormenta.

Cas me dedicó una sonrisa.

—Absolutamente.

Le seguí hasta el garaje, guiándonos por la linterna de su móvil, y al llegar abajo, fue directo al cuadro eléctrico. Lo iluminó con el teléfono.

—¿Sabes cuál es el fusible general? —Lo sabía, y se lo señalé—. *Sip*, bien. —Asintió. Luego, lo bajó—. Apágalo siempre que haya un corte de energía, incluso si no vas a conectar un generador.

—¿Por qué?

—Cuando vuelva la luz, lo hará con un pico de potencia que puede llegar a freír los dispositivos electrónicos más sensibles, como el ordenador. Si apagas el general, podrás ir encendiendo los fusibles por zonas, uno a uno, y protegerte de ese pico. También deberíamos considerar el instalar unos protectores de sobretensión. Eso te ayudaría en caso de que haya tormentas eléctricas.

—Ahm, tiene sentido.

—El Doc Everett instaló un circuito independiente para conectar un generador de reserva, lo que es perfecto. Lo único que necesitas hacer es apagar primero el fusible general de la casa, que ya está hecho; luego, apagar todos los demás —bajó los fusibles hasta que todo el cuadro estuvo apagado—, y activar el interruptor que enciende el circuito independiente. —Subió el fusible de reserva—. Una vez el generador esté en marcha y enchufado al circuito, puedes ir encendiendo los fusibles que necesites uno a uno. Puedes dar las gracias a quienquiera que instaló esto; hizo una labor excelente etiquetando adonde pertenece cada fusible. Puedes identificar con exactitud cuál es para qué.

Tenía razón. En la parte interior de la tapa del cuadro eléctrico habían pegado una hoja plastificada con un esquema de todos los fusibles y el lugar al que correspondían. De no ser así, habríamos tenido que jugar a las adivinanzas, dado que los únicos que se diferenciaban sin necesidad de etiquetado eran los de la lavadora, la secadora y el aire acondicionado, que eran dobles.

—¿Cuánto puede soportar el generador?

—Eso depende del tipo de generador. El mío puede hacer funcionar todo, salvo la secadora, la lavadora y, en verano, el aire acondicionado. Esos tres consumen demasiada energía. Y si quieres usar el microondas o el fogón, tendrás que asegurarte de que no tienes ninguna otra cosa encendida. Una vez lo instalemos todo, lo verás. Te lo enseñaré.

Alzó manualmente la puerta del garaje y llevó el generador hasta el borde de la casa. La ubicación era importante, me explicó, porque no querías que los gases entraran a la vivienda. Luego, me mostró paso a paso cómo llenarlo de gasolina y cómo comprobar que todo estaba listo para ponerlo en marcha. Una vez hecho, conectó un grueso cable de alimentación a su base y el generador se encendió. El ruido fue atronador. Cas se alejó hasta uno de los laterales del garaje, y enchufó el cable a una toma de corriente instalada específicamente para él. Eran muchas cosas a recordar, pero no me pareció difícil, aunque tendría que hacerlo unas cuantas veces por mí mismo para asegurarme. Siempre había aprendido mejor haciendo, que viendo o leyendo.

—¿Lo has pillado! —gritó Cas por encima del ensordecedor ruido.

Asentí, y Cas apagó rápidamente el generador. El silencio fue liberador. Joder, esa cosa sí que era escandalosa. Cas desenchufó el cable de la toma y lo desconectó de la base del generador.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué lo has desinstalado?

—Quiero ver cómo lo haces paso a paso. Estoy convencido de que no tendrás problemas con

los fusibles, pero quiero ver cómo lo pones en marcha.

La gratitud me inundó. Señor, el hombre era muy atento. Sabía que no se me daban bien los manuales y quería asegurarse de que había entendido el proceso.

—Gracias.

Inspiré profundamente, sintiendo los nervios. Bien. Primero, verificar el nivel de combustible. Desenrosqué el tapón superior y me asomé por el borde. Comprobado, había suficiente gasolina para empezar. Lo siguiente era revisar el nivel del aceite. Me acuclillé, desenrosqué otro tapón y examiné las marcas de la varilla que tenía adherida. Casi lleno, perfecto. Cas ya lo había comprobado delante de mí —y probablemente, también lo habría mirado antes de sacarlo de su casa—, pero quería demostrarle que había entendido todo el proceso.

De acuerdo, ahora tenía que asegurarme de que el filtro de aire estaba limpio y no había nada cerca del generador. Comprobado. Mover el interruptor a «Encendido». Abrir la llave de paso del combustible. Deslizar el choque a la izquierda. Colocar el cable de alimentación en la base y... El generador rugió a la vida y salté en el sitio. Tras unos segundos, deslicé el choque a la derecha, y el aparato entró en un ritmo estable. Lo había hecho.

Me giré radiante hacia Cas.

—¡Gran trabajo! —gritó, con una enorme sonrisa—. ¿Qué es lo siguiente!

Cogí el grueso cable de alimentación y volví a enchufarlo a la toma de corriente del garaje.

—¿Así! —grité, para que mi voz se oyera por encima del ruido.

Cas asintió.

—¡Ahora, veamos lo que pasa cuando subamos los fusibles!

Nos fuimos al cuadro y me mostró cómo iba cambiando el sonido del generador según encendíamos y apagábamos los fusibles. Luego, me explicó los datos que iban apareciendo en la pequeña pantalla frontal de la máquina, que mostraban la cantidad de energía que estábamos consumiendo, cuánto combustible quedaba y el tiempo estimado de funcionamiento en base al nivel de gasolina, y ¿acaso no era práctico todo eso? Encendimos los fusibles del salón, la cocina y el dormitorio principal con su baño, además de las luces de fuera para que iluminaran el generador y así poder ver desde el interior cómo estaba funcionando.

De vuelta a la casa, me estremecí.

—Vamos a encender la chimenea —dijo Cas, cerrando la puerta que daba al garaje.

Cogimos unos cuantos leños y los llevamos al salón, y luego, me enseñó a usar unas astillas para encender la hoguera. En minutos, el calor comenzó a inundar la habitación, y lanzamos unos cuantos troncos grandes para mantener el fuego.

—El Doc Everett contrataba a alguien todos los años para que le limpiara la chimenea —dijo Cas—. La puso a punto justo antes de poner la casa en venta, así que no tendrás que preocuparte por eso hasta dentro de un tiempo.

Dios, ¿me acordaría de todas estas cosas? Nunca había pensado en cada cuanto tendría que limpiar la chimenea, pero Cas tenía razón; era algo importante. A lo mejor, debería hacerme una lista de todo aquello que fuera a necesitar un mantenimiento adecuado en mi hogar y ponerme algún aviso en el móvil. Las agendas eran demasiado difíciles para mí, así que dependía mucho de las alarmas.

—No voy a empezar ahora con el suelo —dijo Cas—; no, cuando no tenemos corriente. Pero puedo ponerme con las paredes y dejarlas preparadas para el papel y la pintura. Iré a instalar mis focos.

—¿Puedo ayudar?

—Absolutamente.

Cas era muy buen profesor; y paciente, además, reflexioné mientras usaba un martillo para sacar los clavos que decoraban varias de las paredes. Nunca estaba demasiado ocupado como para evitar enseñarme una nueva habilidad y siempre me mostraba cómo hacerlo correctamente. Aún no podía considerarme un manitas, pero definitivamente, estaba mucho más cómodo usando todas las herramientas. Joder, incluso había aprendido a usar un taladro. Cualquiera me habría llamado estúpido, pero estaba jodidamente orgulloso de ello.

Estaba al lado de la chimenea, y el calor que desprendía fue suficiente para asfixiarme, así que me quité la sudadera. Mi camiseta fue la siguiente. No era, lo que se dice, sencillo controlar la intensidad de una hoguera.

Unos segundos después, oí el respingo de Cas. Desvié la mirada de lo que estaba haciendo y me lo encontré de pie, en medio de la habitación, observándome. Incluso bajo la escasa luz que se filtraba del exterior y la tenue luz del fuego, pude discernir la inconfundible mirada de deseo. Bajé el martillo y me giré hacia él, acariciándome el pecho con la mano izquierda.

—¿Apreciando las vistas?

Cas gruñó.

—Para. Jodido calientapollas.

—¿Qué? —Deslicé la mano hasta la cinturilla de mis vaqueros—. ¿Esto?

Cas refunfuñó para sí y luego murmuró:

—Que le jodan a todo.

Se apresuró hacia mí y nuestras bocas se fusionaron.

Era inevitable. Incluso cuando estaba besando a Tiago, esa verdad se repetía insistentemente en mi cabeza. Éramos inevitables. La química sexual era demasiado radiante como para ignorarla. No importaba. Nada importaba, salvo su sabor, su lengua deslizándose contra la mía, el calor de su cuerpo bajo mis manos mientras dejaba que vagaran por su pecho.

Debería ser un jodido crimen el ser tan sexy con nada más que unos desgastados vaqueros.

Una mirada. Solo había bastado una mirada a esa dorada piel iluminada por el fuego, para estar completa e irremediabilmente perdido. Como si me hubiera alcanzado un relámpago, electrificando de necesidad todos mis nervios. Quería besarlo, necesitaba besarlo, y todas las razones que tenía para no hacerlo se esfumaron de mi cerebro.

Le presioné contra la pared, deleitándome en su boca, y él me dejó, besándome de vuelta con una pasión que rivalizaba con la mía. Lo que quiera que estuviese sintiendo, no estaba solo. El deseo era mutuo.

Mordisqueó mi labio inferior y gemí antes de reclamar su lengua. Presioné todo mi cuerpo contra él, sintiendo sus fuertes músculos contra los míos, y le inmovilicé completamente contra la pared, pero no pareció importarle.

Tiago comenzó a balancear sus caderas, buscando fricción, y sentí el inconfundible bulto bajo sus pantalones. Lo envolví con mi mano y apreté, bebiéndome el gemido que provocó el gesto.

Entrelacé mis dedos en su pelo y forcé su cabeza hacia atrás para acariciar su barba con mis labios. Joder, era suave y olía de maravilla, como siempre. No tenía ni idea de lo que se untaba en ella, pero era un fan.

Recorrí su cuello, lamí su nuez y le hice un chupetón en la clavícula. Seguí descendiendo y mis labios encontraron uno de sus pezones. Succioné. Fuerte. Él gimió y se estremeció, aferrándose a mis hombros con las manos. Ese sonido me excitó, así que hice lo mismo con el otro pezón y luego, me hundí de rodillas dibujando un camino hacia el sur con mi lengua.

Cuando llegué a la cinturilla de sus vaqueros, alcé la mirada. Sus ojos eran como chocolate fundido ahora, como el interior de un brownie perfectamente horneado, todo líquido y meloso.

—¿Puedo?

—Por favor —suplicó—. Puedes hacer lo que quieras.

Su respuesta me complació a un nivel mucho más profundo de lo que había esperado, como si su necesidad por mí acariciara mi ego.

Desabroché sus pantalones y los arrastré hasta el suelo, pero no pude deshacerme de ellos porque aún llevaba puestas las botas. Daba igual. No le necesitaba completamente desnudo. Lo único que quería era acceso. Tenía un aspecto terriblemente seductor así, con el pelo alborotado, los labios hinchados y su pene intentando escapar de los ceñidos calzoncillos blancos de Calvin Klein, ahora ligeramente húmedos. El aroma de su deseo me excitó aún más y me incliné para restregar mi cara por la suave tela. Cuando presioné mi boca contra su polla, Tiago dio un respingo, y todo su cuerpo se tensó. Comencé a trazar la línea de su erección con mis labios, mordisqueándolo suavemente.

—Jesus —gimió—. Ten piedad de mí.

Adoraba cuando me hablaba en portugués. Sonaba mucho más sexy que el inglés, especialmente, con su grave y sensual voz, así que me apiadé de él y me aparté. Arrastré sus bóxer hasta los tobillos y enrosqué mi mano sobre la base de su polla. Quería saborearla, pero con mis reflejos, no sería capaz de metérmela muy dentro.

—Quédate quieto —le advertí.

—Lo intentaré.

Suficiente. Succioné la punta y lamí cuando salió una gruesa gota de semen. Cómo deseaba haber podido hacerle un garganta profunda, pero... una lástima. Afortunadamente, tenía otros ases en la manga. Comencé a mover la mano, masturbándolo lentamente mientras recorría su longitud con la lengua hasta dejar su polla húmeda y resplandeciente, y luego, volví a succionar el capullo, obligándome a relajar la garganta. Mi boca se llenó de saliva, pero no me dio ninguna arcada, lo que era bueno. No es que fuera a forzarme. Esto tendría que bastar, y a juzgar por la respiración y los hambrientos gemidos de Tiago, no se iba a quejar.

Pero joder, mi polla estaba tan tiesa que dolía, y mi cinturón de herramientas se me estaba clavando en las caderas. Me aparté un segundo para deshacerme del cinturón y liberé mi erección, suspirando de alivio. Cuando alcé la vista de nuevo, la imagen me cautivó. Tiago, completamente desnudo, mientras yo seguía vestido, con el pene colgando.

—Cas... —susurró Tiago—. ¿Quieres follarme?

Me helé. Ni siquiera había considerado esa posibilidad. No porque no quisiera, sino porque parecía una malísima idea. Demasiado, demasiado pronto.

—¿Estás seguro? No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo. Me gustaría mucho hacerlo. Pero tendrás que prepararme muy bien. Siempre he necesitado mucho tiempo para relajarme.

¿Cómo rechazar esa oferta cuando me lo pedía así? ¿Y cómo negarme cuando lo deseaba tanto como él? Adoraba que conociese su cuerpo y que no tuviese problemas para decirme lo que necesitaba. Cualquier inseguridad que Tiago pudiera tener, no era en el sexo. Su confianza en ese aspecto era firme, y me ponía muy cachondo.

—De acuerdo.

Miré a mi alrededor. No teníamos cama, así que el colchón de aire y los sacos de dormir tendrían que funcionar, pero el dormitorio aún estaba demasiado frío. Llevábamos un rato sin calefacción central, y la temperatura había descendido demasiado como para permitirnos estar desnudos sin congelarnos. Pero ahí, en el salón, frente a la chimenea, no habría problema alguno.

—Deja que instale la colchoneta aquí —dije.

—De acuerdo.

Interrumpir lo que estábamos haciendo para encargarme de las cuestiones prácticas no era sexy, pero volveríamos al evento principal lo suficientemente pronto. Volví a guardarme la polla y saqué una de las dos colchonetas tamaño reina que había dejado en una esquina del salón.

Instalarla directamente en el suelo no debería ser un problema, dado que ya lo había limpiado y alisado por encima como parte de mi preparación para pulirlo, y llenarla de aire me llevó unos pocos minutos; lo había hecho tantas veces que ya lo había convertido en un arte.

Una vez hube terminado, cogí uno de los sacos, lo abrí y lo tendí para poder usarlo como bajera. Sería mejor que luego colocara una toalla sobre él, o uno de los dos tendría que dormir sobre algo húmedo esta noche. El segundo saco se convirtió en nuestra manta. Lo abrí y lo dejé a un lado.

Tiago rio suavemente al verme poner la toalla.

—Bien pensado. He dormido sobre sábanas húmedas las veces suficientes como para saber apreciar la precaución.

Me encogí de hombros.

—El sexo es sucio, lo que me parece bien, pero me gusta la comodidad al terminar. —Probé la colchoneta y asentí—. Todo listo.

Me puse en pie y cuando me giré hacia Tiago, mi boca se abrió de par en par. Se había deshecho de los pantalones y ahora estaba ante mí espléndidamente desnudo. ¿Llegaría el día en que no me afectase su cuerpo?

—Me siento privilegiado por verte así —dije con la voz rota—. Eres precioso.

—Gracias. Yo también me siento privilegiado por estar contigo... aunque estás demasiado vestido.

Era justo. Me pasé la camiseta por la cabeza y arrastré rápidamente mis pantalones y mi ropa interior al suelo. Mierda, debería haberme quitado las botas primero. Me agaché, desaté rápidamente los lazos, y cuando intenté quitarme la primera bota, perdí el equilibrio y caí de espaldas sobre la colchoneta. Gracias a Dios que estaba ahí, porque si no, me habría granjeado algunos serios cardenales por las molestias.

Tiago resopló y rio al mismo tiempo. Se llevó la mano a la boca.

—Eso ha sido muy... elegante.

Hice un gesto de desesperación.

—He cometido un pequeño error estableciendo mis prioridades, ¿de acuerdo?

Él se cruzó de brazos.

—No me estaba quejando. Es extrañamente excitante ver cómo te tambaleas con los pantalones por los tobillos.

Finalmente, conseguí quitarme la jodida bota.

—Me alegro de poder proveerte de algo de diversión. —La segunda bota cooperó sin problemas, gracias a Dios, y un segundo más tarde conseguí desprenderme de todo y estaba tan desnudo como Tiago. Saqué los condones y el lubricante de mi cartera (un Boy Scout habría estado orgulloso de mí) y me estiré sobre la colchoneta, palmeando el lugar vacío a mi lado—. Ven aquí.

Tiago se unió a mí sin vacilación.

Nuestras miradas se encontraron, pero en lugar de la oleada de lujuria y pasión que había esperado, me inundó la ternura. Sí, quería follármelo, no cabía duda. Pero por encima de todo, quería estar con él, quería cuidar de él. ¿De dónde venía todo ese afecto? A lo mejor, Jess tenía razón y tenía complejo de salvador. No es que me importara ahora.

Me incliné sobre él y le besé de nuevo. Tiago moldeó su cuerpo contra el mío y me devolvió el beso. Nos devoramos el uno al otro lentamente, explorando nuestras bocas hasta quedarnos sin aliento, y luego, me aparté y nuestros ojos se encontraron de nuevo. Sentí su pecho bajando y subiendo contra mi cuerpo, casi moviéndose al ritmo de mi propia respiración. Su aroma me

envolvió e inspiré profundamente.

—¿Qué usas para oler siempre así? ¿Algún tipo de colonia?

—No te rías, pero se llama *Tiago*. Es mi marca de perfume.

—¿Tienes tu propio perfume? Lo siento, probablemente debería haberlo sabido, pero no paso demasiado tiempo en el departamento de perfumería del Macy. Esa zona huele demasiado fuerte y siempre me echa para atrás. Y aparte de eso, no puedo permitirme gastarme cien pavos en una colonia.

—No espero que lo hagas. Es algo frívolo, tengo que reconocerlo, pero Dior me pagó espléndidamente bien por tener el privilegio de usar mi nombre, así que no me puedo quejar.

El hombre tenía su propio perfume. ¿Cómo de loco era eso?

—Yo tampoco puedo quejarme. Huele de maravilla.

—Gracias. Me gusta mucho más de lo que había esperado.

Le empujé suavemente hasta tenerle de espaldas contra la colchoneta y él alzó inmediatamente las piernas. Era la definición del perfecto espécimen de hombre, y la imagen me sobrecogió. Pasé una mano por su brazo, sintiendo el suave vello que lo cubría. Su cuerpo era completamente diferente al mío. Sus músculos eran largos y elegantes, como los de un jaguar, mientras que yo tenía el cuerpo grande y robusto de un... ¿oso? Mi boca se curvó en una sonrisa.

Tiago alzó una ceja.

—¿Quieres compartir lo que te ha hecho sonreír de esa forma tan sexy?

Reí suavemente.

—Estaba pensando en lo diferentes que son nuestros cuerpos, y me ha hecho gracia pensar que tú eres más como un jaguar y yo como un oso.

Río.

—Ya te he dicho que eres demasiado joven para ser un oso.

—Puedo tener aspiraciones, ¿no?

Envolví su cuello con mi mano y le alcé para otro beso. Antes de darme cuenta, volvía a estar perdido en su boca, pero a pesar de lo mucho que me gustaba besarle, quería más. Me aparté y busqué su mirada, que ahora ardía bajo sus párpados entreabiertos. Asintió casi imperceptiblemente, confirmándome que quería esto.

—Cuidaré muy bien de ti —le prometí, limpiando la humedad de sus labios con el pulgar.

Su sonrisa fue dulce y sensual.

—Lo sé. Si no lo hubiese sabido, no te habría pedido que me follaras.

Cogí el lubricante y abrí el primer paquete. Mi polla estaba tan dura como el acero, pero me tomaría tanto tiempo como necesitara. Conociendo a Tiago, intentaría apresurarme, pero eso no iba a pasar. Mi tamaño no era una broma, y no tenía intención de hacerle daño. O bien se ponía al día con el programa, o no follaríamos en absoluto, a pesar de lo que me costara.

Con la decisión tomada, cogí su culo.

Deseaba a ese hombre con una ferocidad que nunca había sentido antes y que no parecía menguar. Habría sido aterrador si hubiese tenido las neuronas suficientes como para poder reflexionar sobre ello, pero ahora, mi cerebro tenía unas prioridades distintas, y por una vez, estaba completamente de acuerdo con mi cuerpo en que nada importaba, salvo Cas.

Acaricié mi ranura con el pulgar y luego dibujó un húmedo camino hasta mi agujero, pasándolo de largo.

—He soñado con follarte muchísimas veces —susurró—. Eran sueños muy eróticos y muy detallados, pero ninguno de ellos puede competir con la realidad de verte así, abierto para mí.

—Cas... —gemí.

Rio suavemente.

—¿Tienes prisa?

—*Mãe de Deus*, ¡deja de provocarme!

Otra suave risa.

—¿Por qué dejaría de hacer algo tan divertido?

—Eres un sádico.

Me dio un azote en el cachete derecho y me dejó tan perplejo que, por un momento, no supe cómo reaccionar.

—Ten cuidado con lo que desees —murmuró.

No lo decía en serio. ¿Verdad? No. No podía.

—Lo retiro.

Rio.

—Supuse que lo harías.

Su dedo acarició mi agujero de nuevo y contuve el aliento. Cuando presionó, estuve a punto de sollozar de júbilo, aunque ese pulgar ni siquiera se acercaba a lo que realmente quería. Necesitaba más. Le necesitaba a él.

Pero como era habitual, Cas y yo no estábamos en la misma página de la agenda. Yo era impaciente, siempre con prisa y ansioso por avanzar, mientras que él tenía una paciencia infinita y adoraba prolongar las cosas. Justo como estaba haciendo ahora.

Se tomó su tiempo para dilatarme, asegurándose de que estuviera cómodo con tres dedos a pesar de la cantidad de veces que le había confirmado que lo estaba, que estaba preparado, más que preparado, que por qué cojones no se movía al siguiente paso. Nunca debería haberle dicho

que tardaba un tiempo en relajarme, porque el cabrón había interpretado que necesitaba una hora. Pero cuanto más frustrado me sentía y más sonidos hacía por demostrarlo, más despacio iba. Así que lo pillé y cerré la boca.

—Eso está mucho mejor —dijo.

Extrañamente, mis tripas se removieron, como si su aprobación importara de alguna forma. Ese hombre me hacía sentir cosas que nunca había experimentado y me confundía.

—Ahora estás preparado para mí —declaró.

—Gracias a Dios.

Y a los Cielos y a todos los Santos. Abrí aún más las piernas, en una invitación tan sutil como una enorme pantalla de anuncios en pleno Times Square, y Cas sonrió de par en par mientras se ponía el condón y se acomodaba entre mis muslos. Había pasado un tiempo desde que me había follado un hombre, y sentir su peso sobre mí me estremeció.

Cuando se inclinó, su impresionante erección se deslizó entre mis cachetes, acariciando mi ranura. Jodidamente cerca. Su boca encontró mi oreja, y un escalofrío recorrió mi espina dorsal al sentir sus dientes y su lengua. Luego, succionó el lóbulo. Claramente, había recibido el memorándum de que esa era una de mis zonas erógenas. Pero ¿lo iba a seguir retrasando? ¿En serio?

Abrí la boca para protestar, pero lo pensé mejor. Cas me había dejado claro que no era yo el que estaba al mando, y si me quejaba demasiado, lo alargaría incluso más.

Cuando sentí su capullo contra mi agujero, contuve el aliento. ¿Lo haría...? Oh, sí. Presionó contra mí, y dejé escapar el aire de mis pulmones para permitir la invasión. Entró unos milímetros y luego, paró, dándome un tiempo para adaptarme. Su polla era la más grande que me había metido en la vida, y aunque sabía que podía hacerlo, mi cuerpo aún estaba intentando descifrar cómo.

La presión era demencial. Mi canal estaba dilatado al máximo y el ardor era poco menos que insoportable. Cas se estremeció por el esfuerzo mientras yo intentaba convencer a mis músculos de que abandonaran la lucha. Otro centímetro, y luego, otro más. Balanceó las caderas cuidadosamente, moviéndolas con lentitud y parando toda vez que daba un respingo. Mi cuerpo estaba rechazando el asalto, como siempre hacía, pero llegaría ahí.

—¿Tiago?

El mensaje implícito era claro. Una palabra, y abortaría misión.

—Estoy bien.

—Puedes decir —.

—Lo sé. Solo necesito algo de tiempo.

Milímetro a milímetro, Cas fue abriéndose paso en mi interior, y para cuando tuve más de la mitad de su polla dentro, mi cuerpo se relajó y se rindió a lo inevitable. Cas debió sentirlo, porque presionó y se enterró completamente en mí con un suave gemido.

Dios Santo, las sensaciones que me atravesaron no eran de este mundo. Mi piel zumbaba como si alguien la hubiera conectado al tendido eléctrico, y me sentía lleno, tan indescriptiblemente lleno, que todo mi cuerpo estaba en llamas.

—Señor, estás presionando muy bien mi polla —murmuró Cas—. ¿Cuánto tiempo ha pasado para ti?

¿Esperaba que me pusiera a pensar ahora? Apenas tenía neuronas para eso.

—Dos años, más o menos. Creo. Mi cerebro se ha apagado, así que ¿podemos dejar las preguntas para después?

—Buena idea.

Se alzó sobre los antebrazos y bajó la mirada para contemplar la conexión de nuestros cuerpos. Salió y se deslizó de nuevo al interior, arrastrando su polla por mi próstata de la más deliciosa de las formas. Las estrellas estallaron en mis ojos y los cerré con un largo y profundo gemido. El paraíso.

Cas estiró mis brazos sobre mi cabeza e inmovilizó mis muñecas con una mano. El vello de mi cuerpo se erizó ante ese dominante gesto, casi posesivo. El hombre era controlador, y cada movimiento que hacía era fluido y preciso, por lo que someterme a él fue más que sencillo. Mi cerebro se desconectó por completo, y lo único que quedaron fueron las sensaciones.

—Joder —gruñó Cas—. Eres bueno. Muy bueno.

Su aliento era vapor sobre mi piel y sus manos parecían acero en torno a mis muñecas. Sus dedos eran callosos y ásperos, y raspaban mi sensitivo cuerpo, pero me enloquecía su contacto. Nunca, ni en un millón de años, habría pensado que adoraría tanto que alguien me manipulara así, y sin embargo, ahí estaba. La fuerza bruta de ese hombre ya era excitante en sí misma, y a pesar de que podría haberme liberado fácilmente, me deleité en que me inmovilizara.

Mãe de Deus, la forma en la que me folló. Me invadió con largas y profundas embestidas, con tanta destreza y elegancia como hacía todo lo demás. Sentía sus músculos estirándose y contrayéndose sobre mí, y esa enorme polla me dilató como jamás lo había hecho nada nunca. Le sentiría durante días, pero no me importó. Cada vez que se balanceaba, perdía el sentido.

Los sonidos que salieron de mi boca fueron dignos de una película porno, pero no pude contenerlos. No es que quisiera hacerlo. Cas también me deleitó con sus propios gruñidos, graves y seductores. Gracias a Dios que no tenía vecinos cerca. Podíamos gritar tan alto como quisiéramos y nadie nos oiría.

Una especie de neblina cubrió mi campo de visión. Me sentía como si hubiera abandonado mi cuerpo, entrando en un mundo onírico que me acercaba cada vez más al precipicio. El placer era abrumador, y cada músculo, cada célula de mi ser estaban concentrados en él. A lo mejor, Cas también estaba experimentando esto, porque por un instante, perdió el ritmo, y luego, aceleró, olvidando toda su elegancia anterior. Ahora estaba embistiéndome sin contención, persiguiendo su orgasmo.

Podía soportarlo, y lo que era más importante, quería que perdiese el control. A cierto nivel inconsciente, entendí el absurdo de todo ello, pero fui incapaz de darle importancia. Había contado con que el sexo entre nosotros sería bueno, pero nunca había imaginado que sería así. Tan intenso. Tan especial. Tan... mágico

—Cas... —supliqué—. Necesito correrme.

Liberó mis muñecas y rápidamente envolví mi polla con la mano izquierda.

—Puedo hacerlo... —Cas señaló mi pene.

—No, yo lo haré. Quiero que me sujetes la otra mano.

Sus ojos se encendieron.

—¿Te gusta eso?

—Me encanta —confesé. Ese hombre me hacía olvidar toda precaución. Joder, me hacía olvidar mi propio nombre.

Aceleré el movimiento de mi mano y mis pelotas se tensaron en segundos. No era de extrañar. A estas alturas, Cas llevaba un buen tiempo asaltando mi culo. Solo necesitaba un toque para...

Gemí y mi cuerpo se estremeció mientras la madre de todos los orgasmos se apoderaba de él. Mi pulmones pararon, todos mis músculos se tensaron y mis pelotas se alzaron casi dolorosamente. Mi polla se agitó y pulverizó su carga sobre mis dedos mientras oleada tras

oleada de éxtasis me asaltaba hasta dejarme exhausto. Joder, eso había sido un nivel completamente nuevo de intensidad. No era de extrañar que la gente advirtiera que demasiada masturbación podía causar ceguera. Había perdido todos mis sentidos por un momento. Aunque eso nunca me había pasado cuando me había pajeado, así que, a lo mejor, el que dijo esa frase también había visto el paraíso con su pareja. No podía imaginarme sentirme así con nadie, mas que con la enorme polla de Cas.

—Joder —gimió Cas—, eres precioso cuando te corres.

También lo era él, cernido sobre mí. Mi cuerpo comenzó a relajarse y abandoné mi polla. Le contemplé mientras se balanceaba y me embestía como un hombre con una única misión. Se inclinó hasta casi rozar mi rostro y nuestro aliento comenzó a entremezclarse. Sus ojos encontraron los míos, y sostuve su mirada. Señor, sus pupilas eran enormes, imposiblemente grandes y oscuras, y la intensidad con la que me miraba fue como una caricia a mi alma.

Me embistió una y otra vez, tan profundamente como pudo, hasta que su enorme cuerpo se estremeció y sentí cómo llenaba el condón emitiendo un gutural gemido. Luego, se dejó caer sobre mí y le envolví entre mis brazos, presionándole contra mi pecho. No estaba preparado para dejarle ir. Tendría que hacerlo en algún momento, por supuesto, pero aún no. Solo unos minutos más para recrearme en la sensación de tener nuestros corazones sincronizados.

—Mataría por un buen baño en esa elegante bañera tuya —murmuró Cas. Luego, alzó la mirada—. Apuesto a que esos chorros de hidromasaje serían espectaculares ahora.

Parecía que le pesaban los párpados y me miraba adormilado. Imaginé que los míos tendrían que estar así también. Nunca me habían follado de esa manera, tan a conciencia, y estaba saciado hasta lo más profundo de mi ser.

—Por desgracia, no hay luz —murmuré.

Gruñó, apartándose de mí, y se sentó en la colchoneta para quitarse el condón.

—Dame un segundo para buscar las toallitas.

Se levantó, y aproveché para mirarle el culo descaradamente, admirando cómo se contraían esos redondeados músculos mientras se inclinaba. ¿Me dejaría follarle? Eso me encantaría.

—¿Apreciando las vistas? —dijo divertido.

—Joder, sí. No voy a reprimirme ahora.

Se arrodilló a mi lado e hizo un gesto hacia mi mano. Cuando se la tendí, limpió delicadamente el semen dedo a dedo. Con una segunda toallita, me limpió el resto, y unos segundos más tarde, se limpió rápidamente a sí mismo, lanzó todas las toallitas y el condón a la papelería de la cocina y luego, volvió.

No estaba seguro de lo que había esperado. A lo mejor, que se hubiese puesto unos calzoncillos o algo. Pero en su lugar, se tendió de espaldas a mi lado y extendió un brazo en una invitación que no tenía intención de rechazar. Me acurruqué contra su cuerpo, pasé una mano por su pecho, apoyé una pierna sobre su muslo y acomodé la cabeza sobre su hombro con un suspiro de felicidad. Cuando me quedé quieto, me envolvió con el brazo y presionó un beso en mi coronilla. Un gesto simple e inocente, y sin embargo, extrañamente tierno.

Los polvos puntuales no hacían esto, ¿verdad? ¿O era fruto de la parte de amistad de nuestra relación? ¿Acaso seguiríamos siendo amigos después de esta noche? ¿A lo mejor, amigos con derecho? La obra de mi casa terminaría pronto, así que ¿qué había de malo en adelantarnos un poco a lo que habríamos hecho de igual forma al terminar el trabajo? Nadie tendría por qué enterarse.

El sexo había sido nada menos que memorable. Joder, la forma en la que me había manipulado... Con un metro ochenta de estatura, no era un hombre pequeño bajo ningún

estándar, y por encima de eso, aunque no era tan musculoso como Cas, tampoco estaba delgado, así que el que otro hombre me inmovilizara y maniobrara mi cuerpo de la forma en la que él lo había hecho... *Jesus*, muy erótico.

Quería una repetición. No hoy, y a juzgar por cómo sentía el culo, mañana probablemente también estaría fuera de la mesa, pero una vez recuperado... Joder, sí. O a lo mejor, podríamos hacer otras cosas mientras tanto. No me importaría ofrecerme voluntario para hacerle una mamada y me encantaría probar su culo.

Un día de estos, quería que me follase a pelo. Nunca lo había hecho. Nunca. Pero quería probarlo con él. Joder, podía pensar en un montón de cosas que quería probar con él, cosas que ni siquiera me había planteado antes. Era diferente. Era...

Me cago en todo, me había enamorado. La certeza de ese descubrimiento me aturdió y me costó no reaccionar a ello. Me había enamorado de ese hombre. Como un loco, además. Era todo lo jamás había sabido que quería, y a pesar de que la probabilidad de que él sintiera lo mismo por mí era escasa, no me arrepentía de haber caído. Nunca me había sentido así, nunca había sentido el amor de una forma tan absoluta y brillante. Pasara lo que pasase, al menos había sido capaz de experimentar esto, y no podía lamentarlo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Cas.

Tardé un segundo en entender que se refería a mi cuerpo; mi culo, específicamente.

Tragué las emociones que se estaban acumulando en mi mente.

—Bien. Me siento realmente bien.

Me desperté desorientado, y tardé unos segundos en recordar dónde estaba. La casa de Tiago. Debíamos de habernos quedado dormidos después de acurrucarnos y él aún estaba roncando suavemente a mi lado. El fuego casi se había apagado, y tan pronto como me desprendí del saco, me estremecí de frío. Nos habíamos mantenido en calor gracias a nuestros cuerpos, pero necesitaba lanzar un par de leños a la chimenea para avivar la hoguera o pronto nos helaríamos ahí dentro.

¿Qué hora era, de igual forma? Comprobé mi reloj. ¿Las nueve? ¿Cómo cojones habíamos dormido tanto? Debíamos de haber estado más cansados de lo que pensábamos. Lancé unas cuantas astillas al fuego y esperé a que ardieran para añadir los leños.

—¿Cas? —preguntó Tiago adormilado, alzándose hasta sentarse—. ¿Por qué te has ido?

Vaya, eso era muy dulce. Una cálida sensación se asentó en mi pecho.

—Necesitamos mantener el fuego en marcha, cariño. Vuelvo enseguida. —Me helé. ¿Cariño? ¿Por qué cojones le había llamado cariño? ¿A qué parte de mi cerebro se le había ocurrido eso? Me aclaré la garganta—. Lo siento, no sé a qué ha venido eso.

Tiago me dedicó una adormilada sonrisa.

—¿Me has oído quejarme?

—No, pero... —Mierda, esto se había vuelto superincómodo. Cogí mis calzoncillos del suelo y me los puse, seguidos de mis vaqueros. Sin molestarme con los calcetines, me calcé las botas. No tenía ningún deseo de cortarme los pies con algo afilado, y por cómo iba la obra, seguro que habría algún clavo suelto en el suelo—. Son las nueve pasadas. ¿Qué te parece si nos preparo algo de desayunar? Apuesto a que tienes hambre. Yo sé que estoy hambriento. —Estaba balbuceando, pero no sabía qué otra cosa decir. Nunca había tenido problemas lidiando con mis ligues, pero lo que tenía con Tiago hacía tiempo que había superado ese estatus, y ahora nos habíamos adentrado en un territorio que no tenía ni idea de cómo definir. ¿Amigos? ¿Amigos con derecho? ¿Polvoamigos? Amigos de algún tipo, esperaba, aunque no me opondría al sexo. Debería, aunque solo fuera por lo categórico que había sido con lo de mis principios antes de desertar de ellos. No, esa norma ya no importaba. ¿Y qué si me había follado a un cliente? Había sido sexo consentido entre adultos, ¿no? A lo mejor, había sido demasiado estricto con esa regla, para empezar.

Pero no estaba seguro de qué pensaba Tiago de todo esto, especialmente cuando le acababa de llamar cariño. Dios, esa vez que nos encontramos, cuando bromeé sobre nuestro futuro juntos,

había parecido aterrorizado. ¿Pensaría ahora que me estaba tomando lo nuestro demasiado en serio, que había insinuado que quería algo más que sexo? ¿Acababa de destruir inadvertidamente todos los buenos momentos que podríamos haber compartido con una estúpida palabra? La mera idea me enfermó, pero no tuve el valor de sacarlo a colación.

Caminé hasta la cocina y el ruido de ropa tras de mí me indicó que Tiago también se estaba levantando. La nevera ofrecía varias opciones para hacer una comida rápida, gracias a su visita al supermercado.

—Tenemos todos los ingredientes para una ensalada, y veo que has comprado sopa. También puedo hacernos una tortilla francesa, si quieres. Hay un montón de verduras que podría echar en los huevos para hacerla más contundente.

—Suenan bien.

Me puse manos a la obra. Corté la mitad de una cebolla, champiñones, pimiento verde y un puñado de espinacas. Lo mezclé con los huevos, y añadí sal y pimienta.

—Aún sigue cayendo fuerte —dijo Tiago, contemplando la penumbra del exterior a través del enorme ventanal—. Puedo ver la nieve acumulada frente a las luces de fuera.

—Sí, creo que vamos a llegar a los cuarenta centímetros. —Encendí el fogón, e incluso desde ahí pude oír el generador trabajando con más intensidad para proveerme de suficiente energía. Mientras esperaba a que se calentara la sartén, Tiago se acercó por mi espalda y me abrazó por detrás, hundiendo el rostro en mi cuello.

—Gracias por cocinar.

Sin pensar, me incliné contra él.

—De nada.

—También tengo hambre, lo que no me sorprende. Ayer debimos de quemar unas cuantas calorías.

¿Estaba hablando de la obra o de nuestra ronda de sexo? No iba a preguntar ni de coña.

Plantando un último beso en mi cuello, Tiago me liberó, y luego se inclinó contra una pared sin apartar la vista de mí.

—¿Qué tal está tu hermana? —preguntó.

Sam ya llevaba cuatro semanas conmigo y no había visto un gran cambio desde esos primeros días.

—Igual. Estoy preocupado, pero se ha acercado a Jess, que sigue repitiéndome que tengo que ser paciente. Lo intento, pero no es fácil.

—Quieres ayudarla. Arreglarlo.

Me conocía bien.

—No soy de los que se queda a un lado sin hacer nada cuando ve a alguien sufriendo, ¿sabes?

—Y eso tiene mérito, pero en este caso, Jess lleva razón. Tienes que darle tiempo para que resuelva las cosas por sí misma. No puedes presionar a alguien a que dé un paso para el que no está preparado.

Le miré por encima del hombro.

—¿Hablas por experiencia?

Asintió lentamente.

—La adicción es un problema muy común en el mundo de la moda, igual que los desórdenes alimenticios. Tengo unos cuantos amigos que han sufrido ambos, y he tenido que mantener algunas conversaciones muy duras con ellos. Puedes hablar y advertirles, pero hasta que no estén dispuestos a escuchar, no marcará ninguna diferencia. Lo único que tienes que hacer es

asegurarte de que saben que estarás ahí cuando estén preparados para cambiar.

La tortilla estaba casi hecha. Añadí queso por encima como detalle final, y ahora, solo había que esperar a que se fundiera. Me giré hacia Tiago.

—No tienes que contestar si no quieres, pero ¿has tenido algún problema de esos personalmente?

Vaciló.

—No con la adicción, pero sí tuve problemas con la comida en el pasado. Es difícil alimentarte de forma saludable cuando te están repitiendo constantemente que necesitas perder peso, ¿sabes? A veces, la brecha entre lo que te exigen ciertas sesiones y lo que se considera un peso saludable es grande. Y peligrosa. Tardé mucho tiempo en encontrar el valor para plantar cara a mis clientes y decirles que, o me aceptaban como era, o rechazaría el trabajo. Pero para entonces ya era famoso, y eso ayudó a la hora de poder hacer demandas.

—He oído que todas las modelos, y las celebridades para el caso, usan Photoshop. ¿También lo usaban contigo?

—Señor, sí —rio Tiago—. Ahora, la mayoría de mis contratos tienen una cláusula que especifica que no pueden alterar mi apariencia sin mi permiso. Una cosa es quitar una mancha de mi piel, que no me importa demasiado, y otra que eliminen todas mis arrugas, o que me hagan parecer más musculoso o más delgado de lo que soy. Eso no me gusta. Pero, de nuevo, estoy a un nivel en el que puedo exigir y salirme con la mía. La mayoría de mis compañeros no pueden hacer eso, lo que les deja en una posición de mierda.

Ni siquiera podía imaginármelo, que era otro recordatorio más de lo alejados que estaban nuestros mundos.

—Eso envía un mensaje peligroso. Especialmente, a los adolescentes.

—Exacto. Muchas chicas creen que es normal que las mujeres estén tan delgadas, y no lo es. La cosa ha ido mejorando en los últimos diez años, y algunas marcas están comprometidas con la corriente de contratar a modelos saludables y de tallas grandes, pero aún son una minoría. De hecho, ya solo lo que engloban en tallas grandes es demencial. Lo que definen como talla grande es la talla estándar de la mayoría de mujeres estadounidenses.

Hablaba apasionadamente sobre el tema; era algo que le importaba, eso estaba claro, y le adoré por ello.

—¿Es igual para los hombres o es diferente para vosotros?

—Más o menos. Aunque en nuestro caso lo que buscan es que tengamos las abdominales y los músculos bien marcados, lo que no es un objetivo alcanzable para la mayoría, y tampoco es sostenible en el tiempo.

La tortilla estaba lista. La corté por la mitad y deslicé cada trozo en un plato. Nos sentamos en nuestras sillas plegables con la comida sobre el regazo y empezamos a atacarla.

—Está muy rica —dijo Tiago. No sonó sorprendido, como si ya hubiese sabido que le gustaría. ¿Y cómo de bien me hizo sentir eso?—. Es exactamente lo que me apetecía.

Me había salido decente, el equilibrio perfecto entre saludable y sabrosa. Comimos en silencio durante un rato. ¿Cómo podía sacar el tema que llevaba un tiempo monopolizando mi mente sin que pareciese que quería algo más que sexo?

—¿Podemos hablar de lo que ha pasado? —preguntó Tiago.

Gracias Dios. Debíamos de haber estado pensando en lo mismo.

—Sí, por favor.

Dejó el tenedor en el plato y se giró hacia mí.

—Ya casi has terminado con la reforma, ¿verdad?

Vaya, parecía que estábamos en la misma página.

—Necesitaré dos semanas más, como máximo, para darla por terminada. Tal vez, menos.

—Así que dentro de dos semanas, a partir de hoy, el argumento de que no puedes acostarte con clientes ya no será válido, ¿correcto?

Contuve la sonrisa.

—Correcto.

—Así que ¿sería una opción el pretender que ya han pasado esas dos semanas? Son solo quince días. Y nadie necesita saberlo.

Por supuesto que quería mantenerlo en secreto. Tenía periodistas por los que preocuparse, y lo último que necesitaba era que descubrieran su rollo con un contratista de una ciudad pequeña. Aunque, para ser completamente sincero, yo tampoco tenía motivos para hacerlo público; no, cuando nunca duraría. Ya había tenido que enfrentarme a las miradas de compasión de toda la ciudad cuando me dejó Jonas. No necesitaba pasar por esa experiencia de nuevo.

—Te escucho.

—Estaba pensando que, a lo mejor, podríamos ser amigos con derecho. Tenemos una gran química, y ambos estamos solteros, así que no hay razón para dejar de vernos, ¿no? Para follar, me refiero.

Claro. Sexo. Ignoré implacablemente la punzada de dolor que me atravesó el corazón.

—Eso me gustaría, sí. Sí que tenemos una gran química.

El rostro de Tiago se iluminó con una enorme sonrisa.

—¿Sí? ¿Estás dentro?

Debatí conmigo mismo entre si hacer la broma fácil o no, pero *nah*, demasiado burda. Sería mejor que me asegurara de que Tiago captaba el mensaje de que entendía lo que quería y no tendría que preocuparse por si pensaba que había algo más que sexo entre nosotros.

—Lo estoy. No tengo muchas opciones de ligar por aquí, así que si podemos continuar con esto, sería genial.

Por un segundo, su rostro se tensó, pero luego sonrió de nuevo.

—Perfecto. Y sí, estoy informado sobre la falta de hombres gais en la ciudad. Es una de las razones por las que Marnin y yo solíamos robar unas horas cada vez que volvía a Forestville.

¿Tiago y Marnin? Eso era nuevo.

—¿Saben los demás lo vuestro?

Tiago negó lentamente con la cabeza.

—Auden no tendría problemas con ello, pero Tomás es una historia distinta. En esta última visita me advirtió de que no me acostara con él porque arruinaría nuestra amistad. No importa que llevemos acostándonos desde el Prom del último año de instituto.

Abrí los ojos de par en par.

—Jo-der, ¿ya estabais liados por entonces?

—Fue nuestra primera vez para ambos —sonrió Tiago—. Bueno, yo fui la primera vez con un hombre para Marnin. Por aquel entonces, aún no había salido del armario como bi y quería llevarlo con discreción. Yo me estaba muriendo de ganas por experimentar y nos gustábamos lo suficiente, así que decidimos que compartiríamos nuestra primera vez la noche del Prom. Auden estaba con Tricia, que ahora es su ex-mujer, Essex se había garantizado una noche con una chica de nuestra clase y Tomás había hecho planes con Samuel Thompson, el chico que luego se casó con Fir. Así que Marnin y yo pretendimos no haber conseguido una cita para poder estar juntos, y funcionó.

—¿Qué tal fue?

La sonrisa de Tiago se tornó melancólica, y su mirada se perdió en la distancia, probablemente, en el pasado.

—Fue tan perfecta como lo puede ser una primera vez. No estábamos muy nerviosos, dado que nos conocíamos muy bien. Quiero decir, tuvimos nuestros momentos de torpeza, por supuesto, pero ambos pudimos reírnos de ello. Él me folló primero y luego, cambiamos de roles. Me corrí antes de penetrarle siquiera —rio—, pero gracias al período refractario de la juventud, no fue un problema.

Sonreí. Debía de haber sido maravilloso compartir tu primera vez con alguien en el que confiabas tanto.

—Mi primera vez fue en uno de los campamentos que organizaba la iglesia.

Los ojos de Tiago se abrieron como platos.

—¿Qué?

—Oh, pasa más a menudo de lo que puedas imaginar, créeme. Mis padres me llevaron a un campamento de solo-chicos donde se suponía que nos prepararían para nuestro último año de instituto. Se concentraban en el estudio diario de la Biblia y en enseñarnos a cómo ser buenos modelos para la sociedad. Ya sabes, nada de drogas, nada de alcohol y, por supuesto, nada de sexo. Pero sé de, al menos, diez chicos que perdieron la virginidad allí, incluido yo.

Tiago resopló y se llevó la mano a la boca.

—Lo siento, pero es de mofa. Apuesto a que tus padres no tenían ni idea de eso.

—Ninguno de los padres sabía nada, y tampoco los orientadores. —Me encogí de hombros—. Hicimos que funcionara. Yo quedé con un chico que ya lo había hecho antes y fue muy amable y superpaciente conmigo. Fui muy torpe, pero al final, fue una experiencia muy satisfactoria para ambos y cementó mi identidad sexual.

—Me alegro de que tu primera vez fuera algo positivo. No siempre es el caso.

—Yo también. —Mi mente seguía volviendo a lo que me había dicho de Marnin. No tenía derecho a preguntar, pero necesitaba saberlo—. ¿Os liasteis cuando vino? Marnin y tú, quiero decir.

—No. Él quería, pero... —Tiago vaciló—. Ya había hecho planes contigo, y luego, quedamos una segunda vez y sentí que... No me pareció bien.

La alegría que me inundó al oírlo carecía de sentido. No tenía nada con Tiago, mucho menos el derecho a exigirle algo, pero no pude negar lo bien que me hizo sentir que me hubiera elegido a mí.

—Nuestro... acuerdo, ¿quieres que sea exclusivo? —pregunté.

—No es que tengamos muchas alternativas, de igual forma, ¿no? —dijo suavemente.

Me inundó el alivio.

—Exacto, así que bien podríamos serlo.

Me guiñó un ojo.

—Amigos con derecho, entonces.

Esta vez, le guiñé un ojo de vuelta.

—Excelentes derechos, añadiría.

Alzó una ceja.

—A lo mejor, ¿podríamos ampliar nuestros derechos después de la cena?

Podríamos, en efecto.

Iba de camino a la ciudad a hacer la compra, aún en una nube de dicha port-orgasmo tras una erótica paja mutua, cuando mi móvil silbó con un mensaje entrante de Cas. Pedí a Siri que me lo leyera:

Brianna me ha llamado. No tenía tu número. Dice que la prensa está en la ciudad. Están preguntando por ti.

Lo primero que advertí fue lo cortas que eran las frases. Dios, era muy atento, y muy bueno entendiendo mis limitaciones.

Luego, el contenido del mensaje caló en mi cerebro. ¿Los *paparazzi* me habían encontrado? Mierda, eso significaba que habían descubierto que me había mudado aquí. Había esperado mantenerlos a raya por un tiempo, pero aparentemente, no era tan afortunado.

Y ahora, ¿qué?

Lidiar con los *paparazzi* era un reto, aunque comparado con otras celebridades, Tomás y yo no podíamos quejarnos. Había visto el documental del príncipe Harry y su mujer, y lo que habían tenido que soportar a manos de la prensa. In-cre-íble. ¿Cómo cojones podían justificar el allanar una propiedad privada o registrar su basura? Incluso habían usado drones para grabar a sus hijos. Era despreciable. Así que, en comparación con ellos, esto no era nada.

Eso no significaba que me gustase esta parte de mi trabajo. Nunca lo había hecho. A lo largo de los años, Tomás y yo habíamos llegado a una especie de compromiso con la prensa y ofrecíamos entrevistas regularmente a unas cuantas revistas respetables mientras ignorábamos otras. La mayoría de los fotógrafos habían aprendido que era más sencillo trabajar con nosotros si respetaban nuestros límites, aunque habíamos tenido algún que otro desagradable incidente.

Unos años atrás, habían captado a Tomás tomando el sol en una playa nudista de Río, y aunque las fotos habían sido de baja calidad, había habido suficientes detalles como para poder considerarlas pornográficas. Poco después, salieron unas cuantas fotos mías liándome con un tipo en un bar, y hubo algunos comentarios sentenciosos y desagradables sobre la escasez de relaciones monógamas entre la población gay. Algunas revistas adoraban saltar al vagón homófobo en cuanto tenían la oportunidad.

Y por supuesto, mi infame vídeo sexual. Ese me había herido profundamente, mayormente por la traición que había habido detrás. Liberar esa cinta había sido una forma despreciable de vengarse de mí, y nunca había perdonado a Bryan por ello. Pero los medios de comunicación

habían sido cómplices, mencionándolo, propagándolo y discutiéndolo alegremente a todas horas.

Y ahora, me habían encontrado en Forestville. ¿Qué iba a hacer? Primero, sería mejor que respondiera a Cas para que supiese que había leído su mensaje. Dicté a Siri:

Gracias por ponerme al día. Espero que no sea demasiado grave.

No sabía qué otra cosa decir, y era complicado elaborar un plan sin saber por qué estaban ahí, qué querían y qué habían descubierto. La pregunta era si debería ignorarlos o enfrentarme ahora a ellos. Esa también era una decisión difícil de tomar cuando no sabía lo que estaba pasando. A lo mejor, mi primera parada debería ser la panadería para ver si Brianna tenía más información para mí.

Cuando entré, la tienda estaba concurrida, y diez o más personas se amontonaban frente al mostrador. Pero lo que me alertó sobre la seriedad de la situación fue que al verme, todas las conversaciones murieron. Vaya.

Antes de que pudiese decir nada, una mujer mayor se acercó a mí extendiendo la mano.

—Soy la señora Upton, la vecina de Cas.

Cas me había hablado de ella. La mujer echaba un ojo a su hermana y se pasaba regularmente por su casa para asegurarse de que Sam estaba bien. Estreché su mano.

—Soy Tiago. Es un placer conocerla, señora Upton.

—Pensé que deberías saber que estamos lidiando con una especie de situación aquí —dijo ella, y estaba claro que todos los demás estaban escuchando.

Mi estómago se contrajo. Esto no podían ser buenas noticias.

—He oído que la prensa está en la ciudad y que están preguntando por mí. ¿Es eso a lo que se refiere? —Por favor, confirmadme que eso es todo. No me gustaba la prensa, pero podía manejarla.

Su boca se convirtió en una sombría línea.

—Desearía que ese fuese todo el alcance del problema. Desafortunadamente, va más allá de eso. —Inspiró profundamente—. Un fotógrafo y un reportero están recorriendo la ciudad mostrando fotos a todo el mundo y pidiendo información.

—¿Fotos?

—De ti y de Cas. Besándoos frente a tu casa.

Mierda. ¿Cómo habían...?

—¿Enfrente de mi casa?

Ella asintió.

Debían de haberlas tomado ayer por la tarde. Ese había sido el único momento posible. Había acompañado a Cas a su camioneta en torno a las cuatro y nos habíamos besado por un tiempo antes de que se marchara. No había querido irse, pero necesitaba ropa limpia.

—¿Qué están preguntando?

—Están pidiendo información sobre Cas. Sobre ambos. «Detalles jugosos» sería la mejor manera de definir lo que están buscando, creo.

—¿Saben su nombre? —Quise abofetearme. Por supuesto que lo sabían. Su nombre estaba grabado en su camioneta.

Otra mujer se acercó a mí, vestida con un mono azul, botas de trabajo y una camiseta negra. Tenía el pelo escondido bajo un gorro de lana gris y me resultaba extrañamente familiar, pero ¿dónde la había visto antes? Ah, espera. Trabajaba como mecánica en el Walter.

—Están diciendo cosas muy desagradables y quieren que la gente de la ciudad las confirme.

—Cosas desagradables ¿sobre mí o sobre Cas?

—Quieren saber cómo se hizo esas cicatrices.

Cerré los ojos para controlar la ira. ¿Es que no tenían vergüenza? ¿Cómo de insensible era hacer preguntas sobre algo tan personal? ¿Y cómo de estúpido había sido yo por no prepararme para esto? Debería haber hablado con Cas para decirle qué hacer cuando aparecieran, pero nunca, ni en un millón de años, había esperado que me encontraran tan pronto.

—Me han preguntado cómo me sentía al ver a uno de los hombres más bellos del mundo liándose con alguien tan feo —dijo otra mujer. Nunca la había visto antes, pero el desprecio en su voz me dejó claro que estaba de nuestra parte.

Señor. Si ese era el ángulo que iban a tomar para publicar esto, ese artículo devastaría a Cas. ¿Cómo podían hacerle esto? ¿Cómo podían llamarle feo cuando no le conocían en absoluto? Era precioso, por dentro y por fuera, y no podía soportar la idea de que redujeran todo su ser a sus cicatrices.

—Ahora, escúchame joven —dijo la señora Upton—. Hasta ahora, nadie ha dicho una maldita palabra que no sea «sin comentarios». Protegemos a los nuestros, y vosotros lo sois. Lo que hagáis en la privacidad de vuestra casa no le incumbe a nadie, y nadie tiene el derecho de sacarlo a la luz y juzgaros por ello.

—Claro que sí, joder —dijo la mecánica.

Dios bendiga a las ciudades pequeñas. Por problemática que fuese la red de cotilleos local, la gente siempre sabía cuando cerrar filas contra los forasteros. Gracias a Dios que estaban de nuestra parte. En caso contrario, el resultado habría sido desastroso.

—Pero es solo cuestión de tiempo que encuentren a alguien dispuesto a hablar —dijo la tercera mujer—. Tenemos muchos recién llegados que no entienden nuestras formas. Esa es la razón por la que le hemos pedido a Brianna que se pusiera en contacto contigo.

¿Qué hacía ahora? Mejor aún, ¿había algo que pudiera hacer para salvar la situación, para proteger a Cas? Si publicaban eso —y tenían fotos nuestras, besándonos, que aparecerían impresas por todas partes— no solo le dañarían a él, personalmente, sino también su reputación. Mucha gente tenía una fuerte opinión sobre los ligues esporádicos, ni qué decir entre dos hombres. Esta era su ciudad, su negocio. No todo el mundo sería tan comprensivo como esta increíble gente. Así que ¿qué podía hacer para minimizar las consecuencias?

No podía cambiar sus cicatrices. No es que quisiera hacerlo. Eran parte de él y le habían convertido en el hombre que era. ¿Por qué cojones querría deshacerme de ellas? La prensa no lo vería de ese modo, por supuesto, y le llamaría grotesco, lo que me enfurecía y me rompía el corazón a partes iguales, pero no podía controlar esa narrativa.

No. Lo único en lo que podría influir sería en el tono de artículo: la forma en la escribirían sobre nosotros y cómo describirían ese beso. Intentarían convertirlo en algo sucio, algo pecaminoso y despreciable. Y eso no podía tolerarlo. Puede que Cas no sintiese lo mismo que yo, pero no estaba dispuesto a apartarme a un lado y ver cómo abarataban lo que habíamos compartido.

Me aclaré la garganta y miré a todos los que se encontraban en la panadería.

—¿Por qué no les decís la verdad?

Y luego, les dije la verdad... Mezclada con una pequeña mentirijilla que no haría daño a nadie.

Armado con una masiva bolsa de bollos —una más que bienvenida ofrenda por compasión de Brianna—, me apresuré a mi casa, cogiendo las curvas a una velocidad ligeramente superior a la recomendada. Conseguí llegar de una pieza gracias al peso de mi nueva camioneta, que no se deslizaba fácilmente sobre la nieve, y corrí a la puerta.

—¿Ya has vuelto? —preguntó Cas cuando entré como una tempestad en el salón.

Era jodidamente bello. ¿Cómo se atrevían a llamarle feo? Tenía los ojos más impresionantes del mundo y nunca radiaban más que amabilidad. Y su cuerpo era una obra de arte que no me cansaría de admirar ni en un millón de años. Pero era su alma la que me había enamorado, ese espíritu noble y tierno, la forma en la que le gustaba cuidar de todos los que le rodeaban, incluido yo.

—¿Tiago? ¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo con esos periodistas que te he mencionado en el mensaje?

Tragué.

—Ha pasado algo, y no es bueno. He intentado limitar el daño lo mejor que he podido, pero aún van a escribir sobre ti. Y lo lamento mucho, por adelantado. Me enfurece no poder hacer nada para parar todo esto.

Dio un paso hacia mí, cogió la bolsa de bollos de mi mano y la dejó en la isla de la cocina.

—Empieza por el principio, cariño.

Me había llamado cariño de nuevo. Señor, adoraba cuando hacía eso. Se le escapaba de vez en cuando y ni siquiera estaba seguro de si era consciente de ello. Cada vez que lo decía, todo mi cuerpo cobraba vida, como si presionara un interruptor situado en lo más profundo de mi ser que encendía todas mis células.

Pero no podía entretenerme disfrutando de esa sensación. Tenía malas noticias que dar.

—Brianna tenía razón con lo de que la prensa está en la ciudad. He pasado por la panadería para que me diera más detalles y había un grupo de gente que se había cruzado con un fotógrafo y un reportero que estaban haciendo preguntas sobre mí. Sobre nosotros.

Cas palideció.

—¿Nosotros? ¿Cómo se han...?

—Nos hicieron unas fotos ayer mientras nos besábamos en el camino de entrada. No sé cómo me han encontrado aquí, pero han debido de estar acechando la casa.

—El registro público. —Cas dejó escapar un profundo suspiro—. Has comprado la casa y lo hiciste a tu nombre real. Ese es un registro público y cualquiera puede encontrarlo.

Por supuesto. No había pensado en ello. En retrospectiva, habría sido más inteligente crear una Compañía de Responsabilidad Limitada para comprar la casa, pero ahora, eso era agua pasada.

—Probablemente tienes razón, pero llegados a este punto, ya no importa. Lo importante es que tienen fotos. De nosotros. Besándonos.

—Mierda. ¿Y estás seguro de que van a publicarlas?

Asentí.

—Son demasiado jugosas como para no hacerlo.

—Asumo que ya saben mi nombre, teniendo en cuenta que está en mi camioneta —dijo Cas, llegando a la misma conclusión a la que había llegado yo antes.

—Sí. Y ahora están recorriendo la ciudad mostrando esas fotos a todo el mundo y pidiéndoles su opinión.

Cas frunció el ceño.

—¿Qué tipo de opinión?

—Parece que se están concentrando en dos cosas. La primera, es el ángulo homófobo de dos hombres liándose. Estoy convencido de que escribirán alguna mierda de esas sobre cómo los gays son incapaces de comprometerse en una relación seria y todo eso. Escarbarán en tu pasado y encontrarán a tu ex, y tendrán una lista completa de todos los hombres con los que me han ido

relacionando a lo largo de los años.

—Dios Santo —dijo Cas. Se llevó la mano a la nuca con una mueca de dolor—. Estoy convencido de que a Jonas le encantará la atención, pero a mí... no tanto. Y ¿cuál es la segunda cosa?

Posponer la verdad no la haría más fácil.

—Tus cicatrices —murmuré—. Están preguntando a la gente que qué piensan sobre que uno de los hombres más atractivos del mundo se líe con alguien como tú.

—Por supuesto. —Resopló—. Debería haber esperado eso. Voy a jugármela y a decir que han expresado esa última parte de forma muy distinta y han usado la palabra «feo».

—Lo siento mucho, Cas. —No podía soportar su tono calmado y sereno. Esto tenía que dolerle profundamente—. Nunca quise arrastrarte a esta mierda, y ahora que ha pasado me siento fatal.

—No es culpa tuya. No pediste nada de esto, y para serte sincero, sabía el riesgo que corría al liarme contigo. Solo que no esperaba que pasara tan pronto, ¿sabes?

—Me enfurece que se estén concentrando en eso. No eres feo, Cas. Para mí eres precioso, por dentro y por fuera, y desearía que hubiese alguna forma de convencerte de ello. Pero no la hay.

La sonrisa que me dedicó fue auténtica.

—Me alegra mucho que me veas así. —Su sonrisa se desvaneció y suspiró—. Así que ¿qué vas a hacer ahora? Asumo que lo negarás todo.

Inspiré profundamente.

—He dicho a todo el mundo que estoy enamorado de ti y que estamos juntos. Y que me he comprado esta casa para que estemos más cerca. Les he dicho que llevamos saliendo un tiempo, pero queríamos mantenerlo en privado, y que espero casarme contigo algún día. Van a volverse locos sobre lo romántico que es todo, y desvariarán sobre qué pareja más dulce hacemos y cómo se alegran por nosotros. Esa es la historia que va a tener la prensa.

Cas abrió la boca de par en par.

—¿Que has hecho qué?

Alcé la barbilla.

—No puedo cambiar cómo te describen, pero puedo influir en cómo etiquetan lo que tenemos. Tu reputación no debería verse empañada por unas acusaciones de promiscuidad, o como quiera que lo hubiesen escrito. Así que te he reclamado como mío. Mi novio, mi pareja. Y toda la gente de la ciudad les hablará de lo enamorados que estamos y lo felices que somos juntos, y les dirá que cuando hablo de ti tengo una sonrisa estúpida y estrellas en los ojos. Con suerte, eso evitará que publiquen algo sobre tus cicatrices. —Cas estaba petrificado en el sitio. No movió ni un músculo. ¿Eso era bueno o malo? Solo había mentido a medias, aunque él no lo sabía, claro—. ¡Oh! —añadí—, y probablemente, deberíamos bajar a la ciudad esta tarde para dar una vuelta y que nos vean juntos. Así podrán sacar algunas fotos románticas.

Aún no estaba seguro de lo que había pasado ni en qué momento había dado mi consentimiento para participar en esta charada, pero ahí estaba, caminando a lo largo de la calle principal con Tiago. De alguna forma, me había convencido de que saliéramos de compras, aunque aún tenía un millón de cosas que hacer en su casa. Además, ni siquiera había tenido un par de vaqueros limpios, aunque perdí ese argumento cuando decidió ponerse a lavarlos.

Me cogió de la mano y deambulamos por la ciudad entrando en todas y cada una de las tiendas por el camino. Acción de Gracias estaba a la vuelta de la esquina y la mayoría de los comercios ya habían decorado sus escaparates con motivos otoñales y de la cosecha. Era demasiado cursi para mi gusto, aunque tuve que admitir que creaba una agradable atmósfera.

Tiago compró algo en cada establecimiento. Eligió una cesta de Acción de Gracias en la tienda de alimentación de la familia Collins, llena de pavo y productos locales como huevos, pastel de calabaza y ajos. Por supuesto, era encantadora, pero también horriblemente cara, lo que nunca parecía ser una objeción para Tiago. Luego, les dijo que la donaran a una familia necesitada.

Nos pasamos media hora admirando la colección de la galería de arte, y tuve que reconocer que era asombrosa. Solo había entrado un par de veces en estos últimos años, pero sabía que cada mes cambiaban de temática. La que tocaba ahora era «El bosque», y tenían expuesta una increíble serie de fotos, pinturas y esculturas ambientadas en él.

Tiago compró un espléndido cuadro que mostraba un claro en mitad de un denso bosque. La luz del sol se filtraba por el follaje haciendo que los árboles cobraran vida, como si en cualquier momento fueran a aparecer seres mágicos por entre sus ramas. El artista había hecho un trabajo fantástico y Tiago se enamoró de él en cuanto lo vio.

La tienda de ultramarinos de Billy era mi segunda tienda favorita de la ciudad. Vendían todo lo que pudieses necesitar, además de un montón de cosas que jamás pensaste que podrías necesitar, pero que deseabas tener al instante. Era una maravillosa combinación de oficina de correos, farmacia, tienda de suministros, librería y las típicas cosas que podrías encontrar en una gasolinera.

Tiago investigó concienzudamente todas las estanterías, y luego, decidió comprar algunos «suministros para la nieve», como decidió llamarlos. Una robusta pala, una bolsa de sal, un raspador de hielo para los cristales y un paquete que contenía un par de gruesos guantes de invierno, una bufanda y un gorro de lana. Podría haber pedido todo eso a Amazon, pero le hacía

más feliz apoyar al comercio local, y le adoraba por ello.

—Vamos a tomar algo en el Doble F —sugirió Tiago.

Perfecta sincronización. No solo estaba sediento, sino que también tenía un poco de frío. Puede que ir de la mano fuese romántico, pero también exponía dicha mano a los elementos. Por lo visto, entrelazar los dedos no era lo mismo si llevabas guantes, o eso me había explicado Tiago, así que mi mano izquierda estaba congelada y la oportunidad de poder calentarla era más que bienvenida.

—Suena bien.

—Nunca entendí por qué lo llaman Doble F —dijo Tiago mientras nos acercábamos—. No es que sea mucho más corto que Four Foxes.

—Es una sílaba menos. Pero estoy de acuerdo, no merece la pena abreviarlo.

—¿Vienes mucho por aquí?

Me encogí de hombros.

—A lo mejor, cada quince días o así. Es más divertido en invierno cuando hay fútbol. Me gusta ver los partidos en el bar en lugar de solo en mi casa.

Sostuvo la puerta para mí y pasé por delante de él para entrar. El establecimiento estaba tranquilo para ser un domingo por la tarde, pero los Seahawks jugarían dentro de unas horas, y en ese momento, seguro que se abarrotaría. Nos acomodamos en una de las cabinas de la esquina, que ofrecía una vista privilegiada de todo el recinto.

El Doble F era todos los clichés en uno, y sin embargo, funcionaba. Tenía una barra cuadrangular en el centro, rodeada de enormes pantallas que proyectaban deportes a todas horas —Joder, incluso televisaban fútbol europeo—, el suelo era de madera y siempre estaba lleno de arañazos y pegajoso por los líquidos derramados, y las cabinas estaban igualmente sucias.

El noroeste del país era famoso por sus numerosas fábricas de cerveza artesanal, y el Doble F siempre contaba con, al menos, veinte cervezas locales, que era prácticamente lo único que cambiaba en el establecimiento. El menú no había sido modificado ni una sola vez desde que llegué a la ciudad, ofreciendo los platos típicos de hamburguesas grasientas y frituras varias. Las alitas de pollo estaban ricas, las hamburguesas eran decentes y los *Fish and chips* eran horribles a un nivel Dios. La última vez que los comí, terminé venerando la porcelana durante varias horas. Nunca más.

—Dios, creo que el menú no ha cambiado en treinta años —dijo Tiago mientras sostenía la grasienta carta plastificada entre el índice y el pulgar.

—Si quieres comer algo, te recomiendo las alitas de pollo. Están bastante buenas y vienen con un montón de salsas distintas.

Tiago dejó la carta sobre la mesa.

—Alitas de pollo, entonces. ¿Quieres compartir?

—¿Compartir? ¿Un plato de alitas? —Resoplé—. Me como dos yo solo.

Él rio suavemente.

—De acuerdo, entonces compartiremos una porción enorme de lo que sea. Es más divertido compartir.

Más romántico, quería decir, lo que fue otro recordatorio de la verdadera razón por la que estábamos ahí. No tenía derecho a cabrearme; no, cuando estaba haciendo todo esto para protegerme —a mí y a mi reputación—, pero odiaba mentir. Siempre lo había odiado, pero me había vuelto más sensible a ello tras Jonas. Descubrir que no solo me había sido infiel, sino que me había mentado cada vez que habíamos hablado sobre nuestro futuro juntos, había sido devastador. Nada de lo que habíamos compartido había sido real, y eso dolió mucho más que

todos los hombres con los que se había acostado.

Así que, el que Tiago se inventara una historia sobre estar enamorado de mí y querer casarse conmigo... Bueno, no lo estaba digiriendo bien. Entendía la razón tras ello, y joder, adoraba el esfuerzo que estaba haciendo para que nada de esto me afectara, pero lo odiaba. Y no estábamos mintiendo a una persona, sino a toda la ciudad. Básicamente, al mundo entero.

Ni siquiera quería pensar en la cantidad de gente que leería ese artículo, pero teniendo en cuenta que su fama era mundial, no sería aventurado decir que nuestras fotos estarían en todas partes. Así que todo el mundo creería que Tiago estaba enamorado de mí, cuando, en realidad, no lo estaba. ¿No?

Aunque, si era honesto conmigo mismo, hacía un tiempo que esa etiqueta de «amigos con derecho» se había vuelto un poco confusa. Muchas de las cosas que habíamos hecho entraban en la categoría de novios. Había debatido conmigo mismo si debería o no sacar a relucir el tema, pero me había decantado por no hacerlo. Y luego, todo esto había pasado y ahora, planteárselo solo complicaría aún más la situación. Pero ¿acaso importaba, llegados a este punto?

—Oh, Señor, esperaba encontrarme con vosotros en algún momento —dijo efusivamente Darcy, la camarera, cuando se acercó a tomar nuestro pedido—. Hacéis una pareja de lo más encantadora.

—Gracias. —Tiago alargó una mano sobre la pegajosa mesa y agarró la mía—. Estoy muy orgulloso de que sea mío.

Darcy le dio una palmadita en el hombro.

—Has conseguido a un buen hombre. Renovó el sótano de mi hermana y ha quedado increíble.

Vaya, no había esperado que dijese eso. De hecho, había esperado que me dijese lo afortunado que había sido por agenciarme a Tiago. Después de todo, él era el partido.

—Cas es un hombre maravilloso. —Tiago me lanzó una mirada que solo podría haber descrito como acaramelada. Tenía mucho talento actuando, lo que no debería haberme sorprendido. ¿No era el modelaje una forma de actuación? Era vender un producto, al fin y al cabo.

—¿Qué puedo traeros? —sonrió ella.

Pedimos algo de comer y una cerveza artesanal para cada uno.

Una vez Darcy se hubo alejado, Tiago señaló la masiva bandera del orgullo que colgaba sobre la barra, un inesperado elemento decorativo del Doble F.

—Eso es nuevo —comentó.

—¿Conoces a Jack, el dueño?

Tiago negó con la cabeza.

—En mi época, el tipo que dirigía este bar se llamaba Gus.

—Debió de venderlo. De igual forma, el dueño actual es Jack Sobieskey, y por lo que tengo entendido, lleva siéndolo desde hace mucho tiempo. Siempre tuvo la actitud de «haz lo que quieras, pero no me lo restrigues por la cara» en lo referente a las causas LGTB+. Pero luego, su hijo salió del armario y dio un giro de ciento ochenta grados. Ahora es uno de los mayores defensores de los derechos del colectivo, y tengo que decirte que nunca deja de sorprenderme.

—Vaya, es maravilloso oír eso. Es interesante ver cómo cambia la actitud de la gente cuando se convierte en algo personal. En mi trabajo, he visto a muchas personas que tenían opiniones neutras sobre ciertas cosas, pero que dieron un giro radical cuando ellos mismos tuvieron que enfrentarse al problema, o vieron que tenían que hacerlo sus seres queridos.

Asentí.

—No recuerdo dónde lo vi por primera vez, pero por ahí siguen estando las vallas publicitarias con el lema de «Ten cuidado a quien odias porque podría ser alguien a quien quieres». Eso lo resume a la perfección. Supongo que es muy fácil odiar a los gais, pero cuando es tu propio hijo se convierte en una historia completamente distinta.

—Ciertamente, la actitud de mis padres cambió cuando se enteraron de que Tomás y yo éramos gais. Mi madre es católica, así que no tenía una opinión muy positiva de la homosexualidad, pero cuando se lo dijimos, dejó de lado todos sus prejuicios y nos aceptó plenamente. Nunca dijeron una mala palabra sobre nosotros por nuestra orientación sexual.

Antes de que pudiera responder, Darcy apareció en nuestra mesa con las cervezas.

—Aquí tenéis. —Se inclinó hacia nosotros—. ¿Esos periodistas que están dando vueltas por la ciudad? Acaban de entrar. Pensé que deberíais saberlo. —Se irguió de nuevo y nos guiñó un ojo—. Os traeré la comida en seguida.

El plan de Tiago había funcionado, entonces. Me había comentado que, casi con toda probabilidad, la prensa mantendría vigilada su casa y su camioneta, esperando captarnos de nuevo para obtener más fotos. Aunque nunca habría imaginado que entrarían en el Doble F.

—¿Quieres bailar? —preguntó Tiago.

—¿Qué?

Tiago hizo un gesto hacia la pista de baile situada en una de las esquinas. La esquina opuesta tenía una mesa de billar y una máquina de dardos. Cada jueves, a las ocho, el Doble F albergaba la danza en línea, y al menos veinte personas se veían arrastradas a la pista todas las semanas. No era de extrañar, en una ciudad donde la danza en línea era el culmen del entretenimiento entre diario a menos que hubiese algún partido importante. Yo había participado algunas veces, pero había descubierto que no era lo mío.

—¿Quieres bailar conmigo? —pregunté anonadado—. ¿Ahora?

—Hay música, ¿no?

La dieta habitual de rock y country sonaba por los altavoces; agradable, por supuesto, aunque tan predecible como todo lo demás. Aun así, había algo que decir sobre las cosas familiares y predecibles, y el Doble F nunca podía quejarse de la falta de clientela.

Pero bailar con Tiago en un sitio como este significaba asumir un riesgo masivo, a pesar de lo aliado que pudiera ser. Yo estaba fuera del armario, y los que me conocían sabían que era gay, pero bailar con otro hombre delante de todos era algo completamente distinto. ¿Estaba la ciudad preparada para eso? ¿Lo estaba yo? Era curioso cómo había afirmado con tanta seguridad que jamás volvería a esconderme, y sin embargo, vacilaba a la hora de hacer algo tan sencillo como bailar, cosa que nunca me habría pasado con una mujer.

—No tienes que hacerlo —dijo suavemente Tiago.

Me cuadré de hombros.

—No. Quiero hacerlo.

Tiago se levantó y extendió una mano hacia mí. Cuando la acepté, algo hormigueó en mi estómago. Sentí todos los ojos del bar sobre nosotros mientras avanzábamos hacia la pista de baile. Joder, esto me estaba destrozando los nervios. Tiago tiró de mi mano, obligándome a girar sobre mí mismo hasta que nuestros pechos chocaron, y luego, me apretó contra él y empezamos a bailar. Como si bailar con un humilde contratista local un domingo por la tarde en un bar de Forestville, Washington, fuese la cosa más natural del mundo para el modelo de fama mundial Tiago Banner.

En algún momento, durante el baile, la verdad me golpeo con tal fuerza que me tropecé con sus pies. Estaba enamorado de ese hombre. Me había enamorado de Tiago Banner. Hasta el

fondo. No del modelo, ni de la celebridad que conocía el mundo, sino del tierno hombre que yacía debajo, con su vulnerabilidad, su sentido del humor, su generosidad y esa forma en la que siempre intentaba complacer a los demás, incluso cuando le costaba caro. Le amaba por su determinación a la hora de decidir que quería construirse un futuro aquí, por sus ganas de aprender y por el modo en que había abrazado la vida en una pequeña ciudad. Y le amaba por la forma en la que me trataba, porque era abierto y sincero, por la belleza que veía en mí, incluso cuando yo era incapaz de verla.

Había olvidado por completo que todos nos estaban mirando, incluida la prensa. Lo único que veía era a Tiago y esos intensos ojos castaños clavados en mí. Como si... Como si, a lo mejor, no todo fuese una mentira. ¿Realmente era tan buen actor? ¿O estaba imaginándome cosas porque había descubierto cuánto significaba para mí?

Joder. Ahora estaba más confuso aún.

Mi plan había funcionado exactamente como había esperado. Al día siguiente de que apareciese la prensa, los artículos sobre nosotros comenzaron a abarrotar Internet, y entrada la semana, las revistas en papel les siguieron. En lugar de enfocarse en el sexo sucio y las cicatrices de Cas, hablaban de cómo, al fin, había encontrado el amor en la persona menos esperada posible. Podía vivir con eso, dado que, por una vez, estaban jodidamente cerca de la verdad.

Por supuesto, habían mencionado la considerable diferencia de edad y algunas revistas habían publicado desagradables comentarios de supuestos «amigos cercanos» que decían que no duraríamos un asalto o que habían visualizado a alguien mucho más guapo para mí. No tenía amigos cercanos que hablaran con la prensa —al menos, sin que yo lo supiera—, y cualquiera que les proporcionara un comentario como ese desaparecería inmediatamente de mi lista de contactos. Supuse que los periodistas, de nuevo, habían usado una interpretación muy libre de la palabra «amigo», y la cita probablemente provenía de algún tipo al que me había follado hacía diez años o un aspirante a modelo celoso. Lo que fuera.

Teniendo todo en cuenta, las consecuencias habían sido mínimas, e incluso Tomás me reconoció lo bien que había manejado la situación, aunque se mostró un poco ofendido por que no lo hubiera consultado con él antes. Lo cierto es que ni siquiera se me ocurrió, y cuando la importancia de ese hecho caló, me sorprendió. Antes, mi primera llamada habría sido a mi hermano, así que ¿por qué había decidido resolver esto por mi cuenta y ejecutar una estrategia sin comentarle nada? Ni siquiera le había llamado después, aun sabiendo que ya debería haber amanecido en Europa.

Aún estaba furioso por que hubiesen mencionado las cicatrices de Cas, y algunas de las imágenes que habían usado los medios se habían concentrado en ellas, pero la reacción general del público había sido favorable. Las fotos donde salíamos bailando en el Doble F habían funcionado muy bien, y mucha gente comentó lo obvio que era que estábamos enamorados.

Basándome en esas fotos, tuve que admitir que uno sí que podría pensar eso. Una de ellas nos mostraba mejilla contra mejilla y la otra mirándonos profundamente a los ojos. Por mi parte, solo había tenido que liberar mis verdaderos sentimientos, pero ¿y Cas? ¿Había estado actuando? ¿O podía atreverme a albergar esperanzas de que, a lo mejor, estaba empezando a encariñarse conmigo?

—¡El suelo está terminado! —gritó Cas.

Cuando me acerqué, Cas estaba en el umbral de la puerta que daba al salón, inspeccionando

su trabajo. Había terminado de barnizar el suelo, así que ahora no podíamos pisarlo hasta que se secara por completo. No era un gran problema. Estaba planeado, y habíamos almacenado algo de comida en una neverita que había comprado para el garaje.

Me apreté a su lado y examiné la reluciente madera.

—Tiene un aspecto increíble. No me puedo creer lo bien que ha quedado.

Me lanzó una sonrisa de felicidad.

—Te dije que este suelo iba a ser una sensación. Y mañana, podemos empezar a montar el mobiliario para colocarlo.

IKEA había entregado todo lo que había comprado en la tienda, más unas cuantas cosas que había pedido online una vez tuve más claro lo que quería. Habíamos montado los muebles de mi dormitorio y ensamblado todo lo que iría en la oficina, pero las cosas del salón y la habitación de invitados aún estaban almacenadas en el garaje. El gimnasio lo habíamos dejado para el final, y aún no me había puesto a buscar el equipamiento deportivo. Con todas las horas que estaba invirtiendo en la casa, no necesitaba el ejercicio extra, de igual forma.

—Eso significa que estará listo para Acción de Gracias —sonreí. ¿Y no era una sincronización excelente? Ya había invitado a mis amigos, y había esperado poder mostrarles la casa finalizada—. Tú también vendrás, ¿verdad? —Le había mencionado algo la semana pasada, pero aún no me había confirmado asistencia.

Cas se apartó de la puerta y se inclinó contra la pared, sin desviar la mirada de mí.

—¿Estás seguro de que me quieres aquí? Puede que mi presencia sea incómoda, aunque solo sea por la edad.

Ansiaba decirle la verdadera razón por la que le había invitado, pero no podía. No, hasta cerciorarme de que sentía lo mismo que yo. A veces, le pillaba mirándome con una expresión que me daba esperanzas, pero nunca había mostrado un mínimo indicio de nada, así que no estaba seguro. Le gustaba; al menos, eso estaba claro. Y encajábamos muy bien. A lo largo de estas semanas que habíamos pasado juntos en mi casa no habíamos discutido ni una sola vez, pero eso también podía ser el comienzo de una buena amistad, no necesariamente algo más.

—He invitado a mis amigos más cercanos, y eso te incluye a ti. No te preocupes por los demás. Les gustarás tanto como a mí.

Se apartó la polvorienta gorra de béisbol y se rascó la barbilla.

—Bueno... Jess lo celebrará con su familia y ha invitado a Sam. Es la primera vez que la he visto tan emocionada por algo desde que llegó aquí, así que he apoyado la idea.

—Exacto. Entonces, ¿qué harás? No puedes quedarte solo; no, cuando te he invitado aquí. —Hice una pausa—. ¿Crees que a Jess le gusta Sam?

Cas frunció el ceño.

—Eso espero, teniendo en cuenta que son amigas. Ah, espera, te referías a... —Sus ojos se abrieron de par en par—. Ni siquiera me lo había planteado.

—Puede que me equivoque, pero has dicho que han intimado bastante rápido. Es normal invitar a tus amigos a tu casa por Acción de Gracias, por supuesto, pero... ¿crees que podría ser algo más que eso?

Se encogió de hombros.

—Puede. No me lo había planteado porque, hasta donde yo sé, Sam es hetero. Pero la gente cambia, supongo. A lo mejor es una flor tardía en ese aspecto. Tendremos que esperar a ver.

Aprecié que ni siquiera se planteara el interrogar a su hermana o a su amiga sobre el tema. Mucha gente lo habría hecho, y siempre me había parecido una presión innecesaria. Mostrar interés estaba bien, pero algunas personas se hiperconcentraban en las relaciones, como si

cualquiera que estuviese soltero fuese un solitario infeliz, cuando en muchísimas ocasiones no era el caso. Yo siempre había sido un soltero muy feliz. Hasta ahora.

Cas se frotó la nuca con una mueca.

—¿Músculos tensos? —pregunté.

—Sí. Tantas horas de rodillas en ese suelo tienen sus consecuencias.

Me tragué todas las insinuaciones que pasaron por mi cabeza. Demasiado fáciles.

—¿Qué te parece un baño caliente antes de comer algo?

Gruñó.

—Eso suena espectacular.

—Venga, vamos.

Pusimos rumbo a mi dormitorio y al llegar, Cas se deshizo de la ropa sucia y la lanzó al cesto destinado a ella. Fue un gesto pequeño, diminuto, pero me transmitió que se sentía como en su hogar y confiaba en que hiciera la colada. Lo adoraba.

Toqueteé el selector de temperatura hasta tenerlo como me gustaba, lancé unas sales con aroma a lavanda a la bañera y dejé que se llenara.

—¿No vienes? —dijo Cas, hundiéndose en el agua con un suspiro de felicidad.

Le había ofrecido darse un baño solo, pero si quería compartirlo conmigo, no iba a rechazarlo.

—Sí, solo quería asegurarme de que la temperatura era la correcta. —Me quité la ropa y la lancé al cesto sobre la de Cas. La bañera era lo suficientemente amplia para dos hombres adultos y el comentario de Marnin sobre todas las guarradas que podría hacer en ella apareció en mi mente—. Siéntate entre mis piernas. Te haré un masaje en el cuello.

—Oh, Dios, sí, por favor.

Afortunadamente, nuestro ajuste de posiciones no creó una inundación menor. Cas se acomodó entre mis piernas y se hundió contra mi pecho, apoyando la cabeza sobre mi hombro.

Reí suavemente.

—Si te pones así, no podré acceder a tu cuello.

—Puedo esperar unos minutos. Esto es muy relajante.

Le envolví entre mis brazos y cuando cerró los ojos con un suave gemido de placer, sonreí. Cogí la esponja y vertí algo de gel de una elegante marca sobre ella. Ese líquido era vergonzosamente caro, pero era bueno para la piel y la mantenía hidratada. Además, olía de forma exquisita.

Deslicé la esponja por el brazo derecho de Cas, frotando hasta tenerlo completamente limpio y luego, me moví al siguiente. Pude acceder a su pecho y a su tripa y los suspiros que dejó caer me indicaron lo mucho que lo estaba disfrutando. También su pene, que comenzó a hincharse y se agitó a cada movimiento de mi mano. Cas no parecía consciente de ello, o si lo era, estaba más que satisfecho ignorándolo, así que yo también me desentendí de él. De momento.

Antes de que pudiera pedírselo, alzó una pierna, y la limpié tan bien como pude, seguida de la otra. Tenía la espalda pegada a mi pecho, así que eso no funcionaría, lo que dejaba su entrepierna. No es que fuera a usar la esponja para ella. La lancé al agua y deslicé la mano derecha por su costado en dirección sur. Tuve que inclinarme un poco hacia delante para llegar a su pierna derecha, y la izquierda estaba completamente fuera de mi alcance, pero no era un problema.

Sentí sus músculos contrayéndose bajo mis dedos. Adoraba sus muslos. Eran como troncos de árbol, gruesos y robustos. Nunca había sido un fetichista de piernas, pero las de Cas, definitivamente, provocaban algo en mí. Eran fuertes y poderosas, y tenían un aspecto increíble

cuando me follaba.

A lo mejor, podría grabarnos algún día. Me encantaría verle desde un ángulo diferente mientras me embestía con esa masiva polla suya. No era algo que fuese a sugerir ahora, pero podría sacarlo a colación más tarde.

Acaricié su entrepierna, descendiendo lentamente hasta que mis dedos encontraron sus pelotas. Las cubrí con mi mano y las amasé suavemente, dejando que la jabonosa agua hiciera su trabajo. Cuando envolví su erección, gimió, pero no abrió los ojos. Mordisqueé el lóbulo de su oreja, que estaba ahí, justo frente a mi boca, mientras agitaba su pene con una ligera presión, más como una caricia que para excitarlo.

Mi pulgar encontró la punta y la masajee. Su pene parecía una barra de acero y sin embargo, la piel era suave como la seda. Acaricié, froté, presioné, y lo abandoné solo para jugar con él de nuevo. Era enorme. Cada vez que le veía erecto se me hacía la boca agua. Pero esta vez, no se trataba de mí.

Cas entreabrió los labios y los gemidos comenzaron a caer de ellos. Cuando succioné el lóbulo de su oreja, se estremeció. Era sensitivo en el cuello, había descubierto, y dejé un reguero de besos en su piel mientras descendía hasta su hombro.

Mi mano izquierda no estaba haciendo nada, pero podía ponerla a trabajar también. La deslicé por su cintura y comencé a acariciar el vello de su pecho.

—¿Tu objetivo es volverme loco? —gruñó Cas—. Porque si lo es, lo estás consiguiendo.

Reí.

—Mi objetivo es explorar tu cuerpo. Volverte loco es una placentera consecuencia.

Cas murmuró algo muy parecido a «capullo» y sonreí. Normalmente no se quejaba, pero la forma en la que estaba refunfuñando por la lentitud de mis caricias era encantadora. No es que fuese a acelerar. Joder, no. Estaba disfrutando demasiado con esto.

Seguí acariciándolo a un ritmo pausado, dejando que sintiera cada toque, cada presión de mi mano. Mi cuerpo me suplicaba que acelerara, que empezara a prepararme para aceptar esa gloriosa polla en mi culo o en mi boca, pero eso habría significado moverme, y no quería arruinar la forma en la que Cas descansaba entre mis brazos. Adoraba que se rindiera a mí, y a estas alturas, ya sabía que no era habitual que renunciara al control.

Cas gimió de nuevo, suplicante esta vez.

—Cariño... por favor...

Señor, cuando me llamaba así me convertía en plastilina en sus manos.

Aumenté la presión y la velocidad de mi mano, y la respiración de Cas se aceleró.

—Joder, joder, joder... Sí, por favor... Jodidamente cerca...

Sus músculos se tensaron y lanzó la cabeza hacia atrás, estremeciéndose. Un rastro de semen salió disparado de su polla, aterrizando en el agua y sobre mi mano, y me limité a sostener su cuerpo, esperando a que bajara de su nube mientras le besaba el cuello.

Cas abrió los ojos.

—Eso ha sido... —Calló—. Ni siquiera tengo palabras.

—No las necesitas. —Sonreí—. Venga, vamos a sacarte de la bañera. —Cuando le ayudé a salir, estaba tan dócil como un cordero. Le sequé con una mullida toalla y luego, hice lo propio conmigo, aunque más rápido—. Venga, cariño. A la cama.

—Necesito comer algo antes —protestó débilmente.

—Te haré algo cuando te despiertes. Estás exhausto.

A lo largo de los últimos días se había dejado el culo trabajando en la casa, intentando que estuviese terminada para Acción de Gracias.

—¿Cocinarás para mí? —Rio suavemente mientras se deslizaba entre las sábanas aún desnudo—. Esa es una de las señales del Apocalipsis, ¿verdad?

—Prometo no envenenarte.

—Mmm... Eso estaría bien. —Sus ojos ya se estaban cerrando de nuevo, pero parpadeó y los abrió de repente—. ¿Te quedas?

¿Quería que me quedase con él? Señor, mi pobre corazón.

—Por supuesto. —Me deslicé bajo las sábanas a su lado, y antes de darme cuenta, tenía a Cas entre mis brazos, con la cabeza sobre mi hombro y el brazo rodeando mi cintura.

—Esto está mejor —susurró. Bostezó y cayó como un tronco.

Y mientras los copos de aguanieve seguían cayendo en el exterior, visibles contra la luz de la luna que asomaba por entre las nubes, sostuve a Cas entre mis brazos y me atreví a soñar con un futuro juntos, uno en el que podría tenerlo ahí muchas más noches. Uno en el que podría levantarme a su lado todas las mañanas, en el que me haría la comida mientras se burlaba de mi absoluta falta de talento culinario. Uno en el que tendríamos un perro o, a lo mejor, un gato; cultivaríamos plantas aromáticas en la cocina, invitaríamos a nuestros amigos y celebraríamos barbacoas en la terraza. Uno en el que envejeceríamos juntos.

Joder, ahora mi corazón dolía.

Había esperado terminar la renovación para Acción de Gracias, pero ese objetivo había resultado ser muy ambicioso. Como siempre, me había topado con algunos problemas que habían retrasado mi agenda, así que aún faltaba uno de los baños y la habitación de invitados. Además, la terraza necesitaba una buena obra, pero no podría ponerme con ella hasta entrada la primavera. Ya había advertido a Tiago de que no la usara hasta entonces, dado que ni siquiera había tenido la oportunidad de comprobar la integridad de su estructura y cuánto peso podía aguantar. Sabía que no debería darme problemas —teniendo en cuenta que el Doc Everett la había usado para hacer barbacoas hasta el día antes de mudarse—, pero no iba a jugármela.

Todo lo demás, estaba hecho, y para ser sincero, estaba increíblemente orgulloso del aspecto final. El salón y la cocina, especialmente, me llenaban de gozo. Pulir y barnizar el suelo había sido un trabajo masivo, pero Señor, el resultado era alucinante. Y la pared que había empapelado había quedado perfecta. Había hecho muchas reformas en mi vida, pero nunca de una vivienda entera, y la transformación no era nada sino deslumbrante. La casa estaba irreconocible.

El mobiliario que habíamos elegido encajaba maravillosamente. Nos habíamos pasado dos días enteros montando muebles, riéndonos con las instrucciones y viendo varios vídeos explicativos en YouTube para entender cómo cojones se hacía. Habíamos conseguido terminarlos sin que nos sobrara ninguna pieza, y lo que había parecido una mezcolanza de estilos y adornos varios, se había convertido en algo armonioso, como si los hubieran hecho específicamente para esa casa. Parecía un sueño.

Para mi satisfacción, Tiago se había decantado fuertemente por un estilo setentero y había abrazado todas las sugerencias que le había dado. Eso había facilitado enormemente mi trabajo y me había proporcionado una buena dosis de orgullo, no podía negarlo. No es que me desagradaran aquellas obras en las que tenía que instalar algo pequeño o ajeno a mi gusto, pero ¿una casa como esa? Había hecho fotos de todo el proceso y ese era el tipo de reforma con la que podría alardear en mi página web, esperando atraer clientela.

La cocina, por ejemplo, había sido un agujero negro con anticuados armarios de madera oscura y deslustradas paredes. Cambiar las encimeras y pintar los muebles había funcionado exactamente como lo había visualizado. Ahora era un espacio luminoso, de un blanco crudo, y había instalado unos azulejos frente al fogón con distintas tonalidades de verde que se difuminaban de más oscuro a más claro. La isla, que habíamos pedido a medida, era de ensueño, tanto para la vista como para su uso, y cada vez que cocinaba para Tiago me deleitaba en lo

bonita que era.

Lo sorprendente es que había empezado a sentir esa casa como mi hogar; a lo mejor, porque había participado en todas las decisiones y había hecho la mayor parte del trabajo. Adoraba mi casa, y estaba muy orgulloso de lo que había creado allí, pero esta también había empezado a significar mucho para mí. No tanto como su dueño, por supuesto, pero había invertido mucho más que mero tiempo en esta obra; también había dejado una parte de mi alma.

Estaba deseando ver cómo reaccionarían sus amigos, aunque no podía deshacerme de los nervios por la perspectiva de volver a verlos. Eran las personas más cercanas a Tiago, y me sacaban más de diez años, pero Tiago me había querido aquí. ¿Qué cojones estaba haciendo aquí? No tenía ni idea, pero había sido incapaz de negarme; no, cuando me miraba con esos ojos de cachorro. Además, con Jess y Sam celebrando Acción de Gracias en otro lado, no es que tuviese una alternativa más atractiva.

La alarma de movimiento de Tiago saltó y alzó la mirada desde donde estaba sentado en el sofá.

—Están aquí. ¿Estás preparado? —Se dirigió a la puerta.

—Claro. —Por supuesto que no lo estaba.

Unos segundos más tarde, llegó un eco de voces del pasillo y sonreí cuando Tiago pidió a todos que se quitaran los zapatos para que no le ensuciaran el suelo. Tenía el clásico comportamiento de nuevo propietario y lo adoraba. Siguiendo mi recomendación, había comprado unas sencillas zapatillas de andar por casa para los invitados; de esa forma, podrían mantener los pies cálidos independientemente de los calcetines que llevaran. Los locales habrían sabido cómo abrigarse, pero no confiaba mucho en el resto, incluido su hermano.

—Madre mía —dijo Auden. Reconocí su voz al instante y un segundo después entró en el salón silbando entredientes—. No puedo creer lo que ven mis ojos. Esto es precioso.

—¿Verdad? —dijo Tiago lleno de orgullo—. Estoy completamente enamorado de todo. Cas ha hecho un trabajo brillante.

—Ya te digo —dijo Auden—. Sabía que era bueno en su trabajo, pero esto es un nivel superior. ¿No estáis de acuerdo, chicos?

Había estado esperándolos de pie, en la cocina, no queriendo actuar como si fuera el dueño de la casa, recibiendo en la puerta al lado de Tiago, y ahora, todos ellos aparecieron a la vista, girando sus cabezas mientras absorbían el entorno.

—La diferencia entre el antes y el después es extraordinaria —dijo Tomás.

Por alguna razón, ese cumplido significó mucho para mí. No estaba seguro de por qué, pero quería caer bien al hermano de Tiago, aunque solo fuera porque apreciara mi trabajo.

Tiago extendió la mano hacia mí y mi estómago dio un brinco. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se daba cuenta de lo que parecía? No tenía intención de continuar con la charada delante de sus amigos, ¿verdad? Aun así, cogí su mano y permití que me arrastrara hacia delante. Pasó un brazo por mi hombro y me apretó contra su cuerpo. Oh, si solo esto fuese real, si pudiéramos recibir a los invitados como pareja...

—Y aquí está el hombre del momento —dijo Tiago—, el responsable de todo esto. Se unirá a nosotros para celebrar Acción de Gracias.

Tomás abrió los ojos casi cómicamente haciendo un extraño ruido y Marnin me sonrió de par en par.

—Me alegra verte de nuevo, Cas. —Auden me dedicó una amistosa sonrisa—. Y también me alegro de que vayas a celebrar las fiestas con nosotros.

—Es... Es un placer —balbuceé. ¿Qué otra cosa podía decir?

Debería haber preguntado a Tiago cuál era su plan, cómo quería jugar esto con sus amigos. No se me había ocurrido que quisiese mantener la farsa de que éramos novios, pero sus acciones indicaban que esa era exactamente su intención. Sería mejor que le siguiera el juego y no dijera ni una jodida palabra, sin importar lo mucho que quería hablar.

Joder, quería agitarle hasta que sus dientes entrechocaran y preguntarle qué cojones estaba haciendo. Mentir a la ciudad —y al mundo— era una cosa, pero ¿mentir a sus amigos? Cuando descubrieran la verdad se enfurecerían con él, y tendrían todo el derecho, además. Pero a lo mejor, se me estaba escapando algo. Después de todo, estos hombres compartían un lazo de amistad desde antes de que yo naciera.

Y a lo mejor, estaba más dolido de lo que debería porque ahora era consciente de lo que sentía por él. Pretender era mucho más difícil cuando ya no estaba pretendiendo. Y Tiago seguía pretendiendo, ¿verdad?

—Dejad que os enseñe el resto —dijo Tiago, como si hubiese notado algo de tensión en el salón—. Aún falta por terminar un baño y la habitación de invitados, pero el resto tiene un aspecto increíble.

Salió del salón y sus amigos le siguieron.

Suspiré largamente, intentando liberar la tensión que se había acumulado en mis hombros, y luego, les seguí.

Tiago nos guio habitación por habitación, cantando alabanzas sobre cómo le había sugerido esto o había descubierto aquello, y si no le hubiese conocido mejor, habría dicho que sonaba como un novio orgulloso. Señor, iba a ser un día muy largo.

Tras todos los «oooohhh» y «aaahhhh» durante el recorrido, volvimos a la cocina.

—No estoy seguro de qué me gusta más, si la cocina y el salón, o el baño principal —dijo Auden dándome una palmada en el hombro—. Has hecho un trabajo excelente, Cas.

—Gracias. Estoy eufórico por cómo ha quedado todo.

También estaba eufórico por que mi cerebro no hubiese decidido abandonarme y mis neuronas estuviesen trabajando lo suficiente como para elaborar frases coherentes. Decir que su compañía me intimidaba habría sido un eufemismo, y eso había sido antes de toda la confusión que me estaba generando la actitud de Tiago. No tenía ni idea de qué pensar de ello, y lo único que podía hacer era dejarle llevar las riendas y seguirle la corriente.

Marnin escudriñó el interior del horno.

—No quiero ser un desagradecido, pero no veo el pavo. Por favor, dime que tienes comida de verdad para nosotros.

Tiago rio.

—Por supuesto que tengo comida, pero no creerás que he sido tan estúpido como para ponerme a cocinarla, ¿verdad?

Sus amigos rieron, Marnin incluido.

—Uno puede tener esperanzas. El que nos hayamos presentado aquí de igual forma es una enorme demostración del cariño que te tenemos.

Tiago sonrió.

—Cas me habló de un pequeño negocio familiar en Seattle que organiza *caterings* para eventos. Hice un pedido para que nos prepararan un menú completo de Acción de Gracias para seis personas y lo recogí ayer. Tiene de todo, y lo mejor es que solo tengo que calentarlo. Toda la buena comida, toda la diversión y nada de trabajo. Lo único que he hecho ha sido preparar unos aperitivos, y eso ha sido bajo la atenta supervisión de Cas.

—¡Otro punto más para Cas! —sonrió Marnin—. Puede que nos haya salvado de una

intoxicación alimentaria.

A pesar de la broma, me miró de una forma extraña, con esa inquisitiva mirada que parecía querer escarbar en mi alma. ¿A qué venía eso? Tiago me había dejado claro que lo único que habían compartido era sexo, y yo no tenía problemas con ello. ¿Cómo podría, si Tiago y yo teníamos un acuerdo similar? Pero la forma en la que Marnin me estudiaba era intensa, como si quisiera comprobar si era lo suficientemente bueno para su amigo.

—¿Vino, alguien? —preguntó Tiago.

Tras una ruidosa aprobación colectiva, sus amigos empezaron a tomar asiento en el área hundida.

Aproveché la oportunidad para seguir a Tiago hasta la cocina —bajo el pretexto de ayudarlo—, y en cuanto llegamos, le aparté a un lado para ocultarnos del resto de miradas.

—¿Qué estás haciendo? —susurré.

Él frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Pasa algo?

Oh, Señor, estaba genuinamente confuso. No tenía ni idea de lo que estaba hablando. Casi me hizo dudar de mí mismo, pero no me había imaginado la forma en la que me estaba tratando, ¿verdad?

—Te estás comportando como si estuviésemos juntos.

—Pero lo estamos.

Negué rápidamente con la cabeza.

—No. Estamos pretendiendo estar juntos. Gran diferencia. ¿Por qué querrías mantener la farsa frente a tus amigos?

Tiago abrió la boca y la cerró de nuevo. Un cúmulo de emociones pasó por su rostro.

—Tengo mis razones, pero... lo siento. Debería haberte preguntado si te parecía bien. ¿Te molesta?

¿Qué podía decirle? ¿Que era deshonesto? Había cosas mucho peores en el mundo que hacerse pasar por el novio de un supermodelo. ¿Que era incómodo? Ninguno de sus amigos me había hecho sentir extraño o, de alguna forma, inferior, y estaba agradecido por ello. Y no podía explicarle el motivo real por el que esa farsa me molestaba tanto sin que se me escapara más información de la que estaba preparado para compartir en ese momento.

—No pasa nada. Pero la próxima vez, habla antes conmigo, ¿de acuerdo? Es... confuso.

La mirada de Tiago se suavizó.

—Lo sé.

Antes de que me diese cuenta de lo que estaba pasando, se inclinó y me besó en los labios. Una última e intensa mirada de esos preciosos ojos castaños y se apartó para preparar las bebidas.

Confuso, en efecto.

Tiago sirvió el vino y emplató algunos de los aperitivos que habíamos preparado juntos y luego, nos acomodamos en el salón con el resto.

—¿A qué te dedicas? —pregunté a Marnin.

—Soy Director Técnico en la empresa LeClerc Robotics de Seattle.

—Ah, esos son los que hicieron el *MowBuddy*, ¿verdad? —Me había agenciado una de esas elegantes máquinas cortacésped y hacían un trabajo formidable en mi pequeño jardín. Valía cada centavo.

Marnin asintió.

—*Sip*, esos somos nosotros. Acabamos de lanzar el *SnowBuddy*, que es una máquina

quitanieve. No es lo ideal para las cantidades que caen aquí, pero funciona en Seattle, donde solo tenemos que retirar los ocasionales ocho centímetros.

—Vaya, estoy seguro de que eso será muy útil para alguna gente. ¿Se te ocurrió a ti?

Marnin sonrió de par en par.

—*Nah*, todo eso salió de Sebastian LeClec. Ese hombre es un jodido genio en todo lo que tiene que ver con robótica. Su cerebro no deja de parir ideas una tras otra.

—¿Ese no era el director de la compañía? —preguntó Auden.

Marnin dio un sorbo al vino.

—Sí, era el CEO. Pero luego tuvo una especie de epifanía y decidió que le gustaba más la investigación, así que abandonó el puesto. Eso fue antes de que me convirtiera en el CTO. Os aseguro que el hombre es todo un carácter. Lo que se rumorea es que cambió mucho después de conocer a su novio, que ahora es su marido. Ese chaval es la cosa más encantadora del mundo; es un tipo muy alegre y tiene a Sebastian comiendo de su mano. Incluso yo pienso que son una pareja adorable.

Auden resopló.

—Si ese chico se las ha arreglado para derretir tu corazón, tiene mi alabanza. —Desvió la mirada hacia mí—. Marnin no es famoso por su ternura y sensibilidad. —Sonrió—. Es más como un cactus.

Marnin no pareció ofenderse.

—Incluso un cactus puede ser bonito.

—Cierto —dijo Tiago—. Y cuando florecen son la cosa más espectacular del desierto. —Le guiñó un ojo, y adoré ver a Tiago defendiendo a su amigo.

—¿Las niñas están con Tricia? —preguntó Tomás a Auden.

—Sí, este año le tocan a ella. Han ido donde sus padres, que viven en Port Townsend, así que estarán fuera todo el fin de semana.

—¿No las echas de menos en días tan señalados como estos? —preguntó Tiago.

—Acabas acostumbrándote. —Auden se encogió de hombros—. El primer año fue duro, no os voy a engañar, pero ahora ya me he hecho a la idea. Solemos celebrar las navidades juntos, pero eso no pasará este año. Los padres de Tricia celebran su cincuenta aniversario. ¿Os lo podéis creer? Se casaron el veintisiete de diciembre. Como... ¿quién cojones hace eso? Es la peor época posible. De igual forma, toda la familia se irá de crucero, incluidas las niñas, así que estarán fuera ocho días.

—Eso es mucho tiempo —dije.

Auden asintió.

—Lo es, pero entiendo el motivo, así que he aceptado. Deberían estar allí en una ocasión tan especial para sus abuelos.

Tiago apoyó una mano sobre la de Auden.

—Eres más que bienvenido a pasar las navidades con nosotros.

Adoraba el cariño que compartían estos hombres. Luego, la frase de Tiago caló en mi cerebro. Nosotros. Había dicho «nosotros». ¿Se había referido a él y a su hermano? ¿O estaba hablando de él y de mí?

Tomás se heló y me miró. Su expresión me dijo que tampoco sabía nada, así que, claramente, él no era parte de ese «nosotros». ¿Qué cojones estaba haciendo Tiago? No podía soportarlo más. Tenía que decir algo porque esto solo podía volverse en mi contra.

—Tiago, ¿puedo hablar contigo un segundo? ¿En privado?

La había jodido. Pensé que, invitando a Cas, mis amigos entenderían lo que había llegado a significar para mí sin tener que decirlo en voz alta, pero no había contado con que Cas estuviese tan confuso y afectado por las señales contradictorias que le estaba enviando. Había sido estúpido por mi parte y debería haber manejado todo esto de forma distinta, pero eso lo veía claro ahora, en retrospectiva.

Inspiré profundamente.

—Cas...

—Ahora, Tiago.

Su tono no dejó espacio para el debate, y me cago en todo, ¿por qué eso me excitó tanto? Me gustaba que no tuviese problemas para marcar sus límites, incluso con mis amigos delante, que ahora me miraban con curiosidad para ver cómo reaccionaba. Solo había una opción para mí, ¿no?

Me levanté y le seguí hasta nuestro dormitorio.

Cas cerró la puerta tras nosotros.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó, y no parecía contento.

Podría hacerme el tonto, pero eso no me llevaría a ningún lado porque sabía jodidamente bien a qué se estaba refiriendo.

—¿Me dejarías explicártelo?

—Será mejor que sea una muy buena explicación de por qué crees que está bien, no solo mentir al mundo entero, sino también a tus mejores amigos y a tu hermano.

Mãe de Deus, no había forma de librarme de esto. Tendría que decirle la verdad.

—No les he mentado. Y lo que le conté a la ciudad, y por extensión, a la prensa fue solo una pequeña mentira.

Cas frunció el ceño.

—No lo entiendo. Les dijiste que estamos juntos.

Nunca antes había estado tan acojonado en mi vida. Me estaba obligando a poner todas las cartas sobre la mesa, y si me rechazaba, no estaba seguro de cómo sobreviviría.

—Cas... Cuando le dije a la gente de la ciudad que estaba enamorado de ti, no estaba mintiendo. Lo estoy.

Parpadeó unas cuantas veces.

—Estás... ¿Estás enamorado de mí?

—¿Por qué estás tan sorprendido?

—Porque no esperaba eso. Quiero decir, sabía que te caía bien y que teníamos una gran química, pero...

Me miró fijamente, y sentí esos preciosos ojos taladrándome, como intentando determinar si estaba diciendo la verdad esta vez.

—Nunca te mentaría sobre esto.

Su expresión se suavizó.

—Lo sé. Estoy un poco conmocionado, eso es todo.

—¿Por qué? ¿Tan bien lo he escondido?

Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

—A lo mejor, no, pero yo estaba demasiado ciego para verlo. Nunca pensé que tú... —Se encogió de hombros avergonzado—. Nuestras vidas son muy distintas, casi opuestas. Eres famoso y yo soy un don nadie. Has viajado por todo el mundo y yo nunca he salido del país. Sin mencionar la diferencia de edad y otras áreas en las que no nos parecemos en nada. —Dio un paso hacia delante y cogió mi mano, entrelazando nuestros dedos.

Acepté el gesto y mi corazón dio un brinco en mi pecho.

—No soy nada especial, *querido*. Puede que sea famoso, pero eso es solo por mi aspecto, no por quién soy. Ya sabes que nada me gustaría más que dejar todo ese mundo atrás.

Cas sonrió.

—Jess lo etiquetó como marcarse un «Solo soy una chica delante de un chico». Es una escena de *Notting Hill*.

Habían pasado años desde la última vez que vi esa película, pero no tuve problemas para recordar la escena a la que se refería. De alguna forma, su argumento había resonado conmigo. Por supuesto, pensé que el personaje que interpretaba Julia Roberts era una zorra y que Hugh Grant no se había merecido ese trato, pero cómo había mostrado la fama y todo lo que ocultaba... Sí, me había sentido identificado.

—Diría que es muy apropiado. —Tragué—. Así que... ¿Puedo atreverme a preguntar lo que sientes tú por mí?

Apretó mi mano y se quedó un largo momento en silencio.

—Te quiero —murmuró finalmente—. Estoy completamente enamorado de ti.

Graças a Deus. Inspiré de nuevo. Esa pausa me había aterrorizado. Debería haber sabido que se tomaría su tiempo. Ese hombre nunca hacía nada sin pensarlo dos veces.

—Eso me hace muy feliz —sonreí.

—Eso no significa que todo sea un camino de rosas, cariño.

Esas palabras extinguieron mi sonrisa.

—¿Qué te preocupa? ¿La edad?

Inclinó la cabeza a un lado, estudiándose.

—No te mentaré diciéndote que no me preocupa, porque lo hace. Me lleva a preguntarme si podré encajar en tu mundo. Tus amigos también son mucho más mayores que yo, y no sé si me aceptarán.

—Ya les has visto. ¿Te ha dado la impresión de que no te aceptaban?

—No, pero esta es la primera vez que nos vemos. Y Marnin parecía un poco a la defensiva.

—*Querido*, Auden ya te conoce, y le gustas. Tomás abrazará a cualquiera del que me enamore y Marnin es un bastardo en general. No tienes nada que temer. —Pero ese no era el verdadero problema, ¿verdad? Había algo más ahí, algo que le inquietaba.

—Tengo miedo de que te canses de la vida en esta ciudad —dijo en un tono apenas audible

—. Que te aburras de todo y quieras marcharte.

Nunca le había visto así, tan cohibido, tan atemorizado, lo que me demostró cuánto le preocupaba lo que me estaba diciendo. Después de lo que le había hecho su ex, ¿cómo podría culparlo? El problema era que no tenía forma de convencerlo, más allá de las razones que ya le había dado.

—No lo haré, y nunca me cansaré de ti tampoco. Eres todo lo que siempre he querido, solo que no me había dado cuenta. Pero entiendo de dónde vienen esas dudas. Lo único que puedo pedirte es que confíes en mí. No te haré daño, Cas. Al menos, no a propósito. Y nunca te engañaría. Nunca.

Redujo la escasa distancia que nos separaba y apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—Eso lo sé.

—Pues aférrate a eso y el resto, lo verás con el tiempo.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabio?

—El amor hace maravillas en mí.

Alzó la cabeza y nuestras miradas se encontraron. Dios, adoraba esos ojos. Ahora eran como oro fundido, cálidos y radiantes de felicidad.

—¿Me presentarás oficialmente a tus amigos?

Por alguna razón, me entraron ganas de llorar. Oficialmente, estábamos juntos. Mi novio. De verdad. Le besé suavemente, con la garganta demasiado cerrada como para pronunciar palabras, pero pareció entenderme.

Cuando volvimos al salón, el murmullo de conversaciones cesó. Todas las miradas aterrizaron en nuestras manos entrelazadas y un audible respingo hizo eco en la sala.

—Chicos, este es mi Cas —dije, y las lágrimas me amenazaron de nuevo. El amor que sentía por él era tan abrumador como la felicidad por haberlo encontrado.

—Ooohhh. —Auden se levantó del sofá—. Me alegro mucho por los dos.

Atrajo a Cas para un fuerte abrazo y le adoré por ello.

—Tiago está llorando —dijo Marnin, casi en un brote de pánico—. No me van las lágrimas. Esto es todo tuyo, Tomás.

Reí, limpiándome la humedad de los ojos.

Mi hermano se puso en pie y se acercó a mí.

—Realmente, estás enamorado de él.

—Como un loco.

Por un terrible segundo, temí que Tomás nos rechazaría, que empezaría a discutir conmigo para intentar persuadirme de que eso no era amor. Pero en su lugar, abrazó a Cas y le dio un beso en cada mejilla.

—Bienvenido a la familia, *irmão*.

¿Le acababa de llamar hermano? Señor, si esto seguía así me pondría a llorar de verdad.

—*Obrigado* —dijo Cas con una enorme sonrisa.

Mi corazón dio un vuelco. ¿Cuándo había aprendido esa palabra? Había ganado puntos con Tomás ahí.

Nos acomodamos en el sofá de nuevo, solo que esta vez, Cas no me soltó la mano.

—Así que ¿cuál es tu plan, ahora que Tiago ha decidido asentarse aquí? —preguntó Auden a Tomás.

La habitación se quedó en silencio.

No tenía ni idea de cómo contestaría mi hermano a eso. Había intentado sacar el tema a colación con él, pero me había dejado claro que aún no estaba preparado para hablar de ello. Así

que ¿cómo respondería ahora? ¿Se quitaría de encima a Auden como había hecho conmigo?

Tomás me lanzó una indescifrable mirada y se aclaró la garganta.

—No lo sé, esa es la verdad. No lo sé. No esperaba que pasara esto, ¿sabes? Y no es una crítica hacia Tiago. Él ya sabe cómo me siento.

Antes, habría concordado con él, aunque solo fuera por no avergonzarlo, pero esta vez, decidí reaccionar de una forma distinta.

—No, no lo sé, de hecho. Has estado muy evasivo desde que saqué el tema hace unas semanas.

¿Había sido el causante de ese incómodo silencio? Joder, sí, lo había sido, pero el orgullo comenzó a florecer en mi pecho. Estaba aprendiendo a enfrentarme a las conversaciones difíciles, y Cas me había dado el coraje que necesitaba para hacerlo; especialmente, con Tomás.

Sabía que mi hermano estaba desorientado y que tenía que odiar esta nueva dinámica, pero no podía volver a como había sido antes, siempre callado, siempre aceptando lo que la gente me decía sin ponerlo en duda. Cas me había enseñado a ser asertivo de una forma compasiva, y no podía imaginarme volviendo a ser el felpudo que había sido en el pasado. A lo mejor, esa no era la mejor palabra para definirme a mí mismo —y probablemente, tampoco la que habría usado los que me rodeaban—, pero en retrospectiva, así es como me había sentido. Había dejado que la gente me avasallara durante demasiado tiempo. Había confundido el amor con la sumisión, con nunca protestar ante nada, y me había equivocado.

—Joder —dijo Marnin con un suspiro—. Jamás pensé que oiría esas palabras saliendo de tu boca. Estoy terriblemente orgulloso de ti.

Viniendo de Marnin, eso significaba un mundo, porque sabía que no era generoso con los cumplidos. Aparte de mi hermano, era el que mejor me conocía, y el hecho de que pudiera ver el cambio significaba que estaba haciendo un gran trabajo.

El rostro de Tomás se tensó y advertí cómo comenzaban a hincharse los nervios de su cuello. Inspiró profundamente y me miró a los ojos.

—Tienes razón. He evitado este tema contigo y lo siento. La verdad es que no lo sé. Estoy enfrentándome a un futuro que jamás pensé que viviría, uno sin ti a mi lado, y... —Su voz se rompió.

Y también mi corazón. Sabía que mis recientes decisiones habían sido duras para mi gemelo, pero ¿verlo así? Antes de darme cuenta, me había puesto en pie y, al segundo siguiente, le estaba abrazando.

—Lo siento —susurré—. Nunca quise hacerte daño.

Se quedó callado por un largo tiempo, pero me estrechó con fuerza entre sus brazos. Parecía que ninguno de los dos tenía el deseo de apartarse del otro. Cuando me liberó, sus ojos estaban humedecidos.

—No es culpa tuya. Tenías razón. Nuestra relación no era saludable, ni para ti, ni para mí. Pero duele verte con Cas, saber que ahora él es tu persona. Siento que me han reemplazado de alguna forma y, aunque sé que no es cierto, duele igual. —Se giró hacia Cas sin apartarse de mí—. Sé que quieres a mi hermano y quiero que sepas que no tengo nada en tu contra. Me gustas, y has cuidado muy bien de él. Lo único que os pido es que me deis algo de tiempo para ajustarme, para hacerme a la idea de que ya no soy la persona más importante de su vida.

—Tienes todo el tiempo del mundo —dijo Cas—. Nunca me interpondré entre Tiago y tú. No podría. Nadie puede reemplazar el lazo que tenéis. Ambos le queremos, así que espero que podamos encontrar una forma de hacerlo sin competir.

Cas era muy inteligente, a pesar de su edad. Algunas personas lo habrían llamado «alma

vieja», pero para mí, su amabilidad solo era la esencia de su personalidad. A lo mejor, había sido ese accidente de coche lo que le había obligado a madurar, o tal vez, el hecho de que sus padres le echaran de casa tan cruelmente siendo tan joven. Lo que quiera que hubiese sido, le había convertido en el hombre cálido que era ahora, y estaba muy orgulloso de poder llamarle mío.

—Gracias —dijo Tomás con la voz rota—. Te prometo que nunca me interpondré entre vosotros. Mi hermano te ama, y eso es suficiente para mí.

Joder, esos dos iban a hacerme llorar. Pero esas palabras eran necesarias, palabras que ayudarían a sanar a la larga, aunque Tomás aún estaba lejos de ello. El que ahora entendiera tan bien a mi hermano también se debía, en parte, a Cas. Cuando me vio tan frustrado por la actitud de mi gemelo, me explicó que había sido yo quien había cogido un desvío y Tomás solo estaba intentando transitar un nuevo camino completamente desconocido. Lo haría a su propio paso, y tendría que darle tiempo y confiar en que encontraríamos la forma de volver a estar juntos. Dios, cuánta razón había tenido.

Mi corazón estaba lleno. Tenía a los mejores amigos del mundo, a un hermano que me adoraba y ahora, al hombre con quien quería compartir el resto de mi vida.

La vida era buena.

Tiago me amaba. Me había pasado toda la tarde mirándolo, y esa verdad no dejó de golpearme una y otra vez hasta quedarse grabada a fuego en mi alma. Me quería. De alguna forma, ese impresionante hombre se había enamorado de mí. ¿Era el hombre más afortunado del planeta o qué?

Habíamos disfrutado de una maravillosa cena. Puede que la comida que habíamos pedido no estuviese tan deliciosa como lo habría estado una casera, pero se acercó, y para mi sorpresa, la conversación fluyó con naturalidad. Los cuatro hombres se esforzaron por incluirme en sus charlas y, unas cuantas veces, se disculparon por empezar a discutir cosas de las que no tenía ni idea. Les aseguré que no pasaba nada. Joder, adoraba escuchar anécdotas de su adolescencia y aprender más cosas de Tiago.

También descubrí que estaban preocupados por York Coombe, el hermano menor de Essex, del que solo había oído hablar recientemente. No me quedaron claros los detalles, pero me gustó ver cómo querían asegurarse de que el hermano de su amigo fallecido estuviese bien.

—Es hora de irnos —anunció Marnin alrededor de las diez, gruñendo mientras se levantaba del sofá—. Estoy seguro de que estos dos apreciarán algo de privacidad para celebrar su recién descubierto amor.

Tomás le dio una colleja.

—Cierra tu sucia boca.

Auden hizo un gesto de desesperación y me pidió disculpas con la mirada.

—¿Ahora entiendes por qué me he convertido en Sheriff? Ya tenía años de experiencia manteniendo a estos cuatro a raya.

¿Cuatro? Ah, se refería a Essex.

—No sé qué pensar de Essex después de lo que me contó York. —dijo Tiago con la voz llena de tristeza.

Marnin apoyó una mano sobre su hombro.

—Siempre fue dos cosas: un gran amigo y un auténtico capullo. Esa dicotomía siempre estuvo ahí. Incluso entonces.

—Cierto. Pero estoy jodidamente cabreado con él, y me gustaría darle una colleja y echarle una charla, y luego me siento culpable por enfurecerme con un hombre muerto.

—Imagina cómo debe sentirse York —dijo Auden—. Debió haber querido a su hermano, a pesar de cómo le trataba. Y a sus padres. Muchos sentimientos entremezclados ahí.

—De una cosa estoy seguro —dijo Tomás mirándonos a Tiago y a mí—. Essex habría hecho una exorbitante cantidad de comentarios sucios sobre vuestra diferencia de edad. —Rio—. El cabrón tenía el don de convertir todo en una insinuación sexual.

—No llamaría a eso don, pero vale —dijo Auden—. No estás equivocado.

Tras una ronda de abrazos, los tres hombres se fueron, dejándonos a Tiago y a mí solos. Tiago cerró la puerta, apagó la luz del pasillo y se giró hacia mí.

—¿Te lo has pasado bien hoy?

—El mejor día de mi vida.

Su rostro se iluminó.

—¿Sí?

—¿Cómo podría no serlo cuando me has dicho que me quieres? El mejor día de mi vida.

Su sonrisa era tan grande que su cara tenía que doler.

—Estoy convencido de que podemos mejorarlo.

—Te ha gustado la sugerencia de Marnin, ¿eh? —Agité las cejas.

—Por supuesto que sí.

Me acerqué a él y curvé la mano sobre su nuca.

—A mí también. —Incliné su cabeza hacia atrás y le besé, pero por una vez, no me contuve y derramé cada gota de amor en ese gesto. Nos besamos sin prisa, dándonos tiempo para explorar nuestras bocas, para probar ángulos que no habíamos intentado antes. El saber que tenía una vida entera con este hombre reverberaba en lo más profundo de mi ser, y hacía de mis besos algo torpe, porque no podía parar de sonreír—. Creo que estoy un poco borracho —confesé.

Tiago frunció el ceño.

—No has bebido tanto, ¿no?

—Solo una copa. No estoy borracho de alcohol, cariño, sino de emociones. Nunca me había sentido así.

La sonrisa que me dedicó fue deslumbrante.

—Yo tampoco. —Acaricié suavemente mis labios—. Te quiero.

¿Me cansaría algún día de oírle decir eso? Probablemente, pero no en los próximos... treinta años.

—Yo también te quiero.

Seguimos besándonos mientras nos abríamos paso hasta el dormitorio, perdiendo nuestra ropa por el camino. Para cuando llegamos a la cama —nuestra cama—, yo ya estaba desnudo y Tiago solo llevaba los calzoncillos.

La tela blanca de los Calvin Klein abrazaba maravillosamente su culo, y me quedé mirándolo, permitiéndome un momento de indulgencia. La gente pagaba una buena cantidad de dinero por ver así a Tiago Banner y yo lo tenía todo para mí. Luego, me lanzó una abrasadora mirada y se inclinó lentamente, arrastrando los calzoncillos hasta el suelo. Cielos Santo, ningún hombre tenía derecho a ser tan sexy.

Gruñí, acariciando mi polla.

—Eres muy flexible. Te juro que yo me habría caído de bruces.

—Quitarse los zapatos antes, ayuda —sonrió.

Capullo.

—Ven aquí. Me siento solo. —Hice un gesto para que se acercara y Tiago se apresuró a subir a la cama. Tenía una pregunta en su mirada, y asentí antes de que pudiera hacerla—. Sí, por favor.

—¿Quieres que te folle esta noche?

—Más que nada. Pero ha pasado un tiempo, así que...

—Cuidaré muy bien de ti.

Sus palabras eran un eco de lo que le dije la primera vez que le había follado, y una sensación cálida se asentó en mi pecho. Éramos buenos en eso, en cuidar el uno del otro. Ambos. Había pasado mucho tiempo desde que había dejado que alguien me follara, pero estaba deseando sentir a Tiago. Haría que fuera muy placentero para mí, de eso estaba seguro.

Me giré hasta tumbarme de espaldas y abrí las piernas para él. Tiago se estiró para coger los suministros de la mesilla y le paré.

—¿Podemos...? —Hice un gesto al condón.

Tiago abrió los ojos de par en par.

—¿Quieres hacerlo a pelo?

—Solo ti tú también quieres. Nunca he... —Ni siquiera con Jonas, lo que, en retrospectiva, fue mi tabla de salvación. Quién coño sabe lo que habría pasado de otra forma, con la cantidad de veces que me había engañado.

—Ni yo. Y ya sabes que soy negativo. Me hago pruebas todos los meses, y no he follado con nadie salvo contigo desde que llegué aquí.

Nos miramos en silencio, y esa chispa que siempre había entre nosotros estalló en llamas. Me cubrió con su cuerpo y nos besamos de nuevo, tocándonos en cualquier sitio que pudieran alcanzar nuestras manos. Adoraba sentir su peso sobre mí, su polla frotándose contra la mía, aunque Tiago fue cuidadoso y evitó demasiada fricción.

Acarició mi pecho y luego, se apartó completamente.

—¿Puedes ponerte a cuatro patas para mí?

Me giré en la cama, apoyé la cabeza sobre las manos y alcé el culo para él.

—*Santa María* —murmuró—. Qué imagen.

Presionó un beso en cada uno de mis cachetes y luego, los separó, y sentí su aliento sobre mi orificio. Señor, me sentía tan expuesto como la primera vez. A lo mejor, porque rara vez me habían hecho esto. En alguna ocasión, se lo había pedido a Jonas, pero él no parecía disfrutarlo y, tras un par de veces, no volvimos a repetirlo. A Tiago ni siquiera se lo había tenido que mencionar. Todo esto salía de él.

Besó mi orificio, riendo cuando reaccioné al contacto. Inspiré profundamente, esforzándome por relajar mi cuerpo, y justo cuando recuperé el control, repitió el gesto. Rio de nuevo, porque reaccioné de la misma forma.

—Eres cruel —dije, pero Tiago no parecía arrepentido. No era de extrañar. Yo tampoco pude ocultar la sonrisa.

Siguió lamiendo, porque aparentemente no había acabado de torturarme, y supe que eso solo sería el principio. Tiago adoraba hacer esto, algo que ya me había quedado claro, y se comió mi culo con el mismo fervor que la primera vez hasta que tenerme completamente relajado para él. Luego, con un suspiro de felicidad, me penetró con la lengua, y joder, casi salto en la cama.

—Tu culo es magnífico —dijo con la voz amortiguada por mis cachetes—. Podría pasarme horas aquí.

¿Horas? No estaba seguro de si eso era una amenaza o una promesa. Moriría si seguía así. Sus largos dedos amasaron mis glúteos mientras su lengua me penetraba de nuevo, y de nuevo, en un preludio de lo que haría con su polla.

—Tiago... —supliqué cuando no pude soportarlo más—. Te necesito a ti.

Se sentó, lamiéndose los hinchados y enrojecidos labios.

—Joder, sabes *fantástico*.

—También me sentiría fantástico con tu polla, lo prometo.

Sonrió y se limpió la boca.

—¿Quién es el impaciente ahora?

Lo era, y no me importaba una mierda.

Tiago sonrió y exprimió un poco de lubricante sobre sus dedos. El índice se deslizó con facilidad en mí, y comenzó a moverlo en círculos, evitando deliberadamente mi próstata. Gracias a Dios por eso. No quería correrme antes de sentirle dentro. Aun así, ese gesto despertó todos mis nervios y el vacío empezó a ser insoportable. No había mentido. Le necesitaba. Anhelaba esa polla y la plenitud que sabía que me proporcionaría.

Sentí la presión de dos dedos y gemí. ¿Cómo no me había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos esto? Antes de Tiago, ni siquiera había pensado en ello. Por lo general, relajarme era demasiado complicado para mí, pero él hacía que pareciese muy sencillo, como todo lo demás.

Dos se convirtieron en tres y, cuando me tensé, comenzó a acariciar mi hombro.

—Tómate tu tiempo.

Era curioso cómo la paciencia era mil veces más llevadera cuando era yo el que le preparaba. Ahora que era él el que estaba cuidando de mí, solo quería que acelerara. Doble rasero. Sí, era consciente de eso.

Cuando los tres dedos se deslizaron con facilidad, sentí que estaba preparado. Tiago también pareció sentirlo, porque los movió un par de veces más y luego, los liberó. Exprimió más lubricante sobre su polla e inspiró profundamente, como intentando controlarse a sí mismo. Estaba justo ahí con él.

Acarició mi espalda con una mano mientras se posicionaba entre mis piernas y sentí la punta de su erección sobre mi agujero. Luego, presionó. Señor, había olvidado lo que escocía ese primer anillo e inhalé, intentando llevar aire a mis pulmones desesperadamente. En unos segundos, mejoraría.

Tiago se quedó inmóvil y un temblor estremeció su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó.

Exhalé lentamente.

—Sí.

Se hundió aún más en mí, robándome la respiración de nuevo. ¿Acaso había olvidado cómo hacer esto? Luego, recordé. Respirar, relajarme, respirar, respirar. Y durante todo ese tiempo, sentí a Tiago balanceándose cuidadosamente sobre mí, leyendo cada señal de mi cuerpo sin necesidad de palabras. Finalmente, sentí sus pelotas descansando contra mi piel y me relajé por completo.

El ardor perdió su filo, se suavizó y luego, se disipó. En su lugar, fue reemplazado por esa indescriptible sensación de plenitud, de estar al borde de algo alucinante. Mi erección, que había menguado mientras Tiago se abría camino, volvió a la vida, y cuando comenzó a moverse para salir, estaba completamente empalmado de nuevo.

Tiago se instaló en un suave ritmo, deslizándose lentamente dentro y fuera de mí, tan elegantemente como hacía todo lo demás. Luego, las embestidas se hicieron más violentas, más húmedas, más rápidas. Cerré los ojos y me aferré al edredón con ambas manos. El entrechocar de la carne se mezcló con nuestras respiraciones. Tiago era tan vocal como cuando le había follado, y dejé que sus gemidos me envolvieran como una erótica banda sonora.

Sus manos empezaron a amaratar mis caderas de lo fuerte que se estaba aferrando a ellas, pero no me importó; no, cuando cada embestida de esa polla hacía estallar fuegos artificiales en

mi mente. Me folló a la perfección, con rápidos y profundos movimientos que convirtieron el respirar en todo un reto. Mis pulmones clamaban por oxígeno, pero toda vez que inhalaba, Tiago volvía a arremeter, robándome el aire de nuevo.

Habría deseado ver su cara. Esta posición era más cómoda para mí, teniendo en cuenta que había pasado un tiempo, pero echaba de menos esos ojos. Quería ver el deseo en su mirada, quería ver cómo perdía la compostura y se volvía loco de lujuria.

—Tiago... —pronunciar su nombre le hizo parar en seco—. Quiero cabalgarte.

—Joder, sí.

Liberarme de su polla era la parte que más odiaba de todo el proceso, pero me consolé a mí mismo repitiéndome que pronto volvería a estar dentro de mí. Tiago rodó a un lado, acomodándose de espaldas contra el colchón, y su pene se alzó como un reluciente faro que reclamaba mi atención.

Esperé a que terminara de colocarse y luego, me senté a horcajadas sobre su tripa. Alcé las caderas y sostuve su polla por la base mientras descendía. Joder, esa primera invasión aún escocía, pero seguí forzándola contra mi cuerpo hasta que estuve completamente sentado en él.

Sus ojos nunca abandonaron los míos, e irradiaban deseo.

—Eres lo más erótico que he visto nunca.

—Quería ver tu cara.

—Ahh... Estaba preocupado porque esta no fuese la postura más cómoda para ti.

En lugar de responder, comencé a moverme. Gracias a Dios por todas las sentadillas que hacía en mi trabajo; mis muslos eran lo suficientemente fuertes como para alzarme y bajarme sin apenas esfuerzo. Y Señor, el ángulo era perfecto. Sentí su polla hundiéndose hasta el fondo en mí; caliente, húmeda y jodidamente dura, golpeando maravillosamente mi próstata.

Tiago contempló mi erección, que estaba agitándose contra mi estómago, y la envolvió entre sus dedos. Gemí de alivio. No era ajeno a la multitarea, pero masturbarme mientras le cabalgaba era demasiado para mi sobresaturado cerebro. Esa elegante mano presionó magníficamente sobre mi piel, y una ráfaga de placer se acumuló en mi tripa antes de extenderse por mi columna.

Tiago lanzó la cabeza hacia atrás y gimió, perdiendo el ritmo.

—No voy a aguantar mucho más —dijo.

—No tienes que hacerlo —murmuré.

Abandonó mi pene y se aferró a mis caderas, embistiéndome violentamente hasta sacar el aire de mis pulmones. Sus movimientos se volvieron frenéticos, descontrolados, y luego, todo su cuerpo se estremeció. Su polla escupió su carga y sentí el cálido líquido derramándose en lo más profundo de mí. Fue una sensación completamente nueva; la cosa más sucia y sexy del mundo. Joder, su semen tendría que salir de mi culo más tarde, y quería verlo. ¿Cómo de erótico sería eso?

—*Jesucristo* —gruñó Tiago con una última embestida, vaciando lo último que le quedaba.

Le miré. Estaba demasiado exhausto como para ayudarme a terminar, pero no me importó. Ya me había dado lo suficiente. Me quedé sentado sobre él, aún reticente a perder esa conexión, y envolví mi polla con la mano. Un par de movimientos más, y me asaltó el orgasmo, descargando sobre el pecho de Tiago.

Colapsé sobre él. Su pene se deslizó fuera de mi cuerpo y gruñí en señal de protesta. Tiago me rodeó con los brazos y un segundo más tarde, se quedó dormido con una suave sonrisa en el rostro.

No pude apartar la mirada de él.

Su sonrisa se había convertido en una droga para mí, algo que anhelaba. Tenía muchos tipos

de sonrisa, había descubierto. La pública, que era la que veía a menudo en las revistas cuando posaba; la sexy, que era la que hacía brincar mi estómago. Luego estaba la abrasadora, que era sensual y seductora, y también una de las que más mostraba al público. La había usado para las sesiones más provocativas, y la había visto en un anuncio de gafas de sol de una gran firma, donde Tiago aparecía completamente desnudo, salvo por las gafas.

¿Me había comprado esas gafas de sol? Joder, no. Ni siquiera Tiago podría convencerme para gastarme cuatrocientos dólares en unas gafas. Pero sí me había quedado con la página de ese anuncio para hacerme unas pajas. Si se lo decía, estaba convencido de que no me dejaría olvidarlo nunca.

Pero lo que me había convertido en un auténtico adicto eran sus sonrisas privadas. La tierna, que me dedicaba cada vez que hacía algo por él que no había esperado. La soñolienta con la que me saludaba nada más despertarse, cuando sus ojos aún estaban entornados y su voz era un grave y sensual murmullo. Y mi favorita, la que radiaba amor cuando le decía que le quería. Pareció sorprendido, esa primera vez que se lo dije, como si no pudiera creérselo, pero luego sus labios se habían curvado en la más bella de las sonrisas.

Esa era la que anhelaba ver ahora más que ninguna otra. Esa era la que me hacía desear arrodillarme y proponerle que se casara conmigo, aunque sabía que era demasiado rápido, demasiado pronto. Esa era la que esperaba ver en su rostro cuando me atreviera a hacerle la pregunta... y cuando le tuviera frente al altar a mi lado.

Porque por encima de todo, estaba seguro de una cosa: Tiago Banner era mío, y quería que el mundo entero se enterara. Ese hombre estaba fuera del mercado para siempre.

EPÍLOGO

TIAGO

Un mes más tarde

La conversación fluía con facilidad en el salón y sonreí mientras abría otra botella de vino. Mi casa estaba llena. Cómo habían cambiado las cosas en solo tres meses. Jamás habría imaginado tener a toda esta gente en mi propio hogar el día de Navidad, y sin embargo, ahí estaba, con Cas a mi lado.

Tomás había volado desde París, anunciando que quería pasar las fiestas con nosotros, y reconocí la oferta de paz por lo que era. Auden y Marnin también habían aceptado nuestra invitación, de la misma forma que Jess y Sam, y, para mi sorpresa, York. Cuando Marnin contactó con él como había prometido, descubrió que pasaría las navidades solo — aparentemente, sus padres habían dejado de celebrarlas tras la muerte de Essex—, así que le invité, y aceptó.

También estaba Ennio, el hermano menor de Auden. La última vez que le vi había sido un adorable niño pequeño, pero había crecido para convertirse en un encantador hombre que vivía su vida en color de rosa. Auden había mencionado que sus padres pasarían las vacaciones en Florida y su hermano se quedaría solo, así que no habíamos tardado en incluirle.

Y por último, pero no menos importante, Fir. York me había enviado un mensaje preguntándome si podía invitarle. Yo había supuesto que pasaría las navidades con sus hijos, pero resultó que unos amigos habían organizado una escapada para esquiar y les habían invitado. Teniendo en cuenta lo dura que había sido su vida tras la pérdida de su padre, Fir había accedido, aunque eso le dejara solo durante las fiestas. Cuando York se enteró, se apresuró a informarme.

Así que ahí estábamos. Un ecléctico grupo de gente, todos reunidos para celebrar la Navidad. Me encantaba poder hacer este tipo de cosas ahora, y hacía que mi casa se sintiera aún más como un verdadero hogar. Aunque puede que también tuviera algo que ver el esfuerzo que Cas y yo habíamos hecho por decorarla. Con una casa como la nuestra, tenías que ir a por todas o nada, así que llenamos la camioneta de adornos y compramos dos árboles de navidad... y ese solo fue el primer viaje. Puede que nos hubiésemos pasado un poco, pero ¿a quién le importaba?

Cas se había mudado conmigo tras Acción de Gracias. No se lo había pedido; simplemente

empaquetó toda su ropa y sus cosas personales y las trajo un día, dejando que Sam se quedase en su pequeña casa. Despertarme a su lado seguía siendo mi cosa favorita; a lo mejor, incluso más que el sexo. Aún tenía problemas para creerme que eso estuviera pasando, pero cada vez que le miraba mi corazón se hinchaba de forma tan imposible, que solo podía significar que todo eso era real.

Le quería. Y lo que era mejor aún, él me quería de vuelta. Tras todo este tiempo, tras todos esos viajes alrededor del mundo, había encontrado el amor en el último sitio que había esperado. En mi hogar. Parecía que los milagros navideños seguían pasando.

Cas alzó la mirada del fogón, donde estaba dando vueltas a un guiso.

—¿Dónde has ido? Parecías a kilómetros de distancia.

—Estaba pensando en ti y en cómo de asombroso es que te haya encontrado justo aquí, en Foresville. De todos esos lugares famosos que la gente alaba como mágicos y espectaculares, he encontrado el amor en mi pequeña ciudad natal.

—¿Aún no lo echas de menos?

Sabía que eso seguiría siendo una fuente de inquietud para él, al menos, durante un tiempo, y me había prometido a mí mismo ser paciente.

—Ni siquiera un poco. Pero vivir aquí contigo no significa que no pueda volver a viajar. Aún quiero hacer algún que otro trabajo ocasionalmente, aunque ninguno que me aleje de ti más de un par de semanas. Creo que podremos sobrevivir unos cuantos días separados, ¿no?

Los ojos de Cas se iluminaron con humor.

—No lo sé. Eso parece muchísimo tiempo, teniendo en cuenta que apenas hemos pasado un día separados desde que empecé a trabajar en tu casa.

—Cierto. —Sonreí de par en par—. Comprar esta casa ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida.

—Es difícil discutir eso.

Me incliné para un rápido beso, pero tan pronto como mis labios tocaron los suyos, fui incapaz de apartarme. ¿Qué había en él que siempre me atraía tanto? Era como mi ánora y mi brújula, anclándome y orientándome para que encontrara mi norte. Era mucho más que mi novio. Novio implicaba algo transitorio, algo liviano y divertido, y aunque teníamos todo eso, Cas y yo compartíamos algo más profundo. Era... Todo, y derramé mis emociones en ese beso.

—Señor, ¿podríais dejar de ser tan insoportablemente felices? —gritó Marnin desde el salón. Mis labios se curvaron en una sonrisa contra los labios de Cas—. Nos hacéis sentir terriblemente solitarios al resto, ¿sabéis?

Con reticencia, me aparté de él.

—Solo estás celoso de mi demencialmente sexy y joven novio —dije por encima del hombro.

Prácticamente pude ver la expresión de desesperación de Marnin, pero si dijo algo, se vio engullido por las risas de los demás, incluido York. Me estremecí. Se reía exactamente igual que su hermano. De vez en cuando, York decía o hacía algo y era como si me transportara en el tiempo a los días en los que salíamos con Essex. Quería ser capaz de recordar esos buenos momentos sin ignorar el daño y el dolor que mi amigo le había causado a su hermano. A lo mejor, con el tiempo, encontraría un equilibrio.

La cena fue un evento escandaloso, con risas, anécdotas y bromas de todo tipo. York estuvo mayormente callado, pero cuando habló, sus palabras dieron en el blanco y tuve la impresión de que estaba disfrutando. Lo mismo podía decir de Fir y Sam, que en su mayor parte se limitaron a observar. Bueno, no todos teníamos que ser extrovertidos, pero siempre y cuando los

introvertidos se sintieran aceptados y a gusto, estaríamos bien.

Tras la cena, nos acomodamos en el sofá con más vino, salvo Auden y Fir, que eran los conductores designados y tomaron café. Esos dos realmente nunca dejaban de estar de guardia, así que tenía sentido. York y Marnin encontraron el ajedrez que había traído consigo Cas y se sentaron frente a frente en la mesita de café. Me entusiasmó ver cómo la amistad crecía entre ellos.

Por la forma en la que Jess y Sam se acurrucaron juntas en el sofá, supuse que se habían hecho más que amigas, pero ni Cas ni yo comentamos nada. Podrían ir descubriendo su camino por su cuenta.

—Te veo feliz —me dijo Auden.

Atraje a Cas hacia mí y le besé en la coronilla.

—Más feliz que en toda mi vida. —Eso debió de sonar duro para Tomás, y lo lamentaba, pero ya no podía seguir pretendiendo que había sido feliz con la vida que había llevado antes.

—Te sienta bien —sonrió Auden.

Tomás se aclaró la garganta.

—Estoy pensando en quedarme aquí por un tiempo.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿En Forestville?

Asintió.

—Convertirla en mi base de operaciones, por ahora. Contigo aquí, tiene sentido. Aún tendré que viajar mucho a Europa, pero entremedias, pensé que podría volver a Forestville.

La alegría me inundó.

—Eso me encantaría. Ya sabes que siempre eres bienvenido en nuestra habitación de invitados. —No necesité preguntar a Cas. Me había dejado claro que mi hermano siempre tendría un hueco en nuestro hogar.

—Gracias. Puede que necesite encontrar algo a largo plazo. A lo mejor, un apartamento. Pero por ahora, eso me encantaría. Si a Cas también le parece bien.

—Siempre eres bienvenido aquí, Tomás —dijo Cas—. Considera esta casa como la tuya.

Para mi sorpresa, a mi hermano se le humedecieron los ojos. Rara vez le veía tan emocional, otra señal que me indicaba que este cambio le había sacudido hasta los cimientos.

—Gracias.

Me puse en pie y tendí la mano a mi gemelo. Cuando la aceptó, le arrastré a un fuerte abrazo y él se aferró a mí de vuelta.

—*Eu o amo* —murmuró en mi oído—, y me alegro muchísimo de que hayas encontrado el amor que te mereces. *Ele é um bom homem*. Has elegido bien, irmão.

No podría haberme sorprendido más si me hubiese abofeteado.

—¿Lo dices en serio?

Tomás miró a Cas y la tristeza inundó sus ojos.

—Sí, lo digo en serio. Hay una gran diferencia entre cómo te ayuda Cas y cómo lo hacía yo. Cada vez que me llamabas y me decías lo que habías hecho en tu casa o las decisiones que habías tomado, mencionabas el peso que había tenido su opinión. Te aconsejó cuando se lo pediste, pero te dio el espacio y el tiempo para que fueras tú el que tomara la decisión final. Yo no supe hacer eso.

Quería negarlo, aunque solo fuera para eliminar la tristeza de su rostro, pero no pude. Había puesto en palabras cómo me había sentido durante este tiempo, y todo lo que había dicho era cierto. Así que ¿cómo podía responder?

Cas se aclaró la garganta.

—Fue más sencillo para mí porque yo no tengo una historia con él. Me acerqué a Tiago como me habría acercado a cualquiera, y cuando descubrí que tenía dislexia, no cambió nada. Vosotros habéis cultivado el mismo patrón desde que erais pequeños, y esa necesidad de protegerle y cuidar de él está profundamente arraigada en ti.

Asentí. Cas veía mucho.

—Cuando nacimos, era más pequeño que tú —dije suavemente—. No solo naciste unos minutos antes que yo, sino que eras más fuerte y estabas más desarrollado. Incluso papá y mamá te pedían que me vigilaras y tuvieras cuidado conmigo.

Tomás se rascó la barbilla.

—Puede que tengas razón. Supongo que llevé ese instinto protector demasiado lejos.

—Pero tu corazón estaba en el lado correcto —dije, queriendo defenderlo.

Mi hermano sonrió.

—Siempre te centras en lo bueno de las personas, incluso cuando hacen algo malo.

—Sé que me quieres. —No sabía qué más decir.

—Y lo hago. —Suspiró—. Y soy muy afortunado de que seas tan generoso perdonando. — Me besó en la mejilla y se apartó de mí.

—Al menos, ahora entiendo por qué no aceptaste mi oferta. —Marnin me guiñó un ojo.

—¿Qué oferta? —preguntó Tomás.

Vaya.

Auden rio.

—Colega, si a estas alturas aún no te has dado cuenta de que estos dos llevan años liándose, no eres tan listo como pensaba. —¿Qué? ¿Auden lo sabía? Al ver mi cara, rio aún más alto—. ¿Crees que no había pillado las indirectas? Vosotros dos lleváis follando desde el instituto.

Joder, mierda. Aparentemente, era el día de derramar verdades. Cas no pareció molesto, y nos observó con una expresión divertida mientras los demás nos miraban absortos, pero Tomás parecía completamente conmocionado.

—Dime que no lo hiciste —me dijo mi hermano.

Me encogí de hombros.

—Lo siento, pero es verdad.

—¿Te acostaste con él en el instituto y nunca me lo dijiste?

—La noche del Prom, ¿tengo razón? —preguntó Auden sonriendo.

Marnin y yo asentimos, riendo suavemente. Pero ¿cómo cojones se había enterado Auden?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Marnin.

—Os vi comprando condones un par de días antes de la fiesta, así que sabía que esperabais tener suerte. Pero luego, nos dijisteis que no había ninguna chica en el horizonte y todo ese discurso lastimero sobre quedarte con Tiago fue demasiado casual. Y Tiago, te quiero, pero mientes como la mierda.

Y yo pensando que les había engañado a todos. Tomás acababa de enterarse, eso estaba claro, así que Auden había mantenido la boca cerrada durante todo este tiempo. Un hurra por él, por mantener el secreto.

Tomás miró a Auden.

—Se las arregló muy bien para difundir esa mentira sobre él y Cas por toda la ciudad.

Auden ya estaba negando con la cabeza.

—No, no lo hizo. Solo dijo la verdad. Que estaba enamorado de Cas y esperaba casarse con él algún día. Lo único que no era cierto de todo eso era que llevaban saliendo un tiempo, aunque

podemos argumentar que eso es una cuestión de semántica. Eso, y que había comprado la casa para estar más cerca de él. Todo lo demás, era cierto. Lo supe tan pronto como lo oí.

—Yo también —dijo Marnin.

Cas resopló.

—Aparentemente, no tenía motivos para preocuparme por que mintieras a tus amigos. —Rio—. Te conocen demasiado bien.

—Salvo yo —dijo Tomás con un dramático suspiro—. Tengo que admitir que es un golpe a mi ego. A pesar de ser su gemelo parece que he sido el único que no ha sabido ver la verdad. —De no ser por el brillo burlón de sus ojos, habría pensado que estaba dolido, pero no, no lo estaba.

Entrechoqué nuestros hombros.

—Estoy seguro de que tú me has escondido uno o dos secretos a lo largo de los años.

—¿Uno o dos? No tienes ni idea.

Hablamos hasta pasada la media noche, y cuando todos nuestros amigos se fueron, Cas y yo nos acurrucamos en el sofá bajo una suave manta de lana, apagamos la luces y contemplamos la nieve cayendo tras el ventanal.

—Te quiero —dijo Cas soñoliento.

—Yo también te quiero. —Le besé.

Me quedé mirándolo mientras se dormía.

Había tardado mucho tiempo en encontrar el camino a casa, y ahora que había llegado, no tenía intención de abandonarla nunca. Forestville me había dado a Cas, mi verdadero hogar, y nunca volvería a sentirme perdido.

Gracias por leer *Renovar al modelo*. Espero que os haya gustado tanto como yo disfruté escribiéndolo. En el siguiente, veremos cómo Auden encuentra su final feliz con [*Despertar al Sheriff*](#).

LIBROS DE NORA PHOENIX EN ESPAÑOL

Los Hermanos Foster

- [Plantado: Jaren](#)
- [Contratado: Hadley](#)
- [Despreciado: Lagan](#)
- [Pillado: Nordin](#)

Los Zorros Plateados de Forestville

- [Renovar al Modelo](#)
- [Despertar al Sheriff](#)

Stand Alone

- [Con Mano Firme](#)

LIBROS DE NORA PHOENIX EN INGLÉS

Forestville Silver Foxes

A brand-new contemporary MM romance series set in the small town of Forestville, Washington, featuring characters in their late forties. These silver foxes think they missed their chance at happiness...until they meet the love of their life, right there in Forestville. A feel good small-town romance series!

- [Renovating the Model](#)
- [Awakening the Sheriff](#)
- [Healing the Twin](#)
- [Protecting the Nerd](#)

The Foster Brothers

Growing up in foster care, four boys made a choice to become brothers. Now adults, nothing can come between them...not even when they find love. The Foster Brothers is a contemporary MM romance series with found family, sweet romance, high heat, and a dash of kink.

- [Marked: Myron](#)
- [Jilted: Jaren](#)
- [Hired: Hadley](#)
- [Loathed: Lagan](#)
- [Nicked: Nordin](#)

Irresistible Dragons Series

A spin off series from the Irresistible Omegas that can be read on its own. With dragons, mpreg, stubborn alphas, and a whole new suspense plot, this is one series you don't want to miss.

- [Dragon's Mate](#)
- [Dragon's Honor](#)
- [Dragon's Fight](#)
- [Dragon's Magic](#)
- [Dragon's Stand](#)
- [Dragon's Surprise](#)

Forty-seven Series

An emotional daddy kink duology with a younger Daddy and an older boy. Also includes first time gay, loads of hurt/comfort, and best friend's father.

- [Clean Start at Forty-Seven](#)
- [New Daddy at Forty-Seven](#)
- [Perfect Daddy at Fifty-One](#) (novella)
- [Forty-Seven Duology: The Collection](#)

White House Men Series

An exciting romantic suspense series set in the White House. The perfect combination of sweet and sexy romance, a dash of kink, and a suspense plot that will have you on the edge of your seat. Make sure to read in order.

- [Press](#) (a press secretary and a reporter have an impossible attraction)
- [Friends](#) (a beautiful friends-to-lovers romance between an FBI agent and a Secret Service agent)
- [Click](#) (a sexy first-time romance with an age gap and an awkward virgin)
- [Serve](#) (a high heat MMM romance with age gap and D/s play)
- [Care](#) (the president's son falls for his tutor; age gap and daddy kink)
- [Puzzle](#) (a CIA analyst meets his match in a nerdy forensic accountant)
- [Heal](#) (can the president find love again with a sunshine man half his age?)

No Regrets Series

Sexy, kinky, emotional, with a touch of suspense, the No Regrets series is a spin off from the No Shame series that can be read on its own.

- [No Surrender](#) (bisexual awakening, first time gay, D/s play)
- [No Rules](#) (grumpy/sunshine, D/s play, service kink)
- [No Secrets](#)

Perfect Hands Series

Raw, emotional, both sweet and sexy, with a solid dash of kink, that's the Perfect Hands series. All books can be read as stand-alones.

- [Firm Hand](#) (daddy care with a younger daddy and an older boy)
- [Gentle Hand](#) (sweet daddy care with age play)
- [Naughty Hand](#) (a holiday novella to read after Firm Hand and Gentle Hand)
- [Slow Hand](#) (a Dom takes in two abused boys and discovers they need a Daddy)
- [Healing Hand](#) (a broken boy meets the Daddy he needs)

No Shame Series

If you love steamy MM romance with a little twist, you'll love the No Shame series. Sexy, emotional, with a bit of suspense and all the feels. Make sure to read in order, as this is a series with a continuing storyline.

- [No Filter](#)
- [No Limits](#)
- [No Fear](#)
- [No Shame](#)
- [No Angel](#)

And for all the fun, grab the [No Shame box set](#) which includes all five books plus exclusive bonus chapters and deleted scenes.

Irresistible Omegas Series

An mpreg series with all the heat, epic world building, poly romances (the first two books are MMMM and the rest of the series is MMM), a bit of suspense, and characters that will stay with you for a long time. This is a continuing series, so read in order.

- [Alpha's Sacrifice](#)
- [Alpha's Submission](#)
- [Beta's Surrender](#)
- [Alpha's Pride](#)
- [Beta's Strength](#)
- [Omega's Protector](#)
- [Alpha's Obedience](#)
- [Omega's Power](#)
- [Beta's Love](#)
- [Omega's Truth](#)

Don't miss out on the extras in the box sets of the Irresistible Omegas. The [first box set](#) contains books 1-3, the [second box set](#) includes books 4-6, and the [third box set](#) includes books 7-10. All box sets have bonus scenes you don't want to miss.

Ignite Series

An epic dystopian sci-fi trilogy where three men have to not only escape a government that wants to jail them for being gay but aliens as well. Slow burn MMM romance.

- [Ignite](#)
- [Smolder](#)
- [Burn](#)

Or grab the [Ignite box set](#), which includes all three box, bonus chapters, and an exclusive bonus novella about a sweet alien named Pax.

Stand Alones

I also have a few stand alones, so check these out!

- [Professor Daddy](#) (sexy daddy kink between a college prof and his student. Age gap, no ABDL)
- [Out to Win](#) (two men meet at a TV singing contest)

- [Captain Silver Fox](#) (falling for the boss on a cruise ship)
- [Coming Out on Top](#) (snowed in, age gap, size difference, and a bossy twink)
- [Ranger](#) (veteran suffering from PTSD falls for a sunshine animal trainer, cowritten with K.M. Neuhold)
- [Every Shade](#) (collection of shorts and novellas)
- [The Little CEO](#) (a daddy kink short with age play)

Ballsy Boys Series: *Cowritten with K.M. Neuhold*

Sexy porn stars looking for real love! Expect plenty of steam, but all the feels as well. They can be read as stand-alones, but are more fun when read in order.

- [Ballsy](#) (free prequel)
- [Rebel](#)
- [Tank](#)
- [Heart](#)
- [Campy](#)
- [Pixie](#)

Or grab the [Ballsy Boys Box Set](#), which contains all books and an exclusive, never before published bonus novella.

Kinky Boys Series: *Cowritten with K.M. Neuhold*

More sexy porn stars! This is a spin off series from the Ballsy Boys, set in Las Vegas...and with some kink!

- [Daddy](#)
- [Ziggy](#)

MÁS SOBRE NORA PHOENIX

¿Qué te ha parecido?

¿Algo más detallado, dices? Entendido.

Empecé a escribir mis primeras historias cuando era adolescente... en una jodida máquina de escribir. Aún tengo de esas, y son adorablemente románticas. ¡Y malas!, jajaja. El miedo a fracasar me mantuvo alejada de mi sueño de convertirme en una autora de romántica, así que puedes imaginar lo orgullosa y eufórica que estoy de haber conseguido superar mis miedos y mis inseguridades y, simplemente, hacerlo. Adoro el género, porque adoro leer y escribir sobre hombres fuertes e imperfectos que están un pelín dañados... pero encuentran su final feliz de igual forma.

Mis lecturas favoritas también son romances gais en su mayor parte, siempre y cuando tengan un final feliz. Un poquito de perversión es un pequeño aliciente... Aparte de eso, también leo muchísimos libros de no ficción que no, no solo tienen que ver con el arte de escribir. La psicología es una de mis materias favoritas, como también lo es la sociología.

¿Aficiones? ¿Acaso alguien tiene tiempo para ellas? Estoy bromeando. Adoro viajar, pasar tiempo al lado del océano y hacer senderismo. Pero me gustan más los libros.

Puedes acercarte por mi grupo de Facebook Nora's Nook donde comparto pequeños adelantos de mis próximas publicaciones, avances de los libros, historias gratuitas, cosas divertidas y más:

<https://www.facebook.com/groups/norasnook/>

Mi boletín de noticias semanal te mantendrá al día con contenido exclusivo y las últimas noticias de los libros en los que estoy trabajando. Puedes apuntarte aquí: <http://www.noraphoenix.com/newsletter/>

También puedes acecharme en Twitter: <https://twitter.com/NoraPhoenixMM>

O en Instagram: <https://www.instagram.com/nora.phoenix/>

O en Bookbub: <https://www.bookbub.com/profile/nora-phoenix>